SOLITARIO PLATEA

SOLITARIO PLATEA

RAÚL ARGENTE LÁZARO

A Natalia y su gato
A Fernando y su oído
A Cristina y su consejo
A Eduardo y su ideal
A Aitor y su lupa
A Sergio y su niño
A Ana y su balcón
A Edi y su cocina
A Fernando y su asociacionismo
A Willy y su realismo
A Jorge y su existencialismo
A Teo y su cariño
A mis padres y mi silencio

SOLITARIO PLATEA

I. UN ARAGONÉS ERRANTE

[1]
Aún te queda tu nombre

Rodolfo Platea se miró al espejo. En cierta manera se sentía desmejorado. Pero en el fondo, sin ser narcisista, seguía viendo en sus ojos aquel encanto que creyó tener en el pasado. Se fijó en ellos. Ojos grises. De un azul grisáceo que él mismo descreyó una vez turquesas. Ensimismado, dejó pasar el agua caliente del grifo como un manantial al que sus dedos dar freno.

«Estoy desmejorado».

Salió del baño, recién duchado y afeitado, y miró una foto suya en la estantería de cuando tenía los diecinueve recién cumplidos. Ciertamente desmejorado. La vida, como el oxígeno, nos desmejora, nos oxida. Y en su foto vio aquella ilusión de llegar a ser alguien. De sentirse importante. De aportar algo a la humanidad. Pero Platea no estaba ya para esos trotes. Apenas sí se había demostrado a sí mismo como un perdedor malsano. El saco de todas aquellos fracasos personales. La vileza del pecado de la pereza. Un ser destronado del púlpito materno para pasar a ser un cualquiera. Un ser anónimo. Nada.

Se quitó el albornoz y miró su armario. Tan repleto y vacío como siempre. Tanta ropa de un solo uso. Del gasto rápido. Decidió que aquella noche no saldría. No se vio acorde con ninguna de aquellas prendas. Así que optó por el pijama. Se tumbó cuan largo era en el sillón y accionó aquella máquina de hacer ruido que ha sido la televisión.

Empezó a comer cacahuetes. Con sus dientes rompía la cáscara y paladeaba el par de semillas que contenían. Sus ojos grises no miraban, no veían. Su mente no existía. Como un recién nacido, solo tenía existencia para su paladar. Acaso había logrado un nuevo tipo de felicidad nirvánica. La felicidad de sentirse existencia. De sentir su vida latiendo dentro de sí. Sin pensar, solo existiendo. Y he aquí que Platea se dijo a sí mismo, sintiéndose como era, una partícula del cosmos: estás perdiendo la vida.

«Estás perdiendo la vida».

Se levantó de un salto de su sillón, y se dijo: acaso lo mejor de ti mismo no es sino que eres libre. Libre de poder hacer lo que quieras. Y, por ende, libre de vivir la vida. Y, así como estaba, volvió a ver esa foto. Y le dijo: «Pringao».

Volvió a abrir el armario. Se puso su camisa negra, su vaquero ceñido y un poco de *Hugo Boss*. No dudó en observar de nuevo sus ojos grises ante el espejo... «No eres Rodolfo Valentino, pero aún te queda el nombre».

[2]
Un reflejo en el cristal

La calle era silencio. Un esponjoso y húmedo silencio. Los árboles del parque parecían recuperar su naturaleza. La niebla lo impregnaba todo. Platea se sentía bien, cómodo y sosegado. La niebla para él era como el opio. Sentía que el mundo era más grande. Los árboles, vivos. Como si, por un momento, la plaga del hombre hubiera remitido. Esa sensación duró hasta que Platea puso un pie fuera del jardín. Del Edén.

La urgencia de pillar el 35, le despertó. A esas horas la frecuencia era muy mala. Una leve brisa invernal pareció llevarse los tenues hilos que quedaban de la bruma más allá del parque. El ajetreo de la calle le devolvió a la realidad de una noche de sábado. Empezó, con premura, a buscar entre sus bolsillos el móvil. Lo encontró. Llamó.

- Hola, soy Platea. ¿Qué hacéis esta noche?.
- ¿Qué hay Rodolfo?. Hemos quedado donde siempre. A eso de las once.
- Uy, pues ya llego tarde – dijo mientras miraba su muñeca.
- Venga, te esperamos.

Platea tomó su bonobús y esperó en la gélida parada a que el 35 hiciera acto de presencia. Junto a él había una anciana, que parecía piedra, sentada en el poyo. A veces parecía murmurar. El resto de la gente parecía más bien ignorarla. La ciudad tiene esas cosas: la gente esta loca, y los cuerdos que quedan, se hacen los locos para no atenderlos. Dos chicas se contaban los últimos rumores. Parecía que el nuevo chico de su clase iba detrás de alguna. Cual gallinas, cacareaban la noticia. Un hombre de bigote blanco no hacía más que mirar la hora y refunfuñar. Llegó el autobús. Subieron todos menos la anciana. Sus ojos, perdidos en el infinito del diseño del propio vehículo, no fueron suficientes para despertar su conciencia. Platea vio, desde la luna posterior, como se empequeñecía aquella mujer sentada en la nada.

Al final ocupó uno de los pocos asientos que quedaban. Frente a él, una pareja se besaba ardientemente. Una extraña sensación de vergüenza, lujuria, envidia... iluminó sus ojos. Como buen ciudadano medio de una ciudad media, decidió hacer lo que el resto de la gente hace: girar cuarenta y cinco grados su rostro, y mirar a través del cristal. Mirar la ciudad oscura como se muestra. Y ante esa oscuridad, fugazmente iluminada por una farola andarina, mirar el reflejo de los jóvenes ardientes. Sinceramente, a Platea, ella le resultaba vagamente familiar.

Puedes llegar a conocer de vista a mucha gente, al igual que ellos te conocen a ti. No sabes sus nombres ni tan siquiera has hablado con ellos. No sabes sus vidas y probablemente, si un día se extinguieran, no los echarías de menos. Los sueles ver a diario. Los vemos, pero no los miramos. Probablemente, la semana pasada, a esta misma hora, Platea estaría sentado en este mismo autobús viendo, sin ver, una pareja besándose. Esa pareja.

Platea observaba, autistamente, la belleza de los nuevos edificios de cristal y cemento. Montañas de cristal. El hombre es capaz de crear montañas en la nada. Y habitarlas. El hombre se ha hecho Dios. Pero, ante esa grandeza, el hombre se ha hecho pequeño. Más plural que singular... la gente. Más singular que plural... la competencia. Seres solitarios en la multitud. Tremenda paradoja. Lenguas que separan. Barrios elitistas. Lujos alcanzables a primeros de mes. Cocina equipada con la última tecnología a precios de fábrica. Platea observaba como, al final, la ciudad no es otra cosa que carteles. Carteles y negocios. La envidia corregida a tu nivel económico. Al estatus social que seas capaz de conseguir, independiente del resto.

Acaso la niebla del parque no es más humana que la ciudad. Justa y ecuánime para todo aquel que la atraviese. Sea pájaro, hombre, ardilla, mujer. La polución acaso es un burdo sustituto de lo que la naturaleza produce. Burdo y maloliente.

Como cuando uno se despierta de una siesta que se ha excedido en cinco minutos, Platea recuperó de nuevo el juicio. Como un salto. La siguiente parada era la suya. Se levantó y pulsó el botón de próxima-parada-solicitada. El frío de la calle despertó sus músculos entumecidos a la hora de volver a pisar los adoquines.

[3]
Nada con Barceló, por favor. Siéntase usted servido.

Lo que más le gustaba a Platea de aquel bar eran las puertas. Asemejaban a las puertas de un *saloon* del oeste. Le gustaba empujar, cada una con una mano, y entrar como si fuese el *sheriff*. Ese encanto se perdía una vez que se cerraban las puertas.

El olor a sudor lo impregnaba a todo. Luces parpadeantes. Alcohol. Música generada por ordenador. Y gente, mucha gente.

Platea, como si anduviese por la playa, notaba que cada paso que daba le costaba un aliento. Cual Neo esquivando balas, conseguía sortear la marea humana. No había ningún rostro conocido. Se impacientó. Aturdido, desanduvo el camino andado. Y, en ese proceso, encontró su grupo de amigos.

- Hola Rodolfo, ¿Qué tomas?
- ¿Qué? – dijo Platea, que con la música apenas oía un murmullo.
- que ¿Qué tomas? ¿Un Jack Daniel's con hielo?
- Ay, no. Es muy pronto. Mejor un Barceló con cola y un poco de limón exprimido
- ¿Qué?
- Nada, un Ron con cola
- Barceló
- Sí

Platea fue saludando al resto de la gente. Gente que sólo veía una vez a la semana. Sólo allí, cumpliendo un ritual que iniciaron con quince años. Si le hubiesen preguntado que aficiones tenía Marcos, el chico ese pelirrojo, Platea, pese a conocerlo en una década no sabría responder. El único recuerdo que tenía de Marcos, lejos del alcohol, fue una acampada que hicieron hace cuatro años en el Pirineo. Sí, aquella en la que pillaron una buena a base del *whisky* que le había robado a su padre. El único recuerdo que tenía de aquella gente eran las risas furtivas cuando caían los cubatas. Risas cuando Miguel, el guapo del grupo, le entraba a unas rubias que pasasen por ahí. Y eran ellas las que pasaban de Miguel. Risas cuando rememoraban todo lo vivido juntos. Es decir... Nada. Nada con Barceló, por favor. Siéntase usted servido.

No quería pensar en todo ello. Su mirada se perdía en la multitud, mientras su codo derecho buscaba acomodo en la barra del *pub*. Ascendió su vaso de Barceló. Lo miró. Parecía fosforescente azulado con esas luces. Bebió. No le habían puesto limón exprimido. Hizo una mueca, y dejó la bebida a un lado. Roberto le ofreció un cigarrillo. Lo tomó, lo encendió y lo aspiró. La vida se le iba en ello. Su espíritu se esfumó por su boca en forma de humo. Para calmar la sequedad que le produjo en la garganta volvió a tomar algo de ron. No debería fumar. Sólo fumaba borracho. Hubo una mujer que le pegó el hábito. Aquella. Cuanto tiempo ya. Sólo se valora lo que se tiene cuando se pierde. Mejor no pensar. Todo aquello era un vacío. Un libre vacío. Levantó de nuevo el vidrio. La fosforescencia azulada inundó sus fauces, hasta que un hielo chocó con sus incisivos.

[4]
Bucear en lagos hindúes

En el gélido sentido de tener la boca muerta, en ese contralatido que estalla en la mandíbula, fue cuando Platea quiso que el tiempo hubiera de detenerse. Una sensación le heló la sangre. Como la bocanada sin aire que asfixia al ahogado, sintió al ver, entre la tosca multitud, a la joya mejor elaborada en la vida del hombre. Sus ojos grises bucearon por un segundo en aquellos negros lagos hindúes.

Un instante después, el carro de Platea dejó de cabalgar para hundirse en la prisión de la carne. Ella. ELLA con mayúsculas. ELLA había desaparecido de su vista. Y con un odio rencor a su vulgar existencia, se flageló porque nunca llegaría a tener un tesoro como aquel. Era demasiado feo para ella. Demasiado poco locuaz para embrujarla. Demasiado cobarde para intentarlo. Quiso tenerla. Serla. Mirar a través de esos lagos hindúes que tenía por ojos. Ser ella. Ser LA belleza. Poseer esa sensación de glamour que otorga el bien más natural de todos. Ni poder, ni dinero, ni sabiduría, ni estatus... BE-LLE-ZA.

Roberto miró distraído, y vio en Platea una imagen dolorida. Le echó un brazo sobre sus hombros y empezó a hablarle de fútbol. Platea no existía. Le habían amargado la noche. No era otra cosa más que un ser vulgar. Roberto le ofreció otro cigarrillo y le pidió un Jack Daniel's con hielo. Le abrasó la garganta. Adoraba ese dolor. Dolor que despierta y narcotiza a la vez.

- ¿Has visto esa morena que ha pasado?

- No, ¿cuál?
- Bah, déjalo. ¿Qué decías del Madrid?
- Ah, sí, ¿Lo viste contra el Bayern?

[5]
No sólo estás desmejorado, estás viejo

Cuando se es niño siempre se tiene la curiosidad por saber cómo se será siendo mayor. Física e intelectualmente. Se le otorgan a determinadas edades una madurez desmedida. Platea con diez años se imaginaba otra cosa de él a los veinticinco. Sus ojos, esta vez, fugazmente, vieron en el espejo a un Platea anciano.

«No sólo estás desmejorado, estás viejo».

Se aplicó la loción de afeitar un poco a ciegas. La excusa de las legañas y el miedo a la senectud le hizo renegar de su reflejo. Miró la hora y comprendió que, o bien se daba prisa o volvería a tener los ojos del jefe en su cogote. Juramento. Doble juramento. Debía cambiar de maquinilla de afeitar. Dos hebras sanguinolentas empezaron a correr por su mejilla izquierda. Dos cuadrados de papel de baño las contuvieron.

El nudo de la corbata se resistió. Se bebió de un trago los bífidus. Salió presto a la calle. Una nueva jornada se abría ante él. Y, aunque la corporación le obligaba a tener los cinco sentidos, el sexto seguía surcando los lagos de Pokara.

Zaragoza estaba realmente fría aquella mañana. Un cierzo helador proveniente de Islandia se apresuró a darle los buenos días. Impulsado por ese ánimo, y acompañado por hojas y motas de polvo, llegó relativamente pronto. Nuevamente había logrado salvar el primer obstáculo: fichar a la hora.

El poder en las manos. Un poder rojo. Rojo Ferrari. El poder de un triunfador en vida y muerte. Él era el éxito hecho carne. Bajo las gafas de sol plateadas, y la soberbia de un palmo de gomina, hizo acto de presencia el Director General. Como si hubiera de ser el arca del alianza, Platea temió el solo hecho de girar su cabeza y verlo llegar.

Una vez que ese esplendor rojo Ferrari desapareció bajo la puerta del despacho, la vida en la oficina volvió a tomar el color gris que le correspondía. No se podía esperar otra cosa estando vestido con esos ojos. El cristal con que se mira.

Pokara. Platea tatareó para sus adentros aquella canción de los Héroes del Silencio. La banda sonora a aquella visión fugaz. ¡Qué maravilloso tenerlos para sí! Ser mirado. Ser deseado por esos ojos.

- Platea – susurró José Ignacio, su compañero de trabajo.
- ¿Qué? – dijo sobresaltado. Volviendo al mundo real.
- Tienes los informes de ayer.
- Ah, sí, los acabé a última hora.

[6]
Mensaje en una botella

La casa estaba echa un desastre, pero después de un día duro de trabajo, era tedioso ponerse a recogerla. Ya hablaría con Tony y Francho para que entre los tres acabar con ese pandemónium. Aunque del primero de los dos compañeros de piso poco podría esperarse.

Platea descolgó el teléfono como si hubiese de llamar a alguien cuyo nombre habría olvidado. En esas saltó el contestador automático.

«Telefónica le informa de que tiene un mensaje nuevo recibido ayer a las 17:30. Pulse 1 para escucharlo.»

Platea, accedió a pulsar 1. Sus oídos esperaron a oír a Roberto borracho, como era habitual en él cuando lo hacía en casa a solas, para reafirmar su amistad etílica. Sin embargo, escuchó una voz femenina algo difuminada por la cobertura del móvil.

«Hola Nacho... soy Rosa... que estoy algo acatarrada y... por eso no he podido hablar contigo antes... que siento mucho lo de tu padre... ya me ha dicho Leticia que el entierro era a las doce, pero no he podido ir... que siento mucho todo... que ya quedaremos a tomar un café... venga, nos vemos... soy Rosa, buenas noches.» «Para volver a oír el mensaje pulse 1, para borrarlo pulse...»

Platea, sorprendido de aquel mensaje en una botella, volvió a pulsar 1, como si en su vida fuese esencial volver a escuchar el mensaje. Quería cerciorarse de que no era para ninguno de los tres del piso. Reescuchó el nombre Nacho. No conocía a nadie con ese nombre. Boquiabierto, volvió a oír danzar caóticamente las palabras del contestador.

No sabía si sonreír por el error de la anónima Rosa, un mensaje que nunca llegaría a su destino, o más bien entristecerse por el desgraciado destino del padre del desconocido Nacho.

Platea optó por colgar el telefonillo sin atenerse a las dos opciones de Telefónica. Cocinó dos turrados rollitos de primavera vegetales aliñados con salsa de ketchup. Se sentó en el sofá a ver pasar el tiempo de la telebasura. Y la somnífera voz audiovisual le puso en brazos de Morfeo.

«Rosa. Rosa... Rosa.»

[7]
Gris

Aquella semana aburrida, marcada solo por dos hechos, los lagos de Pokara y el mensaje en una botella, tocaba a su fin. Dos breves rayos contra la monotonía. Acaso la vida no es otra cosa sino una sucesión gris de hechos, que una vez vistos desde dentro, desde la propia vida, se hacen ciertamente llevaderos. La vida no es cine. Platea se aburriría como una ostra en una película que plasmase dos horas de su vida. Quizá por ello adoraba a Indiana Jones. La vida con emoción. Lo que él no tendría.

El Director General «Rojo Ferrari» había estado más ausente que otra cosa, así que el ambiente en el paraíso de cristal y cemento fue ciertamente relajado. José Ignacio le había contado sus últimas hazañas a la hora del café. Peliculero. Platea había aprobado con suficiencia en sus informes. Las ventas habían subido un 3%. Podría ser mejor. También peor.

Para Platea, en su situación de egogamo, no sabía distinguir acerca de qué parte de su vida era mejor. Cuando estaba de vacaciones o de fin de semana, aburrido, anhelaba volver a la actividad frenética del trabajo. Cuando estaba sentado frente al ordenador del trabajo, aburrido, anhelaba la libertad del pájaro que tenía cuando salía por aquella puerta. Sabía que sin su puesto de trabajo su vida sería aún peor, porque esa dualidad le servía para, como Sísifo, llevar su carga diaria. Y, porque, la independencia económica le era muy preciada. No deseaba volver a la cárcel parental.

Como todos los viernes, la puerta del toril se abrió antes. Seis toros, seis. Cual hastafinos, salieron los de marketing. Vitorinos los de soporte. A viejo manso más bien pareció Platea. Fue él quien apagó las luces y cerró la oficina. Nadie quedó para despedirse de él y celebrarle la llegada del fin de semana. Así que bajó cansino, una a una, las escaleras, rechazando el ascensor con vistas. Le quedaba media hora para llegar al restaurante donde había quedado con Raúl, como cada cierto tiempo. Aquel compañero de la Facultad se afanaba en ideologizarlo, sin compasión, entre ensalada y bistec. Habían quedado temas en el tintero —en el postre— de la última comida. La reforma del Senado. El IRPF progresivo. La descendencia de doña Letizia. El cero a la izquierda que era España en Europa con la derecha. La penalización de la democracia directa bajo referéndum. Raúl le esperaba con unas migas con uvas, un entrecot bañado en salsa roquefort y lo mejor del tinto aragonés: un Enate del 95.

[8]
El aragonés errante

Bajo el sopor de una comida deliciosa con vino del Somontano, decidió volver a casa a echarse una siesta. El alcohol en las comidas lo adormecían siempre. Ni el café doblegaba al invariable destino de un Platea.

Zaragoza se precia por unos inviernos jodidos. Una vez que uno se acostumbra al frío húmedo de la niebla matutina, es malreemplazado en minutos por la presencia del crudo cierzo. Bajo un sol de justicia en el que se nota un amoratado sudor royendo la espalda, el sujeto percibe que su gélido rostro es bombardeado por un hielo hecho soplo. Como una salchicha sin descongelar al que olvidan de darle vuelta a la parrilla. Negro sobre blanco.

Y en ese soplo. En ese vendaval. En ese huracán unidireccional, Platea descubrió que el Enate huía de él por su boca. Cual perezoso labrador que es despertado con un cubo de agua, cobró vida en sí. Alguien había dejado abierta la puerta del Moncayo. En el monte de los gnomos de Bécquer quedó aislada la modorra de Platea. Y, ante ese sino, del ocioso hecho insomne, surgió la idea de hacerse un aragonés errante.

«Rosa. Rosa... Rosa.» Recordó el mensaje que había escuchado la noche anterior. Sintió el irrefrenable instinto de pasear por lo desconocido. De, como aquel personaje de Saramago, buscar a la mujer de la ficha perdida en el Registro Civil. El cierzo cesó por un instante, bloqueado por uno de esos «gusanos» que tenía la línea de autobuses. Paró ante él. Era el 33. Iba al cementerio por setenta céntimos. Buscó en la cartera. Subió.

En la panza de aquel «gusano», traído de Dune, se descubrió Platea rodeado de una multitud de almas apagadas. Caronte los había introducido en un atasco. Nadie parecía quejarse de los breves acelerones, que obligaba a los viajeros a colgarse cual monos en las barras. Un bamboleo semejante al que sufriría el Queen Mary en las torbellinas aguas del cabo de Magallanes. Algo le hacía a Platea sentirse mal. Quizá el sol disuasorio que se alupaba en los cristales del autobús, o los codos de la enlacada anciana, el pisoteo del revoltoso infante, el humo del imberbe gótico... Platea optó por bajarse.

El Paseo Sagasta estaba atestado de vehículos. Una alérgica conglomeración de humos era arrastrada hacia sus fosas nasales. Alérgica. Asmática. Oh, que bella había sido la ciudad cuando él jugaba sobre el asfalto hasta que un solitario citröen hacía acto de presencia. Desde aquel tierno recuerdo de la infancia la ciudad había dejado de ser ciudad. Había sido expropiada de los ciudadanos. Habría que llamarla *vehiciudad*. Ya no cree en los seres que crecen, tiene alma de metal y ruedas. Cada calle, cada atasco es un muro de la vergüenza. Ya no hay niños saltando a la comba. Hoy se aíslan individualmente en sus casas frente a sus ordenadores. No juegan juntos, compiten. La infancia ha sido invadida por la adultez.

Sin darse cuenta, como en una iniciática ascensión por la ladera del barrio de Torrero, Platea se encontró en lo alto de la ciudad. En el camposanto.

[9]
Ridículo

Ridículo. Esto es ridículo. Platea se asomó a la necrópolis. Una enorme cruz de los caídos, que antaño había estado presidiendo la plaza del Pilar franquista, servía de recordatorio de que la carne es frágil. A los pies de la misma se sentó. Aquello era ridículo. Sólo por el mal rato de explicarse ante el funcionario, prefería no saber quién era el padre del tal Nacho. Era una pérdida de tiempo. La tal Rosa podría ser una lejana amiga. El resultado de conocerla no sería inmediato.

Tenía frío. Su rostro estaba cortado. Sus labios secos. Anduvo un poco más y se introdujo en la cafetería de los velatorios. Siempre le había fascinado aquel edificio. Un cubo de cristales negros. Desde dentro, se veían las hileras de nichos como en un sueño nublado.

Como si siguiera existiendo la diferencia del que está vivo tomándose un café con leche caliente, y los que están al otro lado del ahumado vidrio.

Y desde pequeño, todos los años, Platea había visitado el lugar. Se había tomado su café con leche de rigor. Preparándose para una hipotética reválida que un día habría de sufrir en sus propias carnes.

«Rosa. Rosa... Rosa.»

Ridículo. Era tremendamente ridículo. Aunque hipotéticamente obtuviese un listado de sepelios, ¿cómo debía acudir ante el ya famoso Nacho?.. «Hola, siento mucho lo de tu padre, pero es que ayer tenía un mensaje en el contestador de mi teléfono y me gustaría quedar con la autora del mismo. No, no ponga esa cara, no soy un violador del tres al cuarto. Ah, que es su ex novia. Usted debe saber que no es nada personal. Creo que existe un destino entre ella y yo. Sí, solo fue un error de ella al marcar su número, pero cosas más raras se han visto». Ridículo. Platea empezaba a saborear la suela de zapatilla que habría de recibir en su lindo trasero. Y ¿cómo habría de actuar si encontrase a la susodicha Rosa? «Hola, soy Platea, recibí un mensaje tuyo en mi contestador por error... ¿Te gustaría tomar una cerveza conmigo?»... Patético.

Algo blanqueó su rostro. Un pensamiento furtivo que le heló las entrañas. ¿Y si el error al marcar el teléfono fuese en el prefijo?, ¿Y si Nacho era de otra provincia? Lo cierto es que el mensaje se oía borroso, probablemente por la mala cobertura del móvil de la ya amada Rosa. No recordaba en aquel instante haber oído en ella un acento especialmente raro. Una falta de acento quizá hacía probable que fuese de Valladolid. Oh, Dios. Aquello era insensato.

Platea se levantó de la mesa de la cafetería. Dejó atrás la competición lagrímica. Bajó tranquilamente por la avenida América. Se dejaba caer con las manos en los bolsillos. Lamentaba su poca perseverancia en buscar sus sueños. Algo endémico. Empezó a mirar al suelo, para comprobar que sus pies cabían perfectamente entre baldosa y baldosa.

Una bolsa se le abrazó en la tibia izquierda. Como a patadas no podía desprenderse de ella, tuvo que agacharse. Su cabeza dio un breve mareo al erguirse de nuevo. Fue en ese instante cuando un latido sobresaltado rompió el ritmo en su caja torácica. Unos ojos negros Pokara le miraban a dos metros de distancia. Un grito ahogado quería surgir en ese instante. Sus párpados cayeron por una décima de segundo. Kafkianos los ojos de ella, mutaron entonces a un color marrón oscuro. Ya habían dejado de mirarle. Platea giró contemplándola andar a su lado, subiendo calle arriba.

No. No era ella.

No era ella la que había contemplado fugazmente el fin de semana pasado. Platea se encogió de hombros, y progresó en su peregrinar.

Sí. De existir Rosa, forzosamente debía de tener ojos negros. Negro Pokara.

[10]
Piloto automático

El pistolero volvió a hacer acto de presencia en el *Saloon*. Por lo demás, aquel sábado el bar seguía como en fin de semanas anteriores. Por suerte, la música estaba sensiblemente más baja de lo acostumbrado. Entre la conglomeración que bailaba voraz, descubrió la cabeza de Roberto. Levantó un brazo y fue correspondido.

Miguel intentaba ligar con dos rubias. Marcos tarareaba la canción, sin saber la letra. El resto de la gente estaba aún por llegar. Roberto, cansado de la poca conversación de Marcos agradeció la llegada de Platea

- ¿Qué tal la semana, Roberto?

- Buf, nos hemos metío en unas movidas. Pero, tío, a mi me gusta este tipo de curros. Ya sabes, mancharte, la aventura. Decirte, joder, ¿te tienes que meter ahí dentro? Y hacerlo. No podría trabajar en una oficina como tú. Por cierto, ¿Qué tal te ha ido?
- No te creas, no paran de exprimirnos. Resultados, quieren resultados.
- Ya, la cosa está muy mal.

Platea se pidió un Barceló con limón. Lo saboreó. Roberto siguió con su exposición acerca de las diferentes tareas que debió cumplir esa semana. Pero Platea no estaba precisamente aquella noche para interesarse por ello. Para Platea aquella noche era un reto. Sabía que empezaba a obsesionarse. Aquello daba igual a esas horas. Debía encontrar a la chica de los ojos negros. Puso el piloto automático, consistente en inclinar la cabeza, decir, «ajá» y de vez en cuando repetir las tres últimas palabras que acababa de decir Roberto. Él era un chico sensacional para salir de marcha, pero no se le podía pedir que debatiese acerca de los relatos de Bertold Brecht, de la filosofía existencialista de Camus o del superhombre de Nietzsche. La verdad, con pocos podía hacerlo. Roberto sólo necesitaba un hombro en el cual apoyarse para descargarse de los malos ratos acumulados a lo largo de la semana.

- Ajá. Del PVC blanco...
- En efecto, Rodolfo, mira, el PVC blanco es preferible al Plomo, puesto que así las cañerías son más sanas, sobretodo para el consumo de agua.
- Sí, más sana.

Pero no. Aquella noche los hados no estaban con Platea. Empezaba a creer que lo vivido la noche anterior había sido un espejismo. Echó un largo trago del ron. Su vista empezó a nublarse alegremente. De lo vivido y bebido media hora después sería pasto del olvido.

[11]
Conjunción «Rojo Ferrari»

Platea y su ordenador eran durante ocho horas al día una simbiosis perfecta. Sus dedos finos y largos encontraban intuitivamente las teclas buscadas. El monitor era un apéndice de su sistema óptico. Relativamente cansada, aguantaba su nuca esa máquina impecable.

Pero algo sucedió al margen de esa dualidad. Algo que la atascó. El contorno oscuro de su cabeza se dibujó contra el teclado. Una fosforescencia roja, por aura, iluminaba el resto de su escritorio. Era su cabeza en conjunción con un rojo Ferrari. Inmediatamente después la atronadora voz del Director General se oyó allende los mares de la oficina.

- Platea. Venga a mi despacho.

Cual cordero que acude a la madriguera del zorro, Platea hizo de estela de aquella luciferina luz deslumbrante que acude al poniente de su despacho. Se sentó en la silla de «oyentes» cuando esa luz se lo pidió. Agachó sus orejas como un can, y atendió a la gloria hecha verbo. Su espalda empezó a desempolvar los orificios sudoríparos con un frío extenuante.

- Platea. He visto sus informes. Debe esforzase más. Sólo ha aumentado un tres por ciento. La corporación exige de hombres eficaces en el día a día. Confiamos en usted, pero no debe dormirse en los laureles. La competencia es dura. En el canibalesco mundo de la empresa sólo sobreviven los mejores.

De recado, Platea se llevó una docena de carpetas con informes, que debería rehacer en nombre del Director General. Aquello olía a horas extras. Cuando seas padre comerás dos huevos. Cuando seas Director General delegarás en tus burritos.

[12]
Orgulloso

Para variar, Platea cerró la oficina hora y media después de que saliesen el resto. Llamó a Roberto. Le apetecía una pinta de *Guinness* bien fría. Gustoso, el hombre que nació sin resaca se hizo presente en el *Harlekin*. En la relajada silla de madera con música de U2, Platea saboreó la arregalizada cerveza irlandesa. El día había resultado odioso. Tenía los hombros y el cuello agarrotados. Y la sensación de haber hecho mal las cosas.

La conversación mariposeó sin rumbo fijo. El trabajo, el fútbol, las cualidades benignas de la cerveza... Tampoco es que Platea buscase algo especial aquella tarde. Simplemente evadirse. Quitarse los demonios de la cabeza. Pero si por algo debiera recordar aquella tarde fue por una pregunta casual que Roberto, entre trago y trago, le espetó:

- ¿Cómo debería ser la mujer de tus sueños?

Es cierto. Siempre uno habla de la mujer ideal, aunque nunca le otorga una condición *sine qua non*. Era una de esas preguntas por la que pensar horas enteras. Por la que mataría el filósofo. Pero en aquella ocasión Platea habló sin pensarlo dos veces. Sí, Freud, el subconsciente habló por él:

- Tendría que estar orgulloso de ella.

Poco más quedó de aquella cerveza que tenía entre manos. Poco se podría hablar después de una frase lapidaria a la que sólo la edad y la experiencia otorgará sentido. Y, con la cristalina mirada que confiere la malta negra, Platea peregrinó a casa.

[13]
Sin noticias

Allí la pegajosa marabunta de Tony había vuelto a hacerse realidad. Los imantados pies de Platea se negaban a despegarse del pasillo.

- Toniiiii, ¿Qué demonios has tirado en el suelo?

El silencio por respuesta. No estaban. Ni él ni Francho. La hogareña madriguera hobbit que un día fuera aquella casa se había convertido en una vulgar casa de estudiantes de diecinueve años. Como pudo, despejó del sofá los más variados utensilios. Un CD, una mochila, unos apuntes, una botella de cerveza vacía, una barbie ¿Una Barbie? ¿Qué cojones pinta aquí una Barbie? Se sentó como pudo, y tomó el auricular del teléfono fijo para llamar a su madre. Aun así, lo mantuvo sin marcar el tiempo suficiente para que saltase el contestador.

«El Servicio Contestador de Telefónica le informa que no tiene mensajes nuevos. Sí desea acceder al mensaje que tiene almacenado en memoria pulse 1».

Bueno, sin noticias del destino. Decidió colgar y volver a descolgar para efectuar la llamada a su madre. La vida en el Edén seguía igual. La voz de ella parecía algo cansada, quizá aburrida. Su padre no se quiso poner. Estaba viendo el fútbol. Jugaban los galácticos.

Era una buena excusa para irse a dormir pronto. No sin antes comerse la última copa Danone de las que había comprado ayer. Umm, ya saboreaba el chocolate espumoso. Ese que se disuelve entre la lengua y el paladar. Tomó la penúltima cucharilla limpia. El resto debían de estar en la montaña de vajilla del fregadero. Abrió la puerta del frigorífico. Vaya, se había fundido la luz. Palpó el vacío del fondo de la segunda balda. La suya. Miró con perseverancia la inexplicable ausencia.

- Toniiiiiiiiiii.

[14]
Café exprés

Uno de los mejores momentos para Platea en el trabajo era la hora del Mocachino. Bien calentito. La salita del café estaba en un lugar ciertamente agradable. Un hogareño sol de

invierno entraba por las amplias cristaleras. Observaba hormiguear a la gente que pasaba bajo el rascacielos, si puede decirse que Zaragoza posee algún rascacielos. Para Platea, una planta quince bien podría serlo.

Desde esa altura parecen los seres humanos algo vulgar. Como la primera vez que subió en un avión para comprobar que España, a diez mil metros de altura, era plana. El mundo es anónimo. No hay nombres, solo puntos. Una de las cosas que le sorprendían de esa panorámica era lo fácil que es para un gobernante, desde el aire, tomar parte en la vida de los gobernados. Anónimas cabecitas sin rumbo ni destino.

«Sin rumbo ni destino».

¿Acaso era ese el nuevo inquilino que se le había instalado en casa? Sin rumbo ni destino. Toda la vida estudiando para encontrar un buen trabajo. ¿Y ahora qué? ¿Es momento de improvisar una familia modélica? No es que tuviese miedo a envejecer. En unos días volvía a malcumplir años. Tenía miedo a ver pasar el tiempo y comprobar que él seguía siendo el mismo. Que no evolucionaba. Tenía miedo a no saber responder ante los retos que habrían de llegarle, si llegaban un día. Una frustración infame que no hace sino encogerle a uno.

Un pensamiento negro flotó un segundo sobre su cabeza. Ojalá un avión derribase aquel edificio. El poder económico que nos ata. Una vida gris que nos esclaviza. Un empleo húmedo que nos pudre. Un avión. Verlo acercarse a la altura de sus ojos. Un 11-S. Todo sería más fácil así. Adiós a las preocupaciones.

Locura. Esto es una locura. Se aflojó algo la corbata, su frente deseaba sudar. Aquello empezaba a ser un invernadero.

Sus ojos se desplazaron al vacío de la calle. Una enorme extensión de vehículos aparcados abarrotaban el parking público. El sol incidía tanto en sus lunas como en sus capós. Una visión demasiado cotidiana y demasiado fantasmagórica. A esto habíamos llegado la humanidad, a llenar garajes públicos con automóviles. «No pertenezco a este mundo, el presente debería ser distinto».

Entonces entró José Ignacio. Tenía una nueva ocurrencia y venía sonriendo malévolamente. Quería gastarle una novatada a la chica nueva de marketing. Sin duda le atraía, y no sabía mejor forma de acercarse a ella. Ante la apatía de Platea por la nueva travesura, José Ignacio se preocupó.

- Joder, Platea, te veo descentrado últimamente. ¿Te pasa algo? ¿No será por lo de ayer con el Jefe? Tu tranquilo, yo me llevo tres así todos los meses.
- No, no es nada. Supongo que empiezo a entrar en la depresión de los treinta.
- Menos lobos. Aun eres un veinteañero...
- ¿No tienes la sensación de que la sociedad ahora está como empeñada en hacernos inmaduros? A mi edad mi padre ya tenía descendencia, una familia forjada. Y yo no soy más que un mocoso consentido.
- Como sigas así conseguirás que te deje a solas... Lo que a ti te hace falta es un buen polvo, y dejarte de mariconadas de esas.

Una fosforescencia rojiza hizo mención de entrar por la puerta de la salita. Cual galgo apaleado, al ver la vara, ambos volvieron prestos a sus potros de tortura. Platea comprobó, malhumorado, que la carpeta de pendientes había engrosado con algún nuevo dossier del Director General.

- Joder, este hombre no deja ni tomarse el café – susurró José Ignacio.

[15]
Y tu dinero derrocharás

Siete, siete, cuatro, dos. Aceptar. ¡Dios!. Han debido de pasar la factura de la Visa del mes pasado. Platea miraba confuso la pantalla táctil del cajero automático. Como cada

dieciocho, la cuenta corriente era ferozmente engullida por la tarjeta de crédito. Pero esta vez se había pasado de la raya. Escogió ver últimos movimientos. Efectivamente. Entre eso, el alquiler, y la vida diaria... aquello casi daba un saldo de números rojos.

No sabía del todo si le deberían pagar más. Más como para soportar el inapelable peso de una cartulina de plástico con banda magnética. Aquella semana había estado de «negro» para el Director General. Por su no-trabajo recibiría diez veces más que él. Diez como poco. Algún día se propondría acudir a pedirle un aumento de sueldo. ¿Ahora?. Ahora, no. No está el horno para bollos.

Echó cuentas en que se le había ido el jornal ese mes. Un par de libros, muy buenos, de Herman Hesse y de Saramago. Sí, el último DVD de U2 en concierto. Salir de marcha es caro. Las copas están por las nubes. Habría que preparar botellón en casa. La camisa negra nueva. Y esos vaqueros que no le acababan de gustar del todo.

Ay, que sería del hombre independiente si no tuviese libertad. Libre para, sin dar cuenta a nadie, gastar, estar, durar hasta donde guste. Ningún sábado se hace demasiado tarde. Ningún capricho es excesivamente caro. Ningún punto de la tierra está insalvablemente lejos. Platea una vez comió la manzana de la independencia, y le tocó abandonar el Edén paterno. «Trabajarás con el sudor de tu frente». Olvidaron decir, «y tu dinero derrocharás».

Esa noche no visitaría el *Saloon*.

[16]
Correo extraviado

Se levantó aquel sábado con mensajes en el móvil. Que por qué no había salido de marcha anoche. En resultas que la rutina nocturna siempre acaba siendo la misma, y por desetilizarse un poco nunca está de más. Al menos hasta fin de mes. Aquello que pudo haberlo sacado de casa, ahora parecía más bien un espejismo de un momento concreto. Unos ojos que quince días después habían pasado a formar parte de lo onírico. De lo dalinesco. Como en aquel surrealista cortometraje del perro andaluz.

Era buen momento para hacer limpieza. Tony y Francho invernaban en sus respectivos cuartos. Al cuarto de hora se desesperó. Aquello no había por donde cogerlo. Se acogió al derecho que otorga el refranero español de no barrer sin la ayuda del resto. Cerró la ventana de su cuarto, pues aireado estaba. Se tumbó, cuan largo era en su cama, y se puso a leer la *nivola* de Unamuno. Qué productivos son los sábados madrugados.

Cuando comprendió que ya iba siendo hora de ir al Edén a comer, se levantó, se duchó, y salió al mundo con su muda más limpia. Bajando por las escaleras se encontró con la gruñona del segundo. Platea se hizo lo más invisible que pudo y solo sacó un par de finas imprecaciones.

Al llegar al hall vio que su buzón estaba saturado. Que recordase, hacía una semana que no lo miraba. Lo abrió y sus manos se vieron abalanzadas de todo tipo de propaganda. Paquete de salchichas a euro y medio. Televisión a color y teletexto 25% de descuento. 75 m^2 con calefacción, 175.000 euros. Reproductor DVD a 60 euros con tres películas de regalo. Umm, la revista del Circulo de Lectores. El recibo del teléfono. Una carta de correo comercial... a nombre de... JA, JA. Esto sí que es bueno.

Lo tenía en su mano y consideraba que todo aquello era un juego de la divina providencia.

Más que correo comercial, Platea observó que era una carta de WWF Adena. Pero ese no era el chiste. Él se consideraba ecologista no practicante, así que tampoco eso debería haberle sorprendido. Lo prodigioso, y por lo que pensó que quizá había una mano mágica detrás de todo aquello, era el destinatario de la misma: Rosa Platea.

Tiró a la basura toda la propaganda, y se llevó en el autobús el recibo, el catálogo de Circulo y el correo extraviado.

Se prohibió abrir la carta de Adena, al menos de momento. Así que en el trayecto al Edén se entretuvo ojeando la bimestral de los bibliófilos. Tendría que darle al menos tres repasos para volver a acabar comprando otro clásico. Quizá el Criticón de Gracián.

[17]
Un beso en la mejilla

Platea se preguntará toda la vida si existiría un mayor rasgo de entrañable humanidad latiendo dentro de si. Un momento que bien valdría una vida.

Como muchos fines de semana, acudía ese sábado al Edén a comer con sus padres. Más comer que hablar. Algún día, cuando alcanzase la verdadera madurez sería capaz de romper ese maldito salto generacional que lo separaba de sus padres. Ese salto que tapa la boca para luego abrirla ante cualquier coetáneo desconocido. De niño, probablemente quien mejor te conozca sea tu madre. En la adolescencia aparece el vacío que separa esas dos tierras. Quizá sea biológico. Quizá sea necesario para aprender a volar. Quizá sea el pudor de contar las imperfecciones a la divina naturaleza: la madre. Cuanto le debemos y que poco le agradecemos. El solo hecho de pensarlo puentea ese abismo. Aunque ella nunca llegue a saberlo. Y la besó de improviso.

Para la madre de Platea ese segundo valdría una vida.

Y la vida devuelve ese beso.

Aquel día correteaba por el salón Martita, la pequeña primita de Platea. Siempre le había dado miedo coger a esas criaturas frágiles. Esas joyas de corta edad le habían dado pánico. Tenía otros primos que habían nacido mucho antes y los había visto con ojos de niño. Y jugado con ellos sin miedo.

Pero he aquí tener una prima cuando uno pasa de los veinte. Más que prima podría ser sobrina. Más que sobrina, hija. Toda la familia se desenvolvía de maravilla con ella. Toda menos él.

- Rodolfo, cuidado, coge la cabeza con la mano, que no se le eche para atrás.
- Caray, no para de berrear.

«No he nacido para esto».

Otra cosa era, para Platea, comprobar que estas criaturas conforme crecen, empiezan a tener su gracia. Juegas. Te divierten. Y un día llega cuando te atreves a dar el siguiente paso. Llevarlos a cuestas sobre los hombros. Hacer el caballo hasta que rían. La criatura de tres años goza. Le puedes regalar los juguetes que quieras. Le puedes intentar explicar tus ausencias. Pero todo eso no sirve. A los niños no se les compra. Se les regala momentos. Y para aquella renacuaja, ir a hombros de su primo mientras hacía el ganso, era el momento.

Y cuando, agachado, Platea la dejó en el suelo, Martita le regaló un beso en la mejilla. La vida le devolvió el beso.

Entonces Platea, con el pecho henchido, supo lo que era ser padre. Que podía serlo.

Aquel hecho debía cambiar su vida. Era la llamada de la naturaleza.

II. EL AZOTE DE THOR

[1]
Mjöllnir

Se miró al espejo. El brillo de sus ojos celestes le hizo daño. La resaca lo estaba matando, pero algo le decía que su cuerpo estaba, cada vez más, acostumbrándose a ese ritmo de vida. Ahí estaba su crema de dientes propia. Tan distinta a la de Platea. Nada mejor que la forma de sacar la crema de dientes para demostrar que tipo de personalidad se posee. La de Platea estaba metódicamente enrollada para que, en la parte que quedaba, estuviese completa. Esto generaba la curiosa sensación de que, día a día, el tubito encogiese. El de Tony era completamente distinto. Las huellas de sus dedos surcaban entrópicamente todo el tubito. Desfigurado, manoseado, estrujado.

Tony en verdad se llamaba Anthony Brian Mjölberg. En España era conocido como Tony, pero allá de donde venía se le conocía como Mjöllnir, por la semejanza de su apellido con el famoso martillo de Thor. Ese símbolo nórdico había sido, desde pequeño, su amuleto. De su blanco cuello pendía ese colgante. Así mismo, en su tobillo derecho aparecía tatuado, con motivos celtas, otro.

Eran las dos de la tarde. Miró de nuevo en su cuarto, y vio la sombra de su última conquista tendida de espaldas en su cama. Anduvo, sonámbulo, hasta la cocina. Le sorprendió encontrar la nevera sin luz. Encendió el fluorescente del techo. El frigorífico le había generado una deliciosa copa *Danone*. Surcó con sus manos frías en el fregadero. Encontró una cucharilla relativamente limpia. Terminó de limpiarla en sus *Calvin Klein*. Inmediatamente después se rascó el trasero. Hizo mella en la tapa de aluminio del postre para degustarlo. Cuando terminó, pasó su lengua por todo el recipiente. Fue entonces cuando hizo acto de presencia la morena que había estado con él esa noche. Llevaba un tanga blanco y una camisa gris de Tony que le venía excesivamente holgada. Al verlo en tan erótica escena sonrió. Atrajo al nórdico de la goma de los calzoncillos. Le besó como jamás había besado a un hombre, llevándoselo a empujones de nuevo al dormitorio. Entonces fue cuando cayó rodando una botella de Vodka por el pasillo, desparramando su contenido. El árbol cayó sin ser oído. Tony fue desabrochando la camisa durante el trayecto. De ella surgieron, libremente, aquellos pechos pequeños y resultones. Tony lanzó a la mujer morena a la cama para empezar a juguetear con ella mordiendo sus pezones. Esta, carcajabeada tan noble atrevimiento y se entregó ardorosamente al poder vikingo. Al azote de Thor.

[2]
Viruta, no astilla

Lo primero que le sorprendió a Mjöllnir cuando bajó del avión en Barajas fue ese sol de septiembre. Un sol viejo, limpio y cálido. Siempre recordaría el sol español como un sol cegador. Un sol con personalidad propia, como el queso azul danés. Algo de lo que presumir.

El quince de ese mes empezaba su curso de *Erasmus* en veterinaria. Nunca había sido un gran estudiante, por lo que rogó a sus padres la posibilidad de perfeccionar su español y poder, además, terminar la carrera. Era creencia común entre todos los *Erasmus* que los aprobados se regalaban más allá de las fronteras patrias. Todos tenían dos o tres compañeros que habían aprobado, sin esfuerzos, curso y medio en Finlandia, Grecia o Irlanda. Lo suficiente para licenciarse. El último empujón.

Mjöllnir había tenido suerte de nacer en una familia realmente adinerada. Sus padres entendieron que nada mejor que aquella opción para fortalecer el espíritu emprendedor que él carecía. Tan distinto a sus progenitores. De tal palo... ¿tal viruta? Sufragaron los gastos sin dudar.

Por su parte, para el chico rubio y desgarbado, aquella opción era una liberación. Escogió el destino más lejano posible para alejarse de sus padres. Tuvo opciones serias de

destinos cercanos y prestigiosos como Hamburgo, Ámsterdam o Bremen. Pero el eurociudadano decidió echar un vistazo por el arco mediterráneo.

Lo que nunca podría sospechar Mjöllnir es que, en aquella tierra desconocida, de aquel idioma de conjugaciones verbales tan complejas, se acabaría enamorando. Aunque, más bien habría que decir que fue aquí donde se descubrió a sí mismo su amor propio. Su vanidad. Su galantería. Su aire triunfador. Por así decirlo, en aquel invierno, el renombrado Tony era un ferviente danés español. Poco importaba que en aquella tierra sólo conociesen de su madre patria a Michael Laudrup y a la sirenita de Copenhague.

Mjöllnir, en su ciudad, era un sombrío y poco atractivo joven larguirucho. Demasiado parecido al resto. Difícil de destacar por su aspecto físico. Por otro lado, su manera de ser atolondrada, demasiado pasiva e introvertida, no mejoraba las cosas. Demasiado frío, como el homónimo martillo de Thor. Frío y seco. Contundente. Sus respuestas eran breves y cortas. Su relación con el mundo exterior, distante. ¿Un rebelde sin causa?, podría ser. También podría ser cosa de la edad. Un resentimiento aparentemente injusto con lo que le rodeaba. Un resentimiento que, en el fondo, procedía de esa endiabladamente endiosada figura paterna. El hombre inflexible que todo lo puede, que todo lo consigue. Y, por ende, de aquella exigencia filial a ser, no viruta, sino astilla.

[3]
El club

Ser un *Erasmus* implica estar adscrito a un selecto club. No a un gueto. Algo así como ser embajador en la ONU. Ser el representante en la comunidad universitaria de allá de donde se procede. Existe entre todos los *Erasmus* algo así como una empatía global. Se sienten más cercanos de alguien nacido en Grecia que de los propios españoles que le rodean en clase. Ser *Erasmus* otorga un grado de superioridad respecto de los nativos, tanto por la experiencia, como por el arrojo.

Un día alguien me preguntó sobre el poder de iniciativa de los Estados Unidos. Otro por el de Cataluña respecto a España. Sólo los emprendedores, ante una situación de crisis, se atreven a dejar sus tierras para emigrar a un sitio desconocido. Estados Unidos se pobló de emprendedores europeos. Cataluña, de emprendedores españoles. Y allá donde los emprendedores germinan, crece la riqueza. El poder emigrante. El poder emprendedor. Ese era el aura de quienes se aproximaron a la primera fiesta *Erasmus* de la Universidad de Zaragoza. Un antro del casco viejo los recibió con los brazos abiertos.

Tony estaba entusiasmado por el alcohol barato y la mezcla cultural. La lengua inglesa se derramaba en todos los corrillos. Fue en ese instante cuando perdió el miedo a vivir en un mundo desconocido. A sentirse parte de una comunidad. Y Tony era luz. Sus ojos celestes iluminaban. Y al tercer *bourbon* fue capaz de practicar el italiano con una morenaza de ojos verdes siciliana que decía estudiar empresariales.

Media hora después, un taxi le llevó a perder la virginidad. Había nacido el Azote de Thor.

[4]
Manchas en el techo

Lo primero que recordó Tony cuando se despertó aquella mañana es que estaba incómodo en aquella pequeña cama individual. Un poco arqueada hacia el centro, a causa de un mal somier, le obligaba al danés a estar junto a la siciliana. Sin espacio vital. Aun así había dormido como nunca. Como si no tuviese nada en el «debe». Dormido como puede dormir un niño: sin problemas de conciencia. Y si acaso Tony hubiese tenido un criterio tal como para marcarse objetivos habría pensado, en aquel momento, que ese año lo iba a dedicar única y exclusivamente a la carne. Al sano vicio del placer. Epicúreo. Hedónico. Aun así, su juicio le llevó a pensar que aquello era vida.

Miró el techo como quien mira la nada. Estaba algo agrietado y lleno de humedades malrepintadas. Y como si observase uno de los dibujos con manchas a tinta china de los psicólogos, su mente se evadió de él. Puso sus manos en la nuca, con cuidado de no codear la cabeza de Isabella. Sí, de ninguna manera, aquello era vida.

Necesitó fumar. Buscó en su paquete de Marlboro que tenía en los vaqueros que permanecían enrollados en el suelo. Sin dejar de mantener sus piernas en la cama, se estiró, alcanzó el bolsillo y sacó el paquete. Cuando fue a tomar uno de los cigarrillos vio un porro. Tony hizo esfuerzos por recordar a Patrick, el holandés de Eindhoven que había conocido en la fiesta de anoche. Tenía varios paquetes traídos de su país con porros ya preparados. Incluso decía que nunca había aprendido a prepararlos. Allí ya venían hechos. Anoche, Tony pasó de fumárselo. Se encendió el porro ahora.

Manchas en el techo. Aquel descuido no podía pasar en Copenhague. No recordaba una casa que tuviese el techo así de agrietado. La dejadez del dueño de una casa a la que no entraba al menos en un par de lustros. Una casa eternamente arrendada a estudiantes. Y descubrió que le gustaba. Le gustaba todo lo que le rodeaba. La sucia libertad de dejar la ropa tirada en el suelo. La sexual libertad de estar hasta medio día con una italiana en la cama. La canábica libertad de fumar en la cama sin miedo a quemar las sábanas. Diablos, hasta la incómoda cama le gustaba. En Copenhague era más confortable, pero no venía con chica de serie.

Y se descubrió que tenía entonces unas ganas irrefrenables de despertarla. Despertarla para revivir el sueño de anoche. Revivirlo sin alcohol en las venas. Revivirlo con nitidez. Y así lo hizo.

[5]
Cero negativo

Se sentía igual que la primera vez que había besado a una chica. Esa sensación, después de haberla besado durante buena parte de la noche, en la cual los labios parecen narcotizados. Una emoción que parecía no pasar de la garganta. Una hinchazón de pecho de decir que «aquello era posible». Un deseo loco de besar a todo el mundo que le acompañaba. De hacer participe a los que le rodeasen de ese sentimiento. Y, aunque como decía la canción, los besos no saben a nada, deseaba seguir, jugar, besar cada una de las bocas que le sitiaban. Para él, aquella noche, no había otra parte del cuerpo más que la boca. La unión de la lengua y los labios. Unos labios ya hematomeados por el lascivo sabor de una boca ajena. Una boca a la que jamás volvería a besar.

Su sonrisa poblaba su rostro aquella tarde. Los pájaros, su cabeza. Para él no había más parte de su cuerpo que su pene. El resto de su entidad era un agregado puesto para que su miembro viril pudiese sobrevivir. Un parásito al que dar sentido al resto de su organismo. Aquella tarde podía estar cojo, manco, ciego. Eso daría igual. La vida nacía y moría en su órgano reproductor. Y él, orgulloso de ser el centro de atención, permanecía endurecido. Dispuesto a actuar cuando le fuese permitido.

Tony empezó a tener la sensación de que aquel descubrimiento debería ser aprovechado por todo el mundo femenino. Todas las mujeres, bellas o feas, altas o bajas, rubias o morenas, debían tener la posibilidad de albergar dentro de sí sus semillas. Él era el donante universal. El cero negativo por excelencia. Su cerebro de abajo pensaba por el resto. Su guía. Su brújula.

Y este sentimiento le haría ser capaz de cualquier cosa.

El amor se derrumba. Las miradas se dispersan. La mano fría deja de habituarse a permanecer junto a la mano correspondida. A la mano que el destino unió. Un destino alcohólicamente celestino. En el autobús, la mirada de él parecía dispersarse por entre los sucios cristales del autobús. La historia cotidiana de cualquier autobús. La historia del que prefiere dejar la mano que una vez deseó para buscar en sus pantalones su *Nokia*. La historia

de la mirada de ella, que parece perdida en el oscuro fondo de aquel autobús. Esa mirada perdida.

Y de entre la oscuridad, ella vio un resplandor. Un resplandor lascivo. Unos ojos azules cielo que miraban a través de sus propios párpados. Una vista de incontenible deseo que la ruborizó. Una mirada que le calentó sus entrañas como un fértil caldo en invierno. Una mirada que ella no podía, no consentía, no se resistía a mantener.

Tomó la mano de su novio, quitándole el móvil. Lo miró a unos ojos sorprendidamente observados. Le besó. El novio nunca sabría cual fue la razón por la que ella lo besó temblorosa. Pero le gustó. Para Tony, verse capaz de turbar a una aburrida novia le hizo subir el ego. Se consideró propietario de aquel beso. Y abandonó el transporte público camino a su Facultad.

[6]
Renault 5

Al salir de clase, se encontró con Patrick. En clase había permanecido ausente. Más atento de las mujeres que le rodeaban que de atender al sistema nervioso canino. Patrick, emocionado al verlo, le hizo andar hacia la calle.

Se había comprado un Reanult 5 de tercera mano. Era amarillo descolorido. Tenía un par de bollos en la parte posterior que lo había descascarillado levemente. No era muy confortable pero no gastaba mucha gasolina. Encendió el motor y Tony quedó preocupado. Le preguntó en perfecto inglés, puesto que el español aun se le resistía:

- Oye Patrick, creo que tu coche está estropeado.
- Es cierto que hace mucho ruido, pero es normal. Es un coche viejo. – ciertamente rebuznaba.
- No, lo digo por las luces de cruce
- ¿Las luces?
- Si, no se han encendido.
- Ah, las luces de cruce. Aquí no es obligatorio llevarlas encendidas todo el día.
- Vaya, en Copenhague vienen de serie, y pensé que te habían timado. Basta con girar la llave de contacto y se encienden.
- Sí, sorprenden este tipo de detalles. A mi me sorprende que, haciendo mejor clima, la gente no vaya en bicicleta.
- Sí, están locos estos españoles.

Patrick le ofreció un porro. Fue el gatillo que abrió los sentimientos de Tony.

- Siempre recordaré el aroma de la marihuana holandesa.
- Ja, ja, ¿Por?
- ¿Sabes lo que he hecho cuando me he despertado esta mañana con Isabella en mi cama? Encenderme uno. Uno, y después volver a hacerlo.
- Bárbara esa italiana, ¿eh? Considero que hay naciones para todo, pero para amar, la italiana. Cuenta, ¿Qué tal?
- Me sorprendió que cayese rendida tan pronto a mis pies. No me conoces, pero en Copenhague era más bien patán.
- Ja, Ja. Amigo Anthony. Deberías saber que las mujeres son como las entrevistas de trabajo. Si les gustas, buscan en la conversación que no seas un chico raro. Si no desentonas, serán tuyas. Si no les gustas, ya les puedes contar mil batallas, ser el chico más divertido del mundo. Serán completamente frígidas.
- Vaya... Parece pues que en el sur me miran con otros ojos...
- Bueno, cuéntame lo que pasó anoche, con pelos y señales.

Tony se sintió feliz. Había deseado en toda su adolescencia poder narrar sus propias aventuras amorosas. Increíble país este. Había mutado de un cateto reprimido a un libertino salido. Patrick encontró divertida esa evolución y le invitó a una fiesta en su casa. Era viernes. Víspera de las Fiestas del Pilar.

[7]
Oktoberfest

Pese a ser una ciudad del sur de Europa, pasan estas cosas. Las fiestas del Pilar suceden al mismo tiempo que en la Germania celebran la fiesta de Octubre, la fiesta de la cerveza, la *Oktoberfest*. Y, por una afinidad etílica, se venía simultaneando dicha festividad con la de la patrona de la Hispanidad.

La música folclórica bávara inundaba aquel espacio en lo alto del recinto del Parque de Atracciones. Y, mano a mano, junto con otros *Erasmus*, el Martillo de Thor competía contra el Tulipán Negro.

«Skoll». Era costumbre nórdica brindar diciéndolo. Skoll, como el nombre del casco vikingo. La transparente mirada del danés empezaba a perderse, allá cuando empezaba Patrick a agitar unos papeles de forma compulsiva. Tony intentó centrar su mirada en lo que portaba el holandés. Sólo veía que eran rojos y negros.

- ¿Sabes que es esto?
- No, trae que le eche un ojo.
- Mira, son entradas para las vaquillas.
- ¿Qué?
- Las vaquillas, los toros. Me las ha dado esa rubia que anda por allá. ¿La ves?

Tony hizo denodados esfuerzos por discernir que era de toda la imagen lo que se movía por fuerza propia y no por la de su retina. ¿Rubia? Solo veía sombras. Eructó. Se limpió los ojos e intentó volver a mirar. Umm, demasiado difuso.

- Da igual. ¿Has leído a Hemingway?
- No leo a los gays.
- Da igual. Hablaba de los San Fermines, pues esto es algo similar. Sales, y tienes que intentar que no te pillen los toros.
- ¿Y cuando es eso?
- Mañana a las ocho.
- ¿De la tarde?
- No, de la mañana.
- ¿Estás tonto? Estaré durmiendo.
- No, sin dormir.

Tony dejó su mirada perdida en el techo de plástico blanco de la carpa. ¿Sin dormir? Sin dejar de beber no podía ser eso. Pero ya había bebido mucho.

- Tío, que estamos en España. No te puedes perder esto. Me han dicho que es muy divertido.
- ¿Sin dormir?
- Sí.
- Eso significa que tendré que seguir bebiendo.
- Es buen momento para ir a por algo de cena.
- Skoll.
- Skoll.

[8]
Seis toros, seis

Unos días después, conoció el Coso de la Misericordia de un modo nítido. Un lugar físico con dirección y código postal. Pero aquella mañana de octubre, sólo sabía que fue guiado por una charanga como una rata persiguiendo al flautista de Hamelin. Sus palmas rompían arrítmicamente la melodía. Reía de aquella situación en la que estaba inmerso. Cantando y bailando en medio de una avenida, cogido del hombro del fiel holandés. Y ningún vecino parecía quejarse. Estos españoles están locos.

Supo que debían haber llegado a la plaza de toros porque el asfalto pasó a ser arena. Más gruesa y húmeda que la arena de la playa. Patrick lo llamó al orden. En medio del ruedo existía un tablao, en el que una veintena de gozosos jóvenes esperaban que diesen las ocho. Le agarró del brazo y subió tambaleante, apoyando su pie izquierdo en la madera. «Olé, torero» empezó a decir una vez estaba arriba. Matizaremos que las erres, estando sobrio, tampoco las pronunciaría bien.

La charanga, en el tendido, empezó a tocar un pasodoble. El danés, empezó a saltar. Pero ahí no pasaba nada. El ruedo estaba poblado de gente. De hecho las gradas estaban medio vacías. Y mientras contemplaba la ubicación exacta de dónde procedía la música, con el rabillo del ojo contempló como la marea humana de la arena se agitaba. Vio entonces un bulto negro que se abría hueco. Y, sin saber porqué empezó a reír.

Se reía de la situación. En medio de aquel abismo y con un bicho negro como un pastor alemán correteando por ahí. Y la gente huía.

- ¿Qué pasa?, ¿Acaso quema el bicho ese?
- ¿Por?
- La gente huye de él como si tuviese la sarna.
- Joder, ¿No has visto a ese de ahí que meneos le ha dado?
- No, ¿Cuál?
- Muy borracho estás tú. Deberías irte a las gradas.
- Allá voy.
- Toniiiiiii, ahora no, insensato, vuelve...

El danés inconsciente, saltó del tablao. Renqueante, empezó a andar hacia los tendidos. En verdad, no había burladero por el que salir hacia donde iba. La gente empezó a chillar. Están locos estos españoles. Los que le rodeaban parecían apartarse de su presencia. Como el Mar Rojo ante Moisés.

Fue como en las películas de vaqueros, en las cuales atan al bueno de los pies con una soga y es arrastrado por caballos, boca abajo, por la arena del desierto. Fue como si le diesen un empujón y volase sobre la tierra. Algo le llevaba enganchado por la parte superior de su camiseta. «Joder, Patrick, que pesao que eres» pensó. Pero no. No era él, sino una bestia de trescientos cincuenta kilos.

Cuando fue consciente de la situación, boca arriba tendido en el ruedo, y con la fiera persiguiendo a otro incauto, empezó a reírse. A desternillarse. La camisa le colgaba rota. Su pecho, descubierto. Su rostro, lleno de tierra. Y le pareció que era tremendamente divertido. Patrick le arrastraba a la salida. No tenía fuerzas ni de levantarse. Sólo de reír. Reír. Durante la semana siguiente, no le parecería tan divertido.

[9]
Libro y cama

Llevó medio otoño, una vez recuperado de las magulladuras, compartiendo cama con mujeres de diversa índole. Algunas llegaban a repetir. Tony empezó a perder la cuenta en un guirigay de nombres. Un buen día Patrick le sugirió, con cierto tono irritado, que se tendría que hacer con un kamasutra para no aburrirse. Lo que si que echó en falta fue una mayor comodidad. Aquel desvencijado catre le empezaba a generar tortícolis. Y, como buen hijo único adinerado, acabó llorando por teléfono a su madre por una nueva cama.

A más de dos mil kilómetros, en el norte, la habitación fue dibujada como la residencia de un judío en la Varsovia nazi. Como el antro infecto en el que Ella-Laraña esperaba devorar a Frodo Bolsón de la Comarca. La habitación que imaginó Kafka para el metamorfoseado Gregor Samsa. El noveno anillo del infierno de Dante. El calabozo de Edmundo Dantés en el castillo de If.

Media semana después, dos operarios le montaron una nueva habitación, con un excelente pupitre de roble americano, un armario de tres módulos que no cabía por la puerta, y una dura y confortable cama de uno treinta.

Para Platea, aquello fue la gota que empezó a colmar el vaso. Harto de ver pasar medio genero humano por esa habitación. Harto de que el danés no moviese un dedo en limpiar la casa. Harto de que aquel que se decía a sí mismo «latino del norte» fuese tan poco comunicativo como el tercer hermano Marx. Empezó a mirarlo con ese envidiado desprecio que tenía la capitalista hormiga con la cantarina cigarra antes de llegar las nieves.

Isabella hizo el honor de estrenar, esta vez, libro y cama.

[10]
Los mejores apuntes

Si algo tiene el complejo de edificios de la Facultad de Veterinaria es su cafetería, la mejor de toda la Universidad de Zaragoza. Curiosa esta apreciación cuando los de veterinaria se sienten independientes al resto de universitarios. En primer término, por el hecho de estar lejos de los otros dos Campus. La Facultad estaba enclavada a las afueras de la ciudad, al principio de la carretera de Castellón. En segundo lugar, por ese estado de pedigrí que otorga el hecho de ser de las pocas licenciaturas que aún contaban con prestigio en el resto del Estado. Un ejemplo era la voz del ex-rector, Francisco José Badiola, que se emergía en toda Europa para estudiar el caso de la encefalopatía espongiforme bobina.

Para Patrick y Tony, aquello era mera charlatanería. La universidad española, y por ende la mediterránea, pecaba de la falta presupuestaria en comparación con el norte. Demasiado teórica. Aburrida. Por ello, desde septiembre, a cada uno les habían nacido cuatro protuberancias en el trasero. Las cuatro patas de las sillas de cafetería. Y parecía como si acaso hubiesen cambiado de carrera, de veterinaria a medicina. Habían dejado de preocuparse de la salud de los animales de compañía, para vérselas valorando, entre café y café, el de las jóvenes estudiantes de primero.

Y, por ende, esto implicaba que habían dejado de tomar sus respectivos apuntes en lo que iba de cuatrimestre. Una condición *sine qua non* para aprobar y huir del rapapolvo paterno que esperaba amenazante. Y ambos se quedaron mirando a Marie, mientras que las dervógiras cucharas empezaban a derramar el café por la mesa.

- Joder, ya me he manchado. – dijo Patrick mirando su manga impregnada.

La morenita belga correteaba por la luminosa cafetería como si quisiese huir del propio Averno a manos de Orfeo. Ellos no recordaban haberla visto nunca allí. Probablemente no regresase. Corría la voz de que ella tenía los mejores apuntes. Los mejores en inglés, no era baladí. Unos apuntes tan preciados como inaccesibles. La gloria celeste. Un manjar tan inalcanzable como en el mito del rey Tántalo, el cual fue castigado a morir de hambre teniendo a escasos centímetros de sus manos todos los manjares del mundo.

- Tío, esa lo que necesita es alguien que la folle. ¿No le ves la cara? – sugirió el holandés.

El que un día deseo ser donante universal, miró atemorizado, una a una, las palabras que acababan de salir de la boca amiga. ¿A Marie, la belga? Sin ser malcarada, no era del tipo de chicas de las que Tony se hubiera sentido atraído. Y resopló.

[11]
Los ojos de la avestruz

Por ella regresó a las aulas después de dos meses de inasistencias. Probablemente más por curiosidad que por estrategia. No, él nunca había sido un estratega. Había cosas que se hacían porque sí. Sin segundas intenciones. Quizá esa manera de ser a veces le permitía evadirse de la maldad, aunque otras veces era corneado por una verdad negra. Él estaba allí

porque quería estar. No quería que trasluciese en él los deseos de Patrick. No, ella, Marie, la belga, era alguien parecida a lo que él había sido meses antes. Un ser que se evade del mundo. Que no quiere destacar para no complicarse la vida. Es cierto, existen. Se refugian en su taza de té, en sus apuntes, en el monitor de su ordenador, y desaparecen del mundo. Nadie se fija en ellos. Nadie tiene ojos para ellos.

Pero el azote de Thor había cambiado, y al mirar a Marie, se sentía como si él fuese su ángel de la guarda. Nadie mejor la comprendía. Mjölberg había sido un estudiante receloso de la muchedumbre, y aun hoy, sólo se acercaba por el desconocido placer del sexo. Podría haber tenido mucha suerte con las mujeres aquel otoño, pero él seguía siendo esa avestruz que esconde su cabeza en el suelo para que no le vean.

Y ahí estaba Marie, cinco filas por delante de él. En las primeras mesas. Devorando con sus ojos las explicaciones que el catedrático daba de la gripe del pollo. Se introdujo en sus ojos de avestruz. Ojos que habían salido de su madriguera para ir a clase. Y se evocó en aquellas largas noches en las que deseaba que alguien se atreviera a acercarse a él. Que le diese una oportunidad. Esa oportunidad que llegó a manos de Isabella.

Se acostumbró a Marie. Se acostumbró como se acostumbra un hijo a una madre. A verla distinta al resto de las mortales. A no verla como era físicamente, sino a aspirar su esencia. Se acostumbró a ver durante horas su cogote. A ver esa coleta que nada le favorecía. Él daría libertad a esos cabellos para volverlos salvajes y desenfadados.

Y como si fuese un hábito, pasaron los días sin atreverse a tornar en hechos los deseos.

[12]
Marie

Había pasado cerca de un mes desde aquella conversación en la cafetería. Sus pasos le guiaron a encontrarse, cara a cara, con ella en la fila de la máquina del café. Sin decir nada, él empezó a mesar su cabello y a ponérselo por detrás de la oreja. Ella se dejaba hacer temblorosa. Con miedo de subir la cabeza y quedar fatalmente hipnotizada ante los celestes ojos del alto danés.

- ¿Sabes? No somos tan distintos.

Sorprendida de tan insólita confidencia, cometió el error de ascender su mirada. Siempre había temido que la hirieran de amor. Siempre se había refugiado en el puerto como el marinero temeroso. Esos ojos apremiaron a soltar el cabo. Quería ella ver en él una mirada satánica o al menos cínica y burlona. Pero el azote de Thor nunca miraba así.

- ¿Sabes? Los hombres sois temibles. Pero tú me has caído bien.
- Te invito al café.
- Eso lo daba por descontado.

Fue como si alguien poseyese el espíritu de Marie. No, ella nunca haría aquello. Nunca se pararía a hablar con él. Aparte de ser algo moralmente reprobable, los hombres sólo sirven para hacer sufrir. Pero, ¿Qué era entonces lo que le hizo dar aquellos pasos? Era como si una de las dos personitas que, como Géminis llevaba, le dijese a la otra lo mal que estaba todo aquello. Pero con el silencio dominante de la segunda no había nada que hacer. Acaso se había convertido en un Golem moderno. Un ser de barro, sin alma, que fuese dominado por su creador.

«Me has caído bien». Marie se quiso morder la lengua. Aquello era un pacto de aceptación. Un pacto a jugársela todo por el todo con aquel hombre desconocido. Un hombre rubio y alto, bello. Un tren al que el demonio de Marie no podía dejar de subirse. La culpa la tenían esos ojos. Unos ojos cautivadores. Fríos y a la vez cálidos. Ojos de un latino del norte.

No, no podía ser. Ella no era así.

- No estoy preparada. – dijo mientras correteaba de nuevo a clase calentando sus manos en el vaso de plástico de café. La mirada perpleja del danés la vio alejarse hasta la puerta del aula
- Nos vemos.

[13]
Velas

- ¿Cómo que difícil? Lo que pasa es que te lo estás montando muy mal. A esa chica no le puedes entrar como a Isabella. Esa pide velas.
- ¿Velas?
- Sí, cena romántica.

Quizá tendría razón Patrick. Quizá era cuestión de perseverancia y buenas maneras. Sin embargo, ella había huido de él. ¿Acaso no era razonable su actitud? ¿Por qué debía de pensar que también a ella la podría cautivar? Los hombres sois temibles. Es cierto, es una fama merecida. ¿Cuántos fracasos le habrían llevado a formular esa hipótesis? Quizá sólo fuera un comentario *vox populi*. Pero le había caído bien. No sabía que pensar. ¿Por qué son tan raras las mujeres? O sí, o no.

Su cerebro bullía. ¿Por qué a mi? ¿Está bien o mal sentirse atraída por él? Pero los hombres duelen. Duele el amor. Duele sentirse utilizada. Ellos no tienen sentimientos, sino entrepierna. Pero no, esos ojos no. No son ojos de maldad sino de comprensión. La clase se le iba en morderse el labio. En rechazarse a sí misma por escapar de las oportunidades. Por dejar pasar los trenes. En rechazarse por ser como era. Por primera vez en todo el curso dejaba de atender las explicaciones del catedrático.

Sorbía café como sorbe un sordomudo. Lentamente. Sin ruido. Pero, ¿Cuántas veces había deseado aquello?, sentirse deseada por un hombre hermoso. Mentira, ese no siente amor, sólo sexo. No seas tonta, es muy guapo. ¿Acaso no oyes lo que dicen las malas lenguas de él? ¿Qué? Es un mujeriego. ¿Dónde lo has oído? Por ahí. Son bulos. Los hombres son temibles. Imagínate acariciar su torso, duro, terso, con olor a hombre. No, eso está mal. Sentir explosionar el éxtasis abrazada encima de ese pecho.

- Marie, ¿los tiene?
- ¿Qué?
- Que si tiene los ejercicios resueltos de ayer.
- Ah... sí – dijo turbada – perdone.

Velas. Tenía que buscar un restaurante caro y exquisito. Algo que la abrumase. Que no la hiciese huir de él. También era divertido. Nunca se había propuesto algo así. Tenía la sensación de que se había empezado a aburrir del sexo fácil. Quizá era como una manzana de invernadero, a la que ponen en condiciones de madurar rápidamente. Giraba en la bandeja de un microondas. Y quería algo más.

Al día siguiente la esperó en los bancos de la entrada de la Facultad. Abrazaba dos libros contra su pecho. Andaba solitaria, huyendo de la gente, sin llamar la atención. Silenciosa como una gacela solitaria. Se levantó él de un brinco y se puso a andar a su lado. Sentía que su voz iba a estallar a temblar. Respiró hondo.

- Conozco un restaurante muy bonito.
- ¿Qué clase de mujer crees que soy? – dijo mirándole de reojo, sin dejar de andar.
- Una a la que amar. – Ella se frenó. Lo miró como mira la desconfiada madre ante un desconocido. Protegiendo su retoño. Abrazaba fuertemente sus libros contra el pecho. No, aquella mirada parecía sincera. No sabía que pensar. Volvió a echar a andar.
- ¿Amar a una desconocida?
- Llevo un mes observándote – Volvió a frenarse, pero esta vez sin atreverse a mirarle. Cerró sus ojos. Habló al vacío.
- Estás chalao. – suspiró y retomó su paso dirección a clase.

El azote de Thor se quedó mirando como volvía a alejarse. Están locas las mujeres.

[14]
Cárcel torácica

¿Un mes observándote? Eso debe significar algo, Marie. ¿Qué significa algo? Significa que está loco, como una regadera. Fijarse en mí. Pero, ¿Cuántas veces alguien se había fijado en ella, a lo largo de toda su vida? Quizá Pier, pero no. Pier no. Pier iba a lo que iba. A lo que van todos los hombres. A dar rienda suelta a su entrepierna. Tony quizá sea distinto. Tony no es Pier.

Recordará siempre aquella hora de clase como una cárcel. Estaba tan nerviosa, que no paraba de mordisquear el bolígrafo mientras el profesor parecía que era el personaje de una película de cine mudo. Se movía. Los ojos de Marie lo seguían allá donde iba. Pero ella no lo escuchaba. Su mente empezaba a gritarle que se levantase de ahí, y fuese a buscar a Tony allá donde estuviese. Una inercia newtoniana la mantenía pegada a la silla, algo así como si la teoría de la gravitación universal fuese la moralina acerca de la castidad.

Su pecho. Ese torso desnudo, liso, musculoso, sin vello. Navegaba por ese torso. Pero estaba encerrado en él. En esa región torácica. Como si las paredes de esa aula fuesen las costillas que mantienen prisionero al corazón para que no se escape. Crack, su colmillo agujereo el plástico trasparente del bolígrafo. Un silencio le rodeó de alguna perspicaz mirada. Ella mantuvo los ojos en la barba del profesor. Una barba gris y espesa. Una barba en la que podrían habitar hadas y grillos. Cielos, loca. Estaba volviéndose loca. ¿Dónde estaría ahora Tony? ¿Con alguna mujer? No, era suyo.

Miró por el breve cristal que presidía la puerta del aula. Se veía el vacío pasillo, surcado por algún despistado transeúnte que ignoraba estar siendo visto. Tony no es como Pier. Pier era malo. Se aprovechó de su corazón inocente. Tony era sensible y amable. ¿Cómo lo sabía? No lo sabía. Ingenua. Eres una ingenua. Tony es como Pier. Un bicho con pene y patas.

Su bolígrafo decrecía directamente proporcional al movimiento del minutero de su reloj. El bolígrafo se rellenó de saliva en su interior. El plástico estaba fracturado. Su pie no paraba de golpear el suelo. Un sudor frío empezó a recorrer su sien. Empezó a sentirse fuera de sí. Como cuando estaba enferma de fiebre. La sangre parecía helársele. Un vacío recorrió su estómago.

Y, bueno, mañana continuaremos con la explicación.

Algún amante del deporte podría comparar a Marie como uno de esos jinetes que están montados en una flamante yegua para las carreras de Ascott. Vestida con gorro y traje arlequinado y su mano derecha aplicada, desde el primer momento en el que la puerta queda abierta, a sacudir el muslo trasero de la blanquinegra purasangre. Así, volando a lomos de un caballo mucho más veloz que los de Ascott. Un caballo llamado deseo. Marie la amazona, corrió fugazmente allá donde podría encontrar a su danés. Como el perro amaestrado que descubre la localización exacta de las víctimas de un terremoto bajo los cascotes, Marie se topó con él. Y lo besó.

[15]
Verde esmeralda

Estaba borracha. Borracha de amor. Borracha de placer. Su lengua no había parado de hablar durante la cena. Parecía como si estuviese ansiosa de que transcurriese lo más rápido posible. Como si temiese que la voz del subconsciente pudiese despertar y arruinar la velada. Hablaba. Habló de Pier, y de cómo una mujer puede disfrazarse de amiga para robarle el novio. Le habló de la soledad en España. Y Tony no dejó que hablase más.

Dos horas después, dos sudorosos cuerpos se miraban uno al otro. Empezaban a respirar más tranquilos. Los poros de ella suspiraban felicidad. Los de él frío. Echó sobre ambos el edredón. Ella puso su cabeza en el pecho de él. Le susurró que la abrazase. Lo más fuerte que pudiese. Y oyó el lento latir dentro de aquel torso. Di treinta-y-tres. Él se dejaba hacer. Seguía el juego. La abrazaba con todas sus fuerzas, como si así intentase absorber algo de empatía con sus sentimientos. Calmar un incipiente sentimiento de culpabilidad.

«Háblame de ti».

Ella empezó a escuchar en la caja torácica de él una explicación somera y autocensurada de su existencia. La historia de un danés que huyó de su país para encontrar la libertad. Un sueño plasmado en esas cuatro paredes. Una huída reflejada en la lucha contra la opresión triunfal paternalista. Ella no oía lo que decía. Se hundía en el silencioso redoble del corazón que le había regalado la divina providencia. Mentalmente viajaba por esas venas. Coexistía carnalmente con su amante. Se fundía con cada una de sus células, consciente de que aquello era lo mejor que nunca le había pasado. Quería que ese momento postcoital fuese eterno

«Háblame de Dinamarca».

Ay, que pocas cosas le ataban a Copenhague, la ciudad de las bellas torres. Tan pocas al Estrecho de Kattegat en el que flotaba la Isla de Zelanda. Aquella, la tierra que descubrió desde el juego del Lego hasta la cerveza Carlsberg. Tierra del Vikingo Hardegon, rey de Jutlandia, y de la reina Magrethe, unificadora de los reinos de Dinamarca, Suecia y Noruega. La tierra de los cuentos de Hans Christian Andersen. La tierra de los acantilados de Mons Klint.

Él era Dorothy, que había echado a andar un buen día, camino del sur. Sigue el camino de baldosas amarillas ¿Acaso Marie estaba en el sitio donde terminaba dicho camino? No debería llamarse Marie sino Esmeralda. Esmeralda como la ciudad en la que residía el Mago de Oz. La miró a los ojos. Sí, se merecía una oportunidad. Nadie lo había amado así.

[16]
Suyo

Tuvo un pesado presentimiento. Se giró sobre la cama y la encontró vacía. Asomó su cabeza por la puerta y observó la luz de la cocina encendida. Tuvo frío. Su ropa estaba arrebujada en un montón. Buscó en el armario de él. Sólo encontró una camisa gris planchada. Se vistió. Eran las dos de la tarde. Las dos de la tarde de la tercera noche que había dormido allí. Algo demasiado bello para ser verdad.

Descalza, anduvo sin hacer ruido hasta él. Lo encontró chupando las sobras de una copa Danone de chocolate. Se mordió el labio. Sonrió. En el fondo, él seguía siendo un niño. Su niño. Tomó al nórdico de los calzoncillos. Unos *Calvin Klein* negros. Le besó como jamás había besado a un hombre. Se lo llevó a empujones por el pasillo, camino del dormitorio. Sin querer, tropezó con una botella de Vodka, pero eso no la dejó resistir. Él empezó a desabrocharle la camisa que se acababa de poner. Pero ella ya no tenía frío.

Se dejó lanzar a la cama. Él empezó a juguetear con sus pezones. Reía, no sabía muy bien si debido a las cosquillas, o bien por felicidad. Oh, Dios, como amaba a aquel hombre. Con él, cada segundo era un eterno gozo. Suyo, era suyo.

[17]
Solitario Tulipán

Llevaba una semana sintiendo, amargo, ese vacío. Un vacío del que él era único responsable. Ni la luz que entraba por los cristales de la cafetería podían alumbrarle. Él, que lo había dado todo. Él, que le había aconsejado acerca de las mujeres. Él, que le había proporcionado la mejor marihuana a precio de fábrica. Él, que lo había salvado de un segundo revolcón taurino. Él, que le había sugerido la forma más fácil de obtener apuntes. Él, que se sentía como si hubiese vendido a su mujer por un millón de dólares. Él era el poseedor de esa

soledad. La soledad de una silla medio rota a su izquierda. El sitio en el cual un danés, ya sin rostro, le seguiría contando sus descubrimientos acerca del sexo débil.

Además, ¿Una semana entera acostándose con la belga para conseguir unos apuntes? Una semana sin llamadas ni mensajes de móvil. Empezaba a dudar de él. Si esto es amistad, que baje Dios y lo vea. Un amigo nunca debería dejar a otro por una mujer. Eso no es un amigo, es un calzonazos.

Un temible presentimiento tuvo entonces, se había enamorado. El bobalicón del danés, ese cacho pan. Sin su diabólica presencia se había enamorado. Pero eso no podía ser posible. Tenía que ser frío, insensible. Tanto como él hubiese querido para sí mismo. Ya que él no podía ser un gigoló, debía tener en sus manos a uno para manejarlo. Quería ser como el Doctor Frankestein ante su creación. Poder moldear y modelarlo. Decirle lo que tenía que hacer. Lo que quería hacer. Lo que en realidad era y quería.

Pero no, se había enamorado de una pusilánime que hasta ahora sólo había tenido tiempo para estudiar. Se iba a malgastar esa joya de la naturaleza. No, no podía ser. Eso se tenía que acabar. Suyo, era suyo.

[18]
Labios cosidos

No recordará la razón por la que estaba aquella tarde en casa, en su cuarto. Vestía una bata a cuadros y estaba recogiendo la ropa para la lavadora. Fue entonces cuando sonó el timbre. Distraído recorrió aquellos inofensivos pasos sin temer que un vendaval entrase por esa puerta. Y la abrió

Frente a él estaba una desmejorada y desconocida Marie. Sus ojos enrojecidos delataban que algo había sucedido a sus espaldas. Le mostró una ancha carpeta azul, repleta de apuntes fotocopiados. Y un leve sonido surgió de sus encalados labios.

- Podías habérmelos pedido.

Mudo, se dibujó en su mirada un sentimiento de culpabilidad. Era cierto que todo había empezado por un comentario de cafetería. Sin ese comentario, probablemente nunca la habría conocido. La quería, pero aquello era como el pecado original, algo que marca negativamente el futuro en común. Y su silencio lo delató. Un silencio espeso y culpable. Tardó demasiado en abrir su boca. Como si alguien se hubiese dedicado a coser sus labios con acero.

Marie lloraba en aquellos ojos desangelados que la miraban. No, por Dios, podría haber entendido cualquier otro tipo de mirada. Una mirada de indignación o de arrepentimiento. Pero eran unos ojos impasibles, cruelmente culpables. Y esa boca, que tardaba en explicarse. Esa boca que había besado como nunca. Que la había hecho estremecer por cada caricia que recibía a lo largo de su cuerpo. Sí, tardó mucho en ser abierta aquella vez.

No fue tan estético como el Discóbolo de Mirón, pero con un impulso similar lanzó al pecho del danés aquella carpeta llena de hojas sueltas. Un guardameta con guantes rotos pareció él, por una décima de segundo más preocupado por no derramar aquellas fotocopias. El tiempo suficiente para que ella girase sobre sí misma para bajar por las escaleras. Un tibio «espera» no alteró la sucesión de actos.

Fue aquel el día en que comprendió que también se puede asesinar de amor. Las manos que construyen, también pueden destruir.

III. LA CASA DEL DESENCUENTRO

[1]
Preparativos

Platea puso las canciones más movidas de Queen. Y, empezando por imitar el video de *I want to break free*, revivió a Freddy Mercury mientras aseaba la casa. Apareció brevemente Francho, que venía de paso. Sonrió al ver sus posturas forzadas y se despidió. A Platea de vez en cuando le gustaba hacerse el loco. Reírse de sí mismo haciendo el ridículo. Al menos, de esa forma se coloreaba el cristal desde el cual el mundo se asomaba a él. Por ello recibió bien las risas del desconocido que dormitaba en el cuarto más pequeño de la casa.

Sólo pretendía adecentar el cuarto de estar. Y preparar algo de cenar. Algo ligero. Quería celebrar con su gente un espléndido cumpleaños. E intentar dedicarse una noche fantástica. Los veintisiete caían como una lápida. Es cierto. Es esa edad en la cual ni eres adulto ni eres joven. Se es un engendro que empieza a enfrentarse al canibalismo empresarial. Así, mismo, se es un engendro que busca hacer en los fines de semana las locuras que lleva haciendo durante más de diez años seguidos. Pero no, hoy no. No quería ponerse a filosofear acerca de cómo pasa la vida. De cómo se desaprovecha. Aquella tenía que ser una noche feliz.

Además, estaba contento. El fin de semana pasado había recibido aquel beso tierno de una prima de tres años que demuestra que aun se es querido. Y eso le había animado a una semana en la que las cosas habían ido mejor de lo esperado.

Empezó a cocinar unos espárragos trigueros salteados con gambas. En otra sartén un revuelto de setas con salmón. Una tercera padecía los flamencos pimientos de padrón, a los que les puso una tapa para que no pringasen de aceite aun más la cocina. La tripa ronroneaba mientras sus ojos comían. En ese instante alguien llamó al portero automático. Se limpió las aceitosas manos en un trapo de la cocina mientras corría por el pasillo. Descolgó el auricular.

- ¿Está Rosa?
- No, no está... bueno, se ha equivocado... – en ese instante un flash (¡ha dicho Rosa!) pasó por su mente, mientras en su oreja se oía un...
- Ah, lo siento.
- Un momento... ¿Rosa dice?
- Sí, pero si no está...
- ¿De parte de quién?
- Da igual, ya vendré luego...
- No, no, espere... Oiga, oiga

El anónimo amigo de Rosa se hizo mudo. Hizo oído Platea en el auricular, pero a lo sumo escuchó pasar una moto por la calle y un murmullo lejano de dos mujeres con niños. Su mente se imaginó la espalda de un extraño hombre de chupa de cuero negro alejándose del portal... Y la culinaria llamada de los pimientos le hizo ser consciente de que tenía un Stalingrado en su cocina.

- ¡Los pimientos! – colgó y volvió corriendo.

[2]
La historia del perfecto europeo

Una vez terminado el zafarrancho en la cocina, recorrió a grandes zancas al salón hasta dar con el teléfono. Descolgó. Cuando el contestador sugirió la opción de borrar el mensaje de Rosa, aceptó. Aquello era una broma. Alguien pretendía reírse de él. Sin duda. La magia no existe. Dejó de existir hace muchos años. Peter Pan, ¡despierta!

Sonó el portero automático. Era Raúl. Cómo regalo un libro: «Historia de la unidad europea», de Ahijado Quintillán. Raúl siempre había sido un tipo de ideas raras, aunque al final siempre caía simpático. Una vez le confesó que era la reencarnación de Hitler, pero que había

aprendido la lección. Lo había descubierto porque era tan mal estudiante y tan mal dibujante, como lo fue el austriaco.

- ¿Historia de la unidad europea?
- Sí, verás es que estoy preparando un libro. Bueno, más bien un ensayo. Un ensayo sobre el perfecto europeo. Ojo, ya sabes que soy internacionalista y creo en la caída de las fronteras, pero creo que hay que empezar por aquí.
- ¿Quieres sangría? La tengo en la nevera.
- Muy bien. A ver cómo está esta vez.

Entre sorbo y sorbo del vino afrutado, Raúl empezó a desgranar el contenido de su nueva obra. Parecía entusiasmado. La idea había surgido una mañana de sábado, andando por una calle desierta. En la ventana de un primero había un niño ensayando con una flauta la clase de solfeo. Una a una, caían como gotas las notas del himno de la alegría de Beethoven. Fue ese el momento en el que comprendió cuanto se estaba perdiendo la cultura europea. Y necesitó ponerse manos a la obra de cómo debería ser el continente patrio.

Empezaría su obra por el principio de «Unidad por Voluntad», la unidad por la fuerza generan odios entre las distintos países. Ese es el gran valor de la Unión Europea, decía. El fracaso de Napoleón o Hitler era que los países conquistados no querían permanecer en el imperio. Sin embargo, cuando existe voluntad de ser parte de un imperio, esa voluntad es inamovible. Surge así la Europa unida por los Estados.

Pero lo que era clave para discernir al perfecto europeo era la clave social. El deseo de unión surgido a finales de los cincuenta se había visto culminado con la entrada del euro. Ahora tocaba plantear qué futuro deseábamos para nuestros hijos. Europa debía ser el estandarte del Estado Social del Bienestar, y no meramente un amplio mercado único en el que comerciar.

Surgía por ello la necesidad de acabar con el dominio del imperio americano consumista, mediante la implantación de un imperio paralelo: un imperio ético. Sobre la necesidad de creación del ejercito europeo único. Con un mando único, para evitar confusiones como la de Irak. Un poder que frene y limite a Estados Unidos.

Y eso llevaba al siguiente apartado del libro, el «Modelo Económico». La caída del muro de Berlín había dejado coja ideológicamente a Europa. Había renacido el liberalismo. El mundo se había convertido en un mundo de termitas. El ser humano estaba devorando el mundo y algún día lo dejaría hueco. Europa debía abanderar una cultura solidaria con el tercer mundo y una cultura ecologista. Pensar en el desarrollo global, tanto económico como jurídico y social.

Cuando empezó a desarrollar el capítulo de la «Ciudadanía Europea», Platea empezó a bostezar, mirando el reloj. La gente era impuntual, para variar. Raúl hablaba sobre la necesidad de reconocer como ciudadanos a todos los inmigrantes puesto que trabajaban para hacer de Europa una nación rica.

Raúl estaba exponiendo sus últimos puntos sobre la unidad europea. Sobre la Babelia lingüística. Sobre la necesidad de un Presidente. Sobre la necesidad de acabar con los nacionalismos. Cuando por fin llegó Marcos. Platea se apresuró a abrirle la puerta. Había veces que Raúl se ponía pesado y esa era una de ellas.

[3]
Poción mágica

Marcos, antes de felicitar el cumpleaños, deseó que Platea abriese su regalo. Tenía esa expresión de echarse a reír en cualquier momento. Era un paquete pequeño. Lo abrió intentando descubrir su contenido. Eran unos calzoncillos rosas con margaritas amarillas. Marcos se empezó a desternillar. Platea puso los ojos como huevos.

- ¡Qué es broma! – dijo – el regalo bueno es este otro.

- Ah, un disco. Eso está mejor. ¿Quieres sangría?
- ¡Vale! – bebió de la poción mágica – Está rica, ¿Qué lleva?
- Mira, primero echo fruta, ya ves, manzanas, naranjas, pomelo, melocotones no había. Después espolvoreo azúcar. Lo baño con licor de mora.
- Umm, sí, se nota.
- Y después le echo vino, del peor que haya, hasta cubrir la fruta. A veces le añado bebidas dulces como ron o cointreau. Y se deja un día en la nevera para que la fruta chupe la mezcla. Y ahora, al sacarlo, le he echado fanta naranja y limón. Para que sea burbujeante.
- Muy bueno.
- Mira, ¿Conoces a Raúl? Fue compañero mío en la Facultad. Él es Marcos, iba conmigo en el Instituto.
- Hola Marcos, encantado.
- Hola.

Pronto llegaron Roberto y Miguel. Le habían comprado de regalo una película en DVD y combatían juntos, gustosos, el sabor de la sangría. Sólo quedaba por llegar José Ignacio. El resto de la gente había motivado fantásticas excusas para no asistir. Así que aquello iba a ser una celebración más íntima.

- Estamos los mejores – rompió Roberto – Oye, el tío ese de tu trabajo ¿Va a venir de una vez o qué?
- Es verdad – Se sumó Miguel – Tenemos hambre.
- Sí, he preparado cosillas para cenar, pero con esta impuntualidad, está algo fría. La voy a ir recalentando.
- Oye, Rodolfo, saca más sangría que esto se está acabando.
- Voy…

Justo cuando acabó de apagar el microondas, y recorría el pasillo con una humeante munición de trigueros con brié en una mano, y con la tortilla de setas en la otra, sonó el portero automático. Era José Ignacio con sorpresa. Más bien con dos. Una su regalo, una mano para posar el móvil en el trabajo, que se iluminaba cuando se iba a recibir una llamada. El otro, Julia, la nueva chica de Marketing.

- Tienes la casa super chula. De verdad, Platea. – dijo la rubia, mientras paseaba un escueto modelo ante la perturbada mirada del público presente.
- Vaya, José Ignacio, no me habías dicho que vendría ella.
- Sí, joder, sabía que te haría ilusión un toque femenino en casa.

Sorprendentemente se hizo silencio en torno al banquete. Ocasionalmente se escuchaba una orgásmica exclamación femenina para aprobar el brié. Fue esa misma voz la que abrió el tema de conversación, cuando entendió que su diminuto estómago no aceptaba más tomate cherry.

- Platea, pensaba que habría alguna chica más. – dijo ella imprudentemente, sin temer que aquello sería como abrir una puerta de la que habría de arrepentirse.
- No, no la hay, y te diré porqué...

[4]
Olor

- Uno tiene miedo, a una cierta edad, a quedarse solo. Quizá por eso se atreve a compartir casa con dos desconocidos – empezó a narrar Platea – y con el tiempo se da cuenta que olemos a soledad. Por eso no hay mujeres. Las mujeres huelen nuestra soledad. Y les aterra. Los hombres tenemos peor olfato para estas cosas, y nos acostumbramos. Ellas piensan que, si por alguna razón, permanecemos solos, es porque no somos trigo limpio. No entran a valorar que somos, sino nuestro olor. Huele a soltero, dicen, algo habrá hecho para merecerlo.

» No es un olor nauseabundo. Quizá es un olor dulzón como el de la muerte. Un olor que no es molesto. Un olor que resiste al jabón de la ducha. Resiste porque no es un olor que se haya pegado al cuerpo como el olor del pescado al pescatero. No. Es un olor que emana de arriba. De nuestra cabeza. Un olor que constantemente sale de los poros. Y ese olor habla. Habla por nosotros. Y dice que tenemos miedo a acabar solteros.

» Es como los perros, que son capaces de oler la adrenalina del chico que les tiene miedo. Y eso les excita contra ellos. Les ladran. Les muerden. En cierto sentido nosotros padecemos ese miedo. Segregamos una hormona como la adrenalina que es rechazada por ellas.

» Y sabéis que es lo peor, que nos acostumbramos a que nuestro cuerpo segregue esa sustancia. Y no luchamos por evitarla. Al igual que el corredor de fondo que se da cuenta que no alcanzará la medalla de bronce, y decide conservar sus fuerzas para al menos poder terminar la carrera, nosotros un buen día nos levantamos de la cama con la certeza de que ésta es la suerte que nos ha tocado vivir.

» Miguel al menos lo intenta. Al menos cree que puede alcanzar al nigeriano que va en tercera posición. No hablemos del etíope que ganará el oro. Quizá en un año, quizá en dos, descubrirá que se va a quedar irremisiblemente cuarto. Y se guardará las fuerzas para otros aspectos de su vida. Para tener una vida laboral satisfactoria. Para cuidar de sus sobrinos. Yo ya he empezado a tirar la toalla...

Fue entonces cuando se abrió la puerta del piso. Era Tony con una pelirroja de órdago algo ebria. Con un escueto «Hi, people» se perdió en su habitación, ante la mirada impasible de los que habían destapado sus orificios sudoríparos de soledad. Ella, Julia, la amiga de José Ignacio, se dijo que a aquella muchacha la había visto en algún lugar, pero no le dio importancia. Platea simuló no haberlo visto pasar. Se levantó de su silla. Se sirvió sangría.

- ¿Alguien quiere?
- Sí, coño, que es que subes el ánimo a cualquiera – dijo alzando su vaso José Ignacio.

[5]
Otro tiempo

- Pero no siempre he sido así. ¿Os acordáis? Diablos, si hasta hubo un momento en el que todos nosotros – dijo mirando a Marcos, Roberto y Miguel – llegamos a tener novia a la vez. Sí, la mía se llamaba Sonia. ¿Las vuestras?, ah, sí. La tuya, Miguel, era Alicia, una pelirroja de bote que tenía voz de pito
- Ojo, pero menudos polvos.
- Menos lobos. Luego estaba... ¿Mamen? Sí, Roberto. Pues, mira, te he de decir que no fue mala chica. Un poco loca, y peligrosa con la tarjeta de crédito. Y la de Marcos era una chica de Teruel, ah, sí, María Jesús. Sí, que estudiaba contigo en ingeniería. Un poco machorra.
- Oye, no te metas con ella.
- Que sí, Marcos, un poco camionero sí que era. – corroboró con sorna Roberto.
- Y he aquí, que los cuatro acabamos perdiendo todo aquello.
- Sí, esa puta casa. – se lamentó Marcos. – Maldita la hora.
- ¿Qué casa? – preguntó la rubia.
- Esa es una larga historia. No se si habrás oído hablar de la «Casa del Desencuentro».
- No, nunca. – dijo intrigada la rubia, mientras se pasaba la mano por el pelo.
- Sí, una larga historia. Pero nunca es mal momento para recordarla. Pero antes de nada, permitid que os abra mi botellero. Vean el surtido.

Marcos acudió a la nevera a llenar la cubitera. Un lento gemido se oía al otro lado de la pared. Se negaba a creer que él empezase a oler a soledad. Aun tendría que comprarse colonia por primera vez en su vida. Se olió la sobaquera. Olía como siempre, a hombre. El gemido siguió en un constante increscendo. Envidioso, terminó de echar el hielo, y acudió al salón. Allí, parecían todos dispuestos a desempolvarse la memoria de la mano de aquellas

botellas transparentes. Roberto miró a través de la de Vodka, como si de una vulgar Casandra se tratase. Su voz empezó a relatar la historia que un día vivió.

[6]
La historia de Roberto

- Sí, ya lo recuerdo. Era aquel año que estaba de barman en uno de esos antros del Rollo. Tendría veintiuno. Pagaban bien, era un dinero rápido. Lo peor, que era la limpieza, lo hacía una empresa entre semana. Así que era un trabajo cómodo. Y, la verdad, se ligaba de vez en cuando. De ahí salió la loca de Mamen. Era una de esas chicas que acaban liándose con los camareros. Quizá por la bebida gratis. Quizá por tenerte controlado los fines de semana. Nunca lo sabré.

» Recuerdo que era un viernes sin mucho trabajo. Estaba quitando el polvo de las botellas como ahora se lo quito a la de *Smirnoff*. Sí, debía de ser en Semana Santa. En Zaragoza la gente huye en Semana Santa. Se van al Pirineo a esquiar las últimas nieves si hace frío, o a hacer senderismo si ha explotado la primavera. Con suerte, si hace buen tiempo se van de playa a Salou. No recuerdo muy bien a dónde fue ese día Mamen. Menos aún si hacía calor o no. Probablemente se fuese al pueblo de sus padres, en Soria. Lo que yo recuerdo es que ella no estaba sentada ante la barra.

» Quien apareció fue la que decía ser la mejor amiga de ella. Una tal Vanesa. La vi entrar gracias a un reflejo del cristal de la botella que estaba limpiando. Me comentó que Mamen le había dado una llave que entonces me mostraba. Me habló de una casa vieja en la esquina del Paseo María Agustín con el principio de la Autopista a Bilbao. Que quería que le preparase algo especial para su regreso de Semana Santa. Por aquel entonces, los estudiantes teníamos una semana de fiesta después de aquella, así que di por sentado que al fin se había encontrado a sí misma y deseaba estrenarse conmigo. Sin ningún miramiento, le cuqué el ojo y le quité las llaves de sus manos, con la intención de ir a ver esa casa lo antes posible.

» Entonces no hallé ninguna mala intención en el acto de Vanesa. Al revés, pensaba en la buena amistad que las unía. Ese tipo de amistades confidenciales en las que no hay secretos. La mirada pícara que me puso al enseñar la llave lo confirmaba. Por desconocer, desconocía hasta qué había detrás de esa llave. Nunca había oído hablar de la «Casa del Desencuentro», ni mucho menos que pudiera existir un lugar así. Después descubriría sus intenciones. Unas intenciones maquiavélicas.

» No sé como será el código moral de las mujeres. Siempre se ha hablado que el código moral masculino excluye la posibilidad remota de quitarle la novia a un amigo. Tanto por acción como por omisión. Incluso se habla de la necesidad de venia del amigo para salir con su ex. En las intenciones de Vanesa estaba la de destruir una pareja. Destruir para crear un nuevo vínculo en el que participase ella. Y yo caí en la trampa como un desalmado.

[7]
Averly

» No sé si habréis cruzado por ese temerario semáforo en donde se bifurca el Paseo María Agustín con la Avenida Anselmo Clavé. Los coches que procedían de la Autopista, no se fijaban, imprudentes, de que ahí existía un semáforo en rojo.

» La casa, a primera vista es fea. Renegrida por la polución del tráfico, cuenta con un selvático jardín descuidado. Fea en contraste con la puerta contigua, de pared encalada, en cuyo arco corona la palabra *Averly*. Que yo sabía, siempre había debido de estar abandonada. Desconocía su pasado entonces y poca ilusión he tenido después de investigarlo. Al final del jardín, se vislumbraba una pequeña chimenea decimonónica de algún viejo taller. Después descubrí que aquella amalgama desordenada de casas constituía un todo. Una vieja factoría, que aún seguía activa de un modo poco menos que residual. Y la casa del desencuentro no era otra cosa que la residencia privada de los gestores de dicha empresa.

» Nadie vive ahora en ese viejo caserón de tres plantas. Pero no es rara la ocasión en la que andando por la acera descubres que por las rendijas de los paneles que cubren sus ventanas parece vislumbrarse una luz. De nuevo alguien desafía a esa maldita casa.

» ¿De dónde sacó aquella llave Vanesa? La verdad, es muy difícil saberlo. Esta es una de las típicas leyendas urbanas. Leyendas que escuchas en un bar cualquiera a altas horas de la madrugada. Dicen que si eres persistente, y preguntas a la gente, al final conocerás a alguien que tiene una prima que la novia de su hermano se hizo una copia. Sin quererlo, esa casa ha empezado a vivir gracias a nuestra curiosidad. Tiene unas raíces profundas de la que sorbe energía. Vive de nuestra arrogancia, de nuestra imprudencia.

» Sí, amigos, esa casa está viva, y cuando te introduces en ella te posee. Pero aquella nefasta noche de viernes santo, solo la veía como la culminación de mis aspiraciones calenturientas. Un polvo rápido...

[8]
La casa abrió sus puertas

En su rostro latía el pánico. La miró fijamente. Como si de ese modo pudiese espantar cualquier reflejo de temor. Sabía que todo sería en vano. Cuando una mujer siente miedo, no ve por sus ojos.

Habían llegado a bordo de un autobús urbano. Las luces parpadeaban al ritmo de los baches. Solo los acompañaron una anciana de raído abrigo de visón y pelo hirsuto; una pareja de ardientes novios que se devoraban a besos, ajenos al drama que los rodeaba; y un asiduo lector de las gruesas novelas de Stephen King. El conductor parecía distraído con el partido de fútbol que retransmitían por la radio. Él había viajado mirando por la ventanilla la oscuridad reinante. En su regazo reposaba la cabeza de ella. Esta se había negado a abrir la boca. Hubiese deseado que aquel viaje no hubiera terminado nunca. La horrorizaba el destino del mismo y lo que pudiera depararles. Seguía esperando, con ansiedad y dolor en el pecho, que el ofrecimiento nunca hubiese sido realizado. ¿Por qué así? ¿Por qué ahora?

Desde que descendió del autobús sintió como sus piernas flaqueaban. El viejo y destartalado caserón les esperaba con las puertas abiertas. Él quiso demostrar buenos modales haciendo golpear sus rosados nudillos sobre la puerta de color roble. Algo así como solicitar por las buenas que la casa fuese hospitalaria. Obviamente, nadie respondió, así que se decidió a usar la llave, sabedor que aquella puerta se dejaría abrir.

Las bisagras chirriaron, al igual que el desgastado parquet del *hall*. Una escalera de caracol les dio la bienvenida. Dos largas y oscuras salas se apreciaban a izquierda y derecha. Cerró la puerta con su mano derecha y una volada de aire despeinó a su compañera, dejando su rostro enmarañado. Inmediatamente después sacó del bolsillo de la gabardina, que seguía portando ella, una linterna de incierta fiabilidad. Se descubrió emanando vaho por su boca, con un leve castañear de dientes.

La casa temblaba a cada paso que daban. Entraron, a mano izquierda, a un amplio salón. Una chimenea apagada hace siglos. Un sillón carcomido por las termitas, como el resto del mobiliario. Unos amplios tapices, más que cortinas, impedían la entrada de la luz. Ella, instintivamente fue a descorrerlos para que entrase la luz de las farolas de la calle, pero él la retuvo. La casa quería permanecer en penumbras. Ellos no la gobernaban. Era ella la que tenía en sus manos su destino.

[9]
Lluvia argéntea

Corría el siglo diecinueve, el siglo de las luces. En aquel mismo salón estaba él sentado en su confortable sillón, arropado por una bata de seda y un pañuelo en su garganta, miraba fijamente como chisporroteaban las ascuas en el fogón mientras degustaba lentamente aquel seco coñac francés. Había aprendido a leer el fuego. Y las largas noches se le iban en contemplarlo. Medio adormecido como estaba creyó escuchar un fino lamento. Conocía

demasiado bien aquel viejo caserón como para saber bien que ese lamento no podía surgir de ningún otro lugar. Sus gruesos muros impedían que entrase tanto el frío como el ruido del exterior. Sabía que aquel ruido procedía de la otra parte de la casa. Esa era la salida al jardín. Y la salida al jardín estaba totalmente prohibida en invierno.

El jardín entonces se convertía en un pesado barrizal. Las lluvias intensas de enero acababan dejándolo impracticable y todo aquel que saliese por ahí, aparte de destrozar la selvática belleza, podría acabar lastimándose. Anduvo con parsimonia, sin alertar al servicio, aproximándose a la cocina. Más bien, parecía tener miedo a derramar el coñac por el suelo. Lo dejó sobre la encimera. Tomó un candil con su otra mano. Le prendió fuego. Volvió a probar un largo trago de coñac, y se adentró en la oscuridad camino de la puerta del jardín.

La puerta estaba entreabierta. Enfocó la luz y con desgana descubrió que la historia se volvía a repetir. Las huellas de barro lo delataban. Aquello era la gota que colmaba el vaso. Respiró hondo, como si de ese modo pudiese atajar su ira. Dejó el candil en la primera mesa que vio. Y ciego, acudió al cuarto oscuro en el cual aguardaba el premio al invasor.

Sí, la había encontrado. La acarició con un paño antes de cargarla. Para ello decidió salir a la luz del candil. Su metal había enrojecido por el paso de los años, pero seguía siendo aquella boca de fuego que había usado de joven para labrarse un destino. *Clac*, se abrió la culeta. Introdujo allí unas pesadas bolas de plata aliñándolas, cual ensalada, con la más fiera pólvora. Fue en ese instante cuando volvió a escuchar esos sonidos rítmicos en la habitación del desván. No había marcha atrás.

Los pasos por los escalones no atajaban el ruido. Esto lo envalentonó. Su sangre estaba ardiendo cual coñac. Se acelero aun más si cabe su pulso. Sus pies se movían rápidos y seguros. Sintió en su nuca la inquisitorial mirada del mayordomo que lo observaba desde el *hall*. Sabían ambos que nada bueno podría surgir. Pero quien no obedece a su amo también tiene parte de culpa. Con el falto de resuello que da la edad, llegó ante la puerta del desván. Los ruidos eran aun más notorios si cabe.

La escena que vio no podía dejarle perplejo. Era lo que tantas veces se había imaginado. Fue lo que daría alas a las mentes calenturientas que construyeron la leyenda. La leyenda se había forjado justo un siglo antes de nacer ellos. Una pareja, alertada por los acontecimientos, decidió pasar una noche allí. El paso del tiempo había demostrado una curiosa costumbre. Sólo aquellas parejas de verdadero amor resisten a la Casa del Desencuentro.

Su fina piel blanca jugueteaba encima de aquel hombre sudoroso. Aquella afrenta al honor debía saldarse allí mismo. La pasión que les había dado alas, les había disminuido, ya no sólo el resto de sentidos, sino la propia sensatez. La lujuria mermó su capacidad de reacción. Apuntó con su arma, desde la puerta, sobre ambos cuerpos. No se percataron hasta que fue muy tarde. Una lluvia de plata los salpicó. Las sabanas se tiñeron de rojo carmín. Flagelada la dignidad, no dudó en unirse a la fiesta posando el cañón en su sien. Una nueva carga de plata acabó con su propia vida. Cuenta Dante que los que mueren y matan por amor tienen un sitio reservado en los infiernos.

[10]
Las correcciones de maese Platea

- Siento cortar aquí tu historia, Roberto – comentó Platea mientras se levantaba a rellenar su tubo de ron – tuve un primo trabajando en esa empresa, e indagó algunas cosas acerca de la leyenda. Las leyendas tienen eso, no son completamente ciertas. No existe constancia de que viviese en dicha casa otro gestor que el propio dueño de la empresa, Antonio Averly. Fue un ingeniero civil de Lyon, que debió edificar la factoría en esos solares allá por el año 1880.

» De la empresa, poca cosa. En la actualidad sigue siendo una fundición en la que se fabrican desde turbinas hidráulicas hasta ladrillos. Eso es lo poco que pudimos ver aquellas noches en las que nos introdujimos en la casa. El complejo *Averly* es ciertamente curioso. La

casa del propietario está enclavada junto a los talleres. Lo que más llama la atención es que subsista algo así en el centro de la ciudad.

» Del legendario asesinato pasional del gestor, al matar tanto a su esposa como al amante de esta, no se hizo eco ninguna publicación de la época. Cosa difícil siendo entonces Zaragoza una pequeña ciudad de provincias. Pero es ese castillo industrial, inaccesible desde la calle por sus altas verjas y su abundante maleza, el que ha consolidado esa leyenda urbana.

» Hasta aquí la apreciación objetiva del asunto. Quiero adentrarme en esa helada sensación, que padecimos las cuatro parejas, de no estar solos al entrar en ese edificio. ¿Nunca os habéis preguntado cómo sería la ciudad antes de la llegada de la terca mano del hombre? ¿Qué había en ese solar antes de que Antonio Averly decidiese construir la casa? No es una locura asociar este enclave con otro, la Iglesia del Portillo, que se encuentra a unos cientos de metros. Era allí en dónde eran enterrados nuestros ancestros hasta que llevaron el cementerio al barrio de Torrero.

» ¿No habrá algo de mágico en ese lugar? Algo mágico mucho antes de que el ser humano poblase este valle. Cuando sólo había naturaleza. Mucho antes de que los celtíberos sufriesen la acometida romana. Algo que le llevase a la propia humanidad a refugiar allí los restos de sus seres queridos. Magia. Poder.

[11]
El pacto

- ¿Qué es lo que sentí yo? – continúo Roberto – No es que fuese como uno de esos viejos cuentos de fantasmas, ni mucho menos. Es distinto. Es mental. Cuando entras por esa puerta eres consciente que algo falla. Te diría que quizá haya algo de psicosomático en todo ello. Tendría sentido si hubiese conocido la leyenda antes de entrar por esa puerta. Pero no, era como un lento y prolongado escalofrío. Esa sensación de que algo no funciona. Como cuando escuchas la canción de un grupo de novatos y te dices «algo no encaja», después descubres que el bajo y la batería no llevan el mismo ritmo. No sé, quizá la dejadez de lo que nos rodeaba. Muebles destartalados. Baldosas semovientes. El reflejo oscuro de un espejo empañado de polvo.

» Pero nos daba igual. Perdón. Me daba igual. Ella temblaba por esa mezcla de temor ante la casa y temor ante mi. Evidentemente no estaba preparada para hacerlo. Creía yo la versión de Vanesa. En sus ojos creía ver el temor de una actriz fingida. Y subimos, uno a uno, los escalones que llevaban a la tercera planta. Y a cada paso que daba, me iba convenciendo a mí mismo de que aquello era una locura. En verdad no amaba a Mamen, ni mucho menos sabía si sería bueno hacer el amor aquella noche. Era como si la casa me gritase excusas para no seguir adelante. Un segundo antes, en la calle, no había pensado en nada de eso.

» En el último momento, ya en la alcoba, ella empezó a excusarse. Yo no quería oírla. Le besaba en la boca para impedir que volase un «no». Ella estaba desconcertada, y se dejó hacer. No oponía resistencia, pero le vi como unas lágrimas corrían por sus mejillas. Evidentemente todo aquello era un error. El mero hecho de estar haciendo el sexo en aquel lugar fue como firmar un pacto con la casa. El pacto por el cual ella se hacía dueña de nuestros futuros.

» Un falso abrazo nos fundió cuando terminamos de hacerlo. No era pasión, era más bien el abrazo de autodefensa. Más miedo que cariño. Más cariño que amor. El olor añejo de la buhardilla te trasportaba a un tiempo en que las noches no estaban marcadas al son de la programación televisiva. La luz de la luna llena, que entraba por la pequeña cristalera del techo, iluminaba la pared del fondo. Jugaba con el papel amarillento empapado de rancias flores. Miles de partículas de polvo danzaban por doquier como la luz reflejada en una bola de discoteca.

» Ella empezó a llorar. Yo sabía que me había equivocado. Había pecado de impaciente. Lloraba porque no era así como se había imaginado la magia. Se levantó llorando de la cama. Se vistió ante mi silencio culpable. Me dijo que me llamaría. Y huyó de aquel lugar.

Sola. Aun no sé como influirían en sus pensamientos aquella casa. En los míos dejó el recuerdo de la profanación. El sacrilegio.

[12]
Sonia

- Fue así, deprimido, como te encontré al día siguiente en la cafetería. – prosiguió Platea – No existías. Y, de un modo poco menos que casual, esa llave apareció en la mesa. Supongo que ni tú deseabas sacarla, ni yo sabía qué había detrás de ese objeto. Probablemente se te cayese a la hora de sacar la cartera para pagar. Te pregunté por ese objeto. Como un asesino que pretende deshacerse del cuchillo homicida, me lo entregaste. Me hablaste de la casa y de la ruptura. Aquella tarde sólo oí lo que me dictaba el deseo. Sabéis, a una edad temprana, es tan difícil encontrar lugares para la intimidad...

» Nunca me había perdonado que empezase a salir con Sonia como si fuese un experimento. Me decía que quería aprender. Descubrirme en la faceta del amante. Sentir con ella lo que veía en mis mejores amigos. Aun hoy me pregunto si en algún momento me llegué a enamorar de ella. Pronto me acostumbré a un nuevo tipo de rutina. Y lo que había empezado como un juego se convirtió en dependencia. Me odiaba por ello. Sentía que estaba dejando escapar otras oportunidades. Pero era demasiado cobarde como para dejarlo. En ella veía los ojos del amor.

» Recuerdo una conversación aislada en una noche de sábado con Marcos. Me dijo «Tío, ella te ama». Pero, había un problema: yo no la amaba. Para mí, aquella relación eran pequeños desfogues de fin de semana. Para ella, la amargura entre semana. ¡Cuánto dolor innecesario! La conciencia se rebelaba contra ello. Más cuando en dos ocasiones intenté serle infiel. Fracasaron ambas. Pero para mí, era una traición. Y no podía quitarme esa espina. No la amaba. No la respetaba. Y no tenía agallas para acabar con ese sufrimiento.

» Esa casa te desvela tus peores pecados. El ser humano hunde en el subconsciente aquello que no quiere oír. La casa abre de par en par esa cárcel. Y las deudas aparecen. Si esa casa sacó el pecado de la lujuria en Roberto, o el de la ira en Miguel, a mi me abrió el mal de la locuacidad. Y ante una mirada dolida, dije lo que había ocultado en todo aquel tiempo.

» Sí, en mi caso, la casa también produjo el desencuentro.

[13]
Rojo ira // Rojo vergüenza

- Sinceramente, nunca me perdonaré el episodio violento que viví en aquella ocasión – empezó a hablar Miguel, creyendo que aquello se convertía en algo así como el juego de la verdad, o al menos, la entrada en un nuevo club de ex-alcohólicos – pocas veces la violencia se había apoderado de mí. Pocas, muy pocas. Una, recuerdo, estando de borrachera en un bar de playa en Alicante con unos *hooligans*.

» Nunca le había pegado a una mujer. Nunca hasta entonces. Y nunca lo he vuelto a hacer. Pero ya me conocéis: soy pacífico hasta que me hinchan las pelotas. Como aquellos hijos de la Gran Bretaña. Y, la verdad, cuando estábamos entre esas cuatro paredes, empecé a ver a Alicia como el ser insoportablemente pijo que era. Estúpida. Caprichosa. Sólo estaba con ella por el sexo. Lo reconozco. Algo dentro de mí me llamaba a practicar el sexo salvaje con ella. Callar la estúpida voz de pito que salía por esa boca. O, mejor, que gritase de dolor. Os juro que en ese momento no era consciente de mis actos. Yo no era yo. Yo era la ira.

» Aun me pregunto como no me denunció.

- Lo mío fue distinto – narró Marcos – y no os riáis. Pero a mí no me poseyó esa casa. A quien poseyó fue a María Jesús. Se empezó a burlar de mí. De mi negación para el sexo. De habérselo montado con media Facultad en la fiesta de San Pepe. Dijo que estaba decidida a dejarme. Que era un ser patético y que sólo estaba conmigo por lástima. Aquello era aberrante. Humillador. Anda, ponme un whisky.

- Je, je, que sean dos. – dijo Raúl levantando el brazo. Estaba tomando nota para escribir una buena historia.

[14]
Moraleja: el tesoro de los nibelungos

- Lo peor de todo – prosiguió Platea -, es que hicimos ese pacto con la casa. Pusimos nuestro presente en juego, y ella maldijo nuestro futuro. Desde entonces las cosas nunca han ido tan bien como quisiéramos. Ninguno de los cuatro hemos logrado tener una vida amorosa satisfactoria desde entonces.

» La leyenda urbana enfatiza que «Sólo aquellas parejas de verdadero amor resisten a la Casa del Desencuentro». Popularmente nació una moraleja a todo esto: sólo aquellos que dudan de su relación de pareja, se arriesgan al veredicto de la casa. Aquel que tiene una relación confortable no la pone en juego. Por ello la sentencia siempre acaba siendo desfavorable.

» Quizá sea Roberto el único que entró en aquella casa sin saber las consecuencias. El resto, uno a uno, sabíamos que algo pasaba ahí dentro. Y nosotros tres no teníamos fuerzas para impedir que nuestras parejas fracasasen. Marcos sabía que María José le era infiel, y deseaba oírlo de su propia boca. Miguel detestaba a la estúpida de Alicia. Yo nunca encontraba valor para decir lo que pensaba.

» Una vez encontré una leyenda que refleja nuestra insensatez. La leyenda del tesoro de los nibelungos. Los nibelungos eran unos seres feos que vivían en las cavernas. Un buen día, uno de ellos, Alberich, se adentró en las frías aguas del Rin. Se quedó enamorado perdidamente de tres ninfas que en él vivían. Alberich intentó seducirlas una a una. Pero ellas se negaban, puesto que eran bellas y él espantoso.

» Cuenta la leyenda que el nibelungo preguntó entonces a la tercera ninfa cuales eran sus cometidos en el río. Ella le explicó que las tres se dedicaban a custodiar el tesoro que habitaba en las profundidades. De aquel tesoro se forjaría un anillo mágico, y su poseedor dominaría el mundo. Alberich preguntó como se forjaría semejante joya. Y la ninfa le descubrió que sólo sería forjado por aquel que renunciase al amor. El nibelungo, sabedor de que nunca obtendría el amor de aquellas tres bellas criaturas, robó el tesoro, renunció al amor, y forjó el anillo.

» El hecho de poner nuestros sentimientos en las manos de aquel edificio, hizo que forjásemos nuestro propio anillo nibelungo, renunciando al amor presente y futuro. De aquellos polvos, estos lodos.

» Por cierto, ¿Dónde está José Ignacio?

[15]
Un antídoto

- ¿No lo has visto? – respondió Marcos – Se ha ido a tu cuarto con la rubia de tu trabajo.
- ¡Estoy harto de que en esta casa lo hagan todos menos yo!
- Ha sido cuando empezabas a enrollarte con el tema de Sonia. Le ha metido un lengüetazo y se la ha llevado. No lo has visto?
- Caray, no.
- Es que como estaban al lado de la puerta, no los habrás visto...

Platea se sentía decepcionado con José Ignacio. Le había ofrecido un dedo y se había tomado todo el brazo. Al menos podría haberle pedido permiso. Se lo habría dado. Podría haber elegido otro día. Aquella noche tendría que haber venido por el reclamo propio, culinario, etílico y humano. Pero no, en el genero masculino, las carretas las llevan otras. Y encima en su cuarto. Le tocaría dormir en el sofá.

- Me ha venido a la mente una cosa de Nietzsche. – soltó a destiempo Raúl – ¿Os acordáis del mito del eterno retorno? Imaginaos que una vez hayamos muerto, volvamos al mundo de los recién nacidos, para vivir exactamente la misma historia. ¿No lucharíais, en ese caso, para intentar que esta vida acabe siendo mejor? No ya por esta, sino por las infinitas venideras. No os asustéis, vengo a decir que tiene que haber una manera de encontrar un antídoto a esa casa. Romper el lazo.
- No creo en Nietzsche – dijo Platea – si hay una vida después de ésta, tiene que ser superior. Estamos en constante aprendizaje. Me resisto a creer que partamos de cero cada setenta años.
- Bueno, pero pensad en esto, pensad en romper el pacto con la casa. Habrá alguna manera, digo yo.

La sugerencia pareció caer en ocho desangelados ojos. Pareció o pereció. La fiesta de cumpleaños tocaba a su fin. Había sido más *light* de lo pensado. La enrojecida fruta aun zozobraba en aquel medio mar de sangría. Las cortinas amarilleaban el olor de las docenas de colillas muertas en el cenicero. Sonaba el disco rallado de Radiohead eternizando una sílaba mal ensayada. Los ojos de Platea empezaron a suplicar sus siete horas de sueño.

[16]
Eterno retorno

Aquella noche soñó con Nietzsche. Uno se esos sueños desordenados que el alcohol produce. Tan caótico que una vez despierto uno parece haber perdido el sentido de la propia existencia. Del dónde, del cómo y del quién es uno mismo. Y sólo una frase surgió de su boca resacosa:

- Eterno retorno

Tenía un molesto dolor de cabeza. Se duchó como si de esa manera pudiese limpiar su cerebro y quitarle las migrañas. Fue en vano. Era pronto. Aprovechó para recoger el esperpento que tenía por salón. Su cuarto amaneció vacío. Al fin era el día de su cumpleaños. Era domingo. Salió a la calle. Hacía un buen día. Sí, Zaragoza es la ciudad de las primaveras interrumpidas. Cuando amaina el viento, se abre un lapso de tiempo en el cual se visten hasta algunas valientes mangas cortas. Un par de días después acaba la tregua y el frío campa a sus anchas. Pero aquel día era primavera. Un buen momento para pasear ante el luminoso sol de enero.

Los errantes pasos de un aragonés sin rumbo le llevaron ante el Estadio Municipal de La Romareda. La casa del sufrimiento. Al otro lado, haciéndole la sufrida competencia, el Hospital Miguel Servet. Ambos horrores arquitectónicos se hacían frente.

Platea se sentó, reposando su espalda en la puerta 15 del campo de fútbol. El sol le cegaba. Entrecerró los ojos. En frente, como una dantesca sombra, recortaba el cielo azul la que había venido siendo la «casa grande». El sonido de una ambulancia se amortiguó en sus entrañas. Realmente feo. Feo para ser el primer sitio que ver con tus propios ojos. Un edificio que al contraluz parecía de un gris hormigón. Hormigón franquista. Hormigón dictadura. Ahora entendía el porqué de sus ojos grises.

Miró su reloj. Las once y treinta y siete. Se levantó. Empezó a pasear con intención de cruzar de acera. El semáforo tornó verde y llegó a la puerta de maternidad. Once y cuarenta y dos. Veintisiete años atrás acababa de asomarse al mundo. Veintisiete vueltas había dado la tierra al sol. Prácticamente sin haberse movido a no ser porque la galaxia se aleja del hipotético kilómetro cero del *Big Bang*. Prácticamente el mismo a no ser porque el brazo de Orión se ha desplazado en el minutero de la vía láctea.

Una mujer embarazada bajó apurada de un taxi. Su marido le ayudó a recorrer el breve camino hasta maternidad. Nacer para morir. Morir para nacer. Ah, eterno retorno.

IV. GANÍMEDES

[1]
La muela

Los ojos marrones de Francho miraban la ventana por la que vemos el mundo. Sin saberlo, era adicto a muchos programas que por ella emitían. Pero uno de sus favoritos era uno que echaban en Antena Aragón. Uno de documentales de oficios antiguos. En aquel momento estaban proyectando uno acerca de los neveros. Unos hombres de Fuendetodos almacenaban, capa tras capa, la nieve que había caído en invierno.

Su imaginación voló a aquella vez que, de pequeño, subió en un autocar escolar camino de ese pueblo. En unas yermas planicies aparecían, como las solitarias muelas en las bocas de los ancianos, unas desperdigadas construcciones circulares de piedra. No habían ido allí a ver neveros, sino la casa natal de Goya. Aquel día solo vieron frío.

Como muelas desperdigadas en boca de un anciano. Crack. Sus muelas machacaban los diminutos granos de maíz tostado. Crack.

Las manos encallecidas esparcían la nieve traída por canastos. Homogéneamente se iba creando una planicie blanca. Posteriormente una capa de paja recubría la nieve para soportar y preservar, como una lasaña congelada, más canastos de nieve ya embadurnada de barro.

Crack. Blanco de caries. Crack. Maíz tostado.

Tenía frío. Quería levantarse a encender la calefacción, pero su trasero, insolidario, se negaba a levantarse a expensas de terminar de ver el resultado del documental una vez llegado el verano.

Crack. Algo inanimado pareció desprenderse de su boca. Duro. Más duro que un grano de maíz. Tuvo miedo. Dejó de masticar. Se levantó del sofá, dirección al baño. Y, ante el juicioso reflejo del espejo, Francho observó que entre los restos de maíz de su boca brillaban una cosa blanca y otra negra. Escupió. Se había roto su muela llevándose parte del empaste.

Francho abrió tan fuerte como pudo la boca para escudriñar el resultado. Lo más sorprendente, a primera vista, es que no le dolía. Se vislumbraba un agujero en la parte posterior de la segunda muela. La más débil. Francho se esforzaba en ver el hueco que su lengua palpaba. Pero su mandíbula no daba más de si.

Tomó su tubito de crema de dientes. Y limpió concienzudamente su boca a fin de eliminar cualquier resto de comida. Tendría que acudir al dentista. Y eso le hacía aflojar sus vísceras.

[2]
Leche condensada

Francho se recordó tumbado sobre la cama que tenía en casa de sus padres, cuando era pequeño. Se recordó pegado a un bote de leche condensada. Pegado por la boca. Su aliento procedía del interior de aquella lata. Se recordó sorbiendo como lo haría un vampiro sediento. Tan dulce. Tan extremada y golosamente dulce aquel mejunje. Después, recordaría a su madre, enfadada porque se había quedado sin leche condensada para el café.

Francho se recordó yendo hacia el colegio. Con la mochila repleta de libros. Apenas quedaba una pequeña cuesta, y las puertas del mismo le esperaban abiertas. En eso, como cuando se rompe la cáscara de una nuez, sintió un crack en su muela. No hubo dolor, sino una corriente fresca en su lengua. Las caries habían empezado una batalla sin retorno.

Francho se recordó yendo al dentista. Su padres lo habían llevado de propio desde el pueblo hasta Huesca. Él se negaba a que una máquina taladrase su boca. A esa sensación de boca asalivada. A esa jeringuilla eternamente larga que mordía sus encías para dormirle la voluntad.

Francho se recordó haciendo la firme promesa del nunca más. De lavarse los dientes después de cada comida. De no tomar más leche condensada. Pero quién iba a decirle que la catástrofe llegaría de la mano de algo salado... y de la falta de constancia en el manejo del cepillo de dientes.

Y Francho se sorprendió entonces de una cosa. De que su intuición le había avisado de la muela. Algo así como aquella vez que estaba en el Camino de Santiago. No había pinchado en lo que llevaban de trayecto, pero en un momento dado pensó en esa posibilidad. Tres segundos después un clavo entró en la cámara de su rueda delantera.

En verdad, Francho siempre se había considerado poseedor de ese sexto sentido que es la intuición. Un sexto sentido más bien femenino. Un sexto sentido arbitrario que sólo funcionaba ocasionalmente y no cuando quería. Él era el que acertaba lo que le iban a regalar sólo con tocar el papel de envolver, aunque algunas veces pensaba que quizá era por conocer muy bien a quién lo regalaba. Él era el que miraba el teléfono segundos antes de que sonase. Él era el que se despertaba a instantes de sonar el despertador, aunque más bien eso no tiene nada de mágico, pues es ya rutina. Él era el que soñaba las preguntas del examen del día siguiente.

Y de que sirve tener intuición si no le haces caso.

[3]
El político

En realidad su nombre no era Francho, sino Francisco. Aquel cambio de facto que el DNI no reflejaba, alumbraba una realidad ideológica en ciernes. Francisco debía haber sido su nombre, pues lo era el de su padre y el de su abuelo. Francisco habría de ser el nombre de su hijo y de su nieto. Y, aunque lo primero era cierto, lo segundo empezaba a ser dudoso.

El día que Francisco decidió aragonizar su nombre no era muy lejano. Pese haber nacido en el prepirineo aragonés, nunca había sospechado semejante cambio. Había nacido en un pequeño valle al norte de la provincia de Zaragoza. Aquel valle fue un tiempo atrás el Reino de Onsella. De aquel reino sólo quedaba el nombre de un hostal rural. Aquel pueblo llamado Isuerre era en sí mismo un paradigma. Un pueblo olvidado que parecía renegar de su localización. Parecía imposible que aquel pueblo tan al norte perteneciese a la provincia de Zaragoza. Escasos 50 kilómetros debían de separarlo en línea recta con Francia. Era como si por un error cartográfico hubiera dejado de pertenecer a la provincia de Huesca. Pero las gentes no se sentían ni oscenses ni mañas, sino navarras. Y un navarro nunca traduciría su nombre al aragonés.

Si bien es cierto que las zonas que conservan de un modo residual la lengua romance aragonesa son las de los pequeños pueblos pirenaicos, fue en Zaragoza donde Francisco pasó a ser Francho. Fue escasamente un año atrás. Por entonces Francisco no convivía en el mismo piso que Platea y mucho menos que con Tony, que aun no sospechaba mediterranealizarse.

En febrero era práctica habitual la conmoción panfletera universitaria a propósito de las elecciones al Claustro Universitario. Una pantomima que sirve para celebrar una soporífera reunión de más de trescientas personas una vez al año. La locura se difundía entre los prematuros políticos universitarios, como si, a parte de enseñar derecho, aquellas paredes hubieran de servir para preparar las gloriosas huestes políticas del futuro. No eran muchos los que participaban en esa histeria, y para Francisco, aquello no tenía la más nimia relevancia.

Francisco se sentaba en su amplia clase de Derecho, en las filas más retrasadas. Como era habitual por esas fechas, esperaba a que llegase las diez y media para que por el

pequeño ventanuco alargado que existía sobre la pizarra le mostrase el sol matutino. Perseverante, llevaba todo el invierno midiendo a qué hora hacía acto de presencia. Por esas fechas, entraba cerca de un minuto antes que el día anterior. Lo que Francisco no sospechaba era que a poco más de un kilómetro de distancia, Platea, su futuro compañero de piso, había realizado, dos horas antes, una medición similar desde su planta quince. Aunque solo fuera con motivo de bajar las persianas automáticas de la oficina.

La clase soporífera vagabundeaba entre los requisitos del matrimonio canónico, diferenciándose de los clásicos tres supuestos matrimoniales del Derecho Romano y los que admitía el actual Derecho Civil. Ante esa emoción embargada, que le hacía cabecear, recibió con alegría que uno de aquellos agitadores sociales hiciese entrada en su clase de Derecho Eclesiástico. Y era hermoso. Tremendamente hermoso y locuaz. Alguien a quién desear. El profesor, dispuesto a tomarse en serio el rigor democrático, aceptó salir cinco minutos antes para carajillear en la cafetería.

Y fue así como conoció Francisco al ser por el que habría de cambiar su nombre.

[4]
Ganímedes

Nunca tuvo un recuerdo concreto de que se llegase a enamorar de una mujer. Nunca le llegaron a interesar. Lo cierto es que estaba cómodo con su cuerpo, y nunca renunció a él. Probablemente en otro tiempo, esto habría sido la excusa perfecta para acabar haciendo carrera monacal.

Con el tiempo y la edad, empezó a situarse mentalmente en ese espectro que en los últimos siglos había sido perseguido y en la antigüedad ensalzado. Había nacido hombre, era hombre, y le gustaban los hombres. Era la personificación del grecolatino mito de Ganímedes.

Para él fue todo un descubrimiento el hallazgo de esa leyenda, mientras curioseaba mitos griegos para un trabajo de Historia de segundo de BUP. No fue como salir del armario, sino más bien, como encontrar la justificación para explicarse su modo de pensar. El primer lugar donde encontrar eco a su desidia con las mujeres.

Ganímedes debió de ser un bello pastor troyano del que el propio Zeus se enamoró. Zeus, a parte de ser la razón última de las descendencias de las familias reales griegas, debió ser tan procaz como para hacer de su mujer, Hera, la cornuda universal. La iracunda infanticida. Y Zeus, dispuesto a que su amor masculino no lo abandonase nunca, mantuvo a Ganímedes como aguador del Olimpo. Es decir, el Acuario. Y en prenda de su amor, le regaló la constelación.

Por algo tan romántico, y por la soledad veraniega, cuando regresaba a Isuerre tras bachillear en Huesca, Francisco se empezó a interesar en la astronomía. En distinguir, de entre todas, la constelación de Ganímedes. El limpio cielo de la montaña lo permitió. Sorprendente fue el hecho, cuando tuvo en sus manos su primer libro de astronomía, que una de las cuatro lunas principales de Júpiter, las galileanas, tenía por nombre Ganímedes. La excusa perfecta para ahorrar dinero para un telescopio.

Fue entonces cuando se hizo la promesa de encontrar su Júpiter sobre el cual orbitar. Al que nutrir con néctar y ambrosía. Y aquella mañana en la Facultad creyó encontrarlo.

[5]
Excitación aragonesista

Dos días después, se vio a sí mismo repartiendo octavillas y fomentando el voto hacia la unión estudiantil aragonesista. Aprendió a diseñar carteles a lo Andy Warhol y no se le cayeron los anillos por pintar en enormes papeles de estraza, las consignas coloreadas en cuatribarrada.

Y ahí estaba el líder, que se hacía llamar Chabi, dirigiendo armónicamente a esos ilusionados jóvenes. Este preparaba concienzudos planes de voto para vencer la desidia universitaria. De más de cuatro mil estudiantes que masificaban las clases, se estimaba que escasamente un diez por ciento iría a urnas. Tan lejos quedan ya las cargas de los grises ante la voz de la libertad. Distantes de la pasión por el futuro común. Ahora, las abotargadas miradas giran en torno al devenir solitario del yo, cómo única arma para sentirse un triunfador en la vida. Donde la universidad deja de ser universal para volverse particular. Donde el fomento del éxito personal rige sobre la perspectiva de que se es parte de una sociedad.

Y Francho descubrió que su voz temblorosa clamaba en el desierto de las aulas. Sus compañeros de clase le miraban extrañados de su mutación sáulica cuando hacía llegar la buena nueva. Y sabía que el destino no le tenía reservada aquella labor mesiánica. Pero él quería estar ahí, presente en la revolución desde dentro. Y ser apreciado por quién cambió su nombre.

El hecho de atreverse a cambiar su nombre tampoco era en ese entorno algo insólito. A su alrededor, aquellos que podían traducirlos, los vestían en una lengua que ni ellos mismos hablaban. Surgían los Chorche, Bizén, Chesus o Inazio, como un Rh negativo del cual estar orgullosos.

A nuestro Ganímedes particular, las renuncias que estaba haciendo le parecían baladíes. Prefería dejar de estudiar ante los parciales de febrero. Prefería estar horas rodeado de gente que irradiaba energía. Se sentía panel solar, y reciclaba exponencialmente ese ardor. Absurdas le parecían esas horas muertas en la que senéctiles profesores divagaban en el aula acerca de conceptos tan imperecederos como el usufructo mortis causa del cónyuge, el silencio administrativo negativo, o la irretroactividad de las disposiciones sancionadoras no favorables. Sentía sus músculos vigorizados. Su mente, activa. Su amor, alcanzable.

[6]
Jornada electoral

Lo que más le fascinó aquel día fue la agitación de los seres que le rodeaban. Aun no los terminaba de conocer, y sus nombres se entremezclaban. Por el contrario, todos parecían ya conocer a aquel chico nuevo que él era. Y le trataban bien, muy bien. Francho se sentía a gusto con todo eso. Como si llevase media vida en ello. Se reunieron a las diez en la cafetería de la Facultad. Los cafés volaban, y Chabi empezó a pasar lista.

- Muy bien, somos treinta y dos. Con que cada uno de nosotros logremos diez votos, ganamos las elecciones. El año pasado sacamos doscientos treinta y siete y nos quedamos a veinticuatro. Este año podemos lograrlo. ¿Les recordasteis a vuestros amigos que hoy viniesen con el DNI? Muy bien. En media hora se abren las urnas. Y esta vez vamos a ganar.

Bizén era un chico algo gordete, su novia estudiaba Químicas. Amante de los chistes malos y de las peores canciones, se le conocía también por «el cura». Si alguien involuntariamente decía la frase «Si los curas», Bizén empezaría a cantar el himno oficioso de Riego en los tiempos de la República. Aquel que decía «Si los curas y monjas supieran la paliza que van a llevar, bajarían del coro cantando Libertad, Libertad, Libertad». Meses después, cuando Australia extravió el himno español por éste, en la final de la copa Davis, Bizén diría que se haría canguro. Nunca llegó tan lejos una canción del Pirineo aragonés.

Con semejante himno, avaló la arenga de Chabi. El resto, un poco cansinos del monotemático Bizén, empezaron a burlarse de él. Pero a Francho le cayó simpático. Una intuición.

- Bueno, mi nombre es Vicente.
- Parece que se presentan bien las elecciones.
- Chabi es sensacional en esto, nos ha subido el ánimo a todos. Hace dos años nadie daba un duro por nosotros. Que ganase la izquierda en derecho era imposible. Hoy puede ser posible.

Estuvo todo el día buscando gente a la que arrastrar a las urnas. A las que explicarles el ritual de votación. Sí, puedes marcar hasta tres cruces, yo salgo el séptimo. Muchas gracias, te debo un café. Pero de aquel día le dejarían en la memoria dos momentos. Uno en el que corría desesperado a la secretaría de la Facultad a por más papeletas, que se estaban acabando. El otro, el abrazo efusivo que le dio Chabi al saber que al final eran siete los votos que sacaban de ventaja en el recuento. Un tercer recuerdo le martillearía en el futuro Bizén, el habano que se fumaron a medias.

[7]
Señor Monosílabo

Aquel mismo fin de semana, Chabi quiso celebrar la victoria mediante una parrillada en su chalet de Montecanal. Interesante paradoja, la de unos padres adinerados con un hijo de izquierdas. Tampoco estuvieron muchos, pero entre ellos estaba Francho. El líder los recibió a medio secar. Había estado cortando leña y podando los setos del jardín y por minutos no le habían sorprendido en la ducha. Su pelo, aun mojado, se le pegaba al rostro como un Jesucristo en la pasión. Francho reconoció la fragancia que llevaba, un aroma poco llamativo. Se trataba de *Carolina Herrera 212 for men*. Él también la había llevado alguna vez. Recordaba sus ciertos tonos alimonados.

Estaba radiante. Sus ojos brillaban. Y su sonrisa seducía. Una vez oyó Francho que el secreto de Felipe González era que siempre deseaba seducir. Seducir con la mirada, con los gestos, con las palabras. Eso era el carisma. Y Francho, sin decir nada, sin actuar, sin mirar, también ejercía su autoridad sobre aquel grupo humano. Un poder que actuaba por acción y por omisión, por palabra y pensamiento.

Pasaron todos, con una cerveza en la mano, hacia el fogón que tenía preparado Chabi en el jardín. Y como el día en que Tony fue llevado cual rata guiada por el flautista de Hamelín al Coso de la Misericordia, así fue llevado Francho hacia aquella barbacoa, guiado por el perfume que emanaba el líder. Flotaba. Y se descubrió estando justo detrás de él, mientras removía las brasas. El pelo de él recuperaba sus leves ondulaciones al irse secando ante el fuego. Evocará Francho, en momentos de soledad, una imagen de aquella mañana. El deseo impúdico de introducir su mano por la nuca, con los dedos abiertos, y mesar los pelos aún húmedos. Rozar con la yema de sus dedos la nuca. Un deseo nunca anhelado desde entonces, y que probablemente nunca volvería a necesitar.

En eso oyó un ladrido. Los perros huelen esas cosas. Se acercó al dueño. Se trataba de un Pastor Belga. La mano de Francho acarició la nuca del can. Burdo sustituto. No parecía conforme de que fuese acariciado por un desconocido y volvió a ladrar.

- Señor Monosílabo, basta ya.
- ¿Señor Monosílabo? ¡Qué nombre tan curioso!
- Una vez me percaté que todo lo que ladra lo hace en una sílaba. Arf, Guau, Grrr... De ahí su nombre. El día que aprenda a decir palabras de dos sílabas será el Señor Bisílabo. – dijo sin dejar de remover el fuego.
- Un nombre ocurrente.

Hubo suerte con el clima. Un sol de principios de marzo les permitió comer en el jardín. Señor Monosílabo no paró de rodear la mesa para hacerse con cualquier despojo. La bandeja repleta de longaniza, chorizo, panceta y costillas fue lentamente vaciada. La madre de Chabi había preparado una salsa de alioli excelente. La verdad, si esto de la militancia era así, entendía que hubiera tantos triperos en los partidos.

[8]
Motopizza

Supo que en un sitio como aquel sólo podría haber ese tipo de jefe. Venía trabajando desde que fue a la Universidad en los más variopintos trabajos, desde repartidor del Marca a todos los kioscos de la ciudad, hasta camarero de un bar de carretera. Y, entre eso, la beca y

la ayuda familiar, subsistía. Por aquel entonces estaba de Motopizzero. Pero lo que más le llamaba la atención de ese trabajo era su jefe. O, más bien, sus manos. Unas manos grandes, enormes. Unas manos que sólo podían ser usadas en trabajos tan diversos como pelotari, albañil o pizzero. Unas manos que nunca podría tener un pianista o un informático.

Unas manos que daba miedo mirar. Unas manos que hacían temer del día en que ese jefe estuviese enfurecido con él. Unas manos que, en el tiempo de la infancia, serían las del niño más temible de la clase. Unas manos que, cuando sacudiesen una torta, dejaban lerdo al cuerdo. Unas manos, las suyas, que se introducían de manera innata en la masa y la hacían girar.

Pero ese espectáculo siempre se lo perdía. Trabajaba de motopizzero los jueves, viernes y sábados. Aun aguantó unos meses con la furia roja. La reina de la calle Bretón. Una vespino que ni cuesta abajo alcanzaba los cincuenta. Era un trabajo fácil y rápido. Sin segundas. Los únicos requisitos, saber restar y conocerse el barrio. Fácil hasta que empezó a coger miedo a los ascensores. No fue por cuestiones de vértigo ni de claustrofobia, sino a un par de experiencias.

[9]
Piso 3 y ½

La primera de ellas fue aproximadamente en las mismas fechas en las que conoció a Chabi. Probablemente el mismo fin de semana en el que conoció al Señor Monosílabo. En una mano llevaba el casco, en la otra la pizza, y tenía que subir al quinto. Al quinto de un piso cualquiera de la calle Canovas. Fue él mismo quien presionó al botón para frenar las puertas automáticas y permitir la entrada de esos dos tipos. Dos tipos con sonrisa agradecida.

¿No os dije que la intuición es algo en desuso? Si no lo dije, debería haberlo dicho. Cuando tú no le pides que hable, ella no cierra la boca. Pero cuando en un momento te puede librar de un apuro, se calla. Y eso que es como Casandra, que sólo está para predecir malas nuevas. Quizá porque disfruta con que aprendas con las lecciones que da la vida. O porque estás pensando en el culo de otra persona en vez de ver los ojos de los que tienes a tu alrededor.

Era una situación cotidiana. ¿Quién no ha estado en un ascensor con un desconocido? Se oye el silencio y el vacío. Un silencio urbano rodeado de ruidos de motor. Una mirada perdida en el contador de plantas: principal, primero, segundo. La lentitud de los elevadores viejos. Y ese doblegar de cuerdas rozando la caja en la que uno está suspendido en un oscuro abismo.

Una de las cuatro manos que le acompañaban echó mano de la parada automática. Otras dos sustentaron navajas. Francho se sintió superado por los acontecimientos. Si daba el dinero a los atracadores, se las vería con las enormes manos del jefe. Si no lo hacía, los yonkis acabarían navajeándole y robándole. Uno no es Curro Jiménez, de esos que se tercian a navaja y manta. No había sitio en aquella reducida plataforma para defenderse. Ni ganas. Ni valor. Y en una planta 3 y ½ , fue despojado de lo que tenía: casco, pizza y cambios.

[10]
Oído cocina

A la segunda ocasión que el destino le mostró oportunidad de ser nombrado caballero andante y desfacedor de entuertos en un piso 3 y ½ , Francho cambió la moto por el mostrador. La furia roja suplió de dueño. Nadie la cuidaría como él, ni recibiría el oportuno cambio de aceite. Aquella máquina infernal todoterreno, que al mismo tiempo, subía a las aceras en semáforos en rojo, como se burlaba de la dirección prohibida sin pudor.

Ponme una mediana hawaiana con doble de queso en masa fina, otra mediana barbacoa con salsa besamel en masa pan, dos latas de cerveza sin alcohol, una de fanta limón ah, y unos nuggets de pollo con salsa de ketchup, por cierto, ¿me haréis el descuento del 2x1

de la pizzas medianas no?, es para llevar, ¿Cuánto es? ¿Qué cuanto es? Si estaba empezando a apuntar lo de la doble de queso de la hawaiana.

Y el jefe, ¿Donde coño está el jefe? ¿Y la cocinera nueva? Esa con rostro de Borbona. Tan tiesa ella. Tan pulcra. Los jueves era el peor día, porque al final acababa quedándose solo al mando del establecimiento. Riiiing, riiiing. ¿Pizza de Bretón dígame? Sí, una doble masa fina de carbonara con peperoni y pimientos. Maaaarchando.

Oiga, se ha equivocado, esto no es lo que he pedido, yo había pedido una mediana hawaiana con doble de queso en masa fina y me han puesto una hawaiana con doble de piña en salsa belchamel con ketchup olor a pollo.

¿Dónde narices está el jefe ahora? ¿Peperoni? Peperoni no tenemos, espere, que voy a mirar en el almacén.

«Esto no es lo mío», dijo tembloroso al encontrarse a esa bola-de-pelo-con-manos haciendo soberanos esfuerzos por dar placer a la nueva. «No es lo mío». El jefe, sorprendido en barrena, no tuvo palabras para describirse a sí mismo en semejante trance. Sólo un fino «cagüenlahostiallamacuandoentrescoño». Y la Pizza de Bretón se quedó sin dependiente aquella noche, pese al enfurecimiento de la clientela.

[11]
Tú, Te, Ti, Contigo

Por aquel tiempo, compartía casa con Diego, un adicto a Internet, en un piso del casco viejo. Un tercero sin ascensor, con vistas a la calle Mayor. Era un pisito alquilado de baja renta por su mal estado. Lo único positivo que tenía aquel cuchitril era que estaba bien situado. Uno podía salir de fiesta hasta altas horas de la madrugada y en cinco minutos estaba arropado por las mantas.

Se recordó explicándole, porqué había dejado el trabajo de pizzero: «A nadie le gusta encontrar al jefe haciéndolo con una compañera de trabajo, ya me dirás, pero es que no era un jefe, era una enorme bola de pelo. Una bola de pelo con manos. Era degradante». Recordaba Francho como caían sus lágrimas de risa al rememorar la esperpéntica situación. Por suerte en aquel entonces, aun tenía unos ahorrillos y se podría estirar los tres meses de alquiler del verano.

Diego salía con su enésima cibernovia. Esta vez había dado con una chica de la ciudad. No tendría que hacer complicadas escapadas a León, Jaén o Vitoria. Es lo que tenía eso de ligar a control remoto. En dos años, Francho había oído por esas paredes decenas de acentos distintos. Amistades fugaces basadas en el mensaje efímero de una pantalla de plasma. Diego parecía devoto de Santa Tecla o de San Emilio, patrones de las ciberbodas. Y Francho parecía quedar como mero espectador de una vida que le pasaba fugazmente.

Fue entonces cuando se volvía adicto al spray del asma. Era una primavera cruelmente polínica. Alérgicamente polínica. El cielo parecía inundarse de semillas invisibles que contraían su garganta. No, no era garganta, sino flauta. Una silbante y monocorde flauta. Una flauta nocturna que le volvía insomne.

Ella llegó una noche, haciéndose llamar María Teresa. Maite para los conocidos. Té para los amantes. Té caliente para Diego. Tú, Te, Ti, Contigo.

Francho estaba entonces débil. Los millones de apuntes se amontonaban en su mesa. No estaba pendiente de las pendencias de su socio, las mismas correrías de siempre. Cuando salió indemne de aquellos dos lances –el alérgico y el académico–, le faltaron piernas para regresar a Isuerre. Necesitaba de dos meses de merecido descanso. Evadirse del mundanal ruido que se levantaba en la capital. Recuperar la astronómica libertad nocturna, en un cielo limpio de luz. Es por ello que, cuando regresó en septiembre, con sus tres meses de alquiler ya vencidos, encontró que su cuarto había cambiado de forma. Una pequeña pila contenía sus enseres en mitad del pasillo.

Diego se había encaprichado de su Té, y había apalabrado una salida poco digna de aquel lugar para Francho. Fue entonces cuando descubrió en qué limbo se había encontrado: los precios de los alquileres se habían duplicado en dos años. El redondeo del euro. España va bien, según para quién. Al final sólo encontró una pequeña habitación en un piso en las Delicias con un oficinista gris y un danés salido. En verdad, le quedaba la habitación más pequeña de la casa. Pero la renta estaba al alcance de su bolsillo.

[12]
Efecto Chabi

Aquel verano anodino en Isuerre para él fue como un refugio. Un refugio porque se había dado cuenta de que había cosas que empezaban a escapársele de las manos. Y una de ellas era el efecto Chabi.

Jamás había revelado a nadie su identidad sexual. Al principio por vergüenza. Después por recelo. Más tarde por firme autoindependencia. Y ahora por amor.

A su padre nunca se lo habría dicho, probablemente porque tenía un hermano que era del Opus Dei. En cierta manera siempre había sido bastante influenciable por éste, puesto que veía en su hermano el ideal de rectitud. Una boca sabia que disuadía de dudas. Caray, hubiera preferido a dos padres homosexuales que se amasen antes que a un padre que maltratase a una madre. Le habrían hablado de amor.

Su madre era distinta, desconfiaba de su cuñado. Y, aunque Francho nunca se había sincerado con ella, las madres siempre tienen ese sexto sentido que les hace saber las cosas sin que se les diga. Ella hacía tiempo que había dejado de preguntarle por las chicas. Por hacerla abuela.

Pero ¿Qué sucede cuando crees haber encontrado al hombre de tu vida y nunca te has decidido a contar a nadie tu verdad? Pues que nunca se encuentra el momento idóneo para descubrirse. Y así pasó aquellos largos meses desde febrero. Las semanas se sucedían imaginándose la respuesta de Chabi a su homosexualidad. Conviviendo con un deseo inalcanzable al que restan escasos centímetros. Un hecho de voluntad en el que uno se apuesta al todo o nada. Ganar o perder. Ser Apolo a punto de contaminar a Dafne convirtiéndola en laurel. Sólo por tocarla. Aceptación o negación. Huiría asustado, o más bien le abriría los brazos.

No soy digno de que entres en mi casa, pero una palabra tuya bastará para sanarme.

[13]
Kristallnacht

Probablemente él nunca hubiese deseado un verano completo en Isuerre, sino que llegó a fantasear con escapadas. Un viaje por España a lo Thelma & Louise con Chabi. O, al menos, no ver en solitario aquellas sesenta puestas de sol. Pero ahí estuvo aquel estío, resignado, de lo que fue aquella noche de los cristales rotos. *Kristallnacht*.

La asociación política universitaria había organizado fiestas bastantes viernes. En verdad, no tenían mayor complicación, puesto que cualquier bar pequeño acepta que vayan una treintena de jóvenes a beber a cambio de que decoren el bar con panfletos y usen la megafonía. Era lo que se venía a llamar «Pai», algo así como técnicas de animación interna. Algo para mantener vivo el sentimiento de grupo en períodos de baja intensidad. Por otro lado, en mayo llegaban las elecciones autonómicas y municipales, y bastantes de los que participaban en la vida activa asociativa, militaban en un partido nacionalista aragonés.

Aun no había entrado en alergias asmáticas, por lo que debía de ser finales de abril. Francho se había acostumbrado a acudir a esas fiestas y encontrarse rodeado de aquel grupo, celebrando la autenticidad de sus reivindicaciones. Y, sobretodo, celebrando la presencia de su

líder que, micrófono en mano, hacía parar la música para gritar aquello de «no al trasvase del Ebro».

Era un viernes de abril como otro cualquiera. Probablemente él olía a pizza. Las luces del bar estaban ciertamente oscuras. Sonaban fuerte los bajos de la música. Y Francho parecía más entretenido en ojear uno de los carteles colgados *ex proceso* para la fiesta que en sentirse en comunión con el resto de la muchedumbre. Estaba casi en una esquina, cansado de aquella fiesta, y de su eterna cobardía.

Se empezó a sentir mal. Como a ahogarse. No sabía porqué. Algo no estaba funcionando aquella noche. Quizá estaba demasiado borracho. Quizá empezaba a sentir los primeros síntomas alérgicos. Quizá su intuición quería hablarle y la música se lo impedía. Alejó sus ojos del cartel. Un papel que adquiría unas tonalidades ultraviоláceas por las luces del techo. Miró aturdido a la multitud. Y vio dos cabezas juntas. Besándose apasionadamente. No podía ser. Era Chabi con una desconocida.

¿Y ahora qué? Tenía que huir de allí, pero no tenía valor para acercarse a ellos y salir por la puerta. Estaba muy borracho. Se echó hacia atrás, al rincón, y sintió un dolor furioso en su mano. Había derribado un vaso de cubata vacío cortándose levemente en el envés de su palma. Se chupó la sangre. No, por Dios, esto no podía estar sucediendo. Chabi no. Tomó, uno a uno, el resto de los vasos que había apilados en ese escondrijo, y los fue estrellando contra el suelo. Un sonido mudo. Apagado por la ferocidad de los altavoces. «No, Chabi no». Nadie parecía consciente de lo que sucedía en esa esquina. Nadie hasta que llegó el «Segurata», que detuvo de un puñetazo el exterminio de las tres decenas de tubos de cristal.

«Nada impide que sea bisexual», se dijo durante el verano mirando aquel sol que era yema y no estrella. Pero aquella había sido de las últimas veces que lo había visto. Después la urgencia de estudiar lo había alejado irremediablemente de él. Ahora septiembre llegaba.

[14]
Salón *Aranzadi*

Y septiembre llegó. Se sentía algo tímido respecto a todo. Respecto a sus nuevos compañeros de piso. Respecto a la vida dentro del colectivo estudiantil aragonesista. Temeroso de volverse a encontrar ante la mirada de Chabi. Y se enfrascó, decidido en los estudios, que era para lo que seguía viviendo en Zaragoza. Pero aquello empezaba a cambiar. Era cierto que los dos primeros cursos de la licenciatura de Derecho fuesen más teóricos que prácticos. Ante el tercero se abría una nueva forma de entender el estudio. Y ante ese nuevo curso, la asignatura más temible de la carrera: Derecho Administrativo.

Con lo que no contaba Francho fue encontrarse ante ese muro que se le abrió académicamente. Un muro llamado Salón *Aranzadi*. Para él, aquel sitio fue como una tumba. Si de por sí, en los dos años anteriores estaba expectante ante un lejano e hipotético futuro jurídico en su vida laboral, el Salón *Aranzadi* del despacho del primo de Carlos vino a incinerar cualquier atisbo de esperanzas. El mero hecho de intentar poner orden a aquellas voluminosas estanterías le hizo entrar en la impotencia de que aquello quizá no era lo suyo.

Un punto era un punto. No era baladí. Hacer aquellas prácticas de Derecho Administrativo era fundamental para tener posibilidades de aprobar sacando un exiguo cuatro. Francho se había puesto de acuerdo con Carlos, compañero de clase, para hacerlo juntos.

Carlos, era un chico alegre y simpático. Mal estudiante. Sabía que dónde tendría que echar el resto sería en el despacho de su primo, una vez se licenciase. Sabía que en la Facultad apenas se aprende. Quizá sólo se te instruye a pensar como un jurista. Consciente de ese hecho futuro determinado, se estaba tomando los años de la Universidad como los últimos años de una vida placentera. Luego, decía, ya tocaría estar hasta la una de la mañana a diario para sacar los casos.

A Francho se le derrumbó el mundo a los pies cuando comprobó porqué a esa biblioteca se le llamaba salón. ¡Cuántas sentencias habían aprobado el Tribunal Constitucional

y el Supremo desde la llegada de la democracia! ¡Qué derroche! Abrió al azar un tomo del año noventa y siete. Era grueso, de dos mil páginas. Papel Biblia. Letra diminuta a dos columnas. ¿Estaba él preparado para aquel suplicio? ¿Acaso alguien podría entrar en esa Babel para buscar y encontrar algo?

Pues sí, se lo demostró Carlos:

- Mira, mi primo me ha dado estas referencias. – Dijo enseñando un breve listado de números. – Sólo tendremos que fotocopiarlas. Ya las ha buscado él en un momento para nosotros.

En un momento. Tiene guasa. Subido a una escalera, Carlos iba dando con los tomos en cuestión. Mientras, Francho los iba fotocopiando. Efectivamente, las sentencias hablaban de lo mismo que en el caso práctico.

- Esto no tiene gracia, deberíamos haber buscado nosotros. Así nunca aprenderemos...
- Joder, Francisco. Estamos aquí para aprobar, no para aprender. Por cierto, en media hora he quedado, así que vamos a darnos prisa.

[15]
La Casa de los Morlanes

Enfrente de su destartalado *Macintosh*, Francho intentó recomponer el puzzle de sentencias. El caso práctico versaba sobre las diferentes formas de terminación del procedimiento y las posibilidades del silencio administrativo. Echaba mano de la Ley 30/1992 para discernir si, en el caso concreto, se podría hablar de silencio positivo o negativo. Era importante, puesto que de ser positivo, el solicitante podría entender como aceptadas sus peticiones. Algo así como un castigo a los gobernantes por no resolver su solicitud en los plazos estipulados. De ser negativo el silencio, se entendería el caso desestimado, y tendría que discernir qué tipo de recursos cabrían interponer.

Cuando tenía orientada la resolución del caso práctico sonó su móvil. Era Bizén. Le invitaba a una fiesta post electoral. En las elecciones del pasado mes de mayo la coalición aragonesista, el partido en el que militaban muchos de los miembros de la asociación, se había convertido en llave electoral. En el trascurso del verano, habían llegado a pactos con el Partido Socialista para entrar a gobernar en el Ayuntamiento. Por primera vez en su historia, este pequeño partido obtenía funciones de gobierno en una gran institución. La fiesta, en este caso, giraba entorno a la definitiva obtención de la concejalía de juventud en el reparto de poder con los socialistas.

La sede de la concejalía de juventud estaba enclavada en el casco histórico zaragozano. En el palacete de la «Casa de los Morlanes». Estaba situado entre la Calle San Vicente de Paúl y la Calle Mayor. Era un pequeño palacio remodelado cuyo interior ultramoderno contrastaba con la fría, pero restaurada piedra del exterior. La flamante nueva concejala ofrecía un modesto vino español a autoridades y simpatizantes para abrir el nuevo curso de la concejalía.

Llegó tarde. Migajeaban los platos, y la concejala había desaparecido pasto de las cámaras de televisión. Una docena de jóvenes recibieron a Francho. Desde la primavera no sabían nada de él. Te veo más delgado. ¿Cómo te fueron los exámenes? De la *Kristallnacht* no resonó ningún recuerdo. ¿Te vendrás luego? vamos a montar una fiestecilla de viernes. Vaya, no veo a Chabi, ¿No está? Ah, sí, ha subido un momento a los despachos de la concejalía, ahora baja. Así se fraguan las trayectorias políticas.

Justo en el momento en el que Bizén acababa de pronunciar aquella frase, «así se fraguan las trayectorias políticas», vieron bajar por las escaleras que daban al hall a Chabi junto con un hombre no muy mayor, tendría los cuarenta años. Era un hombre no muy alto, y empezaba a recibir la implacable ley de la curva de la felicidad. Poseía una barba rasurada, de esas que parecen más pintadas que crecidas. Tan rasuradas como de corto tenía su propio pelo. Francho se fijó, por el contrario en Chabi. Estaba bastante moreno. Una camiseta ceñida

dibujaba su terso pecho cual sábana santa. Vestía una mirada de responsabilidad. Una mirada de liderazgo asumido e indiscutible. Una mirada de empezar a ocupar una posición de la que se creía justo merecedor. Francho volvió a quedar prendado, quizá más que aquella vez en clase, hacía más de medio año ya.

[16]
Señor Palau

Por suerte, aquella noche no acudieron al bar de la *Kristallnacht*. Tampoco creía que, del tumulto posterior a la agresión que él recibió, les quedase a esos jóvenes ganas de regresar. A lomos de la primera cerveza, Bizén le contó las nuevas responsabilidades de Chabi. La propia concejala de juventud, una mujer joven de unos treinta y cinco, le había nombrado colaborador en participación juvenil universitaria.

Sería el encargado de dinamizar la vida en la Universidad. Se le había recompensado por la victoria electoral de febrero en la Facultad de Derecho en las elecciones al Claustro de la Universidad. Tendría un despacho en Rectorado, y colaboraría con el propio Vicerrector de estudiantes. Una catapulta donde curtirse en la vida pública.

Cielos y estaba realmente bello. Su largo pelo negro bailaba en su rostro. Llevaba unos vaqueros ajustados que realzaban su trasero. Dios, pensaba Francho, ¿Acaso podría existir un hombre más bello en la faz de la tierra? Un hombre del que se enamore hasta un Zeus que, vestido de águila, lo tomaría de sus garras para llevárselo al Olimpo.

Bizén seguía hablándole para comentarle los últimos cambios. Ahora sería él el encargado de llevar la dirección del colectivo en la Facultad, puesto que Chabi no tendría tanto tiempo. Pensaba en él, Francho, para ganar las elecciones de su clase a delegado. Además, le ofreció la posibilidad de trabajar en la nueva revista de la Facultad. Diseñaste unos carteles estupendos para las elecciones de febrero, podrías colaborar con nosotros. Caray, sin Francho quererlo, volvía a recuperar un lugar del que había huido tras la *Kristallnacht.* Y se sentía contento.

- ¿Quieres otra cerveza? – le preguntó a Bizén.
- Por supuesto.

Se acercó a la barra del bar. Se puso de puntillas, intentando que la mirada del camarero se cruzase con la suya. A su lado, un hombre pequeño con curva de la felicidad y barba rasurada, más que rasurada parecía pintada, le dirigió la palabra.

- Hola, soy Palau, creo que no nos han presentado. – Sorprendido, Francho miró a la persona que le había hablado a su oído derecho.
- Hola, soy Francho.
- ¿Eres amigo de Chabi?
- Sí, estudiamos en la misma Facultad y estamos en el mismo colectivo universitario.
- Ya, ya. Ahora Chabi probablemente esté menos con vosotros. Se lo pide la militancia. Le espera un brillante futuro político.
- ¿Eres el hombre que bajaba con él por las escaleras de la concejalía?
- Sí. ¿Quieres algo? Te invito.
- No, gracias.
- Hombre, no rechaces una invitación. Más cuando probablemente no nos volvamos a ver. Mañana mismo me voy a trabajar a Sevilla.
- ¿A Sevilla?
- Sí, me pones dos cervezas – dijo al camarero - ¿Querías una cerveza, no?
- Sí, bueno...
- Sí, me ha salido un proyecto en Sevilla. Hoy he subido al despacho de la concejalía para presentar mi renuncia, y eso que acabamos de ganar. Aun así, confío en Chabi, y sé que me suplirá perfectamente.

[17]
Jorge

Bebía su segundo sorbo del botellín de cerveza. Y tuvo la necesidad de contar un pequeño secreto de la pubertad. Algo con ese hombre le había asociado la idea de Jorge de Huesca, y no pudo callárselo. Era como si ese hombre despertarse las ganas de sincerarse.

- Pese a nacer en un pequeño pueblo de las Cinco Villas, de pequeño mis padres me dejaron bajo la custodia de mi tía materna de Huesca. Una solterona a la que quiero como a una madre. Y, un día, conocí a Jorge...

» Fue una noche de fiesta en la zona de bares que hay entorno a la Iglesia de San Lorenzo. Estaba tomando un litro de cerveza con otra gente del instituto. Ya sabes, rezumaba el aire hormonas. Lo típico de unos quinceañeros que estábamos en lo que entonces se llamaba segundo de BUP. Tenía un amigo que se llamaba Esteban. Parecía como si a él le afectase más la explosión del acné. A mí también. Fíjate que aun me quedan algunas marcas, no muchas, de cuando nos quitábamos el pus frente al espejo.

» Ese chico, Esteban, tenía un primo de Zaragoza, y lo trajo aquel fin de semana. Y cuando lo vi aparecer por la puerta fue como si lo conociese de toda la vida. ¿Nunca te ha pasado esa sensación? Creo que por sus ojos pasó algo similar. Al cuarto de hora nos estábamos echando unas cervezas y riéndonos como si fuésemos amigos de siempre. He creído desde entonces que tuve una vida anterior con ese anónimo Jorge. Quizá, en otra vida hayamos sido amigos, familiares,... o novios.

Se arrepintió de haber citado la palabra «novio» en el mismo instante en que salió por sus labios. Echó un largo trago de cerveza, como si de esa manera se pudiese evadir de la previsible pregunta que procedería a continuación. El señor Palau lo imitó, y bebió de su botellín.

- Quizá todos hayamos tenido nuestro conato de homosexualidad – empezó a decir Palau – somos seres humanos, y no tenemos que olvidar nuestra dualidad.
- Yo no soy homosexual – mintió Francho, indignado.
- Hay mucho ruido en este bar, te apetecería cambiar a uno más tranquilo.
- Vale – dijo sin pensarlo. Palau ejercía una especie de halo que terminaba por hipnotizar a sus victimas.

[18]
Un bar aparte

Abandonaron el bar, Bizén parecía demasiado entretenido con su novia. Chabi hablaba con la flamante concejala de juventud, ensimismado ante la posibilidad de tocar el «arca de la alianza» política, sin miedo a quemarse. El resto de la gente bailaba un pegadizo *ska-neo-progre*. El bar al que fueron era oscuro y ponían una canción lenta de George Michael. Apenas había gente en él. Faltaba aire acondicionado que luchase contra los últimos coletazos del calor de septiembre. Jamás había entrado ahí, y le entró miedo. Pero no lo oyó. No oyó a su intuición. Palau le invitó a una *Heineken*.

- No es bueno negar parte de nuestro ser, creo que tenemos todos parte de hombre y parte de mujer.
- Estoy contento siendo hombre – se refugió Francho. Probó la cerveza.
- No te intentes engañar. Te he visto como mirabas a Chabi. No es la misma mirada que tienen el resto de tus compañeros de la Facultad. Ellos lo miran con devoción. Tú, con amor. Con deseo.
- No,... no sé... pudiera ser.
- ¿Por qué no lo intentas? Él es un chico con mentalidad abierta. Sé que te gusta. ¡Qué rabia que me traslade mañana a Sevilla! Me gustaría ver florecer esa bella historia de amor.
- Estás muy equivocado. No soy gay.
- Ja, ja. ¡Qué mal sabes mentir! Ven, vente a mi casa a echar un café, y te contaré unos secretillos acerca de Chabi.
- No, me tengo que ir.

Dejó Francho su cerveza a medio beber. Salió de aquel tugurio oscuro. Detrás de él, surgió aquel hombre de barba pintada. Lo tomó de la muñeca. No muy fuerte, pero Francho no tuvo la fuerza de decisión tal como para zafarse de esa mano. Palau abrió su mano, y Francho agarró con la suya la muñeca profanada. Como si le doliese.

- Acompáñame al cajero, y vete después.
- Vale.

Zombi o Golem por tres segundos, Francho volvió a quedar hipnotizado por esos ojos. Unos ojos que dan confianza. Una voz que empalaga. Y lo siguió a la *IberCaja* más cercana. Palau insertó por la ranura su tarjeta de crédito, plástico maldito.

- Me voy a Sevilla a empezar un proyecto de animación sociocultural. Abriremos una red de locales para que los jóvenes puedan tocar en grupos de música, ensayar teatro o realicen acampadas en el campo.
- Muy interesante.
- ¿Con veinte tendré bastante? Sí. – dijo mientras pulsaba en la pantalla táctil del cajero automático – ¿De verdad que no quieres venir a tomarte un café a mi casa? Podría ayudarte con lo de Chabi.
- No, no hace falta. - Salieron los dos del cajero y cruzaron la calle.
- Espérate hasta que pille un taxi. Después vete a tu casa. ¿No me dejarás aquí, solo?
- Vale.

[19]
Sólo o con leche

En seguida mariposeó por la estrecha calle una luz verde. Palau levantó su mano, y la luz verde tornó a un «2» amarillo-auto. Una vez que el taxi paró definitivamente, Palau abrió la puerta.

- ¿Así nos vamos a despedir? Mañana me voy a Sevilla. Te invito a un café.
- No, no hace falta.
- Venga, sólo hablaremos. Te contaré secretos de Chabi.
- Vale – dijo de manera autómata sin saber muy bien lo que hacía.

Para ser sinceros, Francho estaba desconcertado. Era la primera vez que le descubrían su homosexualidad. Y ese hombre le daba confianza. Si en verdad era hipnosis, no sabría decirlo. Era como si ese hombre supiese que él necesitaba hablar. Expresar en un café tantas horas de mortificación. Confesar a los cuatro vientos su condición. Salir del armario. Ser Ganímedes sin censura. Quizá por eso montó en aquel taxi cuya dirección era una desconocida calle a la otra margen del Ebro.

Y hubo silencio. Silencio durante ese trayecto. Francho miraba a su derecha como danzaban los árboles y la laguna del Parque Tío Jorge, el parque de la *cincomarzada*. El conductor parecía más pendiente en observar por el espejo retrovisor a los dos ocupantes de los asientos posteriores. Intentó santiguarse, y miró con respeto y devoción las imágenes de la Virgen del Pilar y de San Cristóbal, patrón de los conductores, que tenía en el salpicadero. Imágenes, ambas, que permanecían separadas por una pegatina de la Legión Española. Todas las noches tocaba alguna pareja de maricones.

- ¿Solo o con leche?
- Mejor con leche. Gracias.

La casa estaba bien decorada. Y Francho no vio ninguna caja de embalar. ¿Hasta qué punto ese hombre contaba la verdad?

- ¿No te ibas a ir mañana a Sevilla?
- Sí, ¿por?
- No veo ninguna caja de embalar.

- Iré en AVE y tampoco dejan llevar mucha cosa. Volveré la semana que viene con una furgoneta alquilada para llevarme lo que sea. Algunas cosas de la casa no son mías, sino de mi novia. El negocio ha salido de improviso. Por eso no he preparado nada.
- Ya – dijo Francho acomodándose en el sofá – de tu novia...
- ¿Cuándo descubriste tu homosexualidad?

Francho empezó a relatar cuando, en plena pubertad, no sufría la fiebre masturbadora que tenían sus compañeros de clase. No se sentía atraído por la chica rubita de clase que llevaba *wonderbra*. La veía tonta y repelente. Sus compañeras de clase eran pijas y estúpidas. Tampoco fue que se sintiese atraído por ningún hombre. Quizá por el profesor de Educación Física. Pero la verdad, más bien poco. Tal vez fuese Chabi el único hombre de quién se había enamorado.

- Entonces nunca has dormido con un hombre.
- No, nunca.
- ¿Te gustaría dormir conmigo?
- No, no quiero. – dijo, levantándose alarmado.

Palau volvió a echar mano de su muñeca. Le dijo siéntate. Lo sentó. Soltó la muñeca y dirigió su mano al muslo de Francho. Como un resorte, éste volvió a levantarse.

- Me voy.
- Vale, tu ganas... Llamaré a un taxi.

Mientras hablaba por teléfono, tuvo la sensación de que estaba fingiendo la llamada. Dio los datos de la casa. Colgó, y buscó en su bolsillo. Sacó la cartera y le ofreció diez euros.

- Son para el Taxi.
- Gracias – susurró, aceptándolos. Después se condenaría por haber aceptado aquel billete rojizo. Rojizo demonio. Aunque más bien rosa que rojizo. Era como aceptar que se había prostituído.
- Vendrá en cinco minutos, me han dicho. ¿Te acompaño?
- No, gracias – y se encaminó, profanado, hacia el ascensor. Palau lo observó, mudo, como desaparecía de su vista.

Silencioso, regresó en taxi a su pisito de estudiante. Escuchó la emisora de radio del taxi como debatían acerca de fútbol otros taxistas. Intentó tatarear para sus adentros una canción de Suede. Una lágrima surcó su rostro. Sólo deseaba que jamás en la vida volviese a ver a aquel hombre. Que el AVE que le llevase a Sevilla descarrilase y fuese engullido por alguna sima, como prometían los agoreros. Aquel hombre había manipulado y emborronado, desfigurándolo completamente, el orgullo sobre el cual había cimentado su verdad sexual. Deseaba nunca volver a ser homosexual para callar esa estúpida boca.

Aquella noche, otra cosa no le dejó conciliar el sueño. Pared con pared, un danés se estrenaba a manos de una italiana llamada Isabella. ¡Qué poco tenía en común con lo que le rodeaba! ¡Qué solo estaba! Y en un prolongado y silencioso llanto acabó ahogándose en un sueño. Uno de esos sueños en los que uno acaba con dolor de cabeza.

V. ROSA ROSAE

[1]
Blanco y negro

Le echó una última mirada a aquella foto antes de clavarla en el corcho de su habitación. Son estas pequeñas cosas las que llenan la vida. Un regalo insignificante que acaba siendo exquisito. Una foto en blanco y negro. En ella un niño y una niña se encuentran recostados contra el muro encalado de pueblo. Él, el pequeño Platea. Ella, algo más mayor, la entonces bella Isabel.

Probablemente, aquel verano fuese el último verano de belleza que le quedaba a Isabel. Para Platea, ella nunca había sido así. En esa foto, él tendría tres años. Ella cuatro o cinco. Su primer recuerdo de Isabel era el de una niña con rostro de anciana. El mismo que ahora viste. Un rostro huesudo. Una nariz aguileña. Se sorprendió descubrir y extrañar a un tiempo a Isabel en esa foto. Era, pero no era ella. ¿En qué momento los niños se vuelven feos?, ¿En qué momento adultecen? Aquellas son el tipo de fotos que nunca se deben romper. La foto que muestra el último gen de divinidad de su prima donostiarra.

Así clavó la foto que le había regalado por su cumpleaños. La había recibido de manos de su madre durante el banquete de cumpleaños. El mejor regalo.

¿Alguna foto debe acaso ser rota? Se recordó entonces ante la primera gran blasfemia de su corta vida. Aquella temporada en la que cuando era castigado por sus padres, rasgaba imperceptible la fotos tamaño carnet que tenía de ambos en su cuarto. Diciéndose que, en el instante en que la imagen fuese totalmente rasgada, debería hacer algo. Una locura. Ahora no recordaba la justicia de dichos castigos, sino el horror del día en que su madre encontrase las fotos a medio desgarrar a la altura de la boca. Platea fue consciente de haber sido descubierto cuando desaparecieron esas fotos. Ella nunca habló de ese tema. Probablemente fue la primera de muchas decepciones. Él no era lo suficientemente lúcido entonces como para comprender el dolor de corazón que recibiría su madre. El dolor de la ingratitud. Algo tan doloroso como afirmar que uno desea independizarse. Desea dejar de vivir bajo el mismo techo. Desea dejar de ver a diario a una madre. Un dolor que nunca se perdonaría haber inflingido.

Y llorando en la cama por ese hecho realizado hacía dos décadas, acabó el día de su vigesimoséptimo cumpleaños. El día que inició el año veintiocho de su vida.

[2]
Moncayo nevado

El Mocachino entraba caliente por la garganta. Un rastro prolongado que amortiguaba unas incipientes anginas. Fue en ese instante cuando entró José Ignacio a la sala del café. Se encontró a Platea perdiendo su mirada en el poniente. Se volvió al oírlo entrar.

- Mira, hace un día tan lúcido que se ve el Moncayo. Está nevado.
- Lo siento Platea. Siento lo del fin de semana pasado, lo de acostarme con Julia en tu cumpleaños.
- No te preocupes.
- Sí, de verdad. Me pareció injusto.
- Mira. Estabas a lo que estabas. Lo entiendo. Los hombres somos así.

Ambos se quedaron pegados al cristal oscuro. Una sombra irregular cortaba el cielo en la lejanía. Un breve brillo marcaba dicho contorno en su punto más elevado. De vez en cuando la visión quedaba empañaba por un aro de vaho.

- ¿Recuerdas la leyenda de Bécquer sobre el Moncayo?
- No, no he leído a Bécquer.

- Contaba que una niña, cuando fue a beber a una fuente de la que manaba agua de la montaña, fue embaucada por los gnomos. La llamaban a entrar por la grieta y obtener todas las joyas que se encontraban en su interior. Joyas que habían ido guardando de los objetos que perdemos a diario.
- ¿Qué quieres decir con ello?
- Nada. Me ha venido a la mente.
- Oye, Platea. De verdad que me siento culpable. Por ello he hablado con Julia. Tiene una amiga soltera.
- Ya veo que te perdiste el final de la Casa del Desencuentro...
- Pamplinas. Esas historias son chorradas. De verdad, Platea. Ven el próximo viernes. Te montamos una cita.

Un leve cosquilleo corrió por la nuca. ¿Una cita? ¿Así como así? Se volvió hacia él, asustado. Esto ya no tocaba en el guión.

- Pero... a ver... ¿Una cita?, pero... ¿Cómo es ella?
- Perfecta, joder. Per-fec-ta.
- Espero que no sea todo esto un montaje para que dejes de sentirte culpable.
- Joder, Platea, que nos conocemos, coño.

[3]
Histeria

Sonaban canciones lentas por el hilo musical de la empresa. Platea necesitaba música con energía. Algo cañero. Algo que le hiciese gritar, o al menos dejar de retener sus tics rítmicos en el pie derecho. Algo que le dijese que había vida después de todo. Una luz al final de su gris pasillo. Sabía que su organismo iba a explotar. Por su boca empezaba a manar histeria. Cielos, y ponían esas canciones que nunca había odiado tanto como en aquel momento. Hora tras hora, las mismas baladas sosas de Kenny G, Bee Gees, Alex Ubago, La Oreja de Van Gogh, Enya. Diablos, podrían poner Marilyn Manson.

Sin duda, ponían esa música para adormecer los ímpetus rebeldes de los empleados. Para evitar que alguien se interpusiese ante las labores divinas del Director General a cantarle las cuatro verdades de los contratos precarios. Cielos, sonaba ahora la canción de *Dirty Dancing*. Pero ¿Quién coño tendría narices para exigir un aumento de sueldo sonando aquella canción?

Toda esa semana tuvo una premonición. El lumbago. Siempre había intentado sentarse correctamente en su silla ergonómica. Pero su trasero se iba deslizando lentamente hacia adelante y acababa a última hora recostado sobre sus riñones. Su espalda acababa pidiendo la rectitud de las siete horas de reposo nocturno.

Tenía miedo de agacharse incluso a por los cambios del café. «Por Satanás, he metido una moneda de dos euros». Miedo a tener que bajar por las escaleras. «Por Lucifer, ¿quién ha puesto ese cartel de averiado? Es la planta quince, coño». Miedo a unos acelerones y frenazos bruscos en el autobús urbano. «Por Belcebú, el 22 viene hoy hasta la bandera. Si no hay sitio para sentarme me voy andando».

No, tenía que llegar sano y salvo al fin de semana. Sano como una rosa. Quería conocer a la amiga de Julia. Comió fibra. Se lavó tres veces al día los dientes. Se duchó a diario. Gastó su mejor *eau de toilette*. Planchó su mejor ropa. Como un camino iniciático hacia la verdad absoluta, cinceló su aspecto físico, sabedor de que tocaba vestir de seda a su mona.

Estaba descentrado en el trabajo. Miraba cada cuarto de hora el reloj. Le sudaba la piel. Un nudo en el estómago que no desaparecía después de las «entre-horas». La pila de pendientes subía, subía, subía.

Y ¿Cómo es ella?, No lo se, sólo llevo media semana saliendo con Julia, no conozco a sus amigas, Esto es una locura, Ya, pero la vida tiene estas cosas, Te parecerá bonito meterme en este estado de ansiedad, ¿Acaso quieres pedir la baja? Joder, José Ignacio, a ver

quien tiene huevos de pedírsela al engominao ese, Venga, ánimo Platea, seguro que está bien la moza, Mira, que sino te cuelgo, A ver, si es amiga del bombón muy fea no puede ser, Coño, ¿No tiene una foto?, pídesela, ¿Y qué es la vida sin el factor sorpresa?

Se había acostado la noche del jueves al viernes pensado que en 24 horas la vida podría dar un giro de 180 grados. Con 90 se conformaba. 90 60 90, claro. Las sábanas le asfixiaban. Daba vueltas en la cama. Centrifugueaba. Las horas caían lentamente. Se puso la SER para distraerse. ¿Sabía usted que es difícil volver a dormirse de las dos a las cuatro de la madrugada debido que a este lado de la tierra, en oposición al sol, se producen unas radiaciones que perturban la generación de ondas alfa en nuestro cerebro?. Rediós, cuanta gente estúpida se gana el sueldo en la radio.

Menuda cara traes hoy Platea. ¿Se te han pegado las sábanas?

[4]
Excusados

Estaba agotado. Y aun eran las doce del mediodía. Se levantó de su sitio y acudió a los baños a refrescarse algo. Mirarse a los espejos, y ver, reflejado, el cielo azul tras de sí. Parecía que estaba volando. Sus ojos permanecían levemente enrojecidos. Se acercó, se quitó las gafas, y vio una vetas rojas surcando ambas escleróticas. Le entraron ganas de orinar, y acudió a uno de los urinarios. Fue entonces cuando entró José Ignacio a vaciar ese pantano que llamamos vejiga.

- Coño, Platea. Estas en todas partes. – Se puso en el urinario que había junto al de Platea. Los dos miraron a los dibujos de los azulejos.
- Ya ves.
- Bueno, a ver que tal se da lo de esta noche, ¿Eh? – dijo en tono guasonzote.
- Estoy nervioso.
- Coño, ni que fueses primerizo.
- Jeje, no. Por cierto, ¿Ya sabes como es ella?
- No, ni idea, apenas me ha dado tiempo a hablar con Julia de ello. Creo que es abogada o algo así. Pero que conste que fue idea mía. Que convencí a Julia de que te la presentase.
- ¿Ah sí? Vaya, gracias.
- Un consejo, no empieces como la otra noche, a hablar que si del olor y esas chorradas — dúchate, por cierto—, que Julia se asustó al principio de ti, que me dijo que si lo llega a saber no pregunta por qué no había más mujeres en la cena.
- Ya... – Platea empezó a escurrirse. Empezó a sentirse molesto.
- Eso, tío, déjala hablar. A las tías le gusta eso. Que hablen. No le metas rollos patateros de autoexistencialismo ni mierdas de esas.
- … – Platea accionó el botón para limpiar el mingitorio y ocultar la tirria de oír criticas constructivas que le disgustaban.
- Coño, la última gota de los cojones. – Dijo José Ignacio mirándose el pantalón. Ambos regresaron a los lavabos. Las venillas de los ojos seguían perennes en Platea. Empezaron a lavarse las manos.
- Bueno, intentaré ser menos yo de lo que soy.
- No, joder, no es eso. Sólo que te controles, tío.

[5]
Cangrejo ermitaño y Anémona

No pasa con todas las mujeres, aunque especialmente se da en la pubertad. Algunas veces esa relación perdura más allá de la edad del pavo. Es una relación de interdependencia como la del cangrejo ermitaño y la anémona. Se la podría llamar una relación simbiótica. Una, la más bella, cuenta con la otra, la más fea, como si de este modo pudiera destacar. Una excusa para hacerse sentir más atractiva. La otra, la más fea, cuenta con la una, la más bella, como si el mero hecho de estar juntas le hiciera subsumir la hermosura que le es ajena o al menos la élite de tener una amiga bonita. Una excusa para poder participar en una vida social de la que, de otra manera, estaría excluida.

En determinadas ocasiones surge una relación de caudillaje en la cual la más bella facilita a su amiga obtener las oportunidades que el destino le ignora. En otras ocasiones sucede que a los chicos parece darles miedo la belleza de la primera, prefiriendo conformarse con el corazón de la segunda, sin ser esta una relación de «migajas», sino más bien de las opciones de los perdedores.

Probablemente estas amistades están basadas en ese factor pueril de la explosión hormonal que les atañen. Eso las hace débiles ante el frío azote del desencanto que trae la edad y los corazones rotos. Si bien es cierto que en determinadas ocasiones esa comunión está basada en otro elemento del que los hombres carecen. Que es el de la confidencia. Y eso hacen estas amistades duraderas. Eternas.

Las relaciones de amistad entre los hombres suelen tender más a la cantidad que a la calidad, sobretodo en los quinceañeros. Están basadas más en el concepto del «colegueo». En definitiva, una relación de conocidos. Una relación en la cual los secretos íntimos no fluyen. Una relación de cazadores mostrando sus presas.

Las mujeres, y esencialmente aquellas que consiguen esta relación de simbiosis poseen una unión más intima. Más cercana a una relación de pareja que de amistad. Sin por ello emigrar a la Isla de Lesbos. Sus manos se entrelazan. Ambas mentes laten juntas. No hay secretos. Una sola voz.

Platea se asomó aquella noche a ese balcón. El intrincado mundo de las señoritas que acuden juntas al baño.

[6]
Amor a segunda vista

Hombre, fea, lo que se dice fea, no era. Pero para Platea estaba claro que si Julia ejercía el papel de amiga bella, a Rosa le correspondería el secundario. Sería injusto pensar que alguna vez tuvieron ambas esa relación simbiótica. O, al menos, que esos cimientos soportasen la afinidad que ahora las unía. Sin embargo, Platea no pudo quitárselo de la cabeza. Y menos que a él le tocase hacer de análogo ante José Ignacio.

Pero, en resumidas cuentas, ¿Qué podría esperarse llegados a esta edad? Las mujeres hablan del efecto váter. Sin ser escatológicos, es tan difícil encontrar un hombre bueno como un váter limpio; o están ocupados o son una mierda. ¿Acaso él estaba en la edad de la defecación?

Y, a estas alturas ¿Se debería enamorar sin amor a primera vista? Que venga Afrodita y lo vea.

Se recordará siempre, horrorizado, la estúpida cara de chico bueno que intentó poner al verla. Qué curiosa paradoja se abría ante él: su futurible vida con aquella desconocida. Su posición fue comedida durante los primeros momentos. Tanto, que pensó que él era, en aquel bar, un alma en pena que contemplaba lo que le rodeaba sin participar. Parecía que sólo tenía valor para hablar con José Ignacio. Y, por pudor, rehuía de la mirada de Rosa.

No sabe la sociedad hasta qué punto se mantiene en pie gracias a esas lágrimas de los dioses, la celestina moderna a la que llamamos alcohol. José Ignacio puso en sus manos un Barceló con limón. Estaba frío. De ese helor que paraliza, al tragarlo, la garganta por el que se desliza. Su voz se aclaró. Perdió el tintineo nervioso. Empezó a interactuar con la realidad. El alma en pena se hizo corpóreo.

Verdes, tiene los ojos verdes.

En poco tiempo, empezó a conocer a Rosa. Efectivamente, José Ignacio llevaba razón. Era abogada. No llevaba mucho tiempo ejerciendo. Había entrado en el despacho haciendo la pasantía durante medio año. Medio año de llevar cafés y hacer fotocopias. Con el tiempo le

empezaron a dar responsabilidades. Nimias respecto a lo que ahora acometía. Ella se estaba especializando en lo Contencioso-Administrativo.

José Ignacio estaba empezando a comer a besos a Julia. Platea empezó a temerse que le tendría que ceder la cama otra vez. ¿De qué se sorprendía?...

Resulta que el Contencioso-Administrativo es el gran baluarte de la democracia. Parece raro que un sistema judicial ejercido por jueces y magistrados que no han sido elegidos por el pueblo tengan que ser el que fundamento de la democracia en un país. El sistema Contencioso-Administrativo nace en la Francia del XIX. Surge como límite a la actuación de los gobernantes. Paradójicamente, en el XIX, Francia no adquiere plenamente los sistemas democráticos. Algo así como la pseudo-democracia de Bismark en las Alemanias.

Tiene un diente desigual. El pelo castaño corto. No viste excesivamente femenina.¿Es a ella a la que he esperado? ¿Es esto amor?

Se entiende que surge este sistema porque lo importante es que prevalezca la Ley y no el gobernante. Además, no se está en lo cierto cuando se afirma que un gobernante sea el portador de la legitimidad democrática, y aun menos que se le pudiera eximir de cualquier responsabilidad por sus actos. El poseedor de la soberanía es el pueblo que elige el Parlamento. Es por ello que el Diputado sí que está eximido de cualquier responsabilidad al aprobar las leyes.

¿A qué huele? Diría que a canela. Quizá un olor a libro. A pergamino. A legajo. Tiene labios bonitos. Son unos labios deseables. No hay valor para acercarse. Se miró sus manos. Tendrás un hijo, puesto que tienes una línea en la base del dedo meñique.

El establecimiento de la efectiva democracia surge cuando se arbitran sistemas de protección del pueblo soberano ante los actos del administrador. El Contencioso-Administrativo es pues el medio por el cual protestar contra las acciones que consideramos perjudiciales para nosotros o nuestro entorno. Luego será el Juez, o en su caso el Magistrado, el que velará por la primacía de la Ley respecto a los actos del gobernante.

Podría haber sido periodista en la radio. Podría haber sido vendedora de subastas. Habría muerto de haber nacido sordomuda. Hablaba. No respiraba. Unos labios deseables.

Por supuesto que existen otros medios de luchar contra los actos de los gobernantes. Por ejemplo, un recurso al Tribunal Constitucional, eso sí, habría que estar en los supuestos que establece...

Fue como un suspiro. Platea supo que no había otro modo de frenar el torrente que surgía de aquella boca. Sólo besarla. No fue ni rápido ni lento. Fue como si siempre se hubiesen besado. Sabían sus labios a Vodka. Su lengua a hielo. El aliento cálido que salía entrecortado de la nariz le hacía cosquillas en su mejilla derecha. Sus brazos le palparon la espalda.

Paró ella de besarle. Alejó su cara. Reposó sus antebrazos en los hombros de él. Miró a esos ojos grises. Susurró: «no me dejes». Platea se volvió a acercar. La abrazó. Retomó el beso. No, no tenía los ojos negros de Pokara. Probablemente no llamase a un contestador automático equivocado a dejarle el recado a un desconocido. Menos le enviaría una carta traspapelada de un grupo ecologista. Pero su amor le estaba predestinado.

Los ancianos y las madres cuentan que el amor llega cuando menos lo esperas. Olvidaron decir que con el tipo de mujer que menos creías. También que existe el amor a segunda vista.

[7]
Gato cuántico
;-*

Platea ardía en deseos de contar lo sucedido la noche anterior, y quedó a comer con Raúl. Se sentía como el converso que aspira a salir a predicar la buena nueva. Allí se encontró con un sorprendido amigo. Había empezado a redactar su obra acerca de la Unión Europea y estaba emocionado. Aunque tenía sus dudas, porque no sabía muy bien si enfocarlo como la formulación de una teoría, o si bien novelarlo. Pero, curiosamente, la conversación ni giró ni por un sendero ni por otro. Ambas noticias se relegaron en un escueto telegrama a la altura del primer plato. Sabía Raúl como perturbar a su amigo.

- Por cierto, ¿Has oído hablar de la teoría del «Gato cuántico»? – Formuló cuando retiraban el primer plato.
- ¿Cuántico? No, cuenta.
- Es una teoría que leí el otro día en una revista de divulgación. Por lo visto tiene varios años ya, pero nunca la había oído, y reconozco que no sabría formularla. Me quedé con la anécdota. Según ella, ante el experimento de introducir un gato en una caja y dispararle un tiro se abren dos dimensiones distintas. La primera es el mundo con el gato que ha sobrevivido. La segunda, con el gato muerto. Dos historias paralelas.
- ¡Que follón! ¿Me quieres decir que a cada acto que hagamos o dejemos de hacer, se crean dimensiones nuevas? No me lo creo. No es económico.
- Je, je. Pero piénsalo. ¿Por qué no? Quizá en otra dimensión esté Platea sin haberse atrevido a besar a Rosa. O, por así decirlo, una dimensión en la que exista un Raúl que no salga con Natalia.
- Venga ya. O que en vez de Natalia se llamase Manolo.
- Madera, toca madera.
- Era un decir.
- Bueno, pues eso, un anti-Raúl que viva alejado de ella, un anti-Raúl que, por ejemplo, trabaje en una oficina o esté independizado como tú. Un anti-Raúl que abandone el manuscrito sobre Europa en una estantería para nunca retomarlo. O un anti-Raúl que no hubiese dejado de tocar la batería.
- Te entra vértigo. Un Platea sin casa del desencuentro. Un Platea sin el dominio opresor del Rojo Ferrari. Y, ¿podríamos hablar con ellos, con nuestros dobles?
- No sé, quizá el mero hecho de pensarlo nos acerque a esos «yos paralelos».

Quedóse traumatizado Platea. Un mundo sin Rosa, ahora que la acababa de conocer... ¿Qué sería mejor? Estaba claro que conocía demasiado bien la dimensión en la que viviría sin ella. Era una dimensión en la que había permanecido anclado demasiado tiempo. Se abría ante él una nueva dimensión. ¿Mejor o peor? Más bajo no podía caer, sólo quedaba subir. Dejar de ser el Platea gris plata. Ser el Platea Rosa-Rosae.

Precisamente había quedado, con ella a solas, de sábado noche en el *Saloon*. Y se despidió de Raúl en plena sobremesa.

[8]
Homónima

Rosa, iba de homónima. Sólo ella. Todo giraba entorno a ella. *Urbi et Orbi*. Parecían las luces diseñadas para que los ojos se perdiesen en ella. Un halo magnético se adueñó de Platea la noche posterior a la del beso. Durante todo aquel día se había esforzado a la idea de cambiar de rutina. No fue consciente de ese cambio hasta que no entró por la puerta del *Saloon*, ésta vez más *cowboy* que nunca.

Los ojos de ella lo recibieron cristalinos. Para Platea aquella mujer parecía otra a la que había conocido horas antes. Parecía dominada por esa fuerza interior capaz de cambiar el rumbo de la «Historia-con-mayúsculas». Y se encontró cautivado ante su sombra. Cautivado como lo eran las princesas griegas al recibir la seducción del dios Zeus. Se preguntará un día como un hombre es capaz de dejarse llevar por unos labios. Como unos labios húmedos con brillantinas pueden embriagar. Acaso cómo él, un hombre ciertamente anodino, puede llegar a caer en brazos de aquella mujer. Comprenderá cual cierta es la máxima del amor ciego. Comprenderá qué difícil es discernir a la mujer fatal. Pero no aquella noche. Aquella noche no eran personas, sino impulsos eléctricos. Un ente más bien pasional y neuronal que

propiamente reflexivo. Quizá gracias a esa magia instintiva es cómo el género humano se ha perpetuado en la tierra. El animal más cruel y dañino sobrevive de pasión.

Rosa iba de homónima. Que bonito sol hace aquí dentro. Reluce todo mi cuerpo ante él. Será el *glamour*. Sí, *glamour* rosa. Rosa era la diosa de la sala de baile. La potente luz parecía seguirla a cada rincón en donde se atrevía a mover toda su anatomía. *Glamour*, si, *glamour*, con o sin éxito aquello que sentía dentro de la pista de baile era *glamour*. *Glamour* rosa. El *glamour* de sentirse observada por todos aquellos hombres mientras sólo tenía oídos para aquella música psicodélica. La convulsionaba. Desataba su pelo. Ascendía ante todos. Ella era la diosa rosa. ¿No me hueles? Ella era la única sobre aquel luminoso suelo. Sus movimientos de cadera, su ligereza de vuelo. Sí, ella volaba. Aquel mundo le pertenecía. Aquel mundo al que él era ajeno. Nunca se había sentido cómodo entre la psicodelia del lugar. Sus borrosas luces le molestaban, aunque sólo tenía ojos para ella. La ninfa de la ciudad. Cielos, cuanto deseaba Platea poseerla. Raptarla. Llevarla a su piso. Bailar con ella el ritual carnal de la pasión. Ella se dejó llevar. Salir del bar de sábado noche en sus brazos.

Rosa iba de homónima. Sucede cuando al rojo le añades el blanco.

[9]
Sudorrr

Lo estaba haciendo. ¡Cuánto tiempo hacía ya de la última vez! Parecía más bien como si fuese la primera. Esa incredulidad hacia lo que todos han vivido, empieza a cuajar en una nueva experiencia. Lo estaba haciendo. La penetraba. Arriba. Abajo. Arriba. Abajo. Entraba. Salía. Fusión nuclear. Fisión nuclear. Inspire. Expire. Yin. Yan. Todo. Nada. Blanco. Negro. Sol. Luna. Calor. Frío... Sudorrr.

Cerró los ojos. Lo estaba haciendo. La abrazaba. Toda calor. Toda oscura. Toda piel. Un vaho que despeina furtivamente. Olor. Olor a humano. Olor a vida. Olor a ti. Olor a mí. Olor al suavizante de las sábanas. Pies fríos. Manos calientes. Agitación. Cambio de postura. Lengua. Una lengua exploradora. Choque de dientes. Risas. Arriba. Abajo... Sudorrr.

Como una autopista. Es como una autopista. Una autopista nocturna. Las luces de las farolas pasan. Veloces. Sincrónicas. Cálidas. Como una autopista en un túnel. Solo. Solo con el vacío. Fugaz. Un pie quiere pisar el acelerador. El segundo, consciente, trata de frenarlo. Gota. Una gota por la espalda. Escalofrío... Sudorrr.

Rápido. Más rápido. Las farolas multiplican la velocidad de su trayecto. Esto es el delirio. Es el confort. Confort húmedo. Glorioso. La autopista continúa su sendero oscuro. Unas luces rojas al fondo. Lejos. Muy lejos. Trance. Martilleo excitado. Giróvago mandala. Las luces se componen en blanco. Luz. Luz lechosa. Leche... Sudorrr.

Un muro. Un muro en la autopista. Un muro franqueado por luces rojas alternas. Tic. Tac. Tic. Tac. Danzan veloces como las luces de un ovni abductor. Se acercan las luces. Luz lechosa. Gritar. El muro se abre como un único horizonte. Sólo gritar. Explosión. Leche... Sudorrr.

VI. MUDÉJAR

[1]
Duérmete niño

Era un sueño nítido. Enfrente suyo, un hombre de pequeñas gafas redondas y canoso bigote. Le recostaban en una camilla. Era una camilla dura, con una sábana un poco raída y amarillenta tras años de lejías baratas. La pared estaba sucia. No sabía muy bien de qué estaban sucias, pero tenía la sensación de que lo estaban. Es lo que tienen los sueños, que se saben las cosas sin saber.

Despistado, cuando miraba alrededor, aquel anciano hombre lo ató a la camilla. Le obligó a abrir la boca. Unas manos frías y enguantadas en plástico parecían hurgarle los dientes. El mero roce de su lengua con aquel látex le hacía entrar en náuseas. El doctor, que parecía el temible Ernst Grawitz, el que experimentó con judíos y socialistas, tomó de una bandeja plateada una alargada aguja. Una aguja que terminaba en jeringuilla. Toda ella punzante.

No podía zafarse. Aquél médico, como si de la diosa Kali Ma se tratase, tenía manos para todo. Seis manos, seis, lo sujetaba al mismo tiempo que introducía aquella interminable jeringuilla en su boca. Tras el breve pinchazo, sintió una calma generalizada. Le extrajeron sin dolor ese aguijón para insertarle otros tres. La anestesia empezaba a emborracharlo. Sus ojos caían, su lengua se trababa. El Oficial Médico jefe de las SS se convertía en siamés de sí mismo. Portaba dos tenazas. Dos tenazas que asían su mandíbula.

AH. Ah. Ahhhhhhhhh. Tenía que cambiar de sueño. Corría por un prado precioso. Libertad. Libertad duradera. Sus pasos se iban hundiendo en la fresca hierba. De esa hierba que no es hierba sino yerba. Una hierba antigua. Sus pasos se hacían más pesados. Pesados. Lentos. Lentos como si tirase de un piano mordiendo con su tapa a un burro. Cielos, Buñuel, sal de mi cabeza. Detrás de él se acercaba el carnicero de las SS.

[2]
Dead man walking

Es como si te atasen de pies y manos. Y encima te dicen valiente por presentarte allí solo. ¿Qué remedio, cuando el resto de la familia viven en Isuerre en estado de cándida inocencia? Se sentía demasiado ridículo. Como a un anciano al que van a quitarle todas las muelas para ponerle dentadura postiza. Uno se afana por hacerse creer en las bondades de los nuevos tiempos, en la modernidad de la crema dental extra-fuerte con blanqueador atómico, y se encuentra pasando los mismos padecimientos que sufrieron sus ancestros.

Francho tenía la curiosa certeza de que de aquella sesión sacaría un empaste más o menos caro del trozo de diente que se le había caído. Y por ese largo pasillo anduvo, un pasillo tan eterno como el pasillo de un condenado a muerte. En esta ocasión, el recluso no tenía policía que cantase aquello de «*Dead man walking*».

¿Por qué esos sitios son tan fríos? Frías paredes vestidas con dos enormes posters que dibujan las partes del diente. Eso, y un sillón modelo cósmico. Tan duro como el diván de un psicólogo. La asistente accionó el mando que lo puso casi boca abajo. Igual que aquella vez en la que por el desinteresado amor por su sangre descubrió que eso de ser donante no era lo suyo, y su cerebro exigió su parte diaria de dosis. Fue entonces cuando hizo acto de presencia el dentista, y supo entonces que aquello era más surrealista que la vida de Max Estrella.

- ¿Abrés la bocá? – evidentemente, poner mal los acentos no es una licencia poética, el dentista había nacido en el Río de la Plata. El argentino le hizo una radiografía. – Vos no debés tragar saliva, apretá fuerte la plaquita.

Se retiró el sacamuelas a la sala contigua. Caray, eso de la radiografía debía de ser como una polaroid. ¿Había que agitarla para que se secase? Intentó erguirse para ver que

sucedía. No se había recuperado del susto, cuando el dentista volvió a hacer acto de presencia.

- Boludo, esta pieza es inservible. Habrá que sacarla. Mirá. Está refea.

Pelotudo, francamente pelotudo. Una larga grieta como en los mallos de Riglos cruzaba de arriba abajo cada una de las raíces. El médico empezó a adivinar que probablemente la muela del juicio no tenía sitio y empujaba, pero el único punto por el que podía crecer era machacando aquella muela, que estaba muy débil y re-empastada.

- Pues sáquemela – dijo él antes de que se arrepintiese de haberlo siquiera pensado. Mejor todo en una sesión y olvidarse.
- Pero vos no está medicado. ¿No? Debés tomar antibióticos durante dos días para prevenir infecciones postoperatorias. Después procederemos a la extracción. ¿Sos consciente que será difícil? Será una extracción lenta para evitar que se fracture al sacarla. Decile a la farmacéutica alguna de estas marcas... – empezó a enumerar un listado caótico de posibles medicamentos. Francho pediría unos genéricos. Le tomaron hora, y huyó.

[3]
Coito postergado

Se montó en el primer autobús que pasaba. Miró a su alrededor buscando a la mujer más bella. Vio una chica castaña bastante resultona sentada casi al final. Cruzó todo el autobús para sentarse justo detrás de ella. En el asiento posterior. Sus manos podían rozar su cabello ondulado. Desprendía un aroma a fresa. Quizá demasiado dulzón. Qué curiosa paradoja esta. La inercia del vehículo hacía que el punto exacto del útero de ella fuese, escasas décimas después, reemplazado por su pene. Algo así como un coito postergado. Un coito morado en el tiempo.

Hacía por aquel entonces tres días del incidente con el señor Palau. Ya habían entrado en otoño, pero no en octubre. Vestido bajo sus clásicas gafas negras, observó el movimiento del autobús frente a aquel mismo parque que había visto tres noches atrás. Ahora iluminado por el sol y oscurecido por su cristal ahumado. El césped tomaba un color verde oscuro nítido. Un verde a hierba vieja. A yerba. Una pequeña punzada en su muela le sacó de su ensimismamiento. Apoyó la lengua en su encía, y respiró hondo para que se calmase pronto ese esporádico dolor. Entonces no era consciente que tres meses después acudiría en ese mismo autobús a ver a un dentista argentino. La chica castaña que tenía delante había desaparecido, pero su fragancia, cual alma descarnada, seguía presente.

Estaba decidido. Quería demostrarle y demostrarse que era un chico normal. Que no era un homosexual, sino que a él también le podrían gustar las mujeres. Por ello se había sentado detrás de aquella chica. Para aprender a amar a las mujeres. No quería volver a pasar por lo del señor Palau. Se enamoraría y sería feliz junto a una hembra. Como todo hijo de vecino.

El autobús empezó a surcar partes de la ciudad que desconocía. Le dejó ante las puertas de un museo al que nunca había entrado. Descendió del vehículo y entró a ver una exposición sobre el arte mudéjar en conmemoración por la declaración de «patrimonio de la humanidad» de la *UNESCO* a ciertas catedrales aragonesas.

¿Acaso él podría ser mudéjar? ¿Podría ser un converso al cristianismo que abandonase su forma de vida musulmán? ¿Podría renunciar a las creencias de toda una vida? ¿Podría construir una Catedral sin descuidar los dibujos arabescos? ¿Sería esa Catedral un alma femenina? Cielos, odiaba a ese hombre. El hombre que le había hecho sentirse repugnante de su condición sexual.

Un día descubriría que los mudéjares no eran conversos. Que convivían con sus aconfesionales en paz. Que trabajaban para ellos sin perder su religión. Cuando los mudéjares

construyeron catedrales a los reinos cristianos, la idea de la Inquisición y la ascendencia de un cristiano viejo era algo por venir.

[4]
Boletín

La vida universitaria recobraba su ímpetu durante la primera semana de clase. Dentro del colectivo había un lema, y era que los nuevos estudiantes supiesen en esa semana tres cosas: que asignaturas tenían, que aula les tocaba, y que existía un colectivo universitario aragonesista en el cual podrían participar. Así que durante esa primera semana de no-clase, Francho se dedicó a elaborar en el ordenador del colectivo el boletín a repartir en las aulas de primero.

Bizén estaba nervioso, como si tuviese que estar a la altura de su predecesor y parecía que había dejado de cantar la canción de la República. Francho le hizo saber que no tenía porqué imitar a Chabi, sino que lo hiciese a su modo. Daba igual, Bizén parecía demasiado ofuscado con sus nuevas responsabilidades.

En esa semana, a quien no vieron por la Facultad fue a Chabi. Probablemente estaría a medio camino entre el Vicerrectorado de Estudiantes y la Concejalía de Juventud. Demasiado poco al alcance de la mano de Francho. Pero él había decidido ser mudéjar. Más bien ser converso. Convertirse al heterosexualismo. Sólo temía que estuviese donde estuviese el señor Palau, no abriese la boca para desdecirlo. Probablemente ahora estaría en melancólicos lugares como la Torre del Oro, la Giralda o el Parque de María Luisa. Ojalá pudiera coser esos labios a esa barba pintada. Mentalmente lo repitió una y otra vez.

Presionó el botón de imprimir, y la vieja impresora empezó a devorar el papel. Mediante un lento y prolongado aullido, dio a luz un nuevo instrumento de propaganda. Surgían los artículos acerca del colectivo, acerca de Derecho, acerca de Aragón, cartelera de cine, ocio, y en la contraportada, el anuncio del próximo campo de trabajo en el Pirineo, a un módico precio, en aquél mismo fin de semana.

La fotocopiadora con cargo a los Presupuestos de la Facultad clonó el panfleto a cuatro páginas en un Din-A3. Escasa media hora después su contenido era, para bien o para mal, *Vox Populi*. Francho, sé bienvenido al cuarto poder, el del papel escrito.

[5]
Campo de Trabajo

Para Francho fue la primera vez que pisó un campo de trabajo. ¡Qué paradójico huir de la labor en la tierra, allá en Isuerre, para venir a un sitio desconocido a implicar tu sudor!. Habían llegado el sábado por la mañana. El colectivo estaba preparando un albergue, en el cual realizar reuniones y jornadas. Ahora no era albergue, sino un destartalado casón. A Francho se le encargó quitar tierra de la entrada y crear un muro. Cuando llovía se formaba un barrizal.

Dejaron las mochilas en una de las dos grandes habitaciones. Ambas mixtas. Una hilera ensamblada de literas les esperaban. Uno podía tumbarse en un extremo de aquel desfile de colchones sucios y, arrastrándose, acabar en la otra punta de la habitación, junto a la ventana. Francho optó por tomar una cerca de la puerta. En seguida, Bizén le mostró los aparejos. La gente se iba distribuyendo entre pintar paredes, cambiar ventanas o preparar los enseres de la cocina para la comida.

Por suerte aquel día era bueno. El sol se había asomado a aquellos hondos valles. El rocío empezaba a disgregarse. Era como encontrarse en lo hondo de una gran olla. La temperatura era bastante inferior al de la urbe. No valía la pena quejarse. Deberían ponerse manos a la obra para entrar en calor. Con cuatro chicos más, empezaron a picar. Pronto descubrió que dos de ellos tenían demasiada mano para ello, y Francho se dedicó a trasportar los carretillos cargados de tierra a un viejo container.

Para volcar la tierra al container existía una pequeña pasarela ascendente. Francho tomaba impulso para que el carretillo subiese sin problemas, por la inercia, a lo largo de la pasarela. Pero lo hacía mal, porque llegaba un momento en el que el carretillo se quedaba en medio de la pasarela. Había que hacer un esfuerzo suplementario para terminarla de subir. Y eso extenuaba. Hasta que uno de los chicos dio con el misterio:

- Mientras subes el carretillo por la pasarela, intenta subirte a ella, empujándolo. El propio impulso hará que te suba al container, y de ese modo podrás echar la tierra con facilidad. De lo contrario, te vas a cascar el lumbago.

Oído cocina. Tomó Francho carrerilla, y ciertamente acababa en lo alto del container sin esfuerzo. Ante semejante hallazgo, se sintió orgulloso de empezar a llenar todo su contenido. Dos horas después empezaba a sentirse bien. Ágil. Vigorecido. Sentía que necesitaba hacer ejercicio más a menudo. Las primeras veces que subía por la pasarela, lo hacía con cuidado de que la rueda no se saliese del estrecho tablón metálico, por miedo a derramar el contenido del carretillo fuera del container. Ahora lo hacía despreocupado, puesto que aquello era más fácil de lo previsto.

Dejaba el carretillo a dos metros del container. Se ajustaba los guantes. Tomaba de nuevo el carro y empujaba con todas sus fuerzas, clack, golpeaba la rueda al inicio del tabón de la pasarela. Era entonces cuando el carretillo, lleno de arena, empezaba a subir por la pasarela, los brazos de Francho parecían relajarse, puesto que su cuerpo parecía arrastrado por la inercia. Bendita física. Pero, despreocupado como estaba, al llegar a lo alto de la pasarela, debía girar el contenido del carretillo al lado izquierdo, para distribuir su carga a ese lado. Francho, con su pie derecho al final de la pasarela, fue a echar, como otras veces, su pie izquierdo en el borde del container. El carretillo pesaba más de lo acostumbrado, y el impulso se estaba quedando corto. Su pie izquierdo pisó, esta vez, el vacío. Su espinilla se topó con el borde anguloso del container metálico. Su tobillo izquierdo mal pisó el suelo a un metro de desnivel. Era como si no estuviese sucediendo. Como si se dijese, lentamente, ¡qué torpe que eres! El pie izquierdo descendía fugazmente, mientras el derecho se resistía a abandonar lo alto de la pasarela. Después se recordó dando pequeños saltos con su pie derecho para caer tendido al suelo. Sentía un vacío dentro de sí. Como un leve mareo. Y, dentro de sí, el virginal temor a la primera fractura de tibia.

[6]
Garbanzos con mentira

No fue para tanto. Dos líneas oblicuas y paralelas recorrían su espinilla. Eran largas, tan largas como el tiempo que había estado en contacto descendente su pierna con el metal frío del container. El pantalón del chándal le había librado, probablemente, de una inyección de antitetánica. No se libró su pierna de la ración de agua oxigenada. El mareo duró el tiempo que le costó llegar a la cama en la que tenía su mochila. Una vez respiró hondo, el dolor fue remitiendo.

Cinco minutos después intentó bajar de la cama. Fue entonces cuando descubrió que, sin sangrar, el tobillo le exigía parte de medicina. Intentó moverlo. No, no había rotura. Era un sencillo esguince. Decidido, salió de la casa, pero en breves momentos se sintió más como una molestia. Así que dejó que esos cuatro chicos hiciesen su trabajo voluntario. Se había ganado un jubileo sangrante.

Se sentó Bizén a su lado. Le ofreció un cigarrillo, pero Francho lo rehusó. En dos horas habían quitado mucha tierra, y la entrada estaba lo suficientemente apta como para permitir el paso de un vehículo de grandes dimensiones. La gente por alrededor, alborotada, daba su mejor rostro a la casa.

- Queremos, en unos meses, tener tan arreglada la casa – dijo, entre calada y calada, Bizén - que podamos venir aquí para preparar reuniones cuando nos apetezca, y, ¿Por qué no? Veranear.
- El sitio está muy bien.
- ¿Te duele?

- No, parece que se calma. Aunque las dos brechas son muy aparatosas.
- Mira, ya nos llegan las provisiones – Bizén señaló una furgoneta blanca que aparecía bacheando por la carretera comarcal.
- ¿Qué tendremos hoy de comer?
- Ummm, garbanzos con chorizo. Rico rico. Y de pueblo. Palau cocina muy bien.
- ¿Palau? – se le heló la sangre a Francho. O quizás le hirvió.
- Sí, ya lo conociste el fin de semana pasado...
- Pero me dijo que se iba a trabajar a Sevilla...
- Ja ja. ¿Palau? Ya me extraña. Es el máximo organizador de todo esto. Por así decirlo, manda sobre la propia concejala.
- ...mmm... – Efectivamente le hervía.
- ¿Te duele?
- Sí, un poco. Me subiré a mi cuarto.

¿Garbanzos con chorizo? O más bien garbanzos con mentira. Aquello era una encerrona de la que no podía escapar. Él, que se había propuesto ser mudéjar de su creencia. Él, que renunciaba a su homosexualidad por el abuso deshonesto de alguien que resultaba ser el organizador máximo en algo por lo que casi había dado su pierna. No, no deseaba comer garbanzos con mentira. Sólo una siesta reparadora. Pasar desapercibido.

[7]
Miradas de vidrio

Le costó subir hasta su habitación el tiempo exacto en el que tardó en llegar la furgoneta. Se asomó por el cristal de la ventana del dormitorio. El cristal estaba a medio instalar. Dos largas cintas de embalar compartían el espacio con un trazo a rotulador negro que ponía «frágil». Por el rincón libre observó Francho bajar de la furgoneta al señor Palau. De la puerta del conductor surgió Chabi.

Dicen que existe gente que es capaz de descubrir en el momento exacto que son observados. Que son capaces de sentir en su nuca la mirada indiscreta. Alzó Palau el rostro hacia la ventana. Vio a través de él una mirada de vidrio. La mirada desconfiada del felino que no desea volver a ser lanzado al agua. Palau hizo una mueca de superioridad. Una mezcla de sonrisa y confianza, no de sorpresa. Probablemente esperaba de antemano esa mirada.

No soportó Francho ser sostenido en la mirada, y se recogió a la fría oscuridad reinante en el cuarto. Se tumbó y comprobó que la pierna había empezado a hincharse. Se vislumbraba un hematoma debajo de la rodilla.

Diablos. ¿Qué sabría de esa historia Chabi? En dos horas de lenta travesía desde la capital, el señor Palau podría haber hablado de su homosexualidad. Su corazón cobarde latió en su pecho. Diablos. Diablos. Diablos. Era un auténtico estúpido. ¿Por qué demonios se había dejado enzarzar en aquella estúpida red? Era un imprudente. Ahora sería el hazmerreír del campo de trabajo. La sociedad es homófoba.

Se despertó dos horas después con un pesado dolor de cabeza. Bizén le llamó para la comida. Había pensado en un primer momento huir de esa comida. Pero no tendría sentido ahora que había sido descubierto por su curiosidad. Procuraría alejarse cualquier acercamiento a ese demonio con barba pintada.

[8]
Terraza nocturna

En la parte posterior de la casona se había instalado algo que podría ser llamado bar. De bar tenía bastante poco. Una barra a medio fabricar. Un vaso de plástico ejercía las funciones de caja. Carecía de luces intermitentes, sino que las bombillas estaban revestidas de papel de celofán coloreado. El listado de bebidas era exiguo: dos marcas mediocres de whisky, vino suficiente para kalimotxo y cerveza en botella de vidrio.

Fuera del bar se había improvisado una terraza. Media docena de sillas de plástico resistían a la previsible helada nocturna. La verdad es que Palau y Francho, sin resistirse a evadirse, no habían tenido tiempo de cruzarse aquella tarde, puesto que uno se había reunido con Chabi para desarrollar la planificación trimestral de su cargo, y el otro se había reunido con el resto de gente de la Facultad para preparar las elecciones a delegados de clase.

Debía ser habitual en el colectivo realizar los trabajos físicos por la mañana, y tras la sobremesa, empezar a pensar en el futuro. Surgieron una serie de planes para localizar gente en las clases en las que se carecían de contactos, para hallar nuevos candidatos aragonesistas. Francho aceptó a regañadientes presentarse en su clase. Era pesimista, puesto que la pija que ahora era delegada tenía un cierto carisma.

Se sentó con Bizén en la terraza nocturna. A Francho se le había consolidado su inflamación en la pierna. No le apetecía estar de pie en el bar. Bizén también parecía cansado de emular un liderazgo del que carecía.

- Sabes, esa de ahí es Casiopea. – dijo Francho señalando un punto indeterminado en el cielo nocturno multipunteado. Bizén, que estaba bebiendo un litro de cerveza, alzó la vista.
- ¿Dónde?
- Ves cinco estrellas en forma de uve-doble?
- No.
- Mira ahí.
- Vale, sí. Ya la veo.

Francho no se resistió a contar la leyenda de Casiopea y su hija Andrómeda. Aquella que contaba el castigo a los reyes de Etiopía por parte de Neptuno. Un monstruo marino estaba sacudiendo las costas del reino, y el oráculo vaticinó que sólo se calmaría a aquella bestia ofreciendo a la princesa Andrómeda, desnuda y encadenada, para que fuese devorada. El rey Cefeo y su esposa Casiopea aceptaron a encadenar a su hija Andrómeda a los acantilados. Por eso, en la constelación de Andrómeda se observaba una línea surgiendo del brazo de ella que representaba las cadenas. Por aquel entonces Perseo había logrado vencer a la horrible Medusa, la madre de todas las bestias: era una mujer cuyo pelo estaba formado por serpientes, y con una mirada que convertía en piedra a quien se atreviese a observarla. Perseo había recibido de Atenea su escudo, un escudo brillante. En el momento dado en el que Medusa iba a petrificar a Perseo, éste se ocultó tras el escudo, y ella, al ver reflejada su mirada, se convirtió en piedra. Perseo tomó la cabeza de Medusa en un saco, y a lomos de Pegaso, el caballo halado, empezó su retorno a Grecia. Pero pasó por el acantilado en el que esperaba Andrómeda a ser devorada. Perseo se ofreció a los reyes Cefeo y Casiopea a vencer al monstruo marino a cambio de la mano de la doncella. Estos accedieron. Perseo, sobrevolando a la bestia, le mostró la cabeza de Medusa convirtiéndola en piedra. Una vez salvada a Andrómeda, fue a desposarla, pero entonces los padres se negaron a entregar en matrimonio a su hija. Cuenta la leyenda que Perseo raptó a Andrómeda. Y en prueba del arrojo de Perseo, Zeus puso en el cielo las constelaciones de Cefeo, Casiopea, Andrómeda, Pegaso y Perseo para eternizar la leyenda y permitir que aquella misma noche fuese contada.

Cuando terminó de contar la leyenda, se contempló Francho rodeado de algunas chicas y chicos que habían preferido escuchar una buena historia a la intemperie antes que soportar las canciones de *Linkin Park* que pinchaba Inazio en el bar.

[9]
Masajes en la oscuridad

Francho volvió a mirar el cielo como lo había hecho, quizá, una noche cualquiera de septiembre, cinco años atrás. Aquella época cuando, incomprendido, observaba solitario esta bóveda que permanece salpicada de pepitas de oro. Una mano entonces rozó su tobillo aun dolorido. Espantado, como el niño al que le pinchan las espinas del rosal que no había percibido, miró sorprendido aquellos dos grandes ojos. «¿Cómo llevas el tobillo?» dijo ella. «Descálzate, anda».

Ella vestía ambiguamente masculina sin perder la feminidad. Llevaba el pelo corto, más como una media melena que como un chico. Había sido teñido de rojo-fuego, del que sólo quedaba un imperceptible rojo-castaño del champú diario. Una cazadora de pana ocultaba su plano pecho. Un diminuto aro surcaba la aleta derecha de su nariz. Un leve grano, firmaba a la izquierda de sus finos labios. Un pañuelo rojo, protegía su garganta de perder el perfume de la salud.

«¿Te duele?» Los ojos de Francho prefirieron volver a buscar el triángulo de verano, ese que permanece, inalterable, formado por las estrellas Wega, Deneb y Altair. Ella, de nombre incierto, empezó a extender sus manos frías por el tobillo derecho. Él se dejó hacer, aunque levemente tembloroso. Quizá rozase algún nervio. Quizá fuese el frío. Quizá el escalofrío de ser efectivamente un mozárabe. La miró de reojo. Bien podría pasar por un joven imberbe. Pero no, ella, la desconocida masajista, no podía ser de genero masculino. Sus labios no tenían carmín. Su pelo permanecía masculinamente desaliñado. Su cuerpo, oculto bajo el caparazón de pana, no describía la figura de la guitarra española. Pero no, ella era mujer. Su voz la delataba. El movimiento dulce de sus manos suaves. Y la forma en la que esos ojos grandes giraron para perderse en los suyos. Nunca un hombre lo habría mirado así. Nunca una mujer lo había mirado así.

«¿Te duele?» «No, sigue, lo haces muy bien.» Sonrió de forma levemente postiza. «Me gustó la leyenda, ¿Desde cuándo te ha interesado la mitología? Porque ¿Era mitología, no?» Se sintió bien. Se acomodó mejor en la silla de terraza de plástico blanco para permitirle a ella poder tratar mejor su torcedura. No es que quizá haya llegado la hora de desfacercer entuertos o, quizá, de enderezar la vida sentimental de los torcidos. Tal vez nunca nadie se había parado a mirar sus ojos de esa forma. Quizá siempre se hubiese encontrado en la blanca laguna de sal del desconocimiento de los anhelos amorosos. Un desierto salino que esas manos blancas habían empezado a desmoronar. Lot, convertida en estatua de sal, después de haber girado su rostro a Sodoma y Gomorra, siente la necesidad de disolver la sal que le rodea con una lágrima. Su rostro se cuartea. Se disuelve. Debajo de ella, existe un ser vivo. Sácame de esta cárcel.

El bienestar ofrecido por el cosquilleo que le producía el trayecto que la falange del dedo pulgar le hizo notar su entrepierna viva. Viva como nunca lo había estado. Demasiado masculina, a su parecer. Probable acto reflejo, o efectivo deseo de conversión. Aclaró la garganta para narrar una historia inventada acerca del porqué un chico como tú acaba recitando leyendas en un sitio como este. Suspiró. Ella rozó con la yema de su dedo índice la región dolorida del pie. La había descentrado. Lo había descentrado.

Sigue, lo haces muy bien. Isuerre es un pequeño pueblo de montaña. Te acostumbras a crecer sin amigos. Tú sobrevives con el entorno. Con los bosques, con los animales, con el cielo nocturno. Son guías y gurús. ¿Cómo va? Tus dedos anestesian.

Ella sugirió un trato. Tomó una banqueta sin respaldo. Se quitó la cazadora de pana marrón. Se sentó justo delante de él, ofreciéndole la espalda. Con dulzura, giró su torso para tomar la pierna de él. La puso en su regazo. Tomó sus labios un leve gemido que fue acallado de nuevo por los dedos narcotizantes. «Tengo el cuello bastante cargado, hazme masajes». Fue entonces cuando Francho se atrevió a estrenarse en el arte de la fisioterapia. «Un poco más suave, que los hombres sois unos brutos». Interesante que a uno lo tomen por hombre. Ella se dejó caer, levemente hacia atrás, para reposar su espalda en el pecho de él. Se vio Francho en una postura poco habitual para poder hacer efectivo un masaje. Sus pulgares recorrían difíciles el cuello. Ella se dejaba hacer. Respiraban en común.

[10]
Sonrisa burlona

Ya no quedaba nadie. Ellos dos solos. La gente los había olvidado en el exterior. Dentro se oían risas y música excesivamente alta. Un cono de luz los iluminaba, salía de la ventana del bar del albergue. Una alargada sombra ejercía de camino hacia la oscuridad pirenaica. La nada salvaje parecía abrirse a unos pocos pasos de ellos dos. La sombra

recortada de las montañas ocultaban parte del estrellado orbe. Demasiadas estrellas para ser contadas. Tan pocas para ser alcanzadas.

Y un mozárabe es un mozárabe. Es una estatua de sal a la que dieron agua para disolver. Un corazón al que le han dado alas para empezar a latir. Sentir. Amar. Francho no tenía frío. El calor iluminaba el interior de su alma desalada. Descongelada. Y sintió, por primera vez en su vida la necesidad de abrazar. Abrazó el torso de la mujer sin nombre. Cobijó desde sus antebrazos el pecho de ella. Notó vibrar su respiración y su latir. Su rostro rozó el rostro de ella. Su papada se asomó por el hombro de ella. La mujer sin nombre se dejó hacer sin dejar de manipular los músculos de su pie.

Suspiró Francho. ¿Acaso él podría llegar a amar a una mujer? Él, ternura, recibía ternura.

Fue entonces cuando el sonido de la música subió repentinamente. La luz deshizo el abismo pirenaico mostrando una sencilla explanada de tierra removida. Una larga sombra les borró su aura. Una lenta risa se alzó. Francho dejó de abrazar la espalda de la joven masajista, miró a su propia espalda. La silueta recortada de un hombre de barba pintada se alzó ante él. Una sonrisa burlona parecía iluminarse en el contorno de aquel rostro infausto.

- Vaya, vaya, si es Francho... y con una mujer.

«¿Por qué paras?» Dijo ella. Él volvió a abrazarla. Nunca antes había tenido la necesidad de ser heterosexual. Rebelarse ante el mundo. Paradójica rebelión, ni que el mundo fuese gobernado por los homosexuales. La sonrisa de el señor Palau volvió a ocultarse, tiritando, bajo el colorido cobijo del improvisado bar nocturno. «Es un cretino».

El frío la había llevado a tiritar. Suavemente se zafó de él y se cubrió con la chaqueta de pana. Miró los ojos de él. Lo besó. Fue un beso pasivo por parte de él. Un beso de quien no sabe besar. Un beso de quien nunca se ha planteado esa opción. «Vamos adentro. Hace frío aquí afuera». Ella tomó la mano del descolocado Francho, que parecía adherido a esa silla de terraza de plástico blanco.

[11]
Cansancio dolorido

Igual de adherido se encontraba ahora a esa silla de torturas. Una silla que no era de terraza de plástico blanco, como en aquella noche de septiembre, sino que era de dentista de cuero negro. Con su boca abierta dejaba que el dentista hispanoamericano alzase un pequeño spray.

- Le pondré a vos este spray para que no le duela a la hora de introducir la jeringa. No se preocupe, es una labor sencilla e indolora.

Francho cerró los ojos indirectamente proporcional a lo que abría su boca. Notaba que sus sesos se estrellaban en la tapa de sus sesos, debido a que la cabeza parecía estar rozando el suelo. Los pies danzaban nerviosos en lo alto de la tabla. Su pie izquierdo parecía haber olvidado los masajes de aquella noche de septiembre. Las manos se entrelazaban, una con otra, en su incipiente barriga.

«Ahora no cierre la boca, por favor». Francho sintió sin sentir como una larga jeringuilla se abría hueco por sus encías, emulando el viaje al centro de la tierra de Verne. Y, como un mosquito de enormes proporciones, extendió su veneno que paralizó la sensibilidad de medio rostro. Otras dos jeringuillas indoloras redistribuyeron la carga a lo largo de la cara interior de las encías.

Una vez que el platense le autorizó a cerrar la boca, abrió sus ojos.

- ¿Cuál era su nombre?
- Fgancicgo Gutiéguez.

- ¿Viste como hace efecto el narcótico? Pálpese la mejilla, ¿la sentís?
- No, egta dogmida
- Entonces, procederemos a la extracción. Será una intervención lenta, puesto que la pieza se podé fracturar. ¿Vos recordás que tenía la base fracturada?

De reloj no fue mucho tiempo, pero quizá esto demuestre ciertas leyes de la teoría de la relatividad. Más bien debido a la gravedad que a la velocidad de desplazamiento de los cuerpos. Aunque más que gravedad de atracción de los cuerpos celestes, habría que hablar de gravedad de grave. Einstein hablaba que, conforme aumenta la gravedad, el tiempo se dilata. El tiempo, ante el grave estado de la muela de Francho, se dilataba, y cada segundo era una losa en la paciencia. Las tenazas del odontólogo titulado en el Río de la Plata, hacían danzar lentamente la muela, de izquierda a derecha, de derecha a izquierda, como un buen sistema democrático. Y lentamente subía la pieza sin descuartizarse. Los ojos de Francho permanecían cerrados. Algo así como si toda la existencia de uno fuese esa pequeña porción de cuerpo que, para colmo, permanece insensible.

Una sensación de cansancio se apoderó de él. Como si el dolor que no sentía, lo sintiese el propio cuerpo.

[12]
Dolor de no-muela

A esa sensación la llamó dolor de no-muela. «Mordé la gasa durante cuarenta y cinco minutos, después la retirás». Era un sonámbulo andarín por la calle. Fatigado. Su dentadura se ceñía a la pequeña tela que había mal-reemplazado a la muela. A una muela «re-fea». No sabía exactamente si apretaba excesivamente fuerte o más bien era laxo, puesto que ese medio rostro permanecía drogado. Al tocarse el labio le daba la sensación de haber aumentado de tamaño. Mera percepción táctil ante la sensación de tener un trozo de carne colgando sin vida.

Llegó a casa. No había nadie. Se miró al espejo. Medio rostro crecía inflamado, como si su insensible mitad hubiera dejado de pertenecer al Doctor Jekyll. Miró su reloj. Había tardado cerca de una hora en llegar a casa. El paseo de no-muela había sido lento y errático. Desustanciado. Abrió la boca para comprobar que la gasa se había ennegrecido por el carmín oscuro de la sangre coagulada. Lo extrajo sin dolor. Se miró fijamente la boca. Un sabor líquido recorrió su paladar. Por sus finos labios se recortó una línea horizontal de sangre, barnizando el borde superior de su labio inferior. Parece el rostro de una película *gore* de serie-B.

Y es como cuando un brazo que se ha quedado dormido es convenientemente agitado para recobrar la vida. Un fino hormigueo que, debilitando momentáneamente aun más el miembro, recorre a sus anchas la extremidad. Ese fino hormigueo llamado vida-después-de-la-muerte empezó a cabalgar por su moflete. Lento. Firme. Seguro. Descendía para encontrarse con la mancillada mandíbula. Y el hormigueo, cual Mesías resucitando a Lázaro, despertó el verdadero dolor de no-muela. Ese que venía pellizcado las resistencias del cuerpo indoloro.

Tardó media hora en volverse a asomar al reflejo del espejo. Se hinchaba el rostro por momentos. Quizá era una broma de la hipocondría. Se resistía a volver a abrir la boca, como si el mero hecho la incitase a brotar un nuevo hilillo de sangre serie-B. Y se miró con el mismo espasmo como el que se vio en aquel septiembre pirenaico. Sin sangre serie-B, pero con un temor aun más aprensivo, el de decidir qué hacer con su sexualidad.

[13]
Reflexiones de inodoro

Intentaba, en aquel fin de semana de septiembre, ver en sus ojos reflejados algo que le hiciese decidirse. Ella, la chica sin nombre, le había pedido continuar la sesión de masajes nocturnos en su habitación. Él se había escudado en ir al baño a ganar tiempo. Se escudriñó. Por un instante se sintió estúpido por esperar a que su reflejo le diese un veredicto. Nunca lo daba. Miraba impasible a que el original actuase para imitarlo.

Se refrescó la cabeza, y acudió a sentarse en una taza del váter. Se dejó caer la cabeza sobre las palmas de sus manos. Actitud orante. Joder. No. No tenía que ser así. Tenía que haber sido de otra manera. Si él estaba entre esas cuatro paredes era porque un día se había enamorado de un hombre. No podía renegar de lo que era. Empezó a entender lo que significaba ser en verdad un mudéjar: un musulmán que vive entre cristianos; un homosexual entre heterosexuales. Un musulmán que construye catedrales cristianas.

Escuchó, entonces, de fondo, una risa apagada. Una risa color Sevilla. Una risa de barba postiza. Algún día se vengaría de ese hombre. Nadie le podría arrebatar su orgullo. No tendría por qué esconderlo. ¿A qué temer? No aceptaría el chantaje de su silencio. O bien el detestable Palau abría su boca para sacarlo del armario, o saldría por su propio pie. No sería fácil. Se levantó de la taza del váter que no había sido usada. Miró con firmeza en el cuarteado cristal de escombrera en el que se volvió a reflejar.

Hacía muchos años que había ocultado su identidad.

Un escalofrío recorrió su espalda. ¿Y por qué esa noche? ¿Por qué ser tan precipitado? El mundo no dejaría de girar si él escondía su secreto una noche más. Lo mejor sería huir. Introducirse en su saco de dormir, en la otra habitación a la de la chica sin nombre. No tenía por qué dar explicaciones a una desconocida. Ya lo hizo una vez y no quería pasar por lo mismo. Al único que le tendría que dar explicaciones era a Chabi. Por él estaba ahí. Ya elegiría el momento. O, quizás, el momento lo elegiría a él.

[14]
Dos puertas

Apagó la luz del baño y, aun renqueante, anduvo despacio por aquel frío pasillo. Un pasillo que moría ante dos puertas. Una, la izquierda, en la que había dejado su mochila. La otra, la derecha, en la que esperaba su masajista. No respiró. Se sintió Gandalf en las Minas de Moria. ¿Por cuál de las dos puertas venía el aire menos viciado? Se introdujo en la de la izquierda.

Estaba en total penumbra. Una docena de literas concatenadas cubrían ambas paredes. Cada colchón aparecía invadido por oscuros bultos compactos. Diablos, ¿En cual de aquellas camas tenía su mochila? Un instinto le dijo que volviese a la puerta a encender la luz. El segundo instinto le recriminó por tan estúpida idea: sería descubierto. Un gato. Tenía que ser un gato. Silencioso y nocturno. Dar con su pijama y su saco de dormir... y echarse a dormir lejos de cualquier elemento femenino.

Palpó una mochila al azar. No, no era tan rugosa. Esta es demasiado grande. No tenía cremalleras. Ay, si las yemas de los dedos viesen los colores. Luz. Necesito luz, o esto será interminable. Luz. Un poco de luz. Y se hizo la luz.

Fiat Lux. Dicen que fue lo primero que Dios dijo, antes de que existiese el tiempo y el espacio. *Fiat Lux*. Y la luz se hizo. E iluminó a Francho ofuscado ante una mochila que tampoco era la suya. Quedó paralizado como queda un jabalí que es descubierto por los dos focos de un Seat Ibiza en mitad de una carretera comarcal en una noche cerrada de verano. Paralizado a esperar el certero golpe contra el radiador del automóvil.

- ¿Aun estás así? – dijo la chica sin nombre.
- Ay, buscaba mi mochila. Ahí tengo el pijama... y mi saco de dormir.
- ¿Sin luz?
- No encontré el interruptor.
- Hombres...

[15]
La habitación de la derecha

Se recostó en una de las literas de la habitación de enfrente. Ella se puso cómoda, junto a él. Francho temblaba. Aquello empezaba a ser la salida fácil. La miró, sin saber como

mirarla. Sin saber si debía observar esos ojos como lo estaba haciendo. Aquello cavaría su tumba. Ella, sonriente, le pidió que se diese la vuelta. Él, accedió a estar bocabajo. Ella se sentó sobre su espalda, y empezó a domar la contraída espalda de él con unos pulgares suaves y firmes.

Francho se sintió seguro. Mientras las cosas no pasasen de un casto masaje no habría problemas. Se dejó hacer. Sintió que como durase demasiado aquella sesión acabaría echándose a roncar. Y, eso, por respeto, no debía ser el resultado. Ambos parecían olvidar que todo había empezado por una torcedura de pie y una leyenda a la luz de las estrellas. Ella empezó a susurrar en su oído. Tan bajo que Francho sólo sentía el cosquilleo del aire que salía de los labios. Parecía soplar más que hablar. Parecían conjuros más que frases. Y Francho empezó a sentirse cada vez más cómodo, como si ese fuese el destino de un homosexual: estar tumbado debajo de un ser al que no amase. Y eso fue lo que le volvió a perturbar. No, a aquello no había venido.

- Nos van a pillar...
- Tranquilo, la gente del colectivo está acostumbrada a estas cosas.

¿A dónde había ido a parar Francho? ¿A la lujuria insensata de una secta? Evidentemente no. Evidentemente estaba en un mundo de amor libre del que no se hacían eco otras partes de la sociedad. Y, ella, la chica sin nombre, parecía estar demasiado acostumbrada a librar la bandera de dicha libertad. La cuestión era, entonces, si él, Francho, estaba dispuesto a participar en algo que no quería.

Con ese «nos van a pillar...» sin duda quería decir que parase ya. Que ya estaba bien como un juego. Que no estaba dispuesto a llegar a mayores. Que no era de ese tipo de chicos. Pero tenía miedo de proferir esas palabras. Como si por ello, él hubiese sido un descortés. Como si por ello, ella hubiera de enojarse por el tiempo perdido. Como si por ello, él debiera contar su secreto. Como si por ello, ella hubiera estado obligada a abofetearlo y salir corriendo. Por ello, o más bien, sin ello, su boca se resistió a decir las palabras mágicas.

Ella se levantó para dejarlo libre. Por un instante creyó que le había leído sus pensamientos. Volvió a recostarse a su lado. Francho se dio la vuelta, para recuperar la posición boca arriba. Puso ambas manos en su regazo, y miró la tabla que sustentaba la cama de la litera superior. La tabla estaba emborronada de *grafitis*. Demasiado poco erótico para esas horas. Y, como para cumplir el deseo de no ver esos *grafitis*, se hizo la oscuridad.

Volvía la chica sin nombre, descalza, de haber apagado la luz. Se tumbó junto a él, y empezó a jugar con los pezones de Francho. Estos, endurecidos, permanecieron debajo del pijama de verano. El corazón de él empezó a latir anaeróbico, como si tuviese flato. Sintió que no podría hablar. Ella empezó a acariciar su brazo. Las uñas se deslizaban peinándole el vello. Se resistía a girar su cuello para mirarla. Empezó ella a morderle la oreja. Suave. Húmeda. Un escalofrío recorrió por su espalda. La piel tornó gallinácea. Giró su cuello. Besó los labios, no con amor, sino como compasión.

- No puedo hacerlo, estoy enamorado de otra persona. - Volvió a besarla como para impedir que ella hablase. Para impedir que le pidiese explicaciones. Al final ella lo hizo.
- ¿Sabes? Creo que tienes muchos prejuicios aquí, en la cabeza – dijo mientras su dedo índice golpeaba la frente de él. Pretendió ella volver a retomar el trabajo. Pero él trató de resistirse.
- Lo siento. No puedo hacerlo.

Intentó hacerla comprender. Pero ella parecía no querer escucharle. Estaba decidida a romper los prejuicios acerca de la castidad que creía que amueblaban la mente de él. Ella se sentó encima de él, lo besó. Francho trató de levantarse. La retiró. Ella volvió a recostarse, seria, sobre la litera contigua. Él hizo ánimo de levantarse a dormir a la habitación de la izquierda. Ella, tomándole de la muñeca, le pidió que no lo hiciese.

- Al menos, duerme conmigo esta noche, no me dejes sola.

Francho comprendió entonces que el prejuicio de ella era aparentar ante el resto que había tenido, otra vez más, una buena noche de sexo. Sorprendido, y conocedor que aquello era para él un mal menor, accedió a sus pretensiones. Se acurrucó en su saco de dormir en la litera contigua a la de ella. Le dio las buenas noches. La chica sin nombre no le respondió.

[16]
La maldición de Layo

- Vaya, vaya, vaya. ¿Qué te parece? Francho parece huir de su destino

Se levantó sobresaltado. El rostro de un hombre de barba pintada lo había despertado. No era demasiado pronto, pero la luz natural de un amanecer nublado se colaba por la ventana empañada de la habitación. Como cadáveres alineados, otros jóvenes dormían en las literas colindantes. A sus pies, en el pasillo, estaba el señor Palau despertando a la tropa para desayunar. Ella remoloneaba junto a él. Palau observaba divertido la escena.

¿Huir de su destino? Nunca. Habría de ser como Layo, el Rey que desoyó al oráculo que le aconsejó que no tuviese descendencia, puesto que moriría a manos de su propio hijo. Y Edipo, su hijo, un día lo acabó matando. Era Layo. Él no había traicionado su espíritu. Mandó a la mierda al señor Palau, y se volvió a recostar en su saco. Aquel se rió, y continuó despertando sus huestes.

Ella se despertó como si nunca hubiese mirado sus ojos. Indiferente a quien estaba tumbado a su lado. Glacial con quien le había sido inerte. Despectiva por su orgullo maltratado. Huyó fría hacia las duchas. Francho se quedó un rato más tumbado, aunque la excusa de la pierna ba a ser vana para la labor que se le tenía encomendada para aquella mañana: fregar los cacharros del desayuno. Tampoco quería levantarse por no acudir a la que debía haber sido su cama. No deseaba excusarse ante Bizén, que probablemente lo había echado en falta la noche anterior. No quería dar cuenta de su frigidez heterosexual. Menos aún mentir.

De aquel día, se recordará mirando el sol de poniente por los Llanos de La Violada, la antigua senda romana llamada Vía Lata. El autocar caminaba destino al Valle del Ebro, huyendo de unas montañas que en breves fechas habrían de recibir los primeros copos de nieve. El sol empezaba a ponerse bajo las colinas que separan Zuera de las Cinco Villas. Unos diminutos molinos de viento postmodernos recortaban la silueta de un sol que no era ni estrella ni yema. No era el mismo sol de verano de Isuerre. Era un sol insulso. Desteñido. Igual de insulso que él, ajeno a las divertidas vivencias del resto de ese autobús. Era un mudéjar, tan distinto a los cristianos que poblaban los asientos colindantes. En suerte le había tocado convivir con ellos, pero no les pertenecía. Él era el solitario Francho. Siempre lo había sido. Todos huirían de él como la mujer sin nombre. No huiría de su destino, como tampoco huyó Layo.

VII. LATINO DEL NORTE

[1]
Latino del Norte

En el preciso instante en el que un surco de sangre de película serie-B rebosaba en la boca de un Francho asomado al espejo, Tony paseaba dolorido con las manos en los bolsillos. Más dolorido por Marie que por sí mismo, aunque siempre había sido de los que huían a los rincones solitarios a lamerse las heridas. Sus pasos eran torpemente dirigidos hacia la Facultad de Veterinaria. No tenía motivos para entrar a estudiar. Mucho menos a tomarse el café de la tarde con quien un día confió su amistad. Marie había resbalado de sus manos por la inesperada traición del holandés. Aunque seguía muy bien sin saber si, en verdad, el traidor acaso era él mismo. ¿Hasta que punto se había enamorado de ella, o había seguido un plan trazado en lo más hondo de su subconsciente por unos estúpidos apuntes? Él, un latino del norte, como danés que era, no podía cerciorarse de haber amado de verdad a alguna mujer. ¿Amor o compasión? Quizá empatía.

Alzó su mirada. Frente a él se alzaron las columnas rectangulares de la entrada principal de la Facultad. Aquella entrada en la que un día esperó a cortejar a Marie. Había sido un cretino. Ella lo amaba. El ruido incesante de los vehículos de la confluencia de la Carretera de Castellón con el Tercer Cinturón le obligo a introducirse en las estresada calma de aquellas paredes.

¿Y ahora qué?

Lo sabía demasiado bien. Si él se había atrevido a entrar allí era para dar un sentido a su vida, o al menos, para intentar ser mejor persona. Quizá un lavado de conciencia. Sus pasos siguieron hasta la clase de ella, que también debería haber sido la suya. Caminaron por el pasillo en el que una vez, tan lejana y tan cercana, le confesó que ella era del tipo de mujeres a las que amar. Quizá acaso la verdad se tornó y el amado fue él.

Se asomó al pequeño ventanuco que daba a la clase. Ella, seria, atendía sin quitar ojo a la explicación del Catedrático de turno. Su mirada traspasaba las gafas de estudiante aplicada. Esos ojos carecían de párpados. Bebían la realidad sin dar muestra exterior de la ponzoña que había alojado él en su corazón de amada. Era tan distinta ahora. Marie enamorada miraba de otra forma. Una mirada poseída. Brillante. Ahora era seca. Fría. Quizá científica.

¿Qué se suponía que tendría que hacer? ¿Entrar en el aula, tomar el micrófono mediante el cual el profesor difundía la buena nueva, y decirle a ella que la amaba, que lo sentía todo? Pero, ¿En verdad la amaba, o se sentía culpable de haberla herido? Podría hacerlo, para ello los daneses eran los latinos nórdicos. Tempestuosos como Hamlet. Su mano asió el pomo de la puerta. Fue en ese instante cuando se sintió consciente de no tener el arrojo suficiente como para intentar recuperar el amor. Más tarde se consolará diciendo que lo que lo echó atrás fue simple y llanamente el miedo a volverla a fallar.

[2]
Un cuchillo de comedor

Desangelado, y radicalmente enfadado consigo mismo por su cobardía, volvió a salir a la calle. Una calle fría de enero. La luz del sol de poniente trataba de zafarse de unos hilillos de nubes. Retiró la mirada del cielo rojizo para encontrarse, al otro lado de la calle, un coche aparcado que le resultaba familiar: un viejo coche francés amarillo descolorido. El coche de Patrick.

Una rabia colérica le llenó el estómago. Bastardo... Volvió a introducirse en la Facultad. Quizá no tendría valor para enfrentarse a Marie. ¿Valor o vergüenza? Pero sí a enfrentarse al traidor. Anduvo a grandes zancadas camino de la cafetería. Estaba atestada de gente.

En el otro extremo de la cafetería, un flamenco practicaba su italiano con una bárbara Isabella. Como un cazador experimentado, algo le hizo girar su rostro. Más olfato que intuición. Y su rostro, alejado del escote siciliano, observó como un sorprendido danés tomaba un cuchillo de la barra del bar. Instantes antes, Patrick tuvo la necesidad de levantar el brazo para saludar el retorno del hijo pródigo. Ahora, con la palma a media suspensión en tímido saludo, observó como Tony giraba sobre sí mismo y salía por donde había entrado.

No esperaba coger aquel cuchillo. Más bien pareció ofrecerse él mismo. Comprobó la punta del cubierto. No era completamente roma. Serviría. Cruzó el paso de cebra, con sus ojos puestos en los viejos neumáticos del Renault 5 de Patrick. Una vez que se acercó impunemente al vehículo, se agachó ante el neumático delantero derecho, el que daba al arcén. El cuchillo se dobló al primer intento. Atacó con mas fuerza de forma infructuosa. Cuando se vio tentando a usar la sierra y no la punta, el neumático cedió. Se hundió hasta el mango de madera por el que asía aquel sable. Cuando sacó el cuchillo, el neumático era una goma fofa.

Patrick se asomó por la puerta de la Facultad. Había perdido de vista al danés. Cuando perdió toda esperanza de reencontrarse con él, vio sobresalir su cabeza por encima del capó del viejo Renault 5. La asociación de ideas fue inmediata, pero el semáforo en rojo no impidió que el danés se cobrase una nueva víctima: el neumático posterior derecho.

Fue una reacción instintiva. Al ver llegar a Patrick, Tony alzó el cuchillo. La ansiedad lo poseyó. El miedo de verse pillado *in fraganti* o la rabia de tener delante al traidor delator. Patrick, perplejo por el arrebato de violencia del pacífico danés, frenó en su carrera. Cuando Tony fue consciente de que lo estaba amenazando con ese cuchillo, sintió dentro de sí una nausea. Como si en vez de llevar un cuchillo de comedor, tuviese en sus manos algo nauseabundo: un bicho repugnante e inmundo. Quizá fue su propia aversión a la violencia.

Lo tiró. Tiró el cuchillo al suelo. Y corrió. Corrió a ninguna parte. Corrió más alejado de la repulsión por sí mismo que por temer a la ira de Patrick. Corrió como si de ese modo se pudiese alejar de la patética venganza que acababa de obrar. Corrió para borrar de su mente lo vivido en esas primeras semanas del año. Y el cierzo hizo saltarle unos pequeños hilillos de lágrimas a lo largo de sus mejillas.

[3]
Lamiendo heridas

Era un cobarde. Era cobardía no afrontar el reto de reconquistar a una mujer. Más cobarde era vengarse de su peor amigo pinchándole dos ruedas de su coche de tercera mano. Más que cobarde era patético. Algo más propio de un chiquillo de doce años que de él mismo. Era cobardía huir corriendo. Llorar corriendo. Hasta incluso había sido cobardía alejarse de sus padres. Cobardía por no saber enfrentarse al padre a decirle que no quería ser astilla sino viruta. Cobardía a la hora de no impedir que una mujer a la que no quería se enamorase hasta el tuétano de él. Cobardía al dejarla escapar.

Pero, ¿Acaso esa sensación era mal de muchos? Platea era cobarde con su jefe. Tenía miedo a enfrentarse a él para obtener ese aumento de sueldo. Era cobarde Francho al rehuir sincerarse ante su amado Chabi. Cobardía o quizá indecisión. Este es el mundo de los indecisos, aquel que se fragua con gentes que nunca han luchado por lo realmente importante. El mundo de los que desde pequeños lo han tenido todo hecho. El mundo de los que esperan que el destino se fragüe solo sin poner algo de su parte.

Aun así, uno siempre se acuesta en la cama pensando que existe un hilo de esperanza. Sin ir más lejos, contemplar a Platea lanzarse a los labios de Rosa. Quizá sea un destello en un mundo gris. Quizá sea la necesidad de salir de ese mundo lo que le movió a Platea: a salir del mundo de la soledad en el cual se estaba enclaustrando. El mundo del solitario Platea, ese que creía vivir su vida sentado en una butaca de platea, viendo desfilar por el escenario del teatro a los personajes, sin interactuar ante ellos. El mundo del solitario Francho, que esconde en su interior, cual cáncer, un orgullo del que no está orgulloso.

El mundo del solitario Mjöllnir, ese que un día descubre, mientras corre hacia ninguna parte, que ha perdido a sus dos únicos amigos en aquella patria hostil a la que no pertenece. Solo. Estaba completamente sólo. Y encima era un cobarde. Dejó de correr para llorar. Se detestaba. Detestaba llegar a convertirse en un ermitaño. Él, que había pensado que ésta sería su segunda patria; de la que se había enamorado. Ésta en la que había adquirido de sí mismo un reflejo falso: el reflejo del triunfador que no lo había sido en el norte. El galán seductor que fascinaba a las latinas. Él, que se había hecho un ferviente danés español. Él, era ahora la espantosa imagen de un autodecepcionado.

Gritó. Lo odiaba. Odiaba acabar yendo a un rincón a lamerse las heridas. Él había venido a España para ser libre, no para retomar viejos fantasmas.

[4]
Un sombrero de *Cowboy*

Se compró un sombrero de *cowboy*. En algunos aspectos los daneses son sorprendentes: pueden ser tímidos y mostrar, un buen día, muestras de la mayor de las extravagancias. Es la dualidad de quien se hace creer un pueblo cálido con la gente nueva, para después establecer unos largos muros para defender su privacidad. No lo pueden remediar, son nórdicos.

Y se sentía ridículo con su sombrero de *cowboy*. No era un sombrero de *cowboy* auténtico, sino que era de plástico espolvoreado con una sustancia que asemejaba a la piel. Vamos, era un sombrero comprado en un bazar de todo a un euro. Uno que había visto de oferta por una calle sin nombre. La única cosa que le había hecho sonreír después de correr llorando. Y, ocultando sus ojos bajo las alas de ese sombrero de *cowboy*, se inclinó en la barra del bar a pedir su tercera cerveza. *Carlsberg*, por supuesto: producto nacional.

Sentía como la gente del bar, en la medida en que podían, intentaban alejarse de aquel extraño personaje que bebía solo, ocupando un espacio generoso de la encimera. Miraba y releía la etiqueta españolizada de su cerveza danesa. Intermediaba el ritual, lanzando miradas a la camarera. Quizá en otro tiempo, la hubiera mirado de otra forma. Una forma más sexual. Ahora era el extraño personaje pizpireto que accedía, a un módico precio, a borrarle la sed.

Pero algo le hizo girarse. Dejar de reposar su codos borrachos del mármol. Acababa de entrar un grupo de chicas celebrando una despedida de soltera. De manera inmediata se habían ganado un lugar en aquel bar. La gente dejaba que ocupasen el centro de aquel retorcido bar.

Y ellas se fijaron en él.

En otra situación, probablemente no hubiesen prestado atención de un triste borracho recostado en un rincón. Pero tenía algo distinto al resto de la fiesta. No era su belleza aria. No era su metro ochenta y cinco. Era que llevaba un sombrero de *cowboy*. Y, eso, en una situación normal, no habría dejado de ser un elemento de burla, a no ser que ellas fuesen disfrazadas de indias.

Y, si en algún momento alguien creyó que el ser nórdico era, de por sí, tímido, un danés con sombrero de *cowboy*, por mucho que hubiese llorado su cobardía aquella misma tarde, acabará bailando torpemente en el centro de una docena de mujeres.

[5]
El ladrón de besos

Por un momento, cuando habían pasado los tres minutos de gracia, llegó a pensar que lo habían tomado por un *boy*. No tenía la más sincera necesidad de acabar enseñando el ombligo a aquella multitud. El gorro de *cowboy* danzó de cabeza en cabeza. Una de ellas le revolvió el pelo con su mano. Fue entonces cuando miró los ojos de la mano que le había revuelto el pelo.

Y supo que aquellos ojos los había visto antes...

Los ojos que un día miraron con temor la posibilidad de mirar a unos ojos distintos a los de su amado. Aquel que viajaba, sentado junto a ella, en el autobús de línea. Esos ojos infieles, que por un instante se despreocuparon de otros ojos que miraban un *Nokia* y el vacío de la calle detrás del cristal. Esos ojos que se ruborizaron al contemplar la impúdica mirada del donante universal, aquella mirada que le calentó sus entrañas como un fértil caldo en invierno. Una mirada que en aquella ocasión no podía, no consentía, no se resistía a mantener. Pero ahora, los retuvo.

- Me debes un beso – dijo él, al sentirse reconocido.
- ¿Acaso eres el ladrón de besos?

Y, esta pelirroja disfrazada de india ofreció el beso que aquella vez, en el autobús, regaló al hombre con quien había decidido compartir su aburrida vida. El alcohol, y la euforia de sus compañeras de despedida de soltera hizo el resto. No, Mjöllnir no quiso actuar de *boy*, pero empezó a dudar que el resultado acababa siendo el mismo.

Se recordará entrando en su piso de la mano de Victoria, aquella pelirroja de órdago algo ebria, para encontrarse en mitad del cumpleaños de Platea. Con un escueto «Hi, people» se perdió en su habitación. Esta vez no hubo botella de vodka que la hembra derramara por el suelo. Sólo el placer momentáneo de un éxtasis sin ataduras. Se preguntará un día si, mientras lo hacía con aquella pelirroja de coletas indias, no estaría llorando por la mujer que una semana antes había ocupado esa misma cama. Quizá solo jadeó. Ese jadeo que un escrupuloso Marcos escuchó a través de la pared de la cocina, cuando fue a buscar hielos.

[6]
Vacío

Se despertó sólo en la cama. Victoria había huido de la fragrante evidencia de infidelidad, con nocturnidad y alevosía. Miró al techo, con las palmas en la nuca. Las últimas lluvias, o quizá el rumor de una tubería, habían vuelto a hacer crecer la mancha del techo. Esas manchas maldibujadas por un psicólogo. ¿Aquello era vida? Soñó un día amanecer con una amante que dibujase con carmín corazones en el espejo. Miró a la mesilla. Sólo le faltaría observar unos billetes por su aprendiz labor de *boy*. Sentía la pesadez del paladar de haberse convertido en un juguete sexual para una mujer. Curiosa paradoja la de recibir el pago que él había entregado a otras mujeres. No, no hay amor. Sólo vicio.

¿Sabes? Quizá un día te das cuenta de que aquello que llaman amor se ha viciado. Ha perdido su magia. Se ha convertido en algo de usar y tirar. La cultura consumista del placer inmediato. Del deseo vacío.

Necesitó un cigarrillo. Se estiró hacia el suelo, en donde tenía sus pantalones vaqueros arrebujados como siempre. Sacó de un bolsillo su paquete de Marlboro. Sólo quedaban dos cigarrillos. Y esta vez, no había ningún porro oculto. Qué vacía había sido también la amistad con Patrick. Quizá sólo consistía en apoyo mutuo y horas de cannabis.

Esta vez estaba en una cama confortable, pero, diablos, deseó regresar a los hipnotizados tiempos en los cuales amanecía con una bárbara italiana en una cama incómoda. Hasta ese cuarto de muebles nuevos parecía haber perdido la magia que una vez tuvo aquella habitación.

Se engañaba. Sólo anhelaba una sola vida. La de Marie. Pero su mente se negaba a abrir esa puerta. No tan pronto.

VIII. BUTACA DE PLATEA

[1]
Ginecólogo

¿Por qué lo hacía? ¿Por qué cada tres meses acudía al ginecólogo? Quizá por la necesidad de que le dijesen a una que estaba en perfectas condiciones. Que podría ser madre, pero que por fortuna aun no estaba embarazada. ¿Qué edad tiene tu novio? Veintinueve. ¿Por qué mentía? Hacía casi quince meses que no sabía nada de él. Quince meses desde que Pablo la había abandonado. Acaso continuar yendo al ginecólogo era algo así como intentar hacer creer al mundo que aun seguían juntos. Que no había pasado nada. Que ella era una mujer plenamente satisfecha.

Se ajustó la ropa interior. Se volvió a poner los pantalones del traje. Volvió a bajar, como en tantas ocasiones, por aquellas escaleras angostas hasta dar con la calle. Montó en su Seat León turquesa. Cerró la puerta con rabia e hizo esfuerzos por no volver a romper a llorar. Un esfuerzo que venía repitiéndose cada vez que acudía. Ahora a saber donde estaría Pablo. ¿Sería feliz con otra mujer?

Se recordó aquella vez en la que se cruzó con un amigo de Pablo. Pareció escapársele un breve: «Hemos quedado para mi cumpleaños, he quedado con Pablo, con la novia...». Un frío recorrió sus pies. Con la novia... ¿Con la novia de quién? ¿Con la suya o con la de Pablo? Pero no, no quiso indagar entonces. Por miedo a reafirmar que Pablo ya tenía novia. Tal vez por miedo a seguir dependiendo de su fantasma si resultaba ser la novia del amigo. Aunque, de haber sido su novia, la del amigo, habría dicho aquello de «He quedado con mi novia y con Pablo», aunque explícitamente no había dicho «He quedado con Pablo y su novia». ¿Por qué algo tan neutro? ¿Acaso la tipa era novia de los dos?

Piiiiiiiiii...., sonó un claxon, Mujer tenías que ser...

Miró por su espejo retrovisor. Un energúmeno le indicaba que el semáforo estaba verde. Levantó su dedo corazón sin atreverse a asomarlo por la ventanilla, por el frío, se entiende.

El coche la llevó a una bocacalle de Hernán Cortés. A un antro que el Ministerio de Sanidad pretendía cerrar por falta de higiene. Colgaban del techo chorizos, salchichas, perniles, morcillas. Un tufo a grasa animal y a sofrito recorría la taberna. Dos ancianos de ropas raídas sorbían juntos el vino de las cinco y media de la tarde. Salió el tabernero de una habitación contigua tras la barra. Pretendió limpiarse las manos en un delantal color marrón-suciedad.

- ¿Una cerveza?
- No, gracias. Venía a por lo del Ministerio de Sanidad.
- Vaya, esperaba que don Casares se dignase a venir y no me enviase a una secretaria – moqueo el tabernero, limpiándose con la manga la nariz.
- Soy abogada, no secretaria.
- Ya, ya. Como os lo tomáis todo las mujeres.

El tabernero le enseño todos los documentos que tenía guardados en una caja de puros. Habanos, oiga. Tramitarían el recurso administrativo para evitar el cierre. Aunque, de haber dependido de ella, aquel tugurio también lo habría cerrado. Más que a un abogado, necesitaba a un restaurador, o al menos, a un grupo de albañiles que apuntalaran aquellas paredes. Por cierto...

- ¿Y esos agujeros en la pared?
- Ah, es por donde entran las ratas.
- ¿Ratas?
- Te traigo una silla, ¿monada? No me irás a hacer un espectáculo ahora.

- No, gracias. – dijo poniendo esa sonrisa irónica de la que tan gustosa vestía – ¿Pero por qué no tapa esos agujeros?
- Si es que entran por cualquier parte. Ya sabe usted, estos pisos de antes de la guerra... Yo, lo que las hago es echarles todas las pieles de los chorizos para que no suban a comerme los perniles.
- Puaj.

[2]
Julia

Sonó entonces su móvil. Llevaba de melodía una de las últimas canciones de Amaral. Era su amiga Julia, una buena excusa para salir por unos segundos de aquel antro.

- Rosa...
- ¿Sí, Julia?
- ¿Estás ocupada?
- No, dime.
- Te tengo preparada una cita...

«Ay, Dios, y yo con estos pelos. Pero, Alma de Dios, ¿Qué se puede esperar una a estas edades? ¿Qué venga Brad Pitt? Llega un momento en el que los hombres, o bien parecen unos críos y empiezas a pensar que acabas de convertirte en una asaltacunas, o bien, si es de tu edad, o es un tipo raro o es uno al que han abandonado otras mujeres. Si es de estos últimos, ándate con cuidado. Algunas veces creo que estoy hecha para esperar a que se liberen los divorciados».

Rosa volvió a obsesionarse entonces ante un futuro tan esperanzador como verse con cincuenta años sola y paseando a un caniche atuendado con un traje de ganchillo.

El caso es que a Julia estas cosas siempre le salían bien. Ella era abandonada por un gran hombre y encontraba después otro mejor. Más listo, más cariñoso y con más dinero que el anterior. Pero ella se veía sentada bajo la gran sombra de una higuera. Uno de esos árboles tan desordenados que cuentan con delgadas ramas que suben y bajan, que se entrelazan formando una cárcel. Una cárcel de la que las escasas hojas, muchas veces no liberan del propio sol de verano.

Unos días antes le había confesado, con orgullo, que volvía a adentrarse en el mundo del corazón. Julia siempre daba con esas joyas que ella nunca terminaba de encontrar. Le tocaba a ella vivir y convivir con el patito feo. Salvo aquella vez... con Pablo. Hay cosas que nunca se han de volver a repetir.

- Una cita, ¿Y con quién?
- Un amigo de mi nuevo novio. Quedamos mañana por la noche y te presento a los dos.
- Caray, así de primeras. ¿Cómo es él?
- No es mal chico...
- Oiga, ¿es para hoy? – dijo el tendero al otro lado del umbral de la taberna, como si sus pulmones no pudiesen soportar la atmósfera salubre de la calle.
- Julia, te tengo que dejar. Hablamos... Sí, a ver. ¿Dónde estábamos?
- En los papeles del negocio, facturas de impuestos y toda la pesca.
- Ah sí...

[3]
Eau de Toilette

Cuando se introdujo de nuevo en el coche, echó mano de la guantera, y sacó un par de frascos de perfume. Eran *Bvlgari for Femme* y *Hugo Woman*. Miró fijamente ambos frascos, como si de alguna manera misteriosa pudiera verse vestida por ambas fragancias ante un espejo. No, *Hugo Woman* no era para horario laboral. Se decantó por la primera.

Le encantaban los perfumes. Cerrar los ojos e intentar distinguir las diferentes esencias que surgían. Hubo un principio en el que consideraba estos aromas en cierta medida planos. Algo con lo que decir, «huele como a violetas, aunque no exactamente».

Si fue por alguien, fue por Julia por la que se introdujo en el mundo del perfume. Algo que le había parecido en cierto modo aburrido. Sí, es cierto, ella se las ponía, pero sin combinar. Sin apreciar el momento del día óptimo para llevarla. Olía un frasco, si le gustaba, se lo ponía.

Julia le habló de los tiempos que llevaban los perfumes. Tres tiempos en el que las diferentes fragancias salían a la luz. Eran como si estuviesen programadas para oler diferente en función del tiempo de exposición. En primer término estaban las «notas de salida», que se desarrollaban en el breve y fugaz momento en el que se rociaban. Después venía lo que se llamaba «corazón», eran olores más duraderos. Finalmente la «base», que era lo que permanecía.

En aquella ocasión, la *Bvlgari* había dejado de exhalar notas de bergamonta, violeta, melocotón y frambuesa. Olores muy florales y dulces. Empezaba a notar las tonalidades de la rosa, té de jazmín, muguete, orquídea y heliotropo. Y de fondo, tarde o temprano empezaría a saborear cedro, sándalo, vainilla y ámbar. Caray, no era capaz de reconocer todo aquello. Se las había aprendido, aunque no sabía muy bien que era eso del muguete y del heliotropo.

La otra, la de *Hugo*, era demasiado festiva, demasiado de sábado noche. Aunque, para una primera cita sería peligroso. No quería parecer lo que no era. Recordó que tenía una vieja que ya no usaba de canela. Sí, se pondría algo discreto mañana.

[4]
Envidia de plástico

El tráfico en Zaragoza estaba fatal. Las Avenidas, atestadas de vehículos. Se mordía de rabia los labios. No estaba tan lejos del bufete. Podría haber dejado el coche junto a la taberna, donde lo tenía aparcado, e ir dando un paseo. Habría llegado antes. Zaragoza necesita un cambio, pensó. Algo, como en las grandes ciudades, que no le hiciese a la gente coger el automóvil para ir a comprar el pan. No sé, el metro. ¿Pero a quién se le ocurre dejar el coche ese en doble fila? Hombres...

Pudo aparcar en una zona azul en Paseo de las Damas. Por suerte quedaban menos de dos horas para las ocho, así que no tendría que volver a bajar para ahorrarse una multa. Tomó su cartera de cuero negro del asiento del copiloto. Pagó el *parking*. Los peatones barruntaban el fin de semana. Habían salido de sus casas en bandada para aprovechar los últimos rayos de sol de una tarde no demasiado invernal. Cuanta gente ociosa. Se acabó contagiando de ellos, los transeúntes, a mirar algún escaparate. Mango. Zara. H&M. No en vano, el bufete estaba situado en uno de los corazones comerciales de la ciudad.

Le resultaba recalcitrante acabar embobada observando lo bien que le quedaba la ropa a esos maniquís de plástico. Pero lo hacía. Quizá por eso últimamente huía de ellos. Tan perfectos. Con curvas proporcionadas. No con estas caderas. Sin culos caídos. Pechos firmes, ligeramente respingones. Tallas reducidas. Era la mayor degradación del genero humano: crear seres inanimados más bellos que él mismo. Rostros de porcelana, labios finos, sonrisa serena, sin celulitis. No lo soportaba. No soportaba que la sociedad pretendiese de ella acabar siendo un maniquí de plástico. Basta de envidias de plástico.

Nunca se había sentido tan victima de los maniquís hasta que entró a hacer las prácticas al bufete. Día a día se deslizaba desosegada ante un mar de prendas demasiado estrechas, juveniles e inservibles. Si al menos fuese como Julia. A ella le quedaba todo tan bien. Si fuese como ella no dudaría en dejarse el sueldo allí, entre esas cuatro calles. Esa era la otra envidia de plástico. La envidia de una Visa Oro. El poder trasparente de una cuenta sin fondos. Inagotable.

Esa envidia podría acabar el día en que la hiciesen socia del bufete. Eso era otro cantar. Quizá era aun demasiado joven para aspirar a ello, aunque demasiado vieja para vestir las ropas de las tiendas. ¿Acaso, como supuso el tabernero, parecía una secretaria? ¿Vestía como una secretaria? Se miró en el espejo del hall del edificio del bufete, ante la sonrisa paternalista del portero. Sería la fanfarronada de un hombre inferior que no consiente que una mujer ascienda más rápidamente en el éxito social que él, aunque fuese dueño de su negocio. Un negocio que pendía de los papeles que llevaba en su cartera de cuero negro. Bueno, y de su capacidad de picapleitos, faltaba más.

Se introdujo en el ascensor. Un ascensor de lujo. De los primeros en vestir aquellas casas que se construían en dos estancias, una amplia para los señores, otras retorcida para los sirvientes, unidas ambas por una puerta en el pasillo. El ascensor se cerraba a pestillo, y una hilera de botones de marfil hacía subir la caja de roble pulido. Impecable artefacto de más de cincuenta años. Con el tiempo había dejado de apreciar el gusto refinado de la burguesía franquista zaragozana. En aquella ocasión olía a rancio. Olfateo el aire. Surgía de su propia cartera. Debería haber rociado cada impreso del tabernero con *Bvlgari for Femme*. Cuando fuese socia del bufete, mandaría al chico de prácticas a recorrerse los bajos fondos. Seguro que no lo llamaban secretario.

[5]
Piel hervida

Llegó a su casa, que era la de su padre, rozando la media noche. El tiempo parecía ser engullido en aquella maraña de compilaciones jurisprudenciales a la que un día Francho se asomó a comprobar que aquello no era lo suyo. Era lo suyo, pensaba Rosa, o al menos a eso había estado aspirando desde hacía mucho. Lo suyo, aunque a veces parecía como si fuese al revés, que ella pertenecía a esos libros. Como si un extraterrestre bajase a la tierra a estimar que la tierra era dominada por las plantas, y el hombre, su siervo, madruga para darles de beber; ella parecía existir para darle sentido a la existencia de aquellos libros.

Le dolía el cuello, había mantenido su volante con la mano izquierda, mientras que la derecha pellizcaba sus hombros. La calle por la que había paseado su coche estaba ahora desierta. Sólo el ruido de un camión de la basura. Fue por ello que llegó antes de lo esperado a la casa de su padre, que era la suya.

«Buenas». Había olvidado que a su padre le tocaba aquella noche estar de guardia en el Ayuntamiento. La casa estaba vacía. Oscura. Silenciosa.

Se sentía difusa. Trasparente. Etérea. Un caso no se parece a otro, y eso agota. Era un cansancio que no se podría eliminar con productos químicos. Sólo durmiendo. Eso, y una buena ducha. Acudió a la cocina a encender el calentador. Su padre le había dejado una sopa de sobre. No había aprendido a cocinar después de dos años, desde que mama lo dejase. Los dejase. Ambos habían perdido mucho ese año.

Se desnudó abotargada. Las prendas, más que quitadas, eran deslizadas. Abotargada, sí. Sus músculos parecían tan cansados como si ella solita hubiese descargado un camión en el mercado. Abrió la alcachofa, y cayó el agua un poco fría. No se introdujo en la ducha hasta comprobar que la temperatura era aceptable. Le costó regularla, para que no estuviese templada, tirando a caliente.

Adoraba sentir como el agua hervida golpeaba su rostro. Boqueaba como un pez en un acuario sin aire. No bebía el agua, pero adoraba sentir que por ahí resbalaba, por su lengua. Su rostro se alzaba mirando al techo. Mirando a la alcachofa. Si un extraterrestre la contemplase, probablemente diría que estaba en oración. En vez de al mihrab, esta religión adora al cielo. Adora al agua. El baño mutó londinense.

Aprovechó que su padre estaba de guardia para darse la larga ducha. «Vuestra generación es egoísta y derrochadora; ay si hubieses pasado una posguerra como nosotros». Su padre no entendía que su rostro, hervido, recibiese durante un cuarto de hora aquella lluvia.

Algo así como una blasfemia en un mundo sin agua. Como tirar a la basura un yogur que caducó ayer. «No conocéis el hambre».

Se vistió exclusivamente con el albornoz rosa. Recalentó la sopa. Puso la tele. Basura, a aquellas horas sólo ponen basura. Pero la vio sin ver. Estaba demasiado cansada como para como para prestarle atención. Sus párpados caían. Comprendió que, probablemente aquella noche también se acostaría sin cenar. Y así lo hizo.

Unos días más tarde se preguntará si aquella noche pensó en el ofrecimiento de Julia de una cita a ciegas. También si a esas horas seguía su mente pensando en los recursos a poner para suspender la decisión del Ministerio de Sanidad de cerrar la rancia taberna. Quizás en que todo cambiaría cuando fuese socia del bufete. Pero no. Sólo pensó en una cosa: en cómo les dejó un buen día su madre.

[6]
Azulejos manchados

Se recordó dos navidades atrás. Las últimas navidades con Pesetas. Venía atareada con sus primeras horas de pasantía. Entró al baño como venía haciendo en toda su existencia, más costumbre que patología. Y se descubrió mirando los azulejos, algo desentonaba a través de su reflejo en el espejo. Se estaba desmaquillando, pero sus ojos dejaron de mirar los restos de su rimel. Se giró. Vio una línea difusa que recorría las junturas de las baldosas de la pared.

Se evocó en una época de coletas y faldas rosas. Esa época dulce en la que no se asumen obligaciones. Su madre, ataviada con un pincel muy fino, iba recorriendo las mismas junturas que ahora miraba. Ella, su madre, Flor, detestaba que el vaho y el uso diario quitasen la limpieza del más íntimo rincón de la casa. Flor, su madre, después de pintar todas las junturas, se afanaba con un trapo a limpiar los restos que había dejado el pincel en las propias baldosas. Ahora, ciertamente, las junturas que unían los azulejos estaban blancos, pero finas hileras blancas bajaban paralelas en los bordes de las baldosas.

Pasó el dedo por los azulejos. Un polvillo blanco surcó la yema de su dedo índice. Miró con detenimiento el resto del cuarto de baño. Los rastros de pintura blanca goteaban por doquier. Lo peor era que parecía que llevaban esas manchas surcando los azulejos demasiado tiempo. En algunos puntos la pintura parecía reseca. Rascó con la uña. Algo pasaba en casa. Su madre jamás dejaría eso empantanado durante días. Sus ojos describieron la tristeza certera de quien se da cuenta de que un día todo se acaba.

¿Qué es lo que lleva a una mujer a abandonar una vida sólidamente establecida durante treinta años de convivencia? Gris era el presente para Flor. Y Flor se marchitó. Una hija ensimismada en su vida, un marido burocráticamente funcionario. Todo se acaba. Se acabó la existencia de la Peseta, y vino el Euro. Y con el redondeo, a su padre se le secaron los ojos. Aquel año Rosa y su padre perdieron demasiado.

Ella, Rosa, se hizo la firme promesa de no acabar solitaria como su padre. Qué triste segundo acto se la abrió a él. La mitad de una vida acostumbrándose a alguien a quien no verá en la segunda mitad. Ella, la muerte, llegó antes de hora aquel día. A ella, Rosa, no le podría pasar lo mismo. Pero Pablo le falló. Y al acabar el año del Euro, Rosa y su padre fueron conscientes de que habían perdido demasiado.

No, no me dejes solo.

No, no me dejes sola.

[7]
Victoria

Y se levantó aquel día pensando en Victoria, una amiga de la infancia, que a esas horas estaría preparando su traje de boda en un pequeño pueblo de Cataluña. Mañana firmaría el consentido contrato matrimonial, para toda la vida, como un día lo firmó su propio padre.

¿Para toda la vida? Aun seguía sorprendida de lo que había vivido durante la despedida de soltera de Victoria. ¿Cómo puede alguien ser infiel una semana antes de la boda? ¿Cómo podría tener la conciencia tranquila para decir aquello del «sí quiero»?

Hacía algo más de medio año que Rosa ya le había pedido a Victoria que no hiciese el prototipo de despedida que hacía todo el mundo. Eso de disfrazarse de manera hortera, y pasearse por los bares del casco viejo. Quizá tuviese miedo a verse borracha haciendo el ridículo por las calles concurridas del centro de la ciudad. Pero el sábado pasado acabó disfrazada de india. Dos burdas extensiones se colgaban de su corto pelo a forma de coleta. Una ropa barata, y fría, de faldas indias a lo Pocahontas. Después de cenar zanahorias en forma fálica y emborracharse, entraron en aquel bar.

Borracha, estaba ya muy borracha. La música estaba demasiado alta. El local demasiado oscuro. Se apartó del temible grupo de salvajes indias para ir a pedir otro Martini a la barra del bar. Fue cuando vio a un hombre con sombrero de *cowboy*. Y, en esa excitación de taparse de forma intermitente, con su mano, la boca gritando «U», al más puro estilo de las películas de John Wayne, llevó al piel blanca dentro del corro de desinhibidas mujeres. Y fue todo fiesta, hasta que la homenajeada casadera se atrevió a besar al hombre «Marlboro americano». Se recordó Rosa tomándose un chupito de mora en honor a Victoria, que había huido con el rubio a ninguna parte.

Para toda la vida. Victoria se casaba para toda la vida. Rosa tendría que guardar ese secreto para toda la vida. ¿Para toda la vida? Y una mierda, que se lo digan a su padre.

[8]
¿Carpe diem?

Quedó más pronto que de costumbre con Julia. No había parado de trabajar para ir a comer, así que tenía un hambre de mil demonios. A esas horas, los bares eran los únicos capaces de ofrecer algo de comida en forma de grasienta tapa o indigestivo bocadillo. Los restaurantes habían cerrado ya. Julia la acompañó con un café mientras ella devoraba una ración, algo olivada, de tortilla de patata.

- A ver, explícame eso de la cita a ciegas. – dijo Rosa mientras añadía mayonesa al pincho para hacerlo más digestivo o, al menos, más comible.
- Es un chico de mi empresa. No es mal chaval...
- Ya, gracias, pero ¿De verdad crees que estoy preparada para afrontar algo nuevo?
- Lo dices por Pablo.
- Sí, y no me empieces con eso de que un clavo saca a otro clavo.
- No creo que te beneficie el dolerte por aquello, debes darte la oportunidad de disfrutar de la vida. No te atormentes con lo que pudo haber sido y no fue.
- Ya, lo se.
- Yo también lo pasé mal con Jorge, ¿Recuerdas? Pero me dije, estos son los mejores años de tu vida: nunca he podido disfrutar de un salario como ahora, ni he tenido la posibilidad de ver mundo, menos aun de disfrutar de la salud de la juventud que algún día se escapará. ¿Sabes, Rosa? No querría envejecer doliéndome por lo mal que me fue la vida.
- Eres una optimista, no hay nada para siempre.
- Soy realista. Disfrutar el momento. *Carpe diem*.
- ¿Y por ese *carpe diem* te fuiste a la cama con tu nuevo novio a las primeras de cambio?
- Pues sí. Me pareció divertido, y lo fue. ¿Sabes?, deberías hacer lo mismo.
- A veces me parece que piensas como un tío.
- Ja ja, no seas tonta. Y cómete ese pincho de tortilla, que te vas a quedar en los huesos.
- ¿Cómo es él? – preguntó Rosa mientras masticaba un trozo de pincho con abundante pan de baguette.
- ¿José Ignacio?
- No, el otro...
- Ah, sí. Lo primero, no es Pablo.

- Ya – dijo Rosa arrugando el rostro.
- No busques en él a Pablo.

Lo primero que se le pasó por la cabeza cuando había hablado por móvil con Julia la tarde anterior, era que en aquella oportunidad, pudiese reencontrarse con alguien como Pablo. ¿La vida estaba hecha para disfrutar o para anhelar? A veces sentía que la esperanza por volver a revivir el pasado era vana. Sabía que para bien o para mal, cualquier vivencia posterior la tendría que cotejar con Pablo.

[9]
Una butaca de Platea

Hubo un momento en el que Rosa, aquella noche, se recordó a cuando quiso entrar a formar parte del grupo de teatro del Instituto. Se volvió a ver subida al escenario de tablas renegridas, sabedora de que el profesor de literatura la observaba detrás de sus gafas, sentado en una butaca de platea. Paradójicamente era ahora Platea, desde su butaca, quien parecía diseccionarla sentado desde una indeterminada butaca de aquel bar. Lo tenía cerca, muy cerca, pero parecía lejano. Por un momento sintió la ilusión que tuvo con dieciséis años al interpretar un escueto fragmento de cinco horas con Mario. ¿Qué es lo que un día la hizo ser abogada? Quizá esa necesidad de sentirse observada en lo alto del escenario. En el fondo sentirse importante. Después comprendió que interpretar un papel era algo así como ser poseída, cual Médium que permite al muerto, el personaje que reside en el libreto, que la tomase a una. Cambiaba su voz. Su temperamento. Su aura.

¿De qué habló aquella noche? No lo supo muy bien. Tampoco deseó preguntarlo al día siguiente. Sólo recordó que el hombre oculto detrás de esas gafas, que eran microscopios, en un momento indeterminado decidió recorrer el corto espacio que le restaba desde su butaca de platea hasta las tablas. No fue excesivamente rápido, pero si determinado a cumplir su trayecto. No fue el camino del que teme ser rechazado, sino más bien del que se sabe aceptado.

¿En verdad ella lo aceptó entre sus labios aquella noche? Incomprensiblemente, estaba demasiado extasiada con el recuerdo juvenil de dominar la escena, como para realmente analizar si aquel debía de ser el hombre de su vida. Probablemente había dejado amordazado al demonio que llevaba dentro. Su demonio crítico era el que censuraba a todo hombre que podía caer en sus brazos. Era como si estuviese programado para detectar a Pablo reencarnado en otro ser humano. Quizá no había sido ella, sino Julia quien lo había reprimido.

Recordó que la besó torpemente. En un momento dado se apartó de él para contemplarlo. Le hizo una seña a su demonio interno para que hablase, aunque quizá el Vodka lo había cohibido. Intentó ver en sus ojos a Pablo. Recordó a su madre: ella no podía quedarse solitaria. Recordó el *carpe diem* de Julia: ¿disfrutar o anhelar? Su boca habló por ella: «no me dejes».

No me dejes. Cielos, qué tonta. Cuando ella estaba tumbada en la cama recordando lo que acababa de vivir escasas horas después se lo volvió a decir. Tonta. Tonta. Re-tonta. Jamás había dicho nada tan estúpido. Pero dentro de sí sintió el breve orgullo de intentar no emular a su padre. ¿Qué saldría de aquello? Se encogió de hombros. Sentía que de él no conocía su voz, sus cualidades, sus defectos. Sólo su torpe lengua. Y se rió antes de conciliar el sueño.

[10]
Homónima 2.0

Rosa iba de homónima la noche siguiente. Sucede cuando al rojo le añades el blanco. No sabía muy bien por qué acudía a ese bar. Quizá lo conocía demasiado bien, y seguía pensando que era demasiado hortera. No sabía muy bien por qué, pero había quedado allí con su último ligue. ¿Por qué? Habría sido demasiado fácil huir. Últimamente había empezado a

temer convertirse en una persona rara. Rara y oscura como su padre. Probable destino a una vida en la cual uno parece rehuir el bien más sagrado de la humanidad, el amor.

Venía de hablar con Julia. Para ella era todo demasiado fácil. Cómo la mujer que nunca ha sido herida. Ésta corrigió por un «la mujer que ha dejado de lamerse las heridas». A esas horas, su amiga del colegio, Victoria, había dado su *sí quiero*. La mera idea del destino le hacía seguir teniendo un nudo en el estómago. Hasta qué punto la soledad nos tiene que llevar a amar a quien no se ama. Julia la lanzó, cual paloma desde lo alto del campanario, para que volase de nuevo. Hasta qué punto amar a quien no se conoce.

Y, ante las risas de Julia por reconocer en Victoria la pelirroja que, de la mano, una semana atrás había estado con el compañero de piso de Platea, fue Rosa quien echó a volar rumbo al *Saloon.* Años atrás le habría parecido, quizá una utopía, pero hoy se aburría de entrar por ahí. No era la edad, ni el éxito, lo que corría por ese bar.

Rosa acudió al baño de chicas a retocarse un poco, y recibir una dosis. No solía hacerlo, pero tenía demasiado miedo de perder. Canutilleó un billete de diez euros, por donde olió mejor su premio blanco. Y... la gloria. Un hilillo rosa nació de su nariz surcando sus labios. Sucede cuando al rojo le añades el blanco. Cuando salió a la pista de baile era otra. Ahora por sus venas nadaba *glamour*, no miedo. Y surcando el éxtasis, Platea hizo acto de presencia. Todo quizá fue demasiado rápido.

El último recuerdo de aquella noche fue que alguien, torpemente apresurado, intentaba hacerle el amor. No fue consciente que, en aquella misma cama, Julia había pasado la noche, con su nuevo novio, una semana antes. Sólo fue consciente que aquel que la penetraba no era Pablo. No, Pablo era cariñoso en la cama. Pablo no sacaba la lengua asfixiado cuando se introducía en ella. Pablo no dejaba de mirarla a los ojos cuando llegaba al éxtasis. ¿Éste es el pago por huir de la soledad? Que baje Dios y lo vea.

Rosa iba de homónima. Sucede cuando al rojo le añades el blanco.

IX. LA CASA DEL REENCUENTRO

[1]
Niebla

«Pensad en esto». Sonaba como un eco. Pero, desde luego, cuando hay niebla no se puede hablar de eco. Las nubes recostadas no permiten el eco, puesto que parecen devorarlo. Los coches cuando circulan parece que andan descalzos. Un grito en la noche bien podría ser ignorado por los vecinos. La niebla es como un algodón. Pero, sobre la niebla sonaba una voz que era, al mismo tiempo, conocida y profana: «Pensad en esto».

Quiso con la mano, agitándola a palma abierta, despejar la ceguera blanquecina que se abría ante sus ojos. No era una niebla fría, de esas que el frío que ya ha entrado hasta los huesos, no vuelve a salir. Era más bien cálida como un buen edredón en invierno. Tampoco generaba en él más estrés del que mueve una mano de izquierda a derecha. Quizá habría que hablar en clave de curiosidad. ¿Curiosidad de la que mato al gato o de la que llevó al hombre a la luna? Curiosidad a fin de cuentas.

Entrecerró sus ojos, y una luz rojiza se alzó en la lejanía. Más que luz, era como el filamento de una bombilla. Se maravilló de tener una agudeza visual tal como para ser capaz de contemplarlo con semejante nitidez. Era un filamento que se movía ligeramente. Empezó a andar hacia el lugar de donde provenía esa luz.

Volvió a sonar la frase «Pensad en esto», e hizo esfuerzos como para recordar donde la había oído con anterioridad. Al avanzar en su esponjoso caminar, contempló como el filamento había empezado a dibujar en blanco y gris la tenue silueta de una ventana solitaria. Tuvo entonces miedo de tropezar con algo, puesto que su cabeza se había ido alzando para no perder de vista la bombilla. Observó que la acera se había vuelto tierra. Una tierra escasa de vegetación. Media docena de pequeñas malezas miraban temerosas a ser aplastadas por las suelas que las sobrevolaban.

Había perdido de vista momentáneamente la bombilla. Cuando alzó de nuevo su cabeza observó un edificio desconocido rodeado de andamios. La bombilla de la ventana había desaparecido. Anduvo hasta la casa. Los andamios rojos eran fríos. Como pudo, protegió sus manos con las mangas del jersey de lana que llevaba puesto. Sin dificultad trepó por los andamios hasta acceder a la ventana, que se encontraba en la segunda planta.

Una vez dentro observó a un joven rechoncho de perilla que volvía a decir aquello de «pensad en esto». Estaba de pie, y no movía ningún músculo salvo los de su boca, para seguir pronunciando la frase. Sobre su cabeza, una bombilla caliente pero apagada danzaba de izquierda a derecha, colgada del techo. De ella descendía una cadena que finalizaba en la mano derecha del joven de perilla.

Sentía como si a esa persona la conociese de toda la vida, o al menos, le resultase familiar. Con su dedos índice y pulgar, cerró los ojos, presionando los laterales de la nariz que los separaba. En la oscuridad buscó un lugar al cual asociar ese rostro.

Al abrir de nuevo sus ojos, la habitación había cambiado. Estaba sentado en un sofá marrón. Su mano sostenía un vaso de sangría. Y, enfrente suyo, el joven rechoncho decía, de un modo natural las siguientes palabras:

> «Bueno, pero pensad en esto, pensad en romper el pacto con la casa. Habrá alguna manera, digo yo».

[2]
Polo positivo

Se despertó entre edredones. Abrió sus ojos, pero sólo contemplaron la oscuridad de su habitación. La única luz que su vista pudo reconocer, aunque de modo borroso, eran las

cifras rojas de su despertador. Las 4:21. Tanteó con su mano la luz de la mesilla. El desordenado cuarto seguía en pie tal como lo había dejado unas breves horas antes.

Buscó sus zapatillas de estar por casa. Tambaleante, recorrió los escasos metros de pasillo que le restaban al escusado. Se miró en el espejo. Los ojos legañosos se resistían a luchar contra la fortaleza de la luminosidad de los ojos de buey del techo. Se sentó en la taza del váter. Y, sin pensar en lo que decía, susurró para sí mismo: pensad en romper el pacto con la casa.

El sueño regresó excesivamente nítido. La luz en la ventana; la casa de los andamios; Raúl, el amigo de Platea, exhortando a la lucha contra la casa Averly. ¿Luchar contra la casa Averly? Se levantó de nuevo para verse reflejado en el espejo del lavabo. Averly. Se lavó la cara. Sus ojos volvieron a verse reflejados en el espejo. Sería una locura, pero había que acabar con la maldición de alguna manera.

La mente de Roberto fue entonces consciente de que si él había llevado a Miguel, a Marcos y a Platea ante la casa del desencuentro, debería de ser capaz de dar con otra nueva casa que rompiese con el maleficio. Sí, debía existir algo así que permanecía sin descubrir. Siempre le habían enseñado que el bien y el mal existen por igual, que son como las dos cargas de un imán. Que la una a la otra se compensan. Si existía una casa del desencuentro, ¿Por qué no una casa del reencuentro?

Supo en ese instante que la excitación del descubrimiento le impediría cerrar ojo en lo que restaba de noche. Se tumbó en la cama, apagó la luz, y se hizo la firme promesa de acabar con la maldición que les acechaba desde el momento en el que pusieron su vida sentimental en manos de la casa Averly. El polo negativo.

[3]
Medina Albaida

Nevaba de esa manera de la que puede nevar en Zaragoza. Era una nieve líquida. Una nieve que no cuaja. A las horas en las que Roberto indagaba en su subconsciente, en busca de retos o soluciones, José Ignacio sentía la necesidad de plantear un viaje. Miró por la ventana y descubrió el rosario de motitas blancas que caían en el amanecer de un martes de febrero.

Para ser sinceros, José Ignacio buscó en Platea alguien con quien compartir aquello de los momentos de dos parejas. Era de esos que sentía la necesidad de, al mismo tiempo que salían con una novia, tener la posibilidad de hablar de fútbol con el novio de la amiga de su novia. No había tenido con Platea ese afán celestino que suelen tener las mujeres con las relaciones de sus amigas, sino que había luchado por su relación con Rosa por la necesidad recíproca de no tener que dar el callo a todas horas en su relación con Julia. Dicen que es clave, para que las relaciones funcionen, que éstas no aburran: la necesidad masculina de hablar de intrascendencias con otro de su género era esencial para llevar a buen puerto una relación. O, al menos, lo era para José Ignacio.

Platea se había pasado al Capuchino. Llevaba menos chocolate que el Mocachino. Había que cuidar la línea, ahora que había alguien a quien cortejar. Miraba sin mirar la motitas de caspa líquida que flotaban en el nublado cielo de una planta doce. Resultaba paradójico que sea en esos momentos cuando Zaragoza le hacía un guiño al pasado. En tiempos de la Taifa de Saraqustah a esta ciudad se la llamaba Medina Albaida, ciudad blanca. Pero Platea no pensaba en blanco, sino en rosa. Una fina sonrisa se dibujó en su rostro. Demasiado imperceptible para un profano. Fue entonces cuando José Ignacio, al entrar a la sala del café de la oficina, descubrió que el cuatro ojos debía de haberse enamorado.

Un viaje a cuatro. La sugerencia pareció no caer en saco roto. Llevaba dos días Platea con la necesidad de conocer a la persona con la que el sábado se había acostado. No quería que esto acabase degenerando en una amistad de sexo fácil. Propuso San Sebastián. José Ignacio, que no la conocía, dio su visto bueno. Hablaría con Julia.

Ambos terminaron su café de las ocho y veinticinco. El resplandor Rojo-Ferrari aun no había hecho acto de presencia. Sus estómagos agradecieron no haber sido estresados. La nieve siguió cayendo en solitario cuando abandonaron la salita del café. La máquina de refrescos tuvo la necesidad de saludar a la nieve y empezó a zumbar con su refrigerador. Fue un zumbido tan imperceptible, como la caída de los copos, para los seres humanos que perdían su libertad atados a una mesa de oficina al otro lado de la pared.

[4]
Ácida

Cuando llegó a casa volvió a echar un ojo al corcho de las fotos que tenía en su habitación. Allí seguían descansando, en un muro encalado, un Platea de tres años con su prima Isabel. ¿Por qué San Sebastián? Recordó el día de su último cumpleaños, en la comida familiar, cuando su madre le entregó la carta que le tenía atesorada. Era de la prima Isabel, de San Sebastián. Al ver esa foto en la cual los niños no envejecen, tuvo la necesidad de volver a verla después de un lustro. Para él, Isabel no envejecería. No recuperará ese rostro aguileño de los niños feos, sino la de la foto en la que pervivía con una sonrisa limpia surcada por dos enormes coletas. ¿Por qué a los adultos nos dan miedo esas sonrisas? ¿Quizá tenemos miedo a borrárselas? Quizá tenía miedo del momento inevitable en el que decepcionaría sin querer a su primita Marta. Esas cosas siempre llegan.

Sus reflexiones se vieron abortadas por una llamada de Rosa. Aun no se había acostumbrado a esa voz. Hablando con ella se recordó a cuando, de pequeño, jugaba a ponerle caras a los comentaristas de la radio. En parte, sabía que el rostro de Rosa seguía aun sin inventar. Las tres veces que lo había mirado había sido muy distinto. La cautelosa Rosa olor a canela que había conocido el viernes. La extasiada Rosa que gobernaba la pista de baile el sábado. La legañosa y malhumorada Rosa de un amanecer contrito. Y, en parte, aquella era la cuarta Rosa. Una Rosa con una voz sutilmente ácida. Ácida en la distancia invisible del cable telefónico.

Quizá aquella media hora se podría haber resumido en un: «Vale, el viernes salimos camino de San Sebastián, pero antes de decírselo a José Ignacio, bien podrías haberme consultado, que no sea la última en enterarme». Platea rió para restarle importancia. Será cierto aquello de que las mujeres requieren algo de monopolio. Ellas lo llaman atención. Él lo llamaría aprendizaje.

[5]
El Peine de los Vientos

Será curioso que de aquel fin de semana, quizá sólo recuerde la sensación de ir sentado en la parte de atrás del *Volkswagen Golf* de José Ignacio. Eso, y mirar como danzaban los bosques del Leitzarán. Y mientras miraba el vergel vasco, guadianeado con largos túneles, sentir la mano de ella entrelazada a la suya. Viva. Asombrosamente palpitante.

Quizá fue todo demasiado rápido. Esa sensación de que el tiempo es arena de playa que se escurre entre los dedos. Se recordará abrazando por la espalda a Rosa viendo el estrellado cielo donostiarra, mientras que el Peine de los Vientos de Chillida trataba de poner banda sonora a los susurros de sus latidos.

Corto. Asombrosamente corto. El tiempo parecía comprimido en un tarro de arena de playa. Esa arena que es introducida por el niño, intentando comprobar cuanta es capaz de introducir. Fría era la de la Concha en febrero como para ir descalzo.

¿Hasta qué punto José Ignacio no sirvió de burladero con su táctica de robar al novio de la amiga de la novia para hablar del tiempo? Platea reconocería que quizá, en solitario, no se había atrevido a pasar esos días con ella. Tampoco fue José Ignacio excusa para, por ejemplo, conocer de los flirteos de Rosa con el teatro. Las facetas de Rosa parecían multiplicarse. Sentiría en algunos momentos que descubría a una nueva Rosa, esa Rosa esposa que es capaz de pasear de la mano de Platea, junto al Kursal, en la desembocadura de

la Ría, como si llevase toda una vida haciéndolo. O quizá a esa Rosa familiar que sonríe al conocer por boca de la prima Isabel la niñez de Platea.

[6]
Conspiración

Al mismo tiempo en el cual Platea rechazó la idea de visitar los bares de la cuadrangular zona vieja de San Sebastián, para poder dormir junto con Rosa, Roberto hizo acto de presencia por el *Saloon*. Al final de la barra encontró a Miguel y a Marcos. Tampoco había quedado con ellos esta vez, pero sabía que sería previsible encontrar a alguno allí.

- ¿Sabéis la leyenda? - empezó a hablar casi sin saludar, y menos aún sin pedirse su *White Label* – Esa que dice que en la Zaragoza nocturna de los bares si eres persistente, y preguntas a la gente, al final conocerás a alguien que tiene una prima que la novia de su hermano se hizo una copia de la llave de la Casa del Desencuentro. No, no me miréis así. No estoy buscando esa casa, sino otra que también debe de existir: la del Reencuentro. – Miguel y Marcos parecían recelar de esa nueva posibilidad.

» Tengo – continuó Roberto – la certeza de que debe existir. Al igual que el bien y el mal se compensan, debe haber una casa que rehaga nuestras vidas sentimentales. Conspiremos con dar con ella. Pongamos en marcha la leyenda. Busquemos en todos los corrillos de todos los bares a alguien que sepa de ella.

El tímido de Marcos pareció temer la posibilidad de un sábado malgastado en hablar con desconocidos. *Se reirán de mí*. Miguel optó por ese mensaje como una nueva forma de ligar con las rubias del bar. *Sabéis de la Casa del Reencuentro, te llevaré a ella*. Roberto insistió en la necesidad de encontrarla. Marcos empezó a darle vueltas a la idea del escaqueo, la de hacer como si buscase, pero esperando que fuesen Roberto o Miguel los que diesen con la llave. Miguel se tragó los restos del cubata que llevaba entre manos, dispuesto a empezar. Marcos se mostró sorprendido porque tuviesen que empezar ya. Roberto los acompañó a la entrada del bar.

[7]
El camino de Marcos

Marcos salió al exterior. Danzó por una Calle del Temple excesivamente abarrotada. Cualquiera que pasaba por ahí podría saber algo de esa maldita casa. Desde luego, a quien no preguntaría sería a las mujeres, y menos aun cuando fuesen en manada. En parte, esto era como cuando se iba a pedir fuego para un cigarrillo, siempre lo pedía a los hombres, puesto que temía que las mujeres pensasen mal de él. Él no ligaba así. Más bien no ligaba. Marcos siempre había jugado el papel del solitario bebedor con sonrisa postiza que miraba a las mujeres desde la lejanía del rincón más oscuro del bar.

Sábes... Tocaba el hombro de la gente que pasaba por la callejuela peatonal. ¿Sabes? Pero la gente parecía ignorarlo. Algo así como si la multitud debiera necesitar de alguien con carisma como para pararse a hacerle caso. *¿Del Reencuentro? No conozco ese bar*. Empezó una fina lluvia. Esto le obligó a entrar en un reducido bar de música alternativa. La Calle del Temple se despejó, hidrófoba, y sólo permaneció un malí vendiendo mecheros mojados.

Nunca le había gustado la idea de estar solitario en un bar. Se acercó a la camarera, que parecía estar demasiado entretenida atendiendo a mejores clientes. Tuvo que sacar un billete de diez euros y agitarlo para que ella posase sus ojos en él. Un *Bacardi*, por favor. Cuando le trajo la mezcla, extendiéndole los cambios, él la tomó de la muñeca para acercarse a su oído. *¿Del Reencuentro? No, lo siento, no soy de aquí*.

Casi se obligó a terminarse pronto la bebida, porque descubrió que la música alternativa no le gustaba y merecía la pena acudir a otro bar. Sin duda Roberto estaba loco, y él tonto como para seguirle la corriente. Menos aun cuando empezaba a creer que eso de tener relaciones con las mujeres no era para él. No es que fuese una postura homosexual, válgame Dios, sino la certeza de una asexualidad creciente. Esa asexualidad tranquila de llevar una vida

sin complicaciones emocionales. Se recostó en la pared del bar y se hizo la firme promesa de no mover más los hilos del destino. *Virgencita, virgencita, que me quede como estoy*. Se acordó del día en el que Roberto le dijo, cuando tenían quince años, de visitar el Polvorín, una Casa Cuartel que permanecía encantada desde los tiempos de la Guerra Civil, allá en los cerros de Santa Fe. ¿Por qué tentar a lo desconocido? Se dijo entonces y se decía ahora. Entonces no tenía ganas de vérselas con el fantasma del Guardia Civil barbudo, menos aun de volver a hacer el ridículo con una mujer en una casa abandonada, por muy polo positivo que fuese.

Supo que en lo que le restaba de noche, sólo tendría que temer que por aquella puerta acabase entrando Miguel o Roberto en la laboriosa búsqueda de ese Vellocino de Oro. No debían pillarlo *in fraganti* en la desidia. Esperaría así hasta las seis de la madrugada, que era la hora de regreso al *Saloon*.

[8]
El camino de Miguel

Un buen día dijo Platea de Miguel que, conforme pasaban las horas, le acababa dando vergüenza ajena. Miguel quizá acababa haciendo el ridículo con tal de ligar. Era capaz de contar su vida en verso, bailar horteramente, o atormentarlas durante horas. Años atrás, lo comparaba con Atila. Por donde pasaba no crecía la hierba. Era tierra quemada. Cuando se acercaba a un grupo de rubias, el resto del grupo de chicos sabía que por la mera pertenencia de Miguel a su grupo, sabían que no había nada que hacer con esas mujeres. Las espantaba. Y, sin la excesiva certeza de que se había convertido con los años en un espanta mujeres, Miguel afrontaba el abordaje como un reto personal. A veces daba resultado. Quizá más por cansancio que por ganas, una mujer acaba dándole el visto bueno. Le habrá caído simpático, decía de él Roberto. Será la técnica de la Anaconda, añadiría Platea: devorar la presa cuando está ahogada de cansancio.

Hoy, con su camisa roja arrugada y el desordenado pelo engominado en punta, entró en un bar de música latina. Zaragoza quizá sea grande, de esa magnitud que a veces se tarda un par de años en volver a ver a alguien conocido. De esa magnitud, pensará Rosa, que hace creer que detrás de cada esquina podría esperarle Pablo, para nunca coincidir. Pero probablemente suceda que haya mucha tierra quemada para nuestro huno.

Quizá en ello haya estado el fallo. Se acostumbró a inventarse historias para ligar. Que si soy un ingeniero de Valencia que prepara el recrecimiento del pantano de Yesa, y he descubierto lo guapas que son las mujeres zaragozanas. Que si soy el guitarrista de un grupo de Pamplona y estoy buscando una mujer guapa que me enseñe la ciudad. Que si soy futbolista que un equipo de Segunda B, pero que estoy lesionado del menisco, y aunque la rehabilitación es lenta está bastante avanzada, por cierto, ¿Sabes que es el ligamento cruzado anterior? ¿Te lo enseño?... Tierra quemada.

Por ello, en un par de ocasiones, las mujeres lo recibieron con risitas. Y, en cierta manera, alababan la creatividad de aquel que un día las intentó convencer de que era director de cortometrajes y en otra ocasión director de sucursal del BBVA. *¿La Casa del Reencuentro? Ni sé dónde está ni me acostaré contigo en ella*.

Un mensaje en su móvil interrumpió la búsqueda. Era Marcos, que le preguntaba que tal iban las cosas y que en media hora serían las seis. *Tempus fugit*.

[9]
Ahora Roberto

Aquella fue la noche, para Roberto, en la que descubrió hasta que punto las leyendas urbanas no son otra cosa sino necedades. Casi con actitud periodística se había recorrido muchos de los bares del Casco Viejo de la ciudad. Y, en ninguno había testigo vivo de la existencia de ambas casas. Parecía como si de haber existido hubieran, o bien sellado sus labios, o bien haber sido tragados por la tierra.

Ciertamente, la última posibilidad se llamaba Vanesa. Aquella que, celosa de su amiga Mamen, le puso una llave en su mano. Después de los incidentes con Mamen en la casa Averly nunca se había atrevido a ponerse en contacto con Vanesa. La llave, que era la única excusa para seguir en contacto con ella, continuó el errático danzar de la leyenda urbana, para perderse de vista. Desde el primer momento, Roberto pensó que Vanesa, la principal impulsora del desenlace violento de Mamen con su novio, para luego usurpárselo, habría escuchado horrorizada, de los labios de Mamen, la historia sádica de una relación sexual no deseada. Probablemente ella habría perdido así cualquier interés en Roberto. Y, quizá, habían pasado bastantes años como para que ella se acabase interesando por aquella leyenda. ¿De dónde habría obtenido esa llave? ¿Hasta qué punto ellos no habían sido los creadores de una leyenda que no había salido de su circulo de amistades? ¿Hasta qué punto Vanesa era consciente del maleficio cuando le entregó la llave de la casa Averly? ¿Acaso no había sido una buena amiga que pretendía lo mejor de su amiga Mamen sin conocer que aquel lugar pudiera tener alguna maldición?

En esas reflexiones se encontró con Miguel y Marcos de regreso al *Saloon*. Aquella noche había pasado en balde. Por cierto, se preguntó en voz alta, ¿Qué es de Rodolfo Platea? Desde su cumpleaños no habían sabido nada de él. Brindaron por él la ultima copa de la noche.

[10]
Teatro Principal

Mira, dijo ella agitando dos papelillos rosas. Sonreía cálidamente buscando la complicidad en los ojos de él. Nunca se creyó que fuese de esas mujeres que optan por un riguroso itinerario de verificación del novio perfecto. Lo que sí tenía claro es que no podría convivir con alguien que no adorase el teatro.

- Vamos, rápido, que son entradas de palco, y son sin numerar.

Los palcos del Teatro Principal cuentan con ocho butacas, cuatro de primera línea, las otras de segunda. Evidentemente, al ser sin numerar, merecía la pena llegar los primeros del palco para poder tener la visión perfecta. Así, se vio Platea corriendo por el Paseo Independencia sin saber muy bien que diferencia había entre palco y platea, y menos aun que obra iba a ver. Estaba demasiado sorprendido como para pedir cuentas.

Vengan por aquí, dijo la ujier. Habían subido el primer tramo de escaleras. Sacó una llave del bolsillo para abrir el palco tres. Le parecía que estaban más en un palacio que en un teatro. Esa sensación desapareció justo cuando se abrió la puerta del palco. Ante sus ojos se abrió el pequeño universo del Teatro. Se contuvo la exclamación para ocultar que, en verdad, aquella era la primera vez que estaba en el Teatro.

El Teatro Principal cuenta con cuatro plantas. Entre piso y piso, iluminan candelabros. Coronaba, en lo alto del escenario, el símbolo de la ciudad: un león rampante dorado en fondo rojo. Platea contempló después los frescos del techo. Le pareció que ir al Teatro no solo consistía en ir a ver una obra, sino también en poder contemplar aquel espacio.

Abajo, la platea. Asomarse desde el palco tres a ella le parecía como estar en el balcón del Ayuntamiento de un pueblo para divisar a las gentes del barrio. Empezó a escrutar. Algunos rostros le recordaban de la Facultad; lejanos ex-compañeros de aula. Otros, rostros anónimos. Era como si la población hiciese un alto en el camino, en la vida diaria, para sentarse y contemplar la otra vida que habría de desarrollarse en el escenario. Sin decirlo, se sintió importante al estar sentado en el espacio más preferente del Teatro. Aquello SÍ que era un regalo. Cogió fuerte la mano de Rosa. Le besó los labios. Ella subrayó en fosforito que a Platea le gustaba aquel sitio. ¿Cómo no habría de gustarle?

- ¿Me perdonas? – dijo ella – voy a los servicios.

Continuó él, vista avizor para contemplar, detrás de los cristales de sus gafas, cada detalle. Los adornos florales, sin rozar el barroco. Las maderas del escenario, que asomaban

levemente bajo la cortina roja. Más que cortina, pesado tapiz. Regresó la mirada al público. Parecía devorarlo todo. Fue entonces cuando los ojos de Platea hicieron un alto en el camino. En el palco de enfrente apareció Francho, su compañero de piso, junto a un joven de pelo largo. No supo bien si saludar, al final lo hizo. Con sonrisa cohibida, le fue devuelto el saludo. Más cortés que emotivo.

Cuatro señoras de abrigos de visón y pelo cardado entraron entonces por la puerta del palco. Platea puso su chaqueta en la butaca de Rosa, para reservarle el sitio. En seguida volvió ella. Justo cuando las luces se apagaban. Y, en la oscuridad del recinto, Platea se maravilló al ver la hilera tenue de las bombillitas recién apagadas de los candelabros de cada planta, testigos de un mundo en el que una vez reinó la luz.

- ¿Qué vamos a ver? – susurró él.
- Electra, de Sófocles.

[11]
Alabastro

El joven Marcial se sentó en la *Ima Cavea*. Como buen ciudadano romano tenía preferencia a la hora se sentarse en aquellas gradas de alabastro. Algún día, cuando ascendiese en la carrera política, bien podría ver el teatro desde la *Orchesta*, el espacio semicircular inmediatamente anterior a donde él se encontraba sentado. Él no era habitante de Caesaravgvsta, sino de Bilbilis, una ciudad cercana. Le gustaba acudir a ese teatro, para mamar la cultura en directo. Soñaba con que un día Roma habría de ser su cobijo. El sol atardecía. El toldo superior se retiró para incrementar la luminosidad. El teatro estaba casi lleno, deseosos de mascar la tragedia de Electra.

Dos milenios después, de aquel escenario solo quedan las ruinas de unas gradas descarnadas. Sin adornos de alabastro. Sólo hormigón. En la noche en la cual sonaban los ecos de la tragedia griega, a escasos metros de esas ruinas, vagaba el fantasma de Marcial, el poeta, que un día se sentó a ver morir a Clitemnestra a manos de su hijo. La cultura nunca muere.

Platea, sentado en una butaca al otro extremo de la Calle Verónica, revivía a Marcial. Descubría el rencor de una hija, deseosa de la venganza por la muerte de su padre. Quizá una tragedia demasiado áspera para un primerizo, pensó Rosa. Platea aguantaba estoico el drama. Rosa, por un momento, dejó de preocuparse por lo que pudiera danzar por la mente de él para centrarse en el argumento y contemplar que, más de dos mil años después, la vida se acaba repitiendo. La esposa que no debería haber matado al marido. Da igual si es físicamente o espiritualmente, era como el abandono de Flor, su madre, que había enterrado en vida a su ex-esposo. A ella no le había tocado ser una Electra que jurase venganza, pero empatizó con el personaje. En el fondo, con los siglos, el genero humano no ha evolucionado.

En eso, el coro cantó *¡Oh, raza de Atreo, qué innumerables calamidades has sufrido antes de liberarte por este último esfuerzo!*. Las luces se apagaron, y la inercia hizo a Platea aplaudir como el resto del teatro.

- ¿Qué te ha parecido la obra? – dijo ella sin dejar de aplaudir, mientras las luces del teatro se encendían para que los actores desfilasen por el escenario.
- Curiosa...
- Osea, que no te ha gustado.

[12]
Meras supersticiones

¿Cuál es su canción favorita? Le preguntó Roberto. Aun no salía de su asombro. ¿Rodolfo Platea enamorado? Era una tarde cualquiera en una taberna cualquiera y, amarrado a una *Guinness* como quien se intenta amarrar a la vida en un precipicio, Roberto no perdía comba. Platea había deambulado en la magia de sus recuerdos nocturnos en San Sebastián. También en cómo asistir a una tragedia griega sin aburrirse.

Don´t get me wrong, de Pretenders. Platea paladeaba cada momento de sexo que había tenido con Rosa. No habían sido muchos, tampoco había habido mucho más tiempo. Roberto, con cierta envidia, y con ganas de conocer a la afortunada, intentaba conducir el caudal a su huerto. Para algo había quedado con Rodolfo aquella tarde indeterminada de febrero.

Tuve un sueño el otro día. Un sueño nítido. Lanzó un suspiro Roberto. Supo que era hora de entrar a matar. ¿Cómo contar a quien ha encontrado el amor que un servidor pretende volver a abrir las puertas de lo desconocido? Aquellas que de una u otra manera tres almas descarnadas buscaron en una noche de sábado. Platea parecía la antítesis de ellos mismos. Subido en el pedestal de la felicidad, sonreía la búsqueda que él ya había consumado. Una búsqueda alegórica de contestadores automáticos y correspondencia extraviada. Le miró fijamente Roberto, y supo que el «no» estaba asegurado. Aun así expuso su teoría. Aquella del equilibrio del bien y del mal. Aquella de la intuición de un sueño nítido, de esos que se recuerdan al despertar. Aquella de ver a Raúl, el amigo de Facultad de Platea, con el mensaje oculto.

Como comprenderás, yo no necesito Casas del Reencuentro. Estoy servido, gracias. Con aire suficiente, como puede mirar alguien que ve la vida desde su butaca, entendió que aquello de ir entrando por las casas abandonadas de la ciudad era para jóvenes gamberros. Como aquella casa enfrente al Corte Inglés de Sagasta que había sido ocupada por *punkies* ante el clamor burgués de los años ochenta. Parecía levitar de suficiencia, adjudicándose el mérito de ser capaz de establecer una relación de pareja con o sin maldición de la casa Averly.

En definitiva, Roberto, son meras supersticiones.

[13]
Ducha Alicia Keys

No se duchaba Roberto como lo hacía Rosa. Nunca lo sabrían. Ella competía en una guerra contra el agua hirviente. Quizá lo de Roberto podría parecerse a una sosegada canción de Alicia Keys. Algo lento y relajante. Algo que limpiase uno a uno todos sus poros. No sin roña, el trabajo físico obliga a esa diaria reflexión. Una reflexión húmeda de miles de lentas gotitas de agua caliente resbalando y corriendo el gel espumoso.

Unos cantan, otros callan. Quizá sea para Roberto el momento de reflexionar. No de la manera en la que las monjas del colegio decían que había que reflexionar los actos del día. Algo aparentemente menos trascendente, pero sí humano. Y en la meditación, mientras sus ojos cerrados guiaban la alcachofa de la ducha a lo largo de su cuerpo desenjabonado, la mente de Roberto vagabundeaba sin ritmo fijo pendiente de un detalle, una conversación, un objeto. En esta ocasión, Roberto parecía más bien horrorizado de la expresión de Rodolfo: *meras supersticiones*.

Un poco se sentía como aquel viejo comunista alemán que un buen día ve caer el muro de Berlín. Quizá comunista más por la rutina que por la convicción. Uno de los cuatro había azotado el muro del desencuentro, y lo había atravesado. Y lo peor, que no había sido él el pionero. Se sentía también como el anciano del asilo que comprende que su compañero de mus descansa bajo un manto de humus. No sabía si o bien se creía traicionado, por el prematuro desfallecimiento en la búsqueda de quien él había esperado encontrar el mejor baluarte, o bien derrotado, al contemplar que había estado atado por una lerda cuerda invisible, la de la superstición. ¿Y si todas las frustraciones amorosas que había sufrido eran producidas por su hastío interior y no por unas negras sombras fantasmagóricas?

Cerró el grifo. Buscó a ciegas la toalla. Descubrió que el suelo estaba chorreante. Ya pasaría la fregona después. Se acercó casi de puntillas al neblino espejo. Con un paño despejó las millones de gotitas que lo surcaban. El efecto del espejo emborronado parecía desfigurarle. Intentó verse en él a alguien bello. Un motivo por el cual proseguir con la búsqueda. Cerró inmediatamente después los ojos, temeroso de no encontrarlo.

[14]
Peter Pan

Podría haber ido andando, pero el pelo permanecía levemente húmedo. Tomó el autobús 32, uno de los que unen la margen izquierda con el centro de la ciudad. Había atasco a lo largo de la Avenida Cataluña. Odiaba ese barrio industrial en el que sus padres habían optado por vivir, una vez que se atrevieron a dejar atrás el campo, como si esperasen que nada mejor que entre factorías para sentirse urbanitas. Era curioso el diseño que había optado aquella parte de la ciudad. La mitad residencial, la otra industrial. El límite parecía difuso. Dejó de mirar por la luna del autobús para buscar su *walkman*. El vehículo seguía bamboleante el lento peregrinar hacia el Ebro, hacia la margen derecha. No soportaba aquella ciudad más. Humo, ruido, estrés. Era como si no hubiese pasado, minutos atrás, por la terapia purificadora de la ducha. De nuevo, se había contaminado.

Empezó a lamentar la idea de salir de marcha con Miguel. ¿Para qué? ¿Para sentirse más defraudado de sí mismo? ¿Para reafirmarse en la noción de que uno había caído en el más cateto paganismo? Solo le faltaba ponerse a que le leyeran las manos. Quizá Roberto nunca debiera haber vivido en esta ciudad. Quizá sea un error del destino. Alguien que por error fue engendrado en el entorno menos propicio. Su trabajo quizá podría ser lo mejor de su existencia. Le evadía de sí mismo en la lucha contra las dificultades a la hora de reparar las cañerías de los viejos caserones de la calle Conde Aranda. El placer de vencer entre la suciedad. No podría trabajar en una oficina como su amigo Rodolfo. Tampoco era por el riesgo. Rara vez lo había en su rutina. Quizá se agarraba a su trabajo como quien se agarra a la infancia. Algo así como un efecto Peter Pan. A Roberto le encantaba, de niño, tirarse en el suelo a jugar con arena, barro, grasa. Y, en cierta manera, esa realidad volvía a la adultez cada vez que tenía abrir una pared en busca de una cañería rota.

Puso su *walkman*. Había fútbol. Por el mero hecho de ponerse los cascos, su actividad cerebral pareció descender. Era como el narcótico que amansa a la fiera. Quizá Roberto necesitase de alguien que hablase en su coco, y sino era él, que fuese al menos Pepe Domingo Castaño. Esa fue la razón por la que se atrevió a mirar la ciudad de nuevo, a través del cristal. Amansado, los ojos volvieron a perderse, sin mirar, a los ciudadanos que transitaban por la Avenida.

Sólo hubo una cosa que hizo que la mente de Roberto reaccionara. Unos andamios. Podrían haber sido amarillos. Quizá verdes. Pero eran rojos.

[15]
Casa Solans

Se levantó presuroso de su asiento. La mujer que estaba sentada a su diestra se retiró, instintiva, para dejarle acceder al pasillo central del autobús. Accionó el botón de parada. Un par de manzanas después, cuando llegó a la siguiente, el conductor dejó que los pies de Roberto siguiesen el itinerario que la mente de Roberto había dibujado. Quizá el secreto de que nunca se perdiese en una ciudad era que trazaba interiormente la ruta a seguir.

Se acercó cauteloso. Delante de él tenía la Casa Solans. Un pequeño chalet modernista que por paredes tenía pequeños azulejos con dibujos. Su fachada se encontraba protegido por andamios rojos. Más que labor de albañilería, parecía un trabajo de restauración. Una vieja tapia medio demolida dejó pasar a Roberto al árido solar triangular lo rodeaba. Empezó a andar, intentando rodear la vieja casona, como si buscase una puerta secreta en la distancia. Las ventanas de los pisos inferiores se encontraban tapiadas. Sólo las superiores estaban abiertas. Un momento después supo que sus pies debían de terminar de rodearla. Aquel era el ángulo. Aquel mismo era el punto en el que su sueño se hizo nítido.

Diablos, cuantas veces, a lo largo de los años había pasado por aquella casa. La búsqueda había terminado. Tenía ante sí, a la Casa del Reencuentro.

X. MESÍAS

[1]
Felicidad de lejos

Una cosa que le irritaba a Francho era mirar de lejos la felicidad de Chabi. Menos aun que esa felicidad fuese compartida con otros. Quizá era que anhelaba estar en ese círculo mágico que eran los apóstoles para el Mesías. Veía como Chabi alzaba su fraternal brazo para abrazar por el hombro a uno de sus elegidos. Él volvía a permanecer absorto en la otra parte del bar, en su pompa de jabón. No era cuestión de repetir otra *Kristallnacht.*

Se personificó en su oreja izquierda la señora intuición. Le silbó que si realmente lo deseaba, con mirarlo fijamente, éste no tardaría en acercarse. Sonrió, y enjuagó su boca con un poco de cerveza. Empezó a mirar fijamente el cogote de Chabi. Un instante después su lado pesimista le dijo que estaba haciendo el ridículo. Sonrió de nuevo y volvió a echar mano de la cerveza. ¿Hasta qué punto uno es capaz de percibir que le miran fijamente? Lo volvió a intentar. Un, dos, tres segundos. Como un resorte, Chabi giró de manera involuntaria para fijar sus ojos en los de él. Como un acto defensivo, Chabi pretendió volver a la conversación que tenía entre manos. Pero algo parecido al instinto le hizo volver a girarse a mirarlo por segunda vez. En esta ocasión pareció reconocerlo, como si acaso en la primera no lo hubiese hecho. La música del bar apagó un *ven* que pudo leer en sus labios. Francho se incorporó al apostolado.

Esta vez alzó Chabi su brazo sobre el hombro de Francho, y le dijo al oído: *hemos pensado en realizar una revista mensual para todo el campus.* Por un instante se sintió halagado de que reconociese sus servicios. Posteriormente se extrañó de que Chabi hubiese dicho «hemos» y no «he»; quizá temió que detrás de todo aquello solo hubiese una macabra idea del señor Palau.

- Vente una tarde de la semana que viene por mi despacho, en el edificio Interfacultades. Si quieres podemos poner en marcha una revista. Ya me encargaría yo de redactar un artículo sobre las próximas elecciones a Rector; incluso se podría hacer una entrevista a los candidatos. También habría que poner un sube y un baja, ya sabes, para criticar las cosas que se hagan mal...

Francho parecía absorto, como si su único objetivo fuese atender a las directrices que habría que tomar en la nueva publicación. Sentía un cierto sentido agridulce. Sí, por fin parecía que tenía una oportunidad de acercarse a Él, con mayúsculas, pero por otro lado quizá todo era demasiado profesional.

[2]
Despacho

Se lo esperaba de otra forma, al menos con vistas al estanque, pero el despacho de Chabi aparecía encarado hacia el norte. Una ventana demasiado subida posibilitaba únicamente una ojeada al cielo azul. La mesa revuelta estaba acompañada por un *Macintosh* pasado de moda, buen parecido al que tenía en su piso de estudiante. Las paredes eran prefabricadas, por lo que no se podía hablar demasiado alto.

En aquellos pocos meses, Francho se había ganado algo así como una reputación a la hora de preparar el boletín informativo de la Facultad de Derecho. Habían salido tres números, uno por mes. Tampoco eran gran cosa, cuatro hojas no daban para demasiado. Ahora, Chabi, garabateando en una cuartilla hacía ver el formato en el que había pensado. Algo que debía de llegar a los cuarenta mil estudiantes de universitarios, y no la exigua tirada de doscientos ejemplares que entregaba, a modo de octavilla, en la entrada de Derecho. El proyecto se abría a dieciséis hojas. Algo demasiado evolucionado y que le abría una nueva posibilidad económica.

En septiembre empezó a servir cafés por las tardes en un bar del centro. Algo para ir tirando, un trabajo de media jornada. La publicación le aportaría, en comparación, algo de dinero. Y, sin ser esta la verdadera motivación, aceptó el cambio.

Lo que sí que necesitaba un cambio era el equipo informático. Pero era de lo poco que podían contar por parte del Rectorado. Sin saberlo Francho, a escasos metros de aquel despacho, el Vicerrector de Estudiantes seguía sin ver con buenos ojos que un técnico elegido a dedo por la Concejal de Juventud tuviese que tener un despacho y esos medios.

Pero para Francho, sin embargo, aquellas condiciones le parecieron poco óptimas. Un ratón que se atascaba. Una lentitud excesiva a la hora de trabajar con programas de diseño gráfico. Un escáner de blanco y negro. Un monitor parpadeante, generador de jaquecas. Al tercer día, se lo comentó a Chabi.

- Tranquilo. Este fin de semana te vienes a mi casa, y trabajamos con algo mejor que esta patata. ¿Te gustan las chuletas?

[3]
Fauces monosílabas

La cuestión surgió con que la intención era que el Ayuntamiento facilitase en la máxima brevedad un equipo informático más solvente. Así que la visita de aquel sábado debía de ser tomada como un hecho esporádico. No, no es que Chabi recelase de llevarlo allí, sino que había dejado caer que aquella era una alternativa subsidiaria, como si tuviese que disculparse por la falta de medios de la Administración.

Puedes presumir de ordenador, le dijo Francho. Nada comparable a su propio *Macintosh*. Lo difícil, que eran los textos, ya se habían obtenido con anterioridad. En ello se dejó la piel durante una semana. Ataviado con una polaroid, –otra cosa era el tema de la cámara de fotos digital, una promesa que se veía lejana– se sorprendió Francho entrevistando a estudiantes anónimos. Aun así, para montar una revista de dieciséis hojas, andaba un poco escaso. Aun tenía una semana más, se dijo. Algo caería del cielo para rellenarlo. La verdad es que editar las primeras páginas, con fotos a color, le llevó toda la mañana. Un incómodo dolor de cuello le sobrevino por su postura incorrecta.

Fue por ello que aceptó de buen grado estirar las piernas en el jardín. De paso, se ofreció a ayudar a Chabi con las chuletas de la barbacoa. Y, para ser invierno, se dijo, el día no era del todo malo. No corría aire, y el sol de invierno era agradable cuando uno abandonaba la sombra. Traería la carne con la fuente, mientras que el dueño del jardín se encargaría de avivar el fuego. Cuando volvió de la cocina, donde la madre le ofreció llevar, de paso, unas cervezas, Chabi empezaba a obtener las brasas. Dejó la fuente en la mesa del jardín, se acercó a la lumbre, cerró los ojos, e hizo acopio de calor. Se estaba demasiado a gusto. Hizo fuerza con sus párpados, como si de esa manera pudiera mitigar la vista cansada.

Salido de la nada, una sombra negra de pastor belga se aupó a la espalda de Francho. Sobresaltado, éste abrió los ojos. El dueño reaccionó pronto: *señor monosílabo, fuera*. Pero las mudas fauces monosílabas se llevaron de premio un precioso siete del jersey.

- Mierda, mira lo que te ha hecho – dijo Chabi, mirando la espalda del otro.
- Vaya, no lo veo.
- Sí, te ha rasgado un trozo de la espalda
- A ver – dijo Francho quitándose el suéter, para añadir – Tampoco es gran cosa, era viejo.
- Espera, que te traigo alguno.

Como si ya hubiese obtenido el tesoro del día, el perro desapareció en su caseta. Era como si, de manera deliberada, quisiese marcar su territorio. Parecía no haber olvidado el rostro de aquel joven que, casi un año atrás, había mirado de manera lasciva la nuca mojada de su amo.

- Espero que te valga – dijo Chabi mientras regresaba al jardín. En su mano derecha mostraba un jersey rojo, lo desplegó sonriente para mostrar el envés – Y mira, es del Ché. Intentaré conseguir lo que ha cogido el perro y le diré a mi madre que lo intente arreglar. Que si no, te compro uno.
- No hará falta, si era viejo.
- No se hable más, te compraré uno. El del Ché ya me lo devolverás cuando quieras.

[4]
Riesgo latente

Y no es que sea un riesgo cierto, pero sí latente. Algo parecido a cuando no sabes cuidar de la boca que te ha regalado la naturaleza. Ciertas actitudes, por acción u omisión, incitan a unos efectos a priori inesperados. Y las muelas se acaban cayendo, pensará alguno. Y surge, del mismo modo, cuando aceptas la idea de salir de marcha sin pasar por tu propia casa. Ese sería un hecho que, por sí solo, sería intrascendente. Pero que en cierta ocasión precipita una saga de imprevistos aconteceres venideros. Quizá no sea éste el momento de poner en cuestión el dicho del «No hay mal que por bien no venga», no así como Franco lo hizo en el luto de la muerte de Carrero Blanco, pero resultará cierto que el dolor puede llegar a unir.

Así fue que Chabi, mientras reposaba la comida, le sugirió a Francho la posibilidad de tomarse unas copas por la noche con más gente. Más por deseo que por descortesía, aceptó. Ese podría haber sido el buen momento para retirarse a su casa a acicalarse para los placeres de la noche, pero su sentido profesional le embargó. Así, Francho decidió cerrar varios flecos de la revista. Unos flecos que, o bien por la laxitud en el tiempo producida por el fenomenal banquete, o bien porque se rinde menos con las necesidades básicas bien cubiertas, le hicieron a Francho acabar demasiado tarde.

Probablemente, de no ser por Chabi, aun habría estado un rato más frente al ordenador, pero por poco fue sacado a rastras. Y no había tiempo para regresar a casa a por otro jersey. Quizá, *motu propio*, tampoco habría realizado ese gesto. Por un momento pareció sentirse orgulloso de llevar una prenda de su Mesías. Hubiera sido, entonces, una blasfemia renegar del bermejo suéter. Sea cual sea, se vio él en la Plaza Salamero, junto al resto de apóstoles.

La Plaza Salamero, aquella que en tiempos fue llamada la del Carbón, era coqueta, y servía de algo así como tapa de uno de los parkings subterráneos más usados en el centro de la ciudad. De ahí habían surgido ellos dos para encontrarse con el resto de gente. En un extremo del jardín, rompiendo la armonía del resto del entorno burgués, se encontraba uno de los peores delitos urbanísticos de la ciudad: algo así como un rascacielos de una quincena de plantas donde los edificios son cuatro veces más pequeños. Justo detrás de ese mismo bloque, al otro lado de la Avenida César Augusto, permanecía ataviada con andamios la basílica de Santiago el Mayor. De una puerta de ellas, como si de un veinte de noviembre se tratara, surgieron una docena de cabezas rapadas.

Demasiado riesgo latente.

[5]
Lázaro

Aunque a algunos los conocía de antes, de hecho estaba Bizén, se sintió como si fuera el mero consorte. Incluso durante el trayecto, sentado en el asiento del copiloto, había obrado como tal. Quizá donde brilla una estrella, no pueden brillar dos. Algo así como Felipe, que simplemente deja refulgir a su dama Letizia. Y orbitaba en torno a la muchedumbre que agasajaba a su líder. Algunas veces se había sentido un fantasma que, estático, observa como el mundo prosigue sin él. Y, en cierto modo, ese era el papel que empezaba a adoptar aquel día.

Uno del grupo animó al resto a buscar un bar no muy concurrido. Fue entonces, mientras todos empezaban a abandonar el parque, cuando Francho fue consciente de tener

desatado el cordón de su zapatilla izquierda. Buscó uno de los bancos del jardín. Puso su pie izquierdo en el borde del más cercano, y empezó a agacharse. Sus manos no tuvieron tiempo de tomar los cordones, puesto que fue brutalmente desplazado al suelo.

Sus cordones no eran rojos, así que podría decirse que hoy no debiera de haber sido un día de cacería. Pero, es que era tan fragrante, que no se pudieron resistir. Oscar, el líder de la jauría, vio a un solitario joven de espaldas con un jersey rojo con el dibujo del Ché. ¿En qué cabeza corre que alguien pueda andar impunemente por la calle con semejante caricatura? Él fue el encargado de derribar al comunista. También el que le propinó la primera patada. Si hubiera sabido las tendencias sexuales de la victima habría pegado más fuerte.

Francho adoptó la defensiva posición fetal. Sus brazos le cubrieron la cabeza, mientras soportaban la feroz lluvia de botas de acero. Y cuando el cielo se hizo oscuro, una estrella fugaz vino a rescatarlo. Y la oscuridad se hizo luz.

Pudo ser debido a la intuición que aquella vez había abandonado a Francho. Pudo ser quizá el escuchar un sonido extraño a las espaldas. Sea cual fuere, Chabi se giró para observar a Francho en semejante lance. Se lanzó como un caballero andante se lanza a rescatar a su escudero. Se sintió Moisés separando las aguas con el simple gesto de alzar ambas manos. El resto de sus amigos, dándose cuenta de lo que acontecía, acudió en masa tras él.

Oscar se creyó como aquel buitre que, una vez que encuentra una pieza de la cual comer, se da cuenta de que existe un león que la cazó previamente. En ese caso, cuando el león acude, aun saciado, a defender los despojos de su pieza, al buitre no le queda opción mejor que la de echar a volar.

Francho se vio contemplando la mano de Chabi que le decía, como el maestro le dijo a Lázaro, *levántate y anda*. Como pudo, alzó su mano hacia la del líder, para volver a vivir.

[6]
Demasiado gratuito

- Me duele todo el cuerpo – dijo Francho, mientras se encontraba sentado en el mismo banco del que había sido derribado.
- Lo mejor – propuso Chabi – es que vayamos a urgencias un momento. Saco el coche del parking y vamos para allí.
- No, si no hace falta... Gracias... Si no tengo nada roto... Son sólo moratones.

Pero estas palabras ya no las pudo escuchar Chabi. Corría por las escaleras que descendían, en mitad del parque, al subterráneo donde había dejado el coche. Francho volvió a adoptar la posición fetal, para contener el dolor generalizado. Se sentó a su vera Bizén que, poniendo un brazo sobre sus hombros, intento acompañarle en el dolor. Musitó un *hijos de puta* que nadie escuchó.

No tardó en llegar Chabi con su coche. Bizén le ayudó a entrar. El conductor pidió a su gente que no se preocupasen, que los mantendría informados. Arrancó dejándolos sin líder. En su soledad, Bizén esperó a que el grueso del grupo volviese con las manos vacías de perseguir a los cabezas rapadas. Fue entonces, mientras el coche surcaba el océano de las luces de tráfico, cuando Francho volvió a balbucear:

- Muchas gracias por llevarme, pero que no es nada, no creo que tenga nada roto
- Más vale asegurarnos, ¿no? Además, me siento culpable.
- ¿Por?
- El jersey, debí dejarte otro.
- No entiendo.
- Pensaron que eras comunista.

Todo había pasado tan deprisa que hasta ese momento no era del todo consciente de lo sucedido. Sintió entonces una cólera estúpida. Era todo demasiado gratuito. Demasiado infantil, de no ser por las consecuencias.

Una silla de ruedas lo llevó a la sala de espera de traumatología del servicio de urgencias del Hospital Miguel Servet. Previamente le habían tomado los datos. Una aspirina, por favor. No, que es anticoagulante. Así llegaron ellos dos a un recinto amarillo-viejo rodeados por una diversa amalgama de fracturas y hemorragias ajenas. Había quizá demasiada gente. Francho prefería no mirar en derredor. Parecía como si al concentrarse en sí mismo, el dolor remitiese. Chabi, sentado a su lado, también permaneció absorto un par de minutos.

[7]
La catarsis de Chabi

- ¿Sabes? – empezó a comentar Chabi, casi por romper el hielo, o quizá por cambiar de tema – tengo pánico a la edad en la que estamos entrando. Esa del paso entre la eterna promesa al adulto fracasado. Cuando pasa el tiempo de aprender a volar, tus alas pesan ya tanto que no puedes sino estrellarte. Procedemos, paradójicamente, de la llamada «generación más preparada de la historia de España». Paradójicamente, porque esto mismo es lo que la ha hecho fracasar. Nuestros padres proceden de otra época, en donde ser licenciado era, no sólo riqueza, sino prestigio. Ahora, las tornas han cambiado, y acabar estudiando en la Universidad no te da ni riqueza ni prestigio, salvo en casos muy contados. Por el contrario, te hace volar más tarde cuando tus iniciativas y tus sueños han pasado ya al otro mundo. Desde pequeños te han inculcado que lo mejor es esto, y precisamente esto nos ha hecho inútiles.

- Pero a ti te va bien, ¿no? – interpuso Francho, que empezaba a descubrir a alguien nuevo dentro de la refulgente carcasa de intratable vencedor. Él debía seguir siendo el Mesías, el Maestro.

- En cierta medida, todo esto es un hobby. – se explicó – Te acostumbras a participar en un colectivo juvenil político. Haces un círculo de amistades. Digamos que esto del asociacionismo juvenil tiene un alto componente afectivo. Afectivo a nivel de amistad y de relaciones de pareja. Mira por ejemplo a Bizén con su novia la química. Jamás la habría conocido si no se hubiese interesado en todo esto. A mi me mueven cosas similares, también quizá la de mejorar ciertas aptitudes. Hay empresas que necesitan gente con capacidad de liderazgo, de trabajo en equipo. Cumplir ese papel me hizo militar aquí. Pero, en el fondo, en Zaragoza, la ciudad de la eterna comodidad –simpática pero provinciana– nunca encontraré algo que me llene. Me acabaré marchando a Madrid o a Barcelona. Y eso da pereza y tristeza. Nunca sabes hasta cuando habrás de esperar a volar del nido. Quizá se haya pasado el arroz. Quizá debería centrarme en los estudios y abandonar todo esto que me hace perder el tiempo.

» En otra época, a mi edad, sería padre y esposo, y tendría vivienda en donde empezar a edificar sólidamente mi vida. Sin embargo, el presente es distinto. Soy uno de tantos que aspira a tan poco. Dicen que sólo en Madrid salen al año tantos licenciados en Derecho como abogados hay en toda Inglaterra. Cuando entras a la Universidad piensas que te comerás el mundo. Ahora, cuando luchas por terminar, sólo piensas en sobrevivir. No hay futuro. La evolución ha terminado.

» Francho, hemos nacido en una generación donde todos aspiran a ser jefes, y nadie a subordinado. Así, la ley de la oferta y la demanda, determina que los «perdedores» de antaño son ahora los «vencedores», y viceversa. Entonces, dirás ¿Por qué no cambiar de bando? ¿Empezar un oficio como mecánico, electricista o fontanero? Pero veo que mis músculos se han atrofiado. Y me niego a cambiar. Es más fácil seguir así. Seguir con mi vida fácil, dedicada a la contemplación de uno mismo, y a pasar hojas de los libros a una velocidad razonable. ¿Para qué? ¿Para nada?

- Creo que te juzgas severamente, a muchos nos gustaría ser como tú.

- A todo el mundo le gusta ser como otros. Nadie es feliz consigo mismo. ¿Sabes? Una vez me inventé el término de «concentración social de autocomplacencia». Un sentimiento que

tuve y que he ido contemplando en otros que participan en colectivos juveniles. Uno, al odiarse y verse gris, acaba por pasar de sí mismo y pensar en grupo. En la sociedad. Y vanagloriarse de vivir en una sociedad única. Una sociedad libre y social sin parangón en la historia de España. Uno abandona su microbiología particular, y se adentra en la aburrida macrobiología social. Y es en ella en dónde dedica más horas. En colaborar en un fin común. Más por tendencia que por interés...

- Por favor, Francisco Gutiérrez Ansó – llamó la enfermera. Francho se dio por aludido. La catarsis de Chabi se diluyó en el silencio bronco de la sala de espera.

[8]
Concentración social de autocomplacencia

El líder grita a sus fieles. «Jamás ha existido una generación como vosotros. Somos la evolución en persona. Somos los reyes del mundo». La eufórica generación grita enfervorizada ante el personaje mesiánico de largas barbas que está en el estrado. Ataviados con sus uniformes grises no son capaces de asimilar la verdad que hay detrás de la realidad que les muestra las pantallas de televisión. Ellos como personas no existen. Son simplemente manada. Nadie comprende su vida fuera de ella, porque son tan excesivamente aburridos que huyen de sí mismos. Nadie espera que en el pasado la humanidad pudiese haber sido más feliz que ellos en aquel momento. Nadie piensa que haya otra opción que la que tienen ante sí.

«La evolución ha terminado, y el resultado es V-O-S-O-T-R-O-S». Es como si, cuando les habla el gurú, les explotara algo por las venas. Cada sílaba es recibida con un orgasmo generalizado. Aquello es música celestial. Es la música de las esferas. El arte de la manipulación. Entretenimiento. Es una burla al demonio que tarde o temprano les acabará comiendo de sus propias vísceras. Todo esto es una contradicción que les lleva al equilibrio. ¡En qué maravillosos seres humanos se han convertido! La ignorancia es bienaventuranza. Lo que viven es lo real.

«No tenemos por qué echar a volar. Vive de tus padres hasta que puedas vivir de tus hijos». La masa eufórica enloquece. Es la frase de moda. Todos creen ciegamente en ella. Es el final de un éxtasis que ha durado más de una hora. Lástima que éste ser de barba no sea el presidente del mundo, sino que sólo sea un músico. Pero, ¡Cuánto da de sí una tabla con cuerdas!...

Francho, horrorizado, se ve ahogado en medio de aquella muchedumbre. Él no es así. Observa que a su lado, tan exaltado como el resto, aparece Chabi. Pero no es el Chabi que conoce, sino que parece demasiado envejecido o, en cierta medida, humanizado. Lo agarra de la manga. Estira con fuerza para despertarlo del estado nirvánico del que se encuentra. No eres así. No eres masa. Eres líder.

Sudado, se encontró Francho agarrando con rabia la almohada con tal fuerza y dolor que el resto de hematomas que poblaban su cuerpo habían cedido la intensidad de su padecimiento a las falanges de sus dedos. ¿Hasta qué punto la medicación puede llegar a alterar los sueños de las personas? Se preguntó.

En la sala de Rayos X le habían comprobado que no tenía roturas óseas. Quizá padecía algún leve desgarro fibrilar. Era cuestión de chichones y cardenales, zanjó el doctor. Reposo y calmantes.

¿Pero cómo calmarse cuando uno descubre que su ídolo pretende bajarse del pedestal? O mejor aun, ahora que de manera definitiva se había enamorado más que nunca de él, precisamente por haber empezado a intuir como era por dentro, se había encontrado horrorizado que no era así como debía de haber sido. ¿Es este el paso previo a la humanización de lo divino? ¿Es Chabi, el imperfecto, más perfecto que el Chabi idolatrado que había contemplado en la feliz lejanía? Quizá la única manera de saberlo era proseguir con el trayecto.

[9]

Pase privado

Llevó el puntero del ratón al icono en forma de disquete. Tardó unos segundos, pero al final se guardo por completo. Cerró el programa. Ahí, en el escritorio del ordenador estaba un pequeño icono. Un icono que representaban demasiadas horas y algún que otro moratón. Buscó en la mesa algún cd regrabable sin importancia. Una vez encontrado, lo insertó en la grabadora. Arrastró el icono que representaba el número uno de la revista al programa de grabación de cd. Un par de minutos después habría terminado el trabajo por aquel mes.

Justo en el instante en el que aparecía en la pantalla del ordenador el mensaje que indicaba que la grabación estaba concluida, una llave se introdujo en la puerta del despacho. Era Chabi, quien se encontró con un radiante Francho que levantaba con su mano derecha el esfuerzo de algo más de dos semanas de trabajo. *Muy bien, ya lo llevaré yo a la imprenta*.

Sin darle importancia al hecho de que Francho hubiese cumplido con la palabra dada, sacó dos pequeños papeles blancos del bolsillo interior de su chaqueta. El despacho seguía igual de revuelto que siempre, pero cualquier ojo peregrino habría dejado de mirar en derredor para centrarse en aquellas dos diminutas octavillas. No, no eran octavillas, sino entradas. *¿Te gustaba la mitología, no?*

Y Francho miró con agradable sorpresa aquellas entradas. No de la manera despistada con la que miró un día Tony las entradas que le agitaba Patrick para ir a las vaquillas. Mucho menos con la aprobación de pareja estable de Platea con la que miró el agobio de tener que correr para tener un buen puesto en el palco. No, él miró como si ni por lo más soñado tuviera opción de vivir lo que estaba viviendo.

- Son unos pases privados que le dieron a la concejal de cultura. Son para ver Electra...
- ...de Sófocles – espetó Francho.
- En efecto. Y son entradas de palco. Para esta noche.
- Caray, siempre quise ver una tragedia griega.
- ¿Qué menos en compensación de los cardenales?

Sonrió Francho con el crédito que supone el refrán de *no hay mal que por bien no venga* como otrora hiciéramos referencia.

[10]
El otro palco

No es un teatro grande ni espectacular como puede serlo el Teatro Real de Madrid o el Liceo de Barcelona. Tampoco se conserva en buen estado. El suelo está compuesto de viejas tablas que crujen al caminar. No, no era la primera vez que Francho pisaba aquel lugar. Probablemente Chabi tampoco. Pero apreció que desde el palco reservado a autoridades todo adquiría un color más dorado. Como si la colocación del escenario hubiera estado esencialmente medida para verse en grado óptimo desde ese palco. Paladeó el lugar para observar que en otro palco, casi enfrente, se encontraba Platea, su compañero de piso. Estaba solo. Se saludaron cortésmente, como si se fueran a ignorar el uno al otro durante el resto de la función.

Vaya, hacía demasiado tiempo que no veía a su compañero de piso. Paradójicamente poco siendo que compartían un mismo techo. En efecto, debía de ser un lugar como aquel un sitio de encuentro más probable que la propia cocina. Intentó hacer memoria de las veces que se habían visto en el último mes. Paradójicamente, sólo recordó aquel día que, después de haberse sacado la muela comprobó con cierto disgusto que Rodolfo planteaba hacer su fiesta de cumpleaños. Se recordó sonriendo con una mueca al comprobar que a este le gustaba el *I want to break free* de Queen. Aquella noche, en la que su boca rebosó sangre *serie b*, acabaría maldiciendo el por qué un argentino sacamuelas había decidido aquel día para provocarle un dolor de no-muelas. Apenas sí durmió pese a que Platea fue comedido en su convite.

El devenir posterior de los días de ambos los había separado. Una semana después, justo el día en el que le quitaron los puntos de la encía, se atrevió a plantar los ojos en la nuca

de Chabi. El resto era ya historia. En ese acontecer paralelo, Platea le plantaba la lengua en la boca de Rosa.

Pero no estaba Francho ahí para pensar en sus relaciones vecinales, sino por Chabi. Durante aquella tarde, desde que éste le ofreció las entradas, Francho se había preguntado qué había detrás de aquel gesto. Era una mera acción protocolaria para expiar cualquier reflejo de culpa por lo sucedido el fin de semana pasado. Quizá sentía curiosidad por conocer a quien le había estado invadiendo el despacho. Era, tal vez, que se había acostumbrado a él. Francho, deseó que ninguna de aquellas posibilidades fuera cierta. Pudiera ser todo más fácil y sencillo. Y era que se había enamorado de él. ¿Por qué los seres humanos se intentan complicar la vida? A lo blanco, blanco y a lo negro, negro. Y si hay amor, por qué ignorarlo.

En verdad de la obra de teatro poco. Le tocó explicarle a Chabi el por qué Orestes decide matar a su propia madre, Clitemnestra. Ella había urdido la muerte de Agamenón, su esposo y padre de Electra y Orestes. La maldición de Orestes supone dar rienda suelta a la venganza. Electra, la dolida hija, le apoyará en el último momento para llevarla a cabo.

XI. ROSA CHILLÓN

[1]
Telebasura

Estaba él recostado en el sofá. Su brazo derecho surcaba holgado los hombros de Rosa, para dejar caer, sin vida, la mano a lo largo del brazo de ella. Miraban inanimados la telebasura de la noche de los sábados. Con la otra mano, la izquierda, pulsaba espasmódicamente los botones del mando a distancia. Ella parecía que tarde o temprano acabaría durmiéndose. No pensó Platea en la evolución que había llevado él en apenas un mes. Había dejado de salir a tomar copas con los amigos. Era como si ya no sintiese la necesidad de encontrarse en cualquier rincón de los bares con la mujer de su vida.

- Es sábado, ¿Hoy toca? – dijo él con una voz lánguida que quizá no hacía eco de la mirada con la que él buscaba los ojos de ella.
- Mira, Rodolfo, sabes que no me gusta hacer el sexo por obligación. Se hace porque se quiere, no porque sea sábado.
- Pero... – se paró a pensar un segundo en busca de una certeza que le dejase pronunciar las siguientes palabras – pero, quiero hacerlo.
- Mira, Rodolfo, sabes que estoy cansada de tanto trabajar en el bufete. Necesito descanso.
- Claro, cariño.

Se hizo un silencio de asentimiento. Por ellos pareció como si alguien jugase a rebobinar el tiempo. La situación, sentados en el mismo sillón, viendo la misma televisión, y con el mismo brazo muerto de Platea surcando el hombro de Rosa, permaneció impasible. Platea, para intentar cambiar ese lapsus, volvió a presionar el botón del mando a distancia. La caja tonta enmudeció en la visión codificada de Canal Plus. El irritante sonido a grillos metálicos hizo que Rosa dese un palmetazo al mando a distancia para que prosiguiese el azaroso baile del zapping.

- ¿Te acompaño a casa?
- No hace falta – dijo ella sin pestañear.

[2]
Sacher

Se levantó legañoso y con la hora justa. Había dormido hasta tarde. Salió de casa sin afeitar y de aspecto desaliñado. Era el cumpleaños de su madre. Había quedado con ella que le llevaría una tarta de cumpleaños. La pastelería de su calle estaba abarrotada. Siguió andando apresurado en busca de otra menos saturada. Empezó a lloviznar. Se encogió, refugiándose en sus hombros, introdujo las manos en los bolsillos de su abrigo y aceleró el paso.

Con el rabillo del ojo fue consciente de que acababa de pasar de largo ante un escaparate repleto de merengues. Retrocedió. No había excesiva gente. Una vez dentro desabrochó su abrigo y se palpó el pelo mojado. Miró el mostrador de la pastelería. A primera vista no encontró nada le que agradase. Alzó el cuello, y miró en las vitrinas refrigeradas que había al otro lado del mostrador. Umm, Sacher, sí. Compraría una tarta Sacher, a su madre le gustaba el chocolate espeso. Entró una mujer con abrigo de visón y pelo cardado. Platea no le dio más importancia. Empezó a mirar los cambios que llevaba en la cartera, para una Sacher llegaría.

Uno, dos, tres. Los clientes iban siendo atendidos, y la fila empezaba a reducirse. Siguió mirando el mostrador, por si podría comprar algo más, puesto que las Sacher solían ser tartas de pequeño tamaño. Fue entonces, al volver a mirar la fila, cuando comprobó que la mujer del abrigo de visón se le había adelantado. En verdad estaba a su altura, a la izquierda, pero parecía querer ganarle terreno. Otro cliente había terminado de comprar, Platea hizo uso pasivo de su codo para intentar ganar terreno. Oyó refunfuñar a la mujer. Algo así como *qué*

tarde que es. Empezaba a ser una competición. La mujer ganaba terreno introduciendo el muslo. Él lanzó una mirada inquisidora. Ella fingía haber hecho ese movimiento para contemplar mejor el mostrador. Una vena empezó a trazarse en el cuello de Platea.

¿El siguiente? Dijo la dependienta. La mujer preparó su gaznate para gritar un *Yo*, pero Platea estuvo ágil para lanzar *una Sacher, por favor.*

- Oiga, estaba yo primera – bramó la mujer.
- No me toque los cojones, señora – explotó Platea. La dependienta, pretendiendo ignorar lo que se estaba fraguando en la fila, hizo ademán de servir una tarta Sacher del refrigerador.
- Menuda juventud, ¡Qué poco respeto! – berreó una mujer que había detrás de Platea. La dependienta empezó a envolver la tarta Sacher.
- Miren – dijo Platea a la segunda mujer– esta «señora» entró después de mí y trataba de colarse. Y usted no se meta donde no le llaman.
- Sí hombre, si llevaba yo aquí media hora ya – argumentó la primera.
- Por Dios que juventud – gruñó el esposo de la segunda.
- Su tarta Sacher – apaciguó la dependienta – serán diez euros.

Platea, rojo ira, salió apresurado de la pastelería. El escándalo marujil se alzó una vez la puerta fue cerrada. La dependienta alzó los hombros y prosiguió atendiendo a la clientela.

[3]
Cabina

Miró la hora. Era casi la una del mediodía. Había quedado con Rosa que la llamaría para quedar por la tarde. Palpó sus pantalones en busca del móvil. Se lo había dejado en casa. Tomó de su cartera veinte céntimos. Empezó a rastrear una cabina. Vio una al final de la calle. Aceleró el paso. El paquete de Sacher danzaba en su mano. Trataba de pisar los menos charcos posibles. Se visualizó entonces que en cualquier momento sus desgastados mocasines sufrirían de *acuapláning*. Intentó disminuir la velocidad para dar pasos más firmes.

Restaban tres exiguos metros para llegar a la cabina cuando un mendigo hizo acto de presencia. Vestía abrigo raído y zapatillas embarradas. Cuando pretendió entrar en ella, el vagabundo se abalanzó a su interior. Sorprendido, Platea se frenó ante la misma puerta. Fue entonces cuando observó que su intención era únicamente introducir los dedos en el compartimiento del cambio que había en la parte inferior del teléfono. Le parecía demasiado surrealista para ser verdad. Y una nueva vena se trazó a lo largo del cuello. Golpeó el cristal de la cabina. En su interior se escuchó un eructo. El mendigo sacó del ancho bolsillo de su gabán un tetrabrick de vino don Simón, hizo acto de brindar y se echó un breve trago. La vena de Platea adquirió más relevancia. Abrió las puertas de la cabina, tomó al vagabundo de la manga y lo sacó al exterior.

- ¿Me dejarás llamar? impresentable.
- Vete a tomar por culo, cabrón – gruñó el mendigo alzando el dedo corazón de su mano izquierda. Prosiguió con su camino errático por la calle sin mirar atrás, con las manos vacías después de haber revisado todas las cabinas del barrio.

Platea, ya dentro de la cabina, marcó el número del teléfono móvil de ella. Aclaró la garganta. Sonó un tono. Dos, tres, cuatro. Saltó el buzón de voz. Buscó en su laringe la voz más aterciopelada posible. Odiaba hablar a un contestador. Improvisó.

Hola cariño, soy Rodolfo... Que me he dejado el móvil en casa... Estaré en casa de mis padres, como te comenté, después de comer te llamo, ¿Vale?... Ves pensándote una película que te guste... Bueno, cariño, luego te llamo... Un besín.

[4]
Camino al Edén

El autobús estaba abarrotado. No recordaba un domingo rodeado de tanta gente salvo cuando lo habían engañado a ver algún partido de fútbol. Cómo era habitual, el chofer seguía sin aprender que era aquello de mantener una velocidad constante. Fue quizá por ello, por lo que buscó un refugio para que la tarta sacher no se convirtiera en magdalena americana.

Ciertamente se despistó. Y sucedió como si alguien le hubiese tocado en el hombro. Lo llamarán intuición, como llaman intuición a cuando uno siente unos ojos en la nuca al ser observado. Sus ojos miraron inmediatamente por el cristal. Debía bajar en aquella misma parada. Ahí estaba la casa de sus padres. Se abalanzó cual niño ante el pastel que le hubiesen dejado en la puerta del colegio. Quizá se asemeje más a ese tipo de esfuerzo ansioso que podrá realizar el sanferminero que descubre, sintiendo sin sentir unos cuernos respirándole los riñones, que la entrada a la plaza de toros está taponada por una muchedumbre caída en el suelo.

Intentó sortear a una docena de personas llamadas obstáculos, pero el conductor cerró la puerta y prosiguió el trayecto. Sin ser culebras ni sapos, como agrios esputos surgieron de la garganta maldiciones con todo lo que le rodeaba: a unos por entorpecer, a otro por arrancar. Y en el silencio santificado del día del señor, Platea escuchó de la boca de un joven, que comentaba la jugada con sus dos amigos, en la otra punta del vehículo, aquello que decía: *otro que no lo ha hecho este sábado*.

¿Es este el triste destino del solitario Platea? Aquel que quiso cambiar de vida sin esfuerzo. Aquel que quiso que la divina providencia le entregase aquella tinaja de hidromiel que era el sexo, sin poner nada de su parte. Y que, después de unirse a una mujer, descubra que lo único que lo ataba se esfuma en un *sabes que no me gusta hacerlo por obligación*.

[5]
Tú sabrás

¿Qué tal la comida con tus papis? Preguntó ella mientras le entregaba su pico. Aquello era una situación demasiado cotidiana para un centro comercial. Y así se sintió Platea: volvía al remanso de la urbanidad. Intentó borrar de su mente los conatos de ira que había sufrido esa misma mañana. ¿Verdaderamente él era así? En la sociedad de la libertad y el laicismo, ¿Acaso a nadie se le puede reprender por sacar de dentro a fuera su rabia interior por unos segundos? Es cierto que nadie ha nacido para ejercer de psicoanalista del vecino. Menos cierto aun era que ni la señora de la panadería, ni el mendigo de la cabina de teléfonos, ni mucho menos el conductor del autobús merecían recibir su escarnio, pero ¿Hasta qué punto él, como inocente, no lo había recibido de otros en otra ocasión? Quizá solo necesitaba eso: una mujer y un besito.

Y puede ser que uno acabe pecando por omisión. Sucede cuando no informa a la otra persona de cualquier rastro de ese repentino ardor interior. O, al menos, no hablar de las verdaderas causas que llevan al abstemio amante a sufrir la consecuente irritación. Pero, parecerá mentira, o quizá sea cuestión de simpleza de espíritu, que se consolará apretando la mano de ella mientras buscan un lugar para cenar.

Pago yo. Dijo sonriendo Platea. En parte, lo que tiene de salir con una chica lo tenía ahí delante: una cena frugal, coqueta y con demasiados lujos. Él, que en sus tiempos mozos solía retar a Raúl, su compañero de la Facultad, a competiciones de comer hasta explotar. Él, que con Roberto, su amigo de copas, se había cansado de cenar en sitios ciertamente austeros. Pero no, quizá Platea pretendiese, con ese acto de lanzar la tarjeta de crédito frente a ella, subsanar la apatía de la noche anterior. Quizá era cuestión de champán y fresas.

O quizá no. Quizá no era cuestión de placeres de hoteles de cinco estrellas. Quizá el secreto de lo sucedido el sábado sea que otras también pecasen por omisión. Omisión del deber de trasmitir información.

En eso, el camarero, comedido, apuntó que la tarjeta daba un error. ¿Un error? Sí, no tiene saldo. Las pocas esperanzas de poder colmar el deseo de sábado noche se esfumaron

de Platea. Con un *da igual, pago yo*, saldó el problema Rosa. Sincrónicamente, alzó ella una mano para evitar que Platea empezase a confesar que andaba mal de dinero. Pero lo hizo:

- Es que mi jefe me paga poco. - Y, como si todo en el mundo fuese tan fácil, Rosa le contesto:
- Pide un aumento de sueldo.

Tú sabrás. Apáñatelas. Búscate la vida. Si la montaña no va a Mahoma. Quien no llora no mama. Ya eres mayorcito... Podría, Rosa, haber dicho todo eso, pero el silencio lo hizo por ella.

[6]
Peonza

- ¿Estás loco? ¿Un aumento de sueldo? ¿Al Rojo Ferrari?

Con la ciudad a tus pies y preocupándote por unos centimillos. Imagínate que estos cristales de la zona del café no existiesen y pudieras sobrevolar por la ciudad. Y, probablemente aquello quizá fuera más sencillo que lo que se le venía encima. Efectivamente, a eso se le llamaba tomar una decisión. ¿Por sí mismo? Podría parecerlo. ¿Y desde cuando Platea se atrevía a tomar una decisión? De pensarlo, parecía como si se le helase el trasero.

- Quizá tengas razón. Por unos centimillos.
- De verdad, Platea, no se que cojones pasa contigo, pero últimamente estás irreconocible. Pero ojo, que si tienes los huevos de entrar al despacho y sacarle un aumento de sueldo me lo dices, que yo me apunto.

Quizá José Ignacio nunca se hubiera puesto delante de un libro a estudiar Filosofía clásica, pero en el fondo sabía más que Platón y Aristóteles juntos. Ya lo decía el refrán: mantente lejos de la mula y del jefe. Salieron ambos de la salita del café, para regresar a sus respectivos puestos de trabajo. Por el camino, Platea miró con el rabillo del ojo al despacho. Estaba cerrado, pero por debajo de la puerta un ligero resplandor indicaba que seguía ahí, energía en potencia, el huracán dormido.

¿Cómo se lo diría a Rosa? Que quizá uno desea escuchar a José Ignacio para complacerse y no arriesgar en la vida. Siempre podría mentir. Nada grave, una mentirijilla. Justo antes de sentarse en su sitio, se dio cuenta de que Julia también formaba parte de la plantilla. Diablos. Tenerla a ella tan cerca era como tener una videocámara. Sabía que en cualquier momento, Julia tomaría el teléfono y hablaría con Rosa. Lo separaba de ella un biombo, pero estas cosas se saben. Efectivamente, como te suponías, tu Platea es una gallina. *Co. Co. Co.* No tiene narices de sentarse en el despacho del jefe a regatearle la subida de un 5%.

¿Pero qué diría José Ignacio si se enterase que al final hago caso a Rosa? La verdad, nunca debería haberle comentado que la idea no era mía. Me llamará calzonazos. Y con razón. ¿Hasta qué punto él necesitaba un 5% más de sueldo? Son migajas. Además, en dos años, con el IPC uno lo acabaría consiguiendo.

El gestor de correo electrónico saltó en su ordenador. Un pequeño sobrecito apareció en la parte inferior de su monitor. Cielos, y ¿Hasta qué punto Platea era rentable para la empresa? ¿Hasta qué punto era imprescindible? Bien podría ser ese correo electrónico un mensaje del jefe diciéndole que pasase por el despacho. Ya lo veía. El asunto del correo seguro que ponía: DESPEDIDO. En letras rojas. ¿Por qué despedido? Efectivamente, por estar en horario de trabajo pensando en las musarañas. Hizo clic en el gestor de correo. Minucias, era un correo basura. Lo borró y se puso a trabajar.

[7]
Ambigú

Victoria desentonaba con las fechas. Vestía piel morena salpicada de pecas, mientras que en la calle del ambigú llovía a cántaros. Al contacto con las luces halógenas del exterior la lluvia se convertía en una espuma nebulosa que danzaba bailarina al son del viento. Ella se pidió un croissant mientras que Rosa simplemente dejaba que su cucharilla marease el café de la tarde.

- ¡Qué cambio de tiempo! Nada que ver con el caribe – dijo Victoria.
- ¿Te notas distinta con ese anillo?

Rosa, sonriente, estaba dispuesta a escuchar que era aquello de una luna de miel. La verdad, nada diferente a otras vacaciones con pareja. Ver sitios, probar comidas distintas, nadar en aguas cálidas, descansar. ¿Qué podría tener de especial aquello? Victoria parecía ningunear la experiencia. Rosa no se atrevía a soltar la noticia bomba. O quizá deberían ser dos. Un largo trueno lejano le dio la señal. *¿Sabes que estoy con un chico? Nada serio. Poco más de un mes.* Pero, sabía ella que no debía ejercer el papel protagonista. Y así, con mirada pícara surgió el verdadero tema.

- ¿Y sabes con quién comparte piso?

Rosa había aprendido dos cosas en la vida. Una de ellas la memoria. Acaso debido a las largas horas de Teatro se había entrenado a no dejar pasar ningún detalle. El segundo, esta vez por su oficio, a buscar la pregunta correcta. Victoria, sonrojada, admitió que lo del *cowboy* en la despedida de solera fue un error. Un delicioso error. El último destello de placer antes de la sobria faceta de esposa en la que había entrado.

Recordó entonces, Rosa, dos hechos: el primero, disfrazada de india, atrayendo al alto y delgado rubio disfrazado de *cowboy* al grupo de chicas. El segundo, más doméstico, al momento en el cual se estaba besando con Platea en el salón de él, para descubrir por el rabillo del ojo que el rostro que acababa de entrar por la puerta le sonaba de algo.

Sí, nunca se debe besar con los ojos abiertos. Fue un acto reflejo. Sería un miércoles de la segunda semana con Platea. Temió saludarlo sin ser presentada, quizá por descortesía. Mucho menos se atrevió a citar la fiesta en la que conoció al danés que acabaría ejerciendo de *boy* para ellas. Quizá también se creyó, entonces, que pudiera haberse equivocado de *cowboy*, pero la mirada pervertidamente pecadora de él lo hizo acusarse.

¿Y tu chico no se dio cuenta de cómo os mirasteis? Platea tiene un problema: es un inocentón. Buen chico, pero muchas veces no se da cuenta de las cosas, como la obvia:

- ¿Pero qué me dices?
- Sí, sí. Es un patán en la cama.

Podría, en el fondo, no ser cuestión de placeres de hoteles de cinco estrellas, como atisbaría a pensar una vez Platea. De todas formas, a veces influyen. Nunca está de más, diría alguna. Quizá es cuestión del pecado por omisión. Omisión del deber de trasmitir información, por supuesto. O quizá del defecto de no saber leer otro lenguaje que el de las palabras.

Podría ser que, a estas alturas, aun Rosa quisiese encontrar a Pablo dentro de Platea. O que temiese desistir de encontrarlo en él. Fuera, la lluvia dejó de caer.

[8]
Encrucijada

¿Por qué una amiga es capaz de decir de su nuevo matrimonio que es la nueva etapa sobria? ¿Por qué llamar al compañero de piso de Platea como un delicioso error? Evidentemente, pensó mientras iba camino de casa, si fuera ella acabaría divorciándose para estar con ese delicioso error el resto de una vida. Un escalofrío recorrió por todas sus articulaciones. ¿Acaso eso no fue lo que hizo su propia madre una mañana de *eneuro*? Quizá todo fuese cuestión de genética. Quizá, quiera o no, estaría predispuesta a seguir esos mismos pasos un día. A enterrar en vida a un hombre gris.

Pero, ¿Hasta qué punto abandonar la seguridad del día a día por alguien que sea una delicia en la cama? Desde luego que en una relación de pareja el sexo no lo es todo, pero ¿Acaso ese mismo temor a no encontrarlo no es lo que la había inducido a esperar durante más de un año? Se había reservado para lo mejor hasta que un buen día, cansada de esperar, se acabó quedando con algo del todo a cien. ¿Había algo más en Platea que lo atase a él? Dejó de andar. El cierzo, que rebotaba airoso en los tabiques del edificio junto al cual ella andaba, hizo que el pelo se le erizase como un huracán. Alzó una mano para detenerlo. ¿Acaso era Platea con quién habría de pasar la vida? Ojalá todo fuese como una canción de Robbie Williams: alegre, desenfadada y con un toque de humor. *Baby it´s all right*. Continuó andando intentado acordarse de la letra de la canción para tatarearla.

Es atento. Se preocupa de que no pase frío. Me deja sentarme en el mejor sitio en los restaurantes. No exige. Hacía esfuerzos como para encontrarle algo a Platea. Quizá tenía esa sensación de que no terminaba de conocerlo. Que era una joya por pulir. Alguien que en su interior esconde un tesoro que ni ella misma había atisbado. Probablemente llevaban demasiado poco tiempo como para echar mano de él. Demonios, pero si nunca se había esforzado en conquistarla. Era ese hombre que se cruza en la vida de una en el momento oportuno. Nada de príncipes azules: un aprovechado que llega cuando una está con la guardia baja. Válgame Dios.

[9]
De gorra

Era el tercer día que salía del trabajo sin esforzarse en pedir el aumento de sueldo. A esas alturas, quizá Rosa debía de haberse olvidado de la frase casual que había dicho en el restaurante. Las mujeres no hay quien las entienda, pensaba Platea, o bien podría haberse olvidado completamente del asunto, o bien lo tendría anotado en fosforito en su diario para achacarlo un día en la hoja de reclamaciones: *¿Y el aumento de sueldo qué? ¿Vas a venir de gorra a partir de ahora conmigo?* Por suerte estaban a final de mes y pronto su visa recibiría un empujón. Más bien un respingo.

Sería capaz de diseñar una trama para evitar lujos como el viaje a San Sebastián. Algo fácil. Algo que le impidiese ir de gorra, como diría ella, a los sitios. El ocio es abierto. ¿Por qué enclaustrarse en un centro comercial a ver películas basura y comida rápida? Uno es español, coño. Ocio patrio. Patrio, y sin hablar de pitones, claro. Están los parques. Algo de deporte. Desempolvar la bici. Pasear: subir y bajar por el Paseo Independencia. Vendrá bien para rebajar las pistoleras. Anota, nunca hables de pistoleras con ella delante. Llevarla de tiendas. Soportar el lento devenir del tiempo mientras ella lleva media tienda al probador. Algo así como la paradoja espacio-tiempo de los agujeros negros. Caray, y nada más barato que el sexo. Por cierto, anota: ir a una farmacia a por condones. Son caros los condenados. A estas alturas podría ella tomar la píldora. No debes arriesgarte a pasar un sábado en casa con ella viendo telebasura, se censuró, que luego no hay sexo. Hay que divertirla. Será cuestión de conseguir los monólogos del club de la comedia. De segunda mano, claro. Ir a un chino antes que a un japonés. A la filmoteca antes que al cine. A un concierto en la calle antes que al Auditorio. Eso del teatro se va a acabar. Nada de bonobús, andando a los sitios. Y en el trabajo, el botellín de agua, en vez de sacarlo de la máquina, a rellenarlo en el lavabo. ¿Calvin Klein? ¡Abanderado! ¿Hugo Boss? ¡Don Algodón! ¿Lacoste? ¡Del rastro!

¿Ropa nueva? No, gracias.

[10]
Cena social

- ¿Tendrás traje, no?

Diablos, pero si esto solo pasa por buscártela así. ¿A quién se le ocurre echarse una novia abogada de un bufete de prestigio?

- Bueno, tengo el del fin de carrera.

Sí, claro, y como que en estos años uno no se engorda. Que si la vida sedentaria. Que si la comida de mamá no es la misma que la precocinada. Obviamente, no entraría.

¿Y cómo negarse?, juzgaría cualquiera. ¿En qué cabecita cabría otra opción?, la del buen amante. He aquí que al lastimoso proletario del veintiuno, aquel que se hizo firme juramento de atarse el bolsillo, se le presentó el orgullo de ser invitado a una cena social. Rosa, inconsciente, o más bien con arrojo de alpinista que sólo piensa en encumbrar las más altas cimas, supuso que él no sería un impedimento más. Pero quizá era cuestión del peso de una tarjeta de crédito.

Elemental era para Rosa la necesidad de aceptar su primera invitación del resto de asociados del bufete. Un poco clásico, el socio fundador parecía no tener en cuenta a una solterona para asociarse. Quizá por ello, Rosa no había sido convenientemente invitada a actos sociales anteriores. No la tuvo en cuenta hasta que un día la vieron paseando con Platea. Manda narices que a una no la acepten por lo que vale sino por lo que aparenta. Quizá en ello le va la vida al despacho. En otro lugar no, pero sí en esta Zaragoza del mira-tú-qué-tal-anda. Una ciudad provinciana de aspiraciones parisinas.

Y, en esta parisién, Rosa pareció no tener remordimiento en incentivar, de nuevo sin palabras, a que Platea se volviese a buscar la vida para encontrar un traje mínimamente decente para una cena.

Por suerte, sería para principios del mes siguiente.

[11]
Sensacional

- Rodolfo, éste te quedaba sensacional – le sonrió Rosa.
- Bien. ¿Podría pagar una parte con tarjeta y otra en efectivo?
- ¿Cómo? – le sonrió la dependienta.
- Sí que mi tarjeta sólo admite gastos de 500 euros al mes. El resto lo puedo pagar en efectivo aquí mismo.
- No hay problema. Pasen por aquí. – la voraz sonrisa de la dependienta olía a comisión.
- Ya verás que cara ponen en la cena. Estabas guapísimo – la voraz sonrisa de Rosa olía a socia de bufete.
- Me hacía falta un traje, pero ese otro tampoco me iba mal – una tenue lágrima luchaba por no resbalar por la mejilla. El colirio, Borjamari.
- Entonces, serán doscientos cincuenta en efectivo, y firme aquí el recibo de la tarjeta – no tenía pupilas la dependienta, sus ojos más bien parecían los de un felino vampírico.
- Sí, tenga – de esta, Platea se tendría que ir a vivir debajo de un puente. Y subsistir a eso que le llamaban dieta-*tupperware*-de-la-madre.
- Sensacional – un problema menos, murmuró la mente de Rosa.
- Sensacional – afloró del cuello de cisne de la usurera dependienta.
- Sensacional – lagrimó Platea. Ni un duro para colirios.

[12]
Pasar por vicaría

Y ahora qué. La respuesta podían ser dos. Una, opción a, buscar un segundo empleo. Camarero de barrio. Reponedor del Mercadona. Incluso un empleo-*Homer-Simpson*, de esos de estar sentado apretando un botón cada equis tiempo. Y dos, opción b, pasar por vicaría. Plantearle a la gloria hecha hombre un aumento de sueldo.

Podrían caber otras alternativas: digamos opción c, que sería dejarlo con Rosa y devolver el traje. No, esa no, demasiado que perder. Opción d, cambiar en secreto de traje por uno de oferta, ¿Alguien ha oído hablar del alquiler de chaqué? Apurando, existe la opción e, que es apalabrar con Rosa un *fifty-fifty*. Menos cutre es la opción f, esa llamada la del quién no llora no mama. Aunque quedaría feo escatimarle a una madre medio sueldo. Con expropiarle el

usufructo de los *tuppers* es para darse por satisfecho. Eso trae a colación la opción g, la de no gastar dinero en comida poniéndose a régimen y alcanzar el punto, todo sea por encontrarlo.

¿Pero por qué demonios un traje de 750 euros? Con el alquiler y la escalera nos ponemos en 950. La ruina. Sólo queda pasar por vicaría.

Se levantó de su silla ergonómica. Miró la fina abertura de la puerta del despacho. No había destello rojo-Ferrari. Lástima, cuando uno se siente convencido de pedir un aumento de sueldo, el jefe tiene reunión con los accionistas. A ver si a estas alturas vamos a tener que poner una lista de *su número por favor*. Tengo el 35. Tranquilo, yo tengo el 21 y va por el 14. Cómo está la mañana. Ni que lo digas, el 12 se ha pegado media hora, qué atributos los suyos. Me conformo con el tiempo que basta para un monosílabo, así solo hay un 50% de posibilidades.

50% de posibilidades, visto así parece fácil. Esto es como el atracador que acude al banco. Deme cinco millones de euros, si te dicen SÍ, eres millonario. Bueno, tampoco es un delito pedir un aumento. Quizá con Franco lo fuese, lo llamarían a uno subversivo judeomasónico.

Tal vez esté el jefe en los servicios. Imagínese usted. Urinario con urinario. Y en vez de silbar, o peor aun, cotejársela con la del vecino, decirle: ya que le pillo a mano, y nunca mejor dicho ¿Qué tal si me sube el sueldo? No, no hace falta que se salga del orificio, tiene todo el tiempo del mundo para responderme. Sí, eso, le espero en el lavabo.

¿Alguien oyó hablar del silencio positivo? La Ley 30/1992, de Régimen Jurídico de las Administraciones Públicas y del Procedimiento Administrativo Común es clara en su artículo 43.2 al afirmar que se entenderán estimadas las solicitudes que no hayan sido resueltas en el plazo estipulado, salvo ley en contra. Está claro que esto es una empresa y no la Administración, pero si se le dice de refilón, así, a bote pronto, y no se da por aludido, se podría ir a decirle, pasado un tiempo determinado, oiga, que por silencio administrativo...

Opción h, vender el cuerpo en una noche loca de pasión con una divorciada. Opción i, donar semen. Opción j, prometerle a una mafia rusa un riñón para cuando uno muera. Opción k, dedicarse al *top* manta, es cuestión de una buena conexión de Internet y grabadora de cds. Opción l, presentarse a la Policía como sospechoso falso, a hacer bulto, para las ruedas de reconocimiento de delincuentes. Opción m, presentarse al *casting* de Operación Triunfo, o peor, de Gran Hermano. De ahí a vender el cuerpo a Interviú sólo hay un paso. Esa estaría relacionada con la opción h y la opción i.

Se volvió a levantar de la silla. Nada. El destello rojo se había transformado en la negra inmensidad de un agujero negro. Mala suerte, tocará esperar a que regrese el Director General.

Quizá todo esto le pase a uno por no ser sincero con la pareja de uno. Decirle, oye, mira, no soy el hijo de Boffil. Lo tomas o lo dejas. Uy, demasiado directo.

[13]
Excusa, padre

En cada una de las manos de Platea colgaban sendas bolsas de la compra. No pesaban mucho. Más pisoteada parecía su autoestima. A su derecha, con la vista pegada en los escaparates, caminaba Rosa. Parece como si a uno le hubiesen tomado por porteador. *Sí, bwana*. Habría jurado que para las rebajas de verano, la única diferencia de esa estampa sería que ella llevaría un helado de cucurucho en su mano, al que probablemente no le daría a probar. *Es de strachiatella, no te gustaban, ¿no?*

Dicen que sólo los locos y los que pagan hipoteca hablan solos por la calle. Un loco con bolsas de compra de mujer. Vean a mi izquierda los últimos zapatos de lujo, a juego con el bolso. A su derecha, podrán observar, en la otra bolsa, un suéter fresa para entretiempo. Y,

como si anduviese solo, se aventuró a abrir la boca. Habló con ese temor reverencial que tienen las personas que temen no ser escuchadas.

- Podríamos irnos a vivir juntos. Para compartir piso con dos desconocidos...
- No puedo abandonar a mi padre. Deberías saberlo. Sería como llevarle directamente al paredón. Ya lo abandonó una mujer, como para que sean dos.
- Entiendo.

Diablos, pensó Platea, cómo no haberlo pensado antes. No lo del padre, sino que a ella no le guste compartir piso con alguien que cobra menos que ella. Rosa andaba como si la conversación no hubiera tenido lugar. Mira que bolso más cuco. Platea parecía empequeñecerse más. Todo cambiaría cuando se atreviese a pedir el aumento de sueldo. Le diría, ahora que puedes ser mantenida, te atreverías a convivir conmigo. Quizá no fuese cuestión de dinero. Roncar no se ronca. Nadie duda que no ronca hasta que le graban en video. Diablos, pero si la casa está echa un pandemonio, la culpa es del Tony ese, que es un holgazán. Si le diese un repaso ella seguro cambiaría de parecer. Les gustan amos de casa. Cuando uno se lo propone es capaz de ser un manitas. Ponme una *black & decker* en mi mano, bonita, y hago milagros. Aunque, la verdad, siempre tenía miedo cuando taladraba una pared, como si justo ahí donde aventuraba a introducir una broca, pudiera andar despistado un cable de la luz emparedado.

Y, hasta qué punto una hija es capaz de abandonar a un padre por un hombre de su edad. ¿Sería ella capaz de emanciparse encontrado el momento? Rosa cavilaba que si aquella proposición hubiese surgido de labios de Pablo, en su momento, habría abandonado La Tierra.

Pero, Platea...

[14]
Glamour

El *glamour* no tiene que ir aparejado estrictamente a una forma de vestir. Mucho menos al hecho de tener una determinada solvencia económica. Digamos que es mucho más que eso. Quizá nos tendríamos que remitir a esa herencia que una vez tuvo una cultura indoeuropea como la española. Aun así, no podríamos decir que propiamente, y más en un Estado de Social y de Derecho, se pudiese hablar de castas. Al menos castas en el sentido estricto que se puede seguir mamando en las orillas del Ganges. Pero el sentido de *glamour* va estrechamente ligado al sentido propio de pertenencia a una casta superior de hecho. Se puede decir que la solvencia económica o la forma de vestir es un elemento accesorio a la pertenencia de la cúspide social. Quizá, más bien una consecuencia. Mirándolo desde el cristal ajeno de un «descastado», el *glamour* podría ser simplemente un elemento estético. No entremos a hablar de perchas, bellezas, o capacidad de combinar determinadas prendas con accesorios sacados de la semana fantástica del Corte Inglés. Quizá, para el caso de la urbe aragonesa, *glamour* se pueda definir como la posibilidad de estar en el momento apropiado y con la compañía adecuada como para llegar a sentirse en algo así como en la cumbre de la sociedad. Basta decir que sentirse en la cresta de la ola en Zaragoza no otorga capacidad alguna de sentirse homólogo del que haya trepado a la cima en otra ciudad como Nueva York. Pero digamos que, para estar por casa, sería semejante.

Y, con las manos en los bolsillos, Rodolfo Platea hizo acto de presencia en su primera noche de *glamour*. Ella, Rosa, conocedora del protocolo del éxito, le reprendió por no adoptar una postura más estilizada. Faltaría decir que la capacidad de llevar las manos en los bolsillos va ligada directamente proporcional al nivel de éxitos de la cartera de negocios. Nadie reprendería de llevarlas, obviamente, al director de OPEL España.

He aquí uno de los más afamados abogados tributarios. Sólo las mayores empresas defraudadoras, dentro de la legalidad, pueden hacerse con sus servicios. Comentarle las desgravaciones de la Renta de un salario de clase media con él es como hablar de la República con Juan Carlos I. A su lado, el Abogado del Estado encargado de la responsabilidad patrimonial del estado. Ni que decir tiene que un abogado de poca monta no podría sacar un duro de la Administración Central por muy fragrante que fuese el perjuicio

ocasionado a un particular. He aquí el Consejero de Economía de la Diputación General de Aragón. Ese que fue capaz de obtener una mejor trasferencia para la gestión del servicio sanitario de la región. Esa calva que hay al fondo, Platea, se trata del nuevo responsable en la provincia del Banco Zaragozano. Conocerás a su mujer, que es Fiscal de la Audiencia Nacional. Aquella que luchó por la extradición del dirigente bananero que llenaba las costas españolas de mercancía de cannabis.

Y tú, ¿se puede saber quién eres? Ah, sí, aquel que aspira a vender más que su compañero de sección dentro de una pequeña empresa situada en un edifico de cristal, planta quince. Ese que comparte piso con dos desconocidos, y que se ha gastado todo el salario en un traje que acaba de manchar por un escurridizo canapé de salmón. ¿Masters? ¿Cambridge, Oxford, Georgetown? Nada, una academia al lado de casa, de esas que enseñan inglés y mecanografía.

[15]
Inhibidores de descastamiento

¿Qué sucede, pensarán ustedes, cuando un «descastado» se adentra en la sociedad del *glamour*? Ser novio de una futurible socia de un bufete de éxito, por muy colegiada en el Real e Ilustre Colegio de Abogados que se halle, no implica adquirir el carné de *glamour*. Se podrá fingir que la cuestión de no ser reconocido por las mentes más lúcidas de la ciudad sea debido a un cambio en la vecindad civil. Sí, perdone, es que yo pertenezco al *glamour* de Albacete, que también lo tiene. Pero sucede que uno se ve apartado de ellas de todas formas. No interesa. Sí, mi empresa vende consumibles informáticos. ¿A dónde se va con eso? Sí, el otro día realicé la expropiación para la construcción del cuarto cinturón de la ciudad. ¿Qué se le puede responder? ¿Tengo un huertecillo de tomates al lado del río Huerva, podría hacer pasar al lado del mismo esa nueva Z40 y de paso urbanizarme la finca? O, hemos realizado una inversión en China para trasladar la producción de fichas de dominó. Obviamente, desde Hong Kong tenemos previsto hacer la logística y extender el negocio a Indochina, con cien millones de potenciales jugadores de dominó. Sí, mire, a propósito de eso, mi abuelo fue campeón en el pueblo hace tres años, aunque lo que se le daba bien era la petanca, un fiera, oiga.

Para dejar de sentirse uno, como «descastado de hecho» que se es, existe un inhibidor. En toda fiesta de *glamour* aparecen varios camareros con amplias bandejas de champán. El secreto consiste en dejar que la pareja extienda sus redes de celebridad por doquier mientras que uno busque el lugar natural de paso de los camareros. Es como las ramblas de agua de tormenta. Del ir y venir, tormenta tras tormenta, van quedando surcos de torrentes habituales de lluvia. Un camarero que aspira a llevar su bandeja a un extremo de la sala, intentará ir siempre por un determinado itinerario. La posición correcta es la de poner cara de interés con un folleto encontrado al azar, o mejor aun por la contemplación de un óleo que represente el rapto de Europa por Zeus disfrazado de toro. Poner dos dedos en el rostro, ajustarse las gafas, y usurparle una copa de champán al camarero.

El riesgo, ante esta actitud de abuso de «inhibidores del descastamiento», existe cuando la pareja decide acudir para presentarle al socio fundador del bufete. El primer paso es reconocer que no son dos ni cuatro, sino uno, y que no tiene problemas de balanceo. El segundo paso es intentar no reírse. El tercero, dar muestras de atención. Ese último paso conlleva decir algo más que *ajá*, *claro*, o *muy bien*. ¿Pero qué se le va a hacer a esa altura de la noche? Uno es simplemente un descastado borracho. Probablemente no el único de toda la fiesta, pero a la postre el más notorio.

Y ¿Qué queda después de todo eso? Está claro. Es cuando uno ve a Rosa de color rosa-chillón. Sí, esa del menudo rato me has hecho pasar. La que echa en cara que uno se haya convertido en un impresentable. Y, es que la sociedad es injusta, pensará Platea: encima que uno se ve obligado a gastarse el sueldo, tiene que cargar con el castigo de la abstinencia sexual. Y con razón, pensará alguna.

[16]
Confesiones en el ambigú

- Es un cretino. Sólo a él se le podría ocurrir aquel numerito en la noche más importante de mi carrera profesional.
- Seguro que es de esos machistas que no quieren que llegues a cobrar más que él.

Volvían a verse Rosa y Victoria en el ambigú. Esta vez, eran las dos del medio día. Rosa jugueteaba, sin hambre alguna, con la escalibada, mientras que Victoria daba buena cuenta de un plato de espaguetis con gulas y gambas. La verdad, esto del matrimonio empezaba a no favorecerla mucho, puesto que se había vuelto a enfrentar con el botón de los *Levi´s*. Su piel empezaba a decolorarse. En escaso un mes dejaría de jactarse de caribe.

Miró ella a la barra del bar. Por un momento dejo caer sus ojos en un rubio que, con otros dos amigos, reía con una cerveza en la mano. En otro tiempo, habría intentado que al menos acabase mirándole a los ojos. Si una lo desea, es capaz que cualquier hombre acabe fijándose en ella. Quizá sea que los hombres son demasiado primarios. Suspiró, mientras enrollaba la pasta con ayuda de una cuchara. Procedió a ingerirla cuando Rosa volvió a abrir la boca.

- Suspiraste
- ¿Cómo?
- Sí, que acabas de suspirar.
- ¿Sabes? Hecho de menos la emoción de que un hombre guapo se fije en mi. Que se esfuercen en ligarte... El hormigueo.
- ¿Él no lo hace?
- ¡Qué va!, los hombres son vagos por naturaleza. Una vez creen que ya te tienen para siempre, no mueven un músculo por mantenerte. Y se sorprenden si, una vez casada, les exiges un esfuerzo.
- ¿Podrías creer que no hace falta estar casada para sentir eso?
- Sí, a veces creo que sólo piensan en una más que como un objeto de placer. Rosa, ¿Sabes cuando fue la última vez que me sentí conquistada por una mirada?
- Sorpréndeme.
- Fue un día que iba en el autobús acompañada de Mario. Fue entonces cuando conocí al *cowboy*, al amigo de tu novio. No puedo explicar como me miró, pero era como si me encendiese por dentro. Tuve la necesidad de besar, y para evitar una locura, besé a Mario.
- Oye, sorprendente lo tuyo con el *cowboy*...
- Lo de la despedida de soltera fue increíble. Por un momento creí que era la primera vez que tenía un orgasmo. Al menos no solían ser de esa manera. Vaya, no soy de esas que lo fingen, no siempre, vamos, pero descubrí que el placer tiene sus escalas. Existe el placer cotidiano de la vida marital, y existe el placer con mayúsculas que va de la mano del pecado.

¿Hasta qué punto Platea no era ni la sombra de Pablo? ¿Hasta qué punto debe una conformarse con el éxtasis a medias, existiendo el placer absoluto? ¿Por qué ceñirse a una vida de renuncia? Y, por un instante surcó la imagen de su madre por la cabecita. ¿Hasta qué punto había sido ella injusta con su propia madre? ¿Hasta qué punto ella le había mostrado la opción de ser feliz?

[17]
Su turno

Se levantó de la cama tatareando *Wake me up before you go-go*. Y cuando uno se levanta con esa canción de los años ochenta de Whaam! en la cabeza ha de pensar que nada le puede salir mal. Así que con el éxito de los inicios de George Michael, puso su pie derecho en la calle. Era un día soleado. Los pájaros cantaban. La resaca de la noche anterior no había hecho mención de asomarse.

- Buenos días, me da *El País*. Tenga el euro.

Marzo abría las puertas de la naturaleza. Silbaba mientras repasaba las hojas de internacional. *Buenos días* al vecino del quinto que vuelve con la barra de pan. ¿Rosa-chillón?

Lo de anoche no era más que una tontería, las mujeres son así. Ya se le pasará. Ellas inventaron la conciencia. ¿Cómo desperdiciar un día así en preocuparse por las divagaciones de una histérica que se cree el centro de atención? La vida es bella. El cielo azul. La brisa cálida. El trino alegre. Parece que hasta los árboles empiezan a bostezar haciendo surgir diminutas hojillas de sus ramas.

El ser humano siempre ha tratado de complicarse la existencia. Se ha dado la espalda a la naturaleza. La naturaleza es libre. Está llena de vida. *Hola, buenos días*. A ese no lo conocía, pero por su mirada parece un buen tipo. Es como si todos se alegrasen de que el invierno haya pasado. Será que el Real Zaragoza ha vuelto a ganar la Copa del Rey. Todo es posible amaneciendo así.

Ascendió con su blanca sonrisa por el ascensor de cristal en el edificio del paraíso de cristal. Vaya, si hasta el señor Director General ha amanecido antes que de costumbre. Se miró en el bolsillo, es como si llevase el ticket de su turno. Vaya, va por el treinta y cinco.

Golpeó suavemente el nudillo en la puerta de roble. Oyó, ensordecido, un *pase, pase, por favor*. Su sonrisa blanco diamante parecía difuminar el destello rojo-Ferrari que respiraba en el centro del despacho. *Buenos días*. *Buenos días*. Con calma, y sin dejar de mirar los expectantes ojos del Hijo de Dios, se sentó en la silla, frente a Él.

- Sí, ¿Qué desea?, señor Platea.
- Vengo a pedir un aumento de sueldo – parecía como si se creciese conforme iba pronunciando, una a una, con excelsa claridad, todas las palabras que componían la oración. Por un instante creyó que acabaría mirando por encima del hombro al jefe. En su imaginación, el diminuto destello rojo-Ferrari pareció encogerse. Sí, es simplemente un hombre.
- Sabrá usted cómo está el balance financiero de la entidad – el hombre pugnaba por volver a recubrirse de un aura brillante. El blanco-sonrisa de Platea luchaba por impedirlo – No es momento de aumento de sueldos.
- Vaya – Tú vales mucho, nene. El día es azul, los pájaros gorjean. Sí, ¿por qué no un órdago? Hoy es día de pie derecho. Hoy es día de victoria. Nada puede salir mal – Pues si no me aumentan de sueldo me voy de la empresa.
- Sea pues.

[18]
El gato que maúlla

Sea pues. Así de fácil. Por un momento uno cree que le responden farol con farol. Pero no. Firme aquí. Muchas gracias por los trabajos prestados. Palmadas en la chepa.

Era todo como un sueño. Surrealista. Con las manos en los bolsillos vagaba sin rumbo por las calles ciudad. Algunas mujeres correteaban con carritos de la compra. Un ciego vendía cupones. El camión del reparto bajaba cajas de leche desnatada para el supermercado. La vida sigue.

De no ser porque Julia está de vacaciones, a estas alturas Rosa se habría enterado de la noticia. La llamaría. Encontraría algo mejor. Nene, tú vales mucho. Uno con esta edad no puede aspirar a vivir eternamente en un trabajo gris.

Los pies le llevaron al puente de Santiago. A esa altura, mirando hacia el puente de la Almozara, el río Ebro más bien parece un lago. Es un curvo remanso de paz. Se encontró, apoyando sus codos en la barandilla, a Raúl con la mirada perdida en el lento fluir de la turbia agua del deshielo.

- Caray, ¿Qué haces?
- Coño, Rodolfo, ¿Tú por aquí? Nada, estaba fijándome en el reflejo del sol en las diminutas olas del río. ¿Has oído hablar del doctor Lefebure?
- No.

- Fue un francés que dijo que ver el reflejo de la luz en el agua agudiza la intuición. Por lo visto, las manchitas blancas que se quedan en la retina, algo llamado fosfeno, es como un catalizador para aprovechar la parte izquierda del cerebro. O algo así, vamos, lo vi el otro día en Internet.
- Vaya, no dejas nunca de sorprenderme. Por cierto, ¿Cómo llevas tu libro?
- Ahí anda, pero requiere un proceso.
- Supongo... ¿Te puedes creer que hace un momento pensaba en ti?
- ¿Y eso?
- Recordaba aquello que me dijiste del gato...
- Ah, lo del gato cuántico: lo de las vidas paralelas en función de la elección tomada.
- Sí, eso. Me preguntaba cómo habría sido mi vida sin Rosa. ¿mejor o peor?
- Querido Rodolfo, te aseguro que nunca lo sabrás.
- Ya, pero... ¿Habría cometido la misma estupidez que he cometido esta misma mañana?

Los dos se quedaron mirando el sol rielar en el Ebro. Quizá los fosfenos fuesen capaces de intuirles una respuesta sensata.

XII. AMOR VIRTUAL

[1]
La nueva harinera

- Supongo que todos habréis oído hablar de la Casa Solans, es una de esas casas que pueden no llamar la atención a uno que la ve a diario, pero que si la ves por primera vez no te deja indiferente – Roberto hablaba pasando el dedo por borde circular de una pinta de cerveza negra. A su vera, Marcos y Miguel atendían con más sosiego que atención aquellas primeras palabras – He buscado información de ella. Es curioso que algo tan cotidiano como un palacio en reconstrucción oculte una historia.

» Juan Solans era un industrial harinero de principios del siglo XX. Junto a su fábrica, «La nueva harinera», hizo construir su casa. Debía de ser a principio de los años veinte. Curiosamente en el año 1921 sufrió un incendio, por lo que Solans no pudo habitar la casa. Lo haría su mujer, ya viuda, en el año 1926. La Guerra Civil la dejaría en total desperfecto y hasta la actualidad nunca se ha puesto en serio una medida para repararla.

» Ahora quisiera hacer un silogismo. En la otra punta de la ciudad, el señor Averly hizo construir su casa junto a la empresa, la fundición que llevaba su nombre. El señor Solans hizo lo propio con «La nueva harinera». Mientras la maldición pareció seguir al segundo, el primero la habitó sin problemas. Vemos claramente una primera divergencia de dos fenómenos similares. Luego, está la diferencia entre ambas empresas. De la nueva harinera existen solares en construcción de nuevos edificios, mientras que Averly sigue produciendo hasta el día de hoy. Además, mientras que los alrededores de la casa Averly hay un jardín enmarañado, la casa Solans parece llorar la aridez que queda en su solar. Cuarta diferencia, mientras que de la harinera nacía la vida, en forma de pan y piensos, de la segunda salía la contaminación de la fabricación de cientos de turbinas de metal. Una vez vi una foto aérea de la ciudad y pude comprobar que la casa Averly era el punto más negro de Zaragoza. Un punto de sombrías tejas ennegrecidas.

- Ya sé a donde quieres llegar – murmuró Miguel. Marcos asintió.
- Está claro. Todo indica que la casa Solans es la natural antítesis de la casa Averly.
- Sólo veo argumentos atados con hilos. ¿Me quieres decir que es la casa Solans la casa del Reencuentro?
- Ajá – afirmó Roberto antes de pegarle un buen trago a la cerveza. – además soñé con ella.

[2]
Una cuestión de táctica

- Se supone que lo que hay que hacer es todo al revés que en la casa Averly – prosiguió Roberto. Miguel empezó a mirar con desconfianza. Marcos no quería dar muestras de que aquello le empezaba a interesar por respeto al pesimista de Miguel. – es una cuestión de táctica, ¿No? Lo he estado pensando. Mientras que la otra vez, en la Casa del Desencuentro, nosotros entramos con nuestras respectivas estables parejas para perderlas, ahora debería ser al revés: es decir, entrar en solitario a esa casa y encontrar allí dentro el amor. Lo primero en que pensé era en una cita a ciegas, y hacer el amor con la mujer desconocida. Otra cosa, no deberíamos entrar por la puerta, sino por la tercera planta. No me miréis así, es fácil, hay andamios. Y, desde luego, el acto sexual debería ser realizado en la planta calle.
- Una cuestión – apuntó Miguel. Los ojos de Marcos, cual partido de tenis, se movieron a la otra cancha, la otra opción a seguir – yo no hice el amor con Alicia aquella noche. Se me fue la mano, eso sí. ¿Qué quieres, que encuentre una mujer que me pegue a mí? – Marcos empezó a pensar que esta vez debería ejercer de María Jesús, aquella machorra de Teruel que se la había pegado con media Escuela de Ingeniería. Quiso dejar de pensar.

- A ver, supongo que cada caso es distinto – argumentó Roberto – la cuestión esencial es entrar en esa casa sin pareja y salir con ella. Ojo, Marcos, no vale contratar a una profesional, hemos de buscar nuestra media naranja sin conocerla.
- ¿Y eso cómo? – abrió por primera vez la boca Marcos, quizá esperando a encontrar la fórmula secreta que tanto había esperado encontrar para encontrarse con la mujer de su vida. En el fondo, pensó siempre Marcos, eso de ligar no es lo mío, y así me va.
- Está claro – dijo en tono triunfante – La solución me la dio un compañero de trabajo mío. Se llama Diego, y es un adicto a Internet. Conoció a su novia allí. Es una cuestión de táctica.

Miguel receló de la idea, pero Marcos la hizo suya. Quizá ligar no fuera lo suyo, pero ligar detrás de una máscara quizá fuese distinto. O, si no, ¿Por qué tenía tanto éxito el carnaval?

[3]
Marcos *on line*

Encendió su ordenador de un modo poco menos que cohibido. Como si por ese mero hecho todo el cibercosmos frenase de girar para fijarse en él y en sus perturbadoras intenciones. Aun así, siguió las instrucciones que le diera Roberto. Había que encontrar una chica sin miedo a entrar en una casa abandonada. Dejó encendida solo la luz de la lamparita de la mesa del escritorio. A partir de ahora estaba él y el mundo. Dudó en un principio si conectarse con nombre de mujer. Sería divertido engañar a otro tímido como él. Se censuró inmediatamente: había que estar a lo que había que estar.

Para él, eso de los ordenadores era algo así como una máquina de escribir un pelín más avanzada. Una vez supo, por otros, que era aquello de los *chats*. Y no podía ocultar que, en la soledad de su casa, cuando sus padres la abandonaban, había hecho acto de presencia en ese mundo, aunque de puntillas. Es por ello que estrictamente no le era nuevo. Pero sólo estrictamente, porque nunca había pensado en ello más que como un *hobby* nocturno. Hay gente que hace puzzles, otra que colecciona sellos, otros que hablan a solas con un ordenador.

Empezó a teclear con dos dedos: los índices de cada mano. El primer paso era poner su nombre. Podría poner otro, pero tecleo M A R C O S. El monitor desvencijado le devolvió un críptico *Marcos, on line*. Aparecieron ante él una serie de salones a los que poder entrar. Era quizá todo demasiado abundante. Las cifras, al lado de cada salón indicaban la cantidad de cibernautas que habían dejado caer sus huesos por allí. Dirigió el puntero de su ratón al azar. E hizo clic.

Fue como si de él mismo surgiese un alter ego, que montado en un monopatín cibercuántico navegase por un abismo negros surcado por una flexible red cuadriculada verde. Una puerta se abría ante él, *bienvenido al cielo*.

[4]
Heaven

Se sorprendió a sí mismo estar vestido de lo que iba vestido. Era cierto que uno, cuando muta su esencia de la vida real a la vida virtual pasan estas cosas. Sin ir más lejos, la palabra «virtual» etimológicamente significa «aquello que tiene existencia aparente y no real; aquello que reside en la mente». Y la mente, en cierto modo es poderosa. Se censuró abiertamente de haber caído en los tópicos. ¿Por qué demonios debía de vestir con traje de cuero y gafas negras? Era demasiado fácil. Cerró sus ojos, y los abrió de nuevo para encontrarse vestido de león. Le hizo gracia, y decidió quedarse con ese traje. Llamó a la puerta. Se abrió de ella una diminuta trampilla de la que surgieron dos ojos con gafas.

- ¿*Login*?
- ¿Cómo?
- Que cual es tu nombre...
- Ah, Marcos.
- Lo supuse por el traje. Anda, entra.

Se abrió ante él un local retorcido como un laberinto. Le sorprendió que un sitio llamado cielo fuese tan oscuro. Una escalera subía, otra bajaba. Decidió subir, y entrar en aquel baile de carnaval. Algunos parecían vestir máscaras de Venecia, otros se refugiaban en vestimentas de música gótica. Un par simulaban ser vampiros, otros tres eran caballeros templarios. Miró la pared de la entrada. Había una inscripción: El salón *Heaven* cuenta con cuatro grandes salas. Te encuentras en la parte superior, no olvides visitar las otras tres.

Se acercó a uno de los templarios. Vestía de blanco con una cruz roja en su pecho. Por el cuello y el pelo tenía una malla de metal. Una larga perilla estilizaba ese rostro ascético-militar. *¿Hola, has oído hablar de la casa del reencuentro?* Le sonrió firmemente el cruzado: *Lo siento, no conozco ese salón*. Diablos, si resultaba, resumidas cuentas, que la gente seguía siendo como fuera de ese cibercosmos. Sin ir más lejos, Marcos se sintió como aquel sábado en el que transitó por el callejón de la calle El Temple, para recibir las mismas respuestas. *¿Dan algo de bebida por aquí?* Preguntó entonces. *Ah, sí, baja a la tercera planta. Sirven ponche.*

Eran unas escaleras no muy anchas. El sitio era más amplio. Una gran sala de baile se veía al final de la estancia. En una pared, un discjockey aparecía flotando manejando una docena de discos. Vestía como un monaguillo: una amplia camisola de arrugado lino, pero en vez de blanco, era marrón. Por los altavoces se escuchaba *Personal Jesus* de Depeche Mode. En una esquina, una chica morena de pelo rizado insertaba un cazo en una amplia fuente de cristal llena de un pardo líquido. Se acercó a ella. *¿Me das un vaso?*, ella le entregó el cazo *Sírvete lo que quieras, es gratis*. Ah, que distinto que era la vida virtual. Era como si el dinero dejase de tener su razón de ser. Aunque sea gracias a algo tan insípido como un código binario.

- ¿Conoces a alguna chica de Zaragoza? - Le dijo a la chica del ponche, quizá por abrir conversación. Demasiada suerte sería encontrarla tan pronto.
- Sí, conozco a un par que se suelen dejar ver por la planta baja.

[5]
Trigueros, York y Queso

El *sándwich* a base de trigueros con york y queso amenazaba con escurrirse justo encima del teclado. No se trataba de Marcos, mucho menos de Miguel ni Roberto, sino de Sandra. Le encantaba que las cabezas de los espárragos estuviesen crujientes. Un pelín salados. No mucho, porque el york con queso hacía el resto. Quizá el mejor momento de un sábado por la tarde era el medio camino entre su cuarto y la cocina. Intentar atender a sus amigas del chat y, al mismo tiempo, levantarse a darle un poco la vuelta a los trigueros. Puso la música de *Marlango* lo más alta que pudo. Otros podrían buscar otra manera de embriaguez. Para ella, ese aroma y la música lenta de Leonor Walting hacían el resto. Era como flotar.

Carmen la esperaba, una tarde más, en la planta baja del cielo. Le sirvió una copa de ponche virtual. Pareció calentarle las entrañas. *Carmen, ¿Sabes algo de Maite?* (Tú, te, ti, contigo) *Desde que está con Diego, no sabemos nada de ella*. Quizá había un momento mejor que ese, y era cuando, recién duchada, salía en chanclas ante el sol primaveral al mercadillo que tenía frente a su casa, a comprarse los trigueros. Notar como el incipiente sol empieza a calentarla a una. Hoy, por supuesto que no. Hoy no era día de chanclas, ni de estilizados zapatos de noche. Por ello, quizá más que nunca, trataba de regodearse en el hecho de que las tostadas puntas de los trigueros sobresalían del pan semilla de oro. Y morderlo, era como pecar. Fascinante.

Simultáneamente a ese hecho, un sonido en forma de pato apareció por los altavoces de su ordenador. Eso significaba que alguien había pronunciado su nombre en el ciberespacio. Depositó su *sándwich* en el plato que tenía en su escritorio. Limpió sus manos y empezó a leer lo que la pantalla decía de ella. ¿Marcos? No conozco a ningún Marcos. ¿Quién será?

[6]
Camisa blanca

Tony se despertó aquella tarde en un recuerdo. Esa fina arruga vertical que se le generaba en los mofletes a Marie. Y debajo de aquellas mejillas, como si continuase para cerrar esas dos paralelas verticales, la camisa blanca las hacía morir en el escote. Y, todo ello, con la fragancia temblorosa de la primera cita en una cena de velas. Y se levantó como si le asaltase una repentina úlcera. No sabía muy bien si generada por el mundo exterior, o más bien por sí mismo.

Anduvo, sin frío, por el glacial suelo de gres, camino de la nevera. Necesitaba sólo un buen trago de leche. Algo que aclarase su garganta de los sucesos que habían trascurrido tres semanas atrás. Unos suspiros le abrieron los oídos. Desandó con curiosidad el camino hacia el salón, para encontrarse a una mujer morena de camisa blanca besando a su compañero de piso. Un relámpago le cruzó el corazón. Habría jurado durante el primer instante que ella era Marie. Tenía las mismas dimensiones, morena, y con esa misma camisa blanca que cerraba las coquetas arruguitas de los carrillos. Acaso cuando uno sigue enamorado de una mujer, no cesa de buscarla en todos los rincones. En todas las mujeres.

Ella se volvió para negar la evidencia. No, no era Marie, pero eso no frenó la sorpresa. De nuevo un rayo, esta vez más lento, cruzó su corazón. Y su mente viajó al momento de fiesta en la que acabaría ejerciendo de *boy*. Fue entonces cuando surgió de él aquella mirada pervertidamente pecadora de la que intentó huir para no sentirse más culpable. Platea, sorpresivamente erguido, y con restos de carmín en su boca, pareció más preocupado en adecentarse y presentarle a Rosa.

Regresó el danés a la cama. Estaba desecha. Intentó extender las sábanas, la manta y el edredón, pero se tumbó encima de ellas, sin arroparse. Puso sus dos manos sobre el cogote y miró el techo, sin manchas. Esto era increíble. Ahora su compañero de piso con novia. No sabía si ese susto era mayor que el hecho de conocerla. Hasta un cretino como Platea era capaz de conservar una mujer a su lado, no como él. ¿Por qué no se dio cuenta aquella otra noche que esa chica disfrazada de india no se parecía a Marie? Quizá fuera cuestión de su fragancia. La que ahora llevaba ella le había helado el corazón. Probablemente más a que se pareciese, de espaldas, a Marie. Cada perfume debería estar diseñado a una única mujer. No debería haber dos mujeres con un mismo olor. Es demasiado personal. Era ese mismo olor el que había perfumado esas mismas sábanas una vez. No podía olerlo ahora, puesto que hedía a vulgar detergente a limón. Un olor debería quedar estancado a una única vivencia. A una única escena. A un único momento. Una magia de la que se había dedicado a destruir algo llamado mercado.

Un día me preguntaron qué es eso del amor virtual. Quizá se trate de un sentimiento que no trasciende a la realidad. Algo que queda en el baúl de los deseos. Y, en él, quiso guardar un olor común. El olor de Rosa y de Marie. Algo que las ató, y en cierta manera, las acabó por fundir en un único ente. Un ente de camisa blanca.

[7]
Un vello original

Tumbado en la misma cama, se recordó el día en que cenó por segundo día consecutivo con Marie. Aquel día ella no se presentó de camisa blanca. No es que fuese desnuda pero en un momento dado él la vio más allá de cualquier indumentaria. Como si el estigma del pecado original hubiese sido derrotado. Sin pudor, pudo saborear con su imaginación el vello que había descubierto en cada centímetro de su cuerpo. Era como si mentalmente pudiera verse besando, en la misma mesa en la que estaban empezando a cenar, cada peca de su anatomía. Acaso su imaginación le daba pista para aterrizar horas después en su propia cama a convertir en hechos su imaginación.

Sí, en aquella misma cama. Y parecía todo tan lejano. Como si hubieran pasado siglos.

Él se sintió entonces desnudo. Los ojos de ella parecían querer mantenerse reposados en su pecho. Pero no era pudor. Era como si una barrera física impidiera que el resto de comensales pudiera darse cuenta de que dos personas, completamente desnudas, estaban

empezando a cenar ventresca a la riojana. Con todo, pudiera ser que por el mero hecho de caer en la cuenta de la existencia de que aquel muro mental que los protegía de la inquisitorial mirada ajena, éste pudiera flaquear y caer.

Se llamará complicidad, pero habían derrotado el moral e innatural sentido del rubor. Jamás habrían de recordarse hasta entonces de otra manera que desnudos.

Una vez, en uno de los primeros días en España, acudió con ropa veraniega a ver una película. Su nueva camiseta de lino español parecía flotarle de tal modo que por un instante se sintió desnudo. Se censuró entonces, como si por el mero hecho de pensarlo pudiera alterar la realidad. Demasiadas veces se había soñado andando desnudo, o peor, con un roído pijama, por las frías calles de Copenhague. Uno puede tomarse esa realidad de dos modos, o bien con un pudor frío, en busca de un refugio en el cual recuperar la protección de una ordinaria ropa de calle, o bien afrontar la desnudez con cierto afán exhibicionista.

Pensó una vez que jamás habrían de recordarse de otra manera que desnudos. Jamás hasta que vio a Rosa con la misma camisa blanca que Marie. Y se ruborizó adivinando un nuevo vello original que conquistar. Una segunda oportunidad. La revancha. Marie reencarnada bajo otro aspecto físico.

[8]
Ella está dentro

Una vez dentro de la casa, Sandra buscó en la agenda del móvil el número de Marcos. Llamó e inmediatamente después colgó, tal como lo tenían estipulado. ¿Qué hace una chica como tú en un lugar como este? No sabía muy bien qué, pero era divertido. No, ella no era de esas furtivas asalta casas encantadas. Pero un poco estaba sorprendida por haber encontrado a alguien en la red que la incitase a ello. Obviamente aquella no era el prototipo de casa encantada. Mucho menos con sacos de cemento y ladrillos por las esquinas, pero simuló un tanto ser un espectro andante.

Casi lo que más le aterraba era conocer por fin a aquel chico que dos semanas atrás se le había desvelado en la planta inferior del cielo. Durante todo ese tiempo él parecía haber renunciado a desvelarle su identidad. Aun menos su imagen. Escuetamente le dijo su nombre y el número de su teléfono móvil. Y se susurraron, cada uno desde su cama, a las dos de la noche de un jueves cualquiera. Después de aquella ocasión no había vuelto a escuchar su voz, e intuía que probablemente aun no la conocía.

Descendió las escaleras hasta llegar a la planta calle. Se sentó en el suelo de parqué. Sacó su paquete de tabaco, extrajo un cigarrillo, y al encenderlo apreció que sus manos le temblaban. Y no era de frío.

¿Qué intención habita más allá de esos muros? ¿Un juego? ¿Una experiencia nueva? ¿Acaso una locura? Desde luego, sus padres no habrían dejado que ella se introdujese sola en aquella casa. Quizá sus amigas le habrían hablado en tono de precaución. Pero era un secreto. Un secreto entre ella y un ente surgido de Internet llamado Marcos. Alguien con el que se podría haber cruzado al venir ahí. Alguien que podría ser un viejo conocido con ganas de guasa. El mal hecho hombre o, por ventura, el hombre de su vida. Sólo quedaba esperar a oír unos pasos descendiendo de la buhardilla.

[9]
Y él está fuera

Sonó una llamada perdida en su móvil. Estaba pálido de terror. Durante dos semanas se había acostado en la cama con el deseo febril de abrazar a una hembra. Durante dos semanas se había censurado, puesto que quizá no deseaba verse obligado a permanecer amarrado el resto de una vida a una mujer desconocida. Le parecía un esfuerzo titánico e innecesario. Amar a una mujer. ¿Acaso se puede querer a una persona sin haberla malherido? Sin haberse malherido.

Caminó las exiguas dos manzanas que le restaban hasta la Casa Solans. Estaba enjaulada doblemente: por un lado por los andamios, por el otro una alambrada que impedía acceder a la pequeña parcela que la rodeaba. Caray, como intenta el destino impedir las cosas. Pero ella debía de estar ya dentro. Él no sería menos, la saltaría. Miró la parte recién restaurada de la fachada. Se veía en los azulejos los signos del zodiaco de Aries, Cáncer, Libra y Capricornio. Los signos del inicio de las cuatro estaciones. No los habría reconocido ni con aun más luz que la de la farola.

Intentó introducir la puntera de sus botas en las vallas. Los dedos de las manos se aferraron a la parte superior. Haría el ridículo si se rasgaba sus ropas. Así que intentó trepar con calma y templanza.

No, él no era así. No era un Romeo que trepase a lo alto de una casa en busca del amor. A él siempre le había tocado ejercer el papel del perdedor. Él no era ese tipo interesante que había dejado caer en la red. Él no era un perdonavidas del que cualquier mujer pudiera caer rendida a sus pies. Todo aquello era ridículo. Ella se echaría a reír cuando lo viese entrar. Debía de haberle dejado una foto. Se habría desengañado y lo habría ignorado. Tal como cualquier mujer haría de él. Las mujeres esperan siempre un héroe al que caer rendidas. Así, soltó sus manos de la alambrada, retiró su pie, y suspiró al querer dejar de ver por última vez aquella casa.

Sí, ella estaba dentro. Pero él se quedaría fuera.

[10]
En tono de impaciencia

Volvió a tomar su móvil. La pequeña luz de la pantalla iluminó todo el salón principal de la casa. Su rostro adquirió un color verdoso. ¿Por qué no llega Marcos? Volvió a buscar su nombre y accionó el botón verde para llamarle. Esta vez decidió mantener unos segundos más la conexión, por si acaso la primera vez no hubiera sido oída. Colgó, como mandaba el ritual de un tono por móvil. Aunque aquel era un tono de impaciencia. Como si el futuro no existiese. Sólo la necesidad de ver cubiertas las necesidades del presente.

Tembló por segunda vez el pantalón de Marcos. Llevaba el móvil en formato vibrador. Asaltado por esa sorpresa, la de notar vida dentro del bolsillo, giró sobre sus talones para regresar su vista a la casa Solans. Agarró de nuevo, con sus dedos, la verja. Y escrutó luz en las ventanas de la planta baja. No la vio.

Se levantó del parquet. Se le había quedado el trasero frío. Estiró las piernas, quizá para ser consciente de que nadie más habitaba aquel salón vacío. Se acercó a una de las ventanas. Estaban enrejadas. La luz de la calle no era lo suficientemente cálida como para ver el exterior sin acercarse al cristal. Lo hizo. Pero no había nadie.

En el otro extremo de la finca, justo por donde no miraba Sandra, se encontraba Marcos con su móvil en la mano. Iba a empezar a escribir un mensaje. Le diría que no podía. Que estaba indispuesto. La gripe. En casa. Cuando sus dedos empezaron a escribir el mensaje, una flecha surgió en la pantalla. Recibía una tercera llamada perdida. El dedo pulgar, movido ajeno a la propia voluntad de Marcos, aceptó la llamada y la descolgó.

- ¿Marcos?
- Sí – dijo él horrorizado por haber cogido la llamada.
- ¿Dónde estas?
- Junto a la casa.
- No te veo.
- Mira al sur.
- Anda, entra.

Medio minuto después, se vio asaltado por el temor gatuno de caer sobre sus patas desde lo alto de la barrera. Lo hizo con menos pericia de la que habría deseado. Rezó por no haber sido visto en tan ridículo lance. Un sonrisa se alzó levemente en el interior de la casa.

Seguía él ataviado de modo interesante. En aquellas dos semanas se había intentado sembrar una semilla de la que cada vez estaba menos convencido. Aun así, siguió el camino de baldosas amarillas que subía a lo alto de los andamios, en la planta tercera. El único lugar de entrada.

[11]
Eureka

Se despertó Roberto con un extraño sabor de boca. Palpó la mesilla en busca de luz, pero su mano topó con el móvil. Estaba apagado. Presionó la tecla para encenderlo. Las legañas le impidieron durante el primer minuto ver la pantalla, pero la costumbre le hizo acertar a la primera con el código pin. Bip Bip. Había recibido un mensaje. Esperó a que su vista se acomodase a la incómoda luz del teléfono. Las letras borrosas empezaron a cobrar forma. Cuando fue legible, surgió de su boca un estentóreo Eureka.

Se le había adelantado Marcos. O más bien, él había sido quien había validado la teoría. En el fondo daba igual. Quizá sería el momento de intentarlo.

XIII. ROJO SANGRE

[1]
Momento de intentarlo

Quizá sería el momento de intentarlo... no quería quedarse en la cama de casa mirando el techo acerca de cómo sería el mundo cuando él estuviese en sus brazos. Nunca se había planteado una relación sexual con él, pero debía ser mágico. Quería acariciar sus mejillas con barba de dos días. Besarle el endurecido pecho. Repasar sus bíceps. Sentir latir su entrepierna. Sí, había motivos para intentarlo.

Pero volvía a darse la misma situación. Ahí estaba Francho, a escasos diez metros, escondido en la oscuridad de un bar, observando, sosteniendo una cerveza, como Chabi disfrutaba de la música del bar. Aquello empezaba a parecerse a la frustrada situación sexual no resuelta. Caray, todo debía de ser de otra manera. Algo más instintivo, como le sucedió con la chica sin nombre en el campo de trabajo: un sentimiento que surgiese de un simple masaje, sin palabras.

¿Por qué sentirse tan preocupado por su nuevo compañero de despacho, invitándolo a comer e incluso al teatro, para luego darle la espalda en la hiperactividad de un bar? No, no podía ser un acto normal en una protocolaria amistad. Nadie se preocupa por satisfacer las necesidades culturales de otra persona de acuerdo a sus gustos. ¿Cuándo había sabido que le gustaba la mitología? Quizá era mera tarea de observación. Pero en el nuevo orden mundial, eso de preocuparse por un tercero no está en la órbita de nadie. Él había sido el único que se había preocupado en socorrerle ante la amenaza neonazi. Él, quien lo había llevado a traumatología. Si había algo entre ellos, ¿Por qué pasaba olímpicamente de él durante la noche? ¿Acaso era él un mero *bienqueda* que solo buscaba hacerse querer?

Era cuestión de intentarlo. Pero tenía tanto miedo de ser rechazado... De ser ridiculizado sobre sus propios gustos. Él era demasiado educado como para reírse de eso. Tampoco era de los que, horrorizado por los gustos del amigo, lanzaría sus palmas para alejarlo y dejar que corriese el aire. Quizá diría, *no soy de esos*, y sonreiría de forma melancólica, como pensando que si las circunstancias fueran otras, tú habrías de ser la primera persona con la que vivirlo. Quizá resoplaría un *ya era hora* y se abalanzaría a sus labios.

Dejó el tubo de cerveza en el mostrador del pub. Le quedaban aun un par de dedos. Secó sus labios con la manga del jersey. Se acercó lentamente hacia el grupo donde estaba Chabi. La luz parpadeante, al acorde con la música generada por ordenador, parecía retardar más aun ese momento. Pero ello no fue óbice para que al final se acabase plantando en frente de Chabi.

Lo fácil sería lanzarse a sus labios, ¿Por qué esperar? Este no era un encuentro casual entre dos desconocidos. Hacía más de un año que se sabían los respectivos nombres. Digamos que objetivamente, en cualquier tipo de relación heterosexual, aquel gesto no debería violentar a nadie. Pero quizá la suya no era una situación normal. Por supuesto que todos los que le rodeaban tenían teóricamente la mente abierta para aceptar ver a una pareja homosexual. Al menos, por la mera pertenencia de una asociación política de izquierdas, habrían de tenerlo. Pero de la teoría a la realidad iba un trecho, y esto podría llegar a intimidar a Chabi, que quizá rechazaría ese primer impulso por sentir ese rubor de la bisexualidad confirmada frente al resto de amigos. No, quizá lo mejor no fuese una táctica de abordaje, sino más bien optar por sincerarse.

Se acercó aun más a Chabi. La música era demasiado alta. Le dio un pequeño golpe en el hombro con su puño, de forma amigable, para centrar su atención. Pero fue recibido con la inexpresiva mirada de un ebrio. Esa mirada que va indisolublemente acompañada por la ausencia de erres en el lenguaje. Una mirada lánguida y cristalina que dice a gritos que hagas lo que hagas mañana por la mañana no habría de acordarme.

¿Intentarlo ahora? ¿Demasiado fácil? ¿Demasiado básico? No, él no quería tener en sus brazos a una esponja, sino a un hombre de verdad. Quería algo correspondido. El principio de algo eterno. No formar parte de la nebulosa de un resacoso. ¿Qué impresión tendría de él cuando Bizén, por ejemplo, llamase al día siguiente para comentar la jugada?

No, él lo quería sobrio y en excelentes facultades mentales y psicomotrices. Se censuró inmediatamente por haber tardado tanto en decidirse aquella noche. Acercó su boca a la oreja de Chabi. Hacía un minuto se habría flagelado por decir lo que iba a decir, pero la decisión estaba tomada.

- Venía a despedirme.
- ¿... pego ya te vags? – balbució el Mesías que seguía pretendiendo bajarse del pedestal de Francho.
- Sí, es tarde.

Detestaba Francho salir a esas horas de los bares porque era una hora híbrida. Los últimos autobuses rara vez circulan más allá de la media noche. Uno se podría encontrar con un *pseudo-búho* que ocasionalmente, circula con un cartel de *sólo hasta la Plaza de España*. Por lo contrario, hasta las seis de la noche, no empieza a circular de nuevo el tráfico habitual de transporte público. Pero, a las tres y media de la noche, ¿Qué puede hacer uno? La opción sería tomar un taxi. Si uno se encuentra en plenas facultades podría animarse a andar la hora que resta de cruzarse media ciudad. Algo que, de vez en cuando, los gemelos no suelen ver con buenos ojos. Miró su cartera, pero apenas contaba con cuatro euros. Tendría que perder el tiempo en encontrar un cajero no averiado para hacerse con un billete de diez.

[2]
Momento de necesidad

No veía nada. Ya se había vuelto a pasar. Ciertamente no solía suceder con frecuencia, pero habían determinadas noches en las cuales la luna parece más propicia a esos menesteres. La culpa no sólo era suya, el invento de la hora feliz lo había engañado. Dos copas por el precio de una, hasta determinada hora, solía ser una empresa arriesgada. Es como sentirse culpable por no aprovechar el momento para hacerse con dos garrafones a un módico precio. Aquella apuesta solía concluir con un buen dolor de cabeza al pronto de la mañana. Pero en ese *carpe diem* del viernes noche, parece uno olvidarse de las leyes de causa-efecto. Así fue como Chabi se armó de valor y decidió que aquello debía terminar ya.

Hizo un esfuerzo previo para ir al baño. Costaba abrirse paso por el intrincado diseño del pub. La zona del casco viejo tenían aquel encanto, en forma de bares tipo rancia bodega, o casona antigua, que se rebelan a las más estrictas leyes de la arquitectura de Le Corbusier. Se iba apoyando en los muros de simulados ladrillos ásperos, hasta que dio con una puerta con una plaquita que simulaba a un hombre orinando en un árbol. Sí, ese era el tipo de símbolo homologado al que debía de atenerse. Entró, pero habían esperando dos jóvenes a que otros tres saliesen de sus respectivos váteres. Olía no muy bien, pero la peste a tabaco lo camuflaba.

No se encontraba bien.

Por fin le tocó el momento de entrar al baño. Estaba excesivamente sucio. Un charco de orín rodeaba la base del retrete. Empezó a orinar. No, no se encontraba bien. Había bebido demasiado. Una vez terminó de evacuar, probó a hacerse el bulímico. Metió sus dedos en la garganta, para procurar eliminar lo más rápido posible la última ración de té quila. En dos arcadas logró el objetivo, con un regusto amargo. Seguía sin sentirse bien, pero al menos tenía la conciencia tranquila de haberlo intentado.

Lo importante es respirar profundo. Oxigenar. Optó por usar la salida más cercana del bar, que tenía dos. Era la que más lejos estaba del lugar en el cual había estado con sus amigos. En la calle hacía frío, pero su cuerpo parecía no sufrir en manga corta. Aguantó cinco minutos recostado en la pared, hasta que empezaron a dolerle los riñones. Así que decidió sentarse en el bordillo del portal más cercano. El hecho de estar contraído le hizo regresar al

proceso de regurgitación. Fue entonces, cuando su piel se crispó en forma de piel de gallina. No se encontraba mejor, así que decidió que lo mejor sería irse a casa.

Callejeó por un sexto sentido por las retorcidas calles del casco viejo, hasta dar con la Plaza Salamero. Era allí, en el parking subterráneo donde había vuelto a dejar el coche. No supo a ciencia cierta como estaba siendo capaz de dar con la calderilla suficiente como para pagar en la expendedora. Pero por la ranura, acabó saliendo el ticket con el cual podía sacar su coche.

Intentó centrarse a la hora de sacarlo del garaje, por nada del mundo quería que su padre al día siguiente hubiera de regañarle por haberle hecho una raya al Seat Ibiza. Ascendió impetuoso la rampa para salir a la calle. Al llegar al primer semáforo rojo, volvió a necesitar la necesidad de vomitar. Abrió la puerta. El cinturón le impedía agacharse, así que se lo quitó como pudo. El resto fue solo. Simplemente suplicó haber acertado y no dejar rastro alguno en la tapicería.

[3]
Momento de taxi

Odiaba esperar a un taxi, así que solía andar camino de casa, mientras que cada medio minuto se volvía a mirar si alguna luz verde acudía hacia él. Esta vez sólo tuvo que esperar dos manzanas. Alzó la mano para pararlo.

Siempre, después del cortés *buenas noches, voy a Los Enlaces*, no solía abrir la boca más en todo el trayecto. A veces el taxista iniciaba la conversación acerca del frío de la noche, otras sobre si quería optar por el trayecto en dirección a la Avenida Madrid o mejor por Avenida Valencia. A Francho lo que le gustaba era mirar por la ventana como danzaban velozmente las calles vacías de una ciudad nocturna. En alguna ocasión se había encontrado con algún conductor que llevaba en la radio *hablar por hablar*, así que escuchaba cautivado las más truculentas historias de los radioyentes. Buenas historias para un día ponerse a escribir un libro. En otras ocasiones solía mirar como el taxímetro iba acumulando la cantidad a pagar. Cuando el taxista aceleraba, los céntimos caían a más velocidad.

Pero aquella noche sólo se fijó que de una calle aparecía un Seat Ibiza haciendo eses. Quizá, será curioso decirlo, en lo primero que se fijó fue en que llevaba una pegatina estándar de la bandera de Aragón. Una de esas que una amplia minoría de los vehículos de la ciudad, especialmente aquellos de matrícula de Madrid o Barcelona, llevaban en la puerta del maletero. Sin embargo éste llevaba una de esas nuevas matrículas fruto de la Unión Europea, con las estrellas y la E de España.

Intuitivamente, el taxista optó por ralentizar la velocidad del coche y soltar media docena de juramentos. Lanzó un par de destellos con las largas.

Se preguntará muchas veces Francho cómo no advirtió que aquel coche pudiera ser acaso el de Chabi. Quizá supuso que tendría más dedos de frente como para no haber optado por un taxi como él.

[4]
Momento de Rojo Sangre

No fue consciente de que el coche empezaba a cobrar vida propia hasta que no decidió lanzar el pie al freno. Dicho pedal mudó de sitio por un instante. El pie derecho de Chabi pisó hasta el fondo el pedal del acelerador. Eso lo propició todo.

Las ruedas del coche roncaron por el feroz acelerón en segunda. La farola más cercana hizo el resto.

Los cristales del Seat Ibiza se tiñeron de rojo sangre.

Francho, recién bajado del taxi, fue el primero en verle el rostro. ¿Por qué un amante ha de pasar por semejante trance?

¿La vida habría cambiado su rumbo si se hubiese atrevido a besarlo aquella misma noche?

Nunca lo sabría.

Nunca sabría si su amor pudiera haber sido correspondido.

XIV. OPCIÓN FLOR

[1]
Sin espinas

Abrazó a su madre como nunca lo había hecho. Acercó sus labios a la oreja de ella y susurró un *lo siento*. A Flor, una leve lágrima luchó por vencer la tenacidad de las pestañas. A duras penas logró escapar de ellas para morir deslizándose por su mejilla.

- No sientas nada, hija.
- Me he portado fatal estos dos años.

Por un instante tres voces paralelas se acompañaron en dos tiempos distintos. La primera corría en la memoria de Rosa, allá por su impetuosa pubertad. Ella, vestida a la última pretendía salir de casa para descubrir la magia del sábado noche. Flor, su madre, la frenó por un segundo, consciente de que quizá ese mensaje no fructificase en aquel mismo momento, pero sabedora que cuando su florecilla madurase algún día se haría eco. Quizá regresaba esa voz en ese mismo momento. Y esa voz decía:

«Nunca te cases con alguien a quien no ames».

La segunda y la tercera de esas tres voces paralelas se hicieron una al recordarlo.

- Nunca estuviste enamorada de papá.
- Me marchitaba. Lo tenía todo, menos la magia.

Para Rosa le resultaba increíble que durante dos años hubiese odiado a aquella mujer que había abandonado a su padre. Que lo había matado en vida. Pero ahora, en aquellos días, había empatizado con ella. Será cuestión de genética.

- Mi niña. Solo se vive una vez. Trabaja en lo que te guste, aunque no ganes lo mismo. Duerme con magia, aunque la gente no lo entienda.

[2]
Lucas 15, 11-32

Técnicamente, pródigo es aquel que derrocha el dinero. Sin ir más lejos, el Derecho Privado se preocupó de evitar que, así como así, uno pudiera deshacerse de todo su patrimonio. Surgió para ello una institución que era la curatela. Se trataba de un tipo de tutela sobre aquel que era judicialmente reconocido como pródigo. El curador se encargaba de certificar los gastos del pródigo, para evitar el derroche. Actualmente no constituye causa de incapacitación. Precisará, sólo, de la asistencia del curador para los actos determinados en la sentencia. Fuera de esto, cada cual es libre de malgastar lo que tenga.

Quizá al respecto, quien haya tergiversado el término «pródigo» haya sido la Iglesia. O más bien, la cultura popular en torno a ella. Algo parecido pasó con el término «amor platónico». Platón indicó que cuando el amante se veía embargado del amor verdadero era capaz de discernir el ideal de belleza en el amado. Algo que, como tal, sólo las almas más perfectas eran capaces de conseguir. El lenguaje coloquial acabó llevando el «amor platónico» al amor frustrado por una persona de la que nunca se logrará reciprocidad.

Semejante ha sido la variación del término «hijo pródigo». La parábola que recoge Lucas narra la historia del hijo que pide la parte que le tocaba en herencia del patrimonio del padre y la derrocha. Una vez que ha consumido el capital, regresa llorando a casa del padre aspirando a ser su sirviente. El buen padre, lo reconoce como hijo y no como sirviente.

Pero no, hoy en día el hijo pródigo es aquel que se va de casa de los padres, y un buen día decide volver, aun sin haber malgastado la parte proporcional de patrimonio paterno.

Nadie parece recordar, a estas alturas, el popular anuncio televisivo de turrones de las últimas décadas del siglo XX en el que mostraba al soldado regresando, año tras año, del servicio militar obligatorio. La música ronroneaba aquello de *vuelve a casa por navidad*. Como el turrón. Será que el ejército profesional acabó con ese romanticismo. La madre, sorprendida por el joven de caqui y macuto, se abalanzaba sobre él. Era como recuperar un hijo. Nadie hablaba de él como el hijo pródigo, sino como de la alegría del hogar cristiano.

¿Cómo explicarle a un padre que uno ha dejado voluntariamente el trabajo, se ha gastado el último sueldo en un traje de *Armani* y no tiene dinero para seguir pagando el alquiler?

Pum, Pum. Quién es. El hijo con una mano detrás y otra delante. Aaaabre la muraaaallaaa.

[3]
Un lecho para la victoria

Extrajo la llave de su bolso. Nunca había hecho uso de ella, puesto que siempre había entrado en esa casa de mano de Platea. Aquel que durante dos días no había visto, desde la horrible función de la noche en sociedad. No sabía muy bien que le llevaba a hacer aquello. Era un poco improvisado. Quizá sentarse a hablar con él sobre la magia. Sobre descubrirla o morir. Jamás se había sentado con él a hablar de temas trascendentales. Tal vez ella nunca lo hubiese intentado por temor a conocerle por dentro. Tal vez por miedo a no encontrar nada.

Roncaron las bisagras con la misma lentitud con la que ella abría la puerta. *¿Hay alguien?* Sólo se oía el silencio. Cerró la puerta, preguntó lo mismo. La cama de Platea estaba completamente desecha. El edredón por el suelo, las mantas retorcidas. Tres libros se amontonaban empezados a mitad en la mesilla. Un dedo de polvo acompañaba la estancia. De día era tan distinto aquel lugar, que no parecía recordarse tumbada un par de meses antes, aquella noche en la que su sangre le era homónima.

Por un momento se reprendió por estar ahí. Debía ser él quien diese la cara, después del numerito. ¿Por qué tenía que ser ella la que limase asperezas? No sabía nada de él en esos dos días. Y, por un instante, se dijo que quizá no mereciese la pena. Que se gastase él los cuartos en al menos llamarla al teléfono e interesarse por ella. En el fondo, si uno sale con otra persona, espera una cierta continuidad en la comunicación, y no aquellos culposos silencios.

Continuó andando por el pasillo para encontrarse con la habitación de Francho, ese gran desconocido. Una bandera de Aragón presidía el recinto. Lo tenía mucho más recogido que Platea. En cierta manera, la primera idea que le recorrió la mente, era que aquella habitación era la de un perfeccionista. Cada objeto estaba en el lugar apropiado. Este era el perfecto estudiante capaz de estar dos meses encerrado en su habitación para acabar el curso limpio.

Sus pasos llevaron a la tercera habitación, la del danés. Su mirada se centró exclusivamente en la cama. Aquella era la cama en la que había disfrutado Victoria el sexo sin medida. Quizá la magia. Se sentía como la niña de las trenzas de oro que, una vez ha probado la sopa de los tres osos, se decanta por dormir la siesta en la cama del oso menor, que ni es mullida ni es dura, sino acogedora.

Y así lo hizo. Cerró la puerta y se tumbó entre las sábanas, buscando descubrir un lecho para la victoria. El placer del pecado. Se le iba a arrugar la ropa, así que se alzó un instante para desnudarse por completo. Cada poro sintió el roce de las sábanas que habían hecho mugir de placer a Victoria. Parecía depravado, pero buscaba sentir lo mismo.

[4]
El jardín del edén te está vetado

El cuchillo incidía en la carne roja de un bistec poco hecho. La sierra rasgaba sin esfuerzo el trozo que acabaría en la boca de Platea.

- Estás muy silencioso. – apreció la madre. Platea se encogió de hombros.

En la televisión, como muchos sábados, retransmitían los entrenamientos del próximo gran premio de motociclismo. El padre, que no era más que un labio bigotudo que devoraba la comida, no quitaba ojo a la pantalla del salón. La madre, un poco aborrecida de soportar otro evento deportivo se levantó a la cocina a por la fruta.

Platea miró entonces por primera vez a su padre. Éste, con la vista fija, aporreaba la mesa porque, una vuelta más, el italiano Rossi volvía a superar en tiempos al español Gibernau. ¿Tan difícil resulta decirlo? Hola papá, he dejado mi trabajo. Podría quedarme unos días a vivir aquí. Se acaba el mes y no tengo dinero para el alquiler. Sí, soy un hijo pródigo, aunque no en el sentido técnico de la palabra. Ya, la culpa es de mi novia. No, no la conocéis. Me dijo que valía demasiado, que me tenían que subir el sueldo. Bueno, sí, explícitamente no lo dijo, pero creo que no le gustaba mucho la idea de salir con alguien que cobra menos sueldo. Vamos, que no le gusta que yo vaya de gorra. La juventud tiene eso, papá, necesita vivir la vida. Tú podrías estar pegado dos días seguidos en esa misma silla viendo al Real Madrid, a Fernando Alonso o a Carles Moyà, sin decirle una sola palabra a mamá. Pero yo necesito estar en la calle con ella. Hacer cosas, ver sitios, cenar bonito. Es lo que hacen todas las parejas de mi edad.

No sería capaz. No les podría decir a sus propios padres que había fracasado en lo primero que se había propuesto hacer en solitario. Es como si el edén tuviese un custodio. He aquí el Arcángel San Miguel. El portador de la espada de fuego. Tú decidiste morder la manzana de la emancipación. Atente a las consecuencias. El jardín del edén te está vetado. No podrás regresar. Cierra la muralla.

Adiós papá, adiós papá, consíguenos un poco de dinero más. Más dinero.

[5]
El heredero de Hans Christian Andersen

Cualquiera habría podido asociar la escena a la de los cuentos de los Hermanos Grimm. Quizá al francés Charles Perrault, que para algo fue el creador del cuento. Pero Tony no se resistió a pensar que por sus venas corría la misma sangre que Hans Christian Andersen, pese a no haber escrito el cuento de la bella durmiente.

Por un instante recordó un momento esporádico de la semana que convivió con Marie. Probablemente no estuviese tumbada en la misma postura, pero su rostro era el mismo. O al menos la expresión. Era un sueño sin pudor, aunque no impúdico. Sería quizá la forma en la que los niños crecen. Un sueño relajado con rostro de inocencia. Su cabello caía lacio por la almohada. Ligeramente, las sábanas dejaban al descubierto algún lunar sobre la clavícula. El resto simplemente era una imagen del deseo. Por un momento pensó que por esos labios, de salir, solo podría escucharse el grito suspirante de Marilyn Monroe. Y deseó tener su oído lo suficientemente cerca como para escucharlo.

Sabía que estaba completamente desnuda en su cama. Lo primero que había visto, sobresaltado, después de abrir la puerta, fue el montón aboñigado de ropas entre las que se dejaba ver, debido a ser las últimas en ser desprendidas, la ropa más íntima. Pero sólo se fijó en que en el mismo suelo se encontraba la camisa blanca con la que una vez la sorprendió en el salón.

Por un instante estuvo dispuesto a salir del cuarto, cerrar la puerta y esperar a que ella despertara de forma natural. Pero ninguna mujer, sabiendo que esa es una cama de un hombre, se desnuda y se introduce en ella sin esperar nada a cambio. Por lo que se acercó lentamente hacia ella. Bajó su rostro, hasta sentir en sus labios la pausada respiración de la durmiente. Hasta ese momento no había dudado que estaba viva, incluso le había visto subir y bajar el pecho al respirar, pero por un instante se alegró de que no encontrarla inerte.

Y fue un pequeño beso, como el que cualquier pareja se da justo antes de irse a dormir. Pero ella se despertó sobresaltada. Tomó sus sábanas hasta cubrirse el cuello. En el acto reflejo, ese arrastre ocasionó que el pie derecho asomase debajo del final del edredón. Un instante después, cuando fue consciente de quien era, de donde estaba y de quien tenía delante, se sonrojó y echó una mano al pelo para mesarse los cabellos con mirada traviesa. Efectivamente, al final, el oso pequeño había descubierto que quien se ha tomado la sopa templada, es la que reposa en su cama.

Sin dejar de proteger su pecho, manteniendo con su otra mano las sábanas, se alzó un poco para, como el polluelo en el nido, busca el pico del cual alimentarse. Alimentar su sed de lujuria. Y el pico del danés fue condescendiente dándole de comer.

[6]
6,3%

Manda narices. Sentarse en el sofá después de comer, para encontrarse leyendo en el periódico una noticia como aquella. Hace que se le indigeste a uno hasta un plato de ensalada. En la foto, en el centro de la página impar, aparecía el Consejero de turno sonriendo con sinceridad como si hubiese hecho bien las cosas. Y, en la cabecera, entre comillas, una expresión demasiado elocuente: *«Hoy, en Aragón, no trabaja quien no quiere»*. Técnicamente, Platea no era quien pusiese en discusión dicho eslogan, puesto que él no había sido despedido. Obviamente, nadie le diría que a estas alturas de la legislación laboral, si uno se despide voluntariamente no tiene derecho al subsidio de paro. Como bien decía el Consejero de turno, no trabajas porque no quieres. Así que a dos velas.

Se podía adentrar en el meollo del artículo: el empleo creció en Aragón un 3,5% en el primer trimestre de 2004 con respecto al mismo período de 2003, situándose la tasa de desempleo en el 6,3% de la población activa. Rozando el paro técnico, vamos. La tasa de paro masculino queda en el 4,3%, prácticamente la mitad de su homóloga española. Esto es recochineo. ¿Nadie ha pensado que el 6,3% de la población es un porcentaje que puede decidir el resultado de unas elecciones? Y encima le saldrá gratis llamarlos holgazanes.

La tasa anual de inflación se situó en Aragón en el 1,8%, dos décimas por debajo del mes anterior, mientras que la media de España queda en el 2,1%. El crecimiento del Valor Añadido Bruto o VAB (el valor de la producción menos la compra de los bienes y servicios necesarios para generarla, incluidos los impuestos) fue más alto en el año pasado en Murcia (2,9%), Aragón y Madrid (2,8%).

Da la sensación de que uno está perdiendo el tiempo. Incluso por pararse a leer esta maraña de cifras. Y ahora, ¿Con qué criterio se le dice a un padre aquello de que *«la cosa está muy chunga, dame un talego para seguir tirando»*? Rápido, hay que esconder esta hoja.

Extendió el periódico sobre el sofá. Procedió a extraer la hoja impar. Tras ella, apareció una página par del final del periódico. Algo obvio al ser las hojas dobladas por la mitad, como bien sabría a estas alturas Francho. Precisamente dio con el apartado de clasificados por palabras. Su dedo empezó a danzar por el orden alfabético: Alquiler, Compro, Sexo, Trabajo... ¡Olé!

[7]
Las comparaciones son odiosas

En cierto modo comparar Tony con Pablo es como comparar, sin hablar de ovejas, churras con merinas. Nunca se puede esperar de un hombre la explosión plena de placer al primer intento. Es cierto que a Pablo le costó un tiempo acomodarse a las necesidades de ella, como deberían hacer todos los hombres, pero el primer pinito con Tony no la dejó insatisfecha. Desde luego, nada que ver con Platea. Quizá para estas cosas hay hombres que cuentan con un sexto sentido que les hace entregar a la mujer lo que buscan, y otros que simplemente van a lo suyo. Tampoco será cuestión de perspicacia ni de complicidades, sino muchas veces de mirar a los ojos cuando se está penetrando. No pensar que esto es como una autopista en

donde el placer reside en ver cuán rápido se es uno. Como en el resto de cosas, no importan los fines, sino los medios. No importa el orgasmo, sino la forma de llegar a él. Y, lamentablemente, existen hombres que no están dotados de esta forma de ver las cosas. Quizá el siglo XXI sea el siglo de la evolución natural. Si ellas eran ahora las que elegían, y optaban por aquellos que efectivamente las satisfacían, dejando a un lado a los que iban a lo suyo, sólo podrían procrear los buenos amantes. Esto, obviamente, llevaría a que de aquí a unas tres generaciones, los hombres serían todos buenos amantes, como sus padres y abuelos. Sería el surgir genético del sexto sentido amoroso.

Él sonrió con una mueca, como si le leyera el pensamiento, la abrazó, y le pregunto si la podía volver a penetrar. Estaba efectivamente dispuesto a ejercer de buen amante. Él, que un día asumió el papel de donante universal, no podía dejar de aprovechar la oportunidad de librar al destino de una mujer insatisfecha. Es más, por el sentido mágico del asunto, aquello era como recuperar de nuevo a Marie. Como si Rosa hubiera de ser la reencarnación de la belga arrepentida por haberlo olvidado en una vida anterior. Nunca la vida presenta segundas oportunidades, pero de hacerlo, no habría que desaprovecharlas. Y así actuó.

La segunda vez fue más lenta. Más suave. Rosa notaba como aquel cuerpo atlético buscaba, uno a uno, todos sus puntos de placer. Y los encontraba. Magia o no, adquirir un Kamasutra y cotejarlo junto a una poderosa italiana tenía esos frutos. Quizá los buenos amantes no nacían, sino que se hacían. Al igual que la ausencia de los mismos haría de ellas ser menos exigentes. Hasta en política, de la diversidad surge la evolución. Quizá todo surge de aquel Homo Hábilis que un día decide hacerlo mejor que su hermano con la cuñada. Si Adam Smith levantase la cabeza vería en ese hecho el principio del libre mercado y de la libre competencia.

[8]
El usuario de *Armani*

Al mismo tiempo que Platea introducía la llave en la cerradura, Tony dejaba de penetrarle a su novia. Ella, haciendo acopio de fuerzas, mantuvo el dedo índice en los labios del danés para mantenerle en silencio. Vale que, efectivamente, una haya usado la legítima opción del «busque y compare, y si encuentra algo mejor le devolvemos su dinero», pero tampoco era cuestión pasar el mal rato de ser pillada *in fraganti*.

Escucharon los pasos lejanos de Platea, que silbaba una canción de Los Ronaldos. El eco en el resto de la casa le hizo pensar que estaba solo. No le dio más importancia. Sólo estaba de paso, puesto que venía a buscar el traje de *Armani* para llevarlo a la tintorería. A la luz del día comprobó que tenía más de un resto de canapé de salmón y alguna gota de vino. Ah, sí, eso fue al final de la fiesta cuando, llevando una copa en la mano, Rosa lo agarró para cantarle las cuarenta. En definitiva, esto es lo que pasa cuando metes al tigre en la jaula de los monos. Aquel no era su entorno natural.

No sabía muy bien como pagaría la tintorería, pero lo que sí que era cierto es que muchas veces la clave para obtener un buen curro es aparentar que no se necesita. Acudir con ese traje de pinza le vendría bien ahora para dar con el trabajo perfecto. A una mala, siempre tendría la opción de revender el traje en alguna sastrería para que lo alquilasen por horas.

Volvió a recogerlo en la funda de plástico, atusándolo en la percha para dejar las menos arrugas posibles. Lo que está bien puesto, ya lo decía la abuela, nunca está de más. De esta traza, se dispuso a salir de casa. En una mano el traje, y en la otra el periódico con un buen puñado de ofertas para comercial. Debía de ser el momento de que la flauta sonase. De todos modos, quien no trabaja es porque no quiere. Así que, ahí afuera existe un mundo al que devorar.

Eso fue en lo último que pensó al dar el portazo. Unas habitaciones más allá, al fondo del pasillo, se escuchó un suspiro. Rosa se levantó. Se puso la ropa interior. Estaba decidida a ir al baño a atusarse un poco. Puso la mano en el pomo de la puerta. Pero algo sucedió al margen de su voluntad.

[9]
Delator musical

La mar. Se golpeó la frente justo cuando las puertas del ascensor se empezaban a cerrar. Tuvo los suficientes reflejos como para lanzar la pierna al sensor láser. La puerta volvió a abrirse. Diablos, ¿Y cómo esperaba cambiar su futuro sin un móvil desde el cual llamar a las ofertas de trabajo? Se aseguró, palpándose los bolsillos. Efectivamente, algún día se dejaría olvidada la cabeza en algún lado. Se habría dejado el teléfono en la mesilla del cuarto. Lo que sí llevaba eran las llaves. Las introdujo produciendo el sonido metálico característico. Suficiente delator para que la forajida soltase el pomo y regresase a los silenciosos brazos de su nuevo amante.

- Ha vuelto – le susurró en el oído. Él asintió con los ojos. Mantendrían el silencio tras la puerta cerrada. Por suerte las llaves delatoras les habían protegido de la infamia.

Efectivamente, trozo de carne con ojos, el móvil estaba descansando plácidamente en la mesilla. Es lo que tienen las cosas que no son semovientes, que sólo son movidas por una voluntad ajena y no propia. Eso sí, dejando al margen el invento ese de la alarma-vibrador.

Un segundo antes de salir del cuarto se fijó en el corcho de las fotos. Ahí seguía reposando la entrada color rosa con la que descubrió un día el Teatro Principal. En el fondo, Platea, no eres más que un tarugo: ella preocupándose en cultivarte en otras artes aparte de la literaria –que le era propia–, y te pasas dos días sin molestarte en llamarla. Miró por un instante el traje que residía en el interior de la funda que llevaba doblada en el antebrazo derecho. Y encima después del espectáculo de la cena social. No tienes perdón de Dios.

No se escucha nada. ¿Pero qué diablos estará haciendo el lerdo ese? ¿Se va a ir de casa o se va a quedar aquí por siempre?

Buscó en la agenda del móvil el número de ella. Bastaba dar tres veces al botón 7, y la agenda volaba a la erre de Roma. Pulsó el botón de llamada, dejó de mirar la pantalla y llevó con su mano izquierda el teléfono al oído.

Podría cantarla de memoria: *Como Nicolas Cage en Livin' Las Vegas, veo caer la nieve en la hierba*. Pero, efectivamente, no era el momento adecuado para hacerlo. Entonces ¿De dónde salía esa música? ¡Demonios! Era el móvil. ¿Dónde está el móvil? Esto es como un ciego que se guía por el sonido del cascabel de la pelota de fútbol para invidentes. En el bolso, claro, tonta. Al sacarlo el sonido se alzó demasiado. Pulsó el botón rojo para parar la melodía de Amaral con tanta fuerza que en vez de cortar el sonido, colgó la llamada.

Vaya, juraría que al fondo del pasillo acababa de oír la melodía del móvil de Rosa. Y quizá no le habría dado importancia, de no ser porque se había cortado en el mismo instante en el que su llamada era rechazada. Buscó velozmente de nuevo el número de Rosa en la agenda y, esta vez sin llevar el móvil a su oído esperó volver a escuchar el tintineo de la canción de Amaral. Y efectivamente así sucedió por dos escasos segundos. Sí, al fondo del pasillo.

Vaya, ¿Nos tocará jugar al juego del escondite? Podría ser que se hubiese dejado el móvil en el piso, aunque un poco extraño eso de que se cuelgue por arte de *bilri birloque*.

- ¿Rosa? – se escuchó una voz en el eco del pasillo.
- Mierda – susurró ella mientras pulsaba al botón para apagar definitivamente el móvil. -¿Qué hacemos?

[10]
Pulso

Quizá es lo que tienen las mujeres. Vaya, en otra situación un hombre habría dicho, «no sé, quizá será tu problema, yo no estoy saliendo con tu novio». Aquí entraban dos agravantes. Una, legal: ambos compartían el mismo piso, y ya se sabe, a la hora de negocios

no mezcles las faldas; pero la otra agravante, y consecuencia de la anterior, era que sabía sin ningún genero de dudas que ella tenía novio. Es más, había conocido al novio antes que a la novia. Demasiadas reglas masculinas infringidas.

¿Y ahora qué? Nada, venía yo tranquilo con las manos en los bolsillos, abro la puerta y me encuentro en pelota picada a tu novia con ganas de marcha. ¡No somos de piedra! ¡Todo legal! Sí, lo legal sería el moratón que recibiría en todo el ojo. Justa propina. Así que no quedaba otra opción que la de apalancarse en el pomo para evitar que entrase Platea y los viesen desnudos.

Así empezó el forcejeo, uno a cada lado de la puerta. Platea empujaba la manivela hacia abajo y Tony hacia arriba. Al mismo tiempo, Platea hincaba su hombro para abrir la puerta y Tony se disponía a ejercer una defensa numantina. Ella, la moderna Helena, se vestía a la velocidad del rayo sin saber muy bien cual habría de ser el siguiente paso. Platea aporreaba la puerta, mientras gritaba que abriese la puerta. Tony, ya descubierto en flagrante, le respondía que dejase elegir a Rosa.

¿Elegir a Rosa? Vaya, ¿Y cuando le tocaría a él elegir? O mejor aun, ser elegido. Notó como la tensión le daba un pequeño bajón. En el fondo, estaba escrito. Es lo que sucede por seguir bajo la maldición de la Casa del Desencuentro.

Soltó el pomo de la puerta. Tony, al comprobar que nadie la pretendía abrir, se relajó y liberó el otro lado de la manivela. Rápidamente, Platea tomó entonces la empuñadura, y abrió sin problema la puerta. Al menos, verlo por estos ojos.

La miró a ella. Él era mero comparsa. Rosa, en el fondo, no he llegado a conocerte. Quiso decirlo, pero Tony volvió a cerrar su muralla para impedir cualquier mal mayor. Así es como Platea se encontró mirando la puerta del cuarto del danés.

«Sea pues».

XV. SEA PUES

[1]
Cortinas semovientes

Era la segunda noche que pasaba desvelado. Seguía recordándose como sus dos manos pretendían censurar la escena interponiéndose a sus ojos. Flaquearon las fuerzas, y dejaron de cubrirle el rostro para, lentamente, deslizarse y acabar juntándose en posición suplicante. Orante. Sus piernas se doblaron entonces. Pero no podía huir de ese cristal en forma de telaraña roja.

No lograba sosegarse. Las mantas permanecían arrebujadas a sus pies. Encendió la luz por enésima vez. Supuso que por el mero hecho de ponerse en pie y hacer ademán de ir al baño podría serle más fácil conciliar el sueño. Pero sabía que detrás de todo aquello había un mero elemento de sugestión. Encender la luz parecía como despertar de un mal sueño. Pero, una vez más, caía sobre él la tragedia al ver el jersey del Ché doblado en la silla. Dispuesto a ser devuelto. Enrabietado, no soportó verlo ahí más, y procedió a lanzarlo con violencia al interior del armario.

Tenía que tranquilizarse. Descorrió las cortinas, subió las persianas y abrió las ventanas. No hacía mala noche. Una motocicleta atravesaba, solitaria, la calle a esas horas. Los pinos de la acera descansaban inmóviles. Respiró hondo. Volvió a cerrar todo y se tumbó de nuevo en la cama. Sólo eran las dos y media de la noche. Aun podría descansar algunas horas. Aun así, decidió mantener por un breve tiempo la luz encendida. Sus párpados volvían a pesar, molestados por el plúmbeo halo de la lamparilla de la mesilla.

No supo exactamente cuanto tiempo estuvo así, pero por un instante, le pareció como si las cortinas se moviesen por sí mismas. No era un movimiento brusco y duradero, sino que sucedió como si alguien hubiese pasado rozando los volantes inferiores. Se alzó, con un vuelco en el corazón, para comprobar que las cortinas seguían quietas. Juraría haberlas visto moverse. Quizá era cuestión de una errónea percepción del rabillo del ojo, pero esas cortinas habían cobrado vida. Un escalofrío recorrió su espalda. Se tumbó en la cama boca abajo, se arropó y apagó la luz de la mesilla. Inmediatamente después puso la almohada sobre la nuca.

«Vete, vete, yo controlo la situación, yo soy de carne y hueso, éste es mi mundo».

Un instante después se arrepintió de haber pensado en ello. Como si pudiera ser que el autor del movimiento imperceptible de las cortinas hubiese sido un Chabi incorpóreo. Como si temiera que pudiera llegar a ofenderse por renegarle. Hasta qué punto los mortales repudian las almas en pena, por muy queridas que hubiesen sido en vida. Acurrucado como seguía le vino a la mente las últimas palabras que cruzó con él, antes de verlo desangrarse en la luna del Ibiza.

«Venía a despedirme. Sí, ya es tarde».

Pero, Francho, para qué demonios quieres la intuición si no se hace uso de ella cuando más vital resulta ser. Ella habló por él aquella misma noche: *despedirme*, *tarde*. El momento de convivir con él fantásticas experiencias se había diluido en un largo año de indecisión. Era tarde. Había que despedirse.

Y era como si el incorpóreo amante estuviese a los pies de la cama, acariciándole, mientras le respondía que sí, que era ya demasiado tarde, que era momento de despedirse él también. Quizá de una manera más educada que la noche anterior. Fue entonces cuando Francho sintió que alguien le besaba en el cuello.

Sobresaltado, abrió los ojos. Encendió la luz.

Eran las siete de la mañana.

[2]
Edificio de cristal ahumado

En parte es normal. ¿Cómo no pensar en que el amante pueda no estar sentado en la cama de uno después de haber asistido al funeral del mismo? Es una cosa que une. Por así decirlo, es interactiva. Una relación de sentimientos frustrados por ambos lados. Y, se sorprendió Francho, sentado como estaba en su propia cama, que de no haberlo visto segundos después del accidente, nunca lo habría vuelto a ver. Podría haber dejado inmaculado el recuerdo. Es cierto que supo en el instante en que vio aquel coche estamparse contra la farola que se trataba de Chabi. Y que buscó en el rostro ensangrentado que vio tras la luna una diferencia a Chabi. Podría ser rubio, o con barba. Pero no, era él. Que injusto que alguien anónimo pudiera andar por la calle en esa misma noche y que él estuviese allí inerte.

Se recordó la tarde pasada dentro del tanatorio de cristales oscuros, huyendo de entrar en la salita en la cual, ahora limpio y recompuesto, dormía Chabi el sueño de los justos. Se resistía a abandonar el cristal por el que se veía la infinita hilera de nichos en el exterior. El cristal atenuaba la candidez del sol de marzo. Con ambas palmas intentaba subsumir todo ese calor latente. A su espalda seguía en su ataúd, detrás de otro cristal, aquel que debió ser el Mesías. Pero esta vez no habrá tercer día.

Podría haber sido como si no hubiese muerto. Puesto que no vieron como el féretro quedaba archivado en la muralla de nichos. Sus padres prefirieron incinerarlo. Quizá por no sentirse esclavos de regresar con flores una tarde de noviembre. Él siempre quiso ver esparcir sus cenizas por el Pirineo. De no haber sido por ese instante en el que el gato se ve asaltado por la curiosidad de mirar más allá del cristal del coche, jamás habría sido del todo consciente de su falta. Es como sentarse a ver una etapa de los Alpes, en el Tour del Francia, y seguir buscando con la mirada la sagrada calva de Marco Pantani, que nunca regresará a pedalear contra la pendiente. Nunca regresará el Mesías al jardín del Señor Monosílabo.

Él siempre lo habría buscado, de no ser por la reacción instintiva de bajarse del taxi. Quizá era la única justificación como para no censurarse por mirar a la muerte de frente. De no ser por ello, siempre habría esperado que regresase, un buen día, de una larga estancia en el extranjero. Pero no. De él solo quedaba un breve abono para la verde naturaleza del norte. Quizá por ello tampoco estuvo mal renegar de la presencia de su espíritu. Él, que nunca se habría cansado de mirarlo en vida. Pertenecían a dos mundos distintos, y afrontar esa barrera es el primer paso para continuar con el sendero.

Quiso llorar para dejar de sentirse culpable. Y estaba seco. Tan seco como su cuello. Se levantó de la cama. La vida sigue. Júpiter se apagó. Ganímedes deberá orbitar en solitario.

[3]
Una *Veltins*

Podría no ser un buen día de terraza, pero el dueño del bar frente al Palacio de la Aljafería apostó por sacar unas sillas de plástico en la calle peatonal. Pese al cielo azul, soplaba aire. Aun así, Roberto decidió quedarse a esperar a Rodolfo sentado allí. Quería que el primer sol de la primavera empezara a broncearle su rostro, mientras éste caía lentamente a esconderse detrás del castillo en el que reside la democracia aragonesa. Fue entonces, a la par que le decía al camarero que quería una *Veltins*, cuando una mano le tocó el hombro. Se giró para observar el rostro de Platea. Y no era el mismo que una vez le habló de supersticiones.

- Que sean dos - le dijo al camarero. Y añadió: - ¿No tienes frío aquí afuera?

Por la mirada que traía, Roberto supo que algo no andaba bien. Pero no hasta qué punto la verdad puede ser más puntillosa que la ficción. Puso ojos de asombro al oír el relato más o menos censurado de la concatenación de sucesos.

- ¿Qué vas a hacer? – dijo sorprendido Roberto.

Es difícil ponerse en la piel de otro, y más cuando uno se da cuenta que la novia se la está pegando con su compañero de piso, y que la cornamenta no le permite entrar en la habitación donde están ambos. Pero el *qué vas a hacer* era una pregunta general: abarcaba desde la situación económica de un parado, hasta la posibilidad de poder reencontrarse a la nueva pareja bajo su mismo techo.

- Me tengo que cambiar de piso. Algo que marque el principio de una nueva etapa. – tragó un poco de cerveza para asentar el pensamiento que había salido de sus labios. – Sea pues.

Sea pues. ¿Hasta qué punto uno puede desvincularse tan fácil de su pasado? Quizá ese sentimiento de «desprendido» sea mero reflejo de un perdedor latente. Existen dos modelos de perdedores: por un lado el que nació con el pie izquierdo, y por el otro el que no hace nada por evitar dejar de serlo. Él era de los segundos. En verdad, «sea pues» también era la consecuencia de una relación amorosa no del todo satisfactoria.

- ¿Sabes? – continuó – En parte no estaba muy seguro de que esa relación pudiera llegar a buen puerto

Efectivamente, mejor momento que ese para decirlo, ninguno. Platea, probablemente, jamás habría pronunciado esa frase cuando echaba su brazo encima del hombro de Rosa mientras veían la programación televisiva del sábado noche. Si ha surgido la necesidad de que ella se buscase a otro es porque no había futuro con él. Pero en esos días, y más concretamente horas, se estaba cuestionando la posibilidad de que el gato cuántico se hubiera equivocado de caja a estas alturas. Había seguido la senda errónea y no le quedaba más salida que regresar por el camino andado, hasta volver al punto de inicio.

- Un clavo saca otro clavo...

[4]
El martillo para el clavo

Sabía más que nunca que deseaba decir esa frase: *un clavo saca otro clavo*. Sin quererlo, Roberto se había encontrado con la posibilidad de matar dos pájaros de un tiro. Tampoco era cuestión de vengarse por haber sido una vez visto por encima del hombro. Pero ahora era su turno. El turno de la superstición y del eureka.

- Por cierto, ¿Sabes algo de Marcos?

Platea parecía más bien diluido en la cerveza. Roberto continuó con su plan milimétrico:

- Ha conseguido salir con una muchacha.
- Pues qué bien. – empezaba a juguetear con la yema de su dedo índice con el breve borde de espuma que quedaba en la *Veltins*.
- ¡Atiende! – alzó la voz.

Se sorprendió Platea. Su mirada magullada buscó en los ojos de Roberto una buena explicación por sacarle de su momento de lamerse las heridas. ¿Qué importancia tenía ahora Marcos? Él era el protagonista de la declive humana.

- ¡Ha resuelto la maldición de la casa del desencuentro!
- ¿Cómo? ¿Sigues con eso?
- No hace mucho que dimos con la Casa Solans. Es ella la casa del reencuentro. Y Marcos ha logrado empezar una nueva vida.

En cierto modo, su opción del «Sea pues», no era otra cosa que el resultado del sentimiento del derrotado maldito. Pero, ¿Se puede confiar en un antídoto? ¿Existe?

- Háblame de la casa.

- Un clavo saca otro clavo, y yo he dado con el martillo...

[5]
El mal de Diógenes

Regresaba tras su tercera entrevista de trabajo. En cierto sentido es muy relativo eso del *no trabaja quien no quiere*, puesto que siempre se tiende a resistir la ley de la oferta y la demanda. Lo que ocultaba el periódico era que el éxito de esa política luchaba en contra de la calidad del empleo. Existe trabajo, pero en muchos aspectos es precario. Deberían decir *no trabajarás si sólo buscas lo que te gusta*. Sólo habían pasado tres entrevistas y Rodolfo aun se resistía a no seguir siendo un comercial. Siempre quedaba el andamio o la cadena de montaje. Era ahí, lo callaba la prensa, donde sólo había pleno empleo. Uno se sorprendía paseando por los nuevos barrios de la ciudad, pensando que los edificios se construían solos. Hormigueando entre la fiebre urbanística, estaba el empleado del futuro.

Mañana será primero de mes. Habría de abandonar, a este paso, la casa.

Llegó a su cuarto. No había nadie en casa, para variar. Su habitación parecía un pocilga. Lo era. Vio cabalgando hacia sí el espíritu enrabietado que cada medio lustro se excita por la limpieza. Cerró los ojos, y estaba ya demasiado cerca como para esquivarlo. Dios, pero ¿Quién podría vivir en una casa así? Es como el mal de Diógenes que sufren algunos ancianos llenando la casa de bolsas de basura. Detestable horizonte. Se quitó la ropa. En el armario no quedaba más vestuario limpio. Sólo los calzoncillos rosas de broma que una vez le regaló Marcos por su cumpleaños. Pondría tres lavadoras, y limpiaría el cuarto.

Del futuro, cualquiera sabe. A medianoche la Cenicienta dejó de ser princesa.

No quedaba mucho jabón para la lavadora. Así que lo racionó. Cuando se empezó a llenar el tambor de agua, decidió sentarse en el sofá a ver la tele. Fue en ese instante cuando Francho hizo acto de presencia. Sonriendo al observar sus calzoncillos rosas, se sentó en el otro sofá del salón, dejando entre ambos el sillón vacío.

- La casa necesita una buena limpieza.
- La fregadera, cuando traga, parece *Darth Vader*.

[6]
Entre fantasmas y proyectos

Apagó la televisión. Giró su rostro. Y se encontró con aquellos dos pequeños ojos marrones mirándole con limpieza. No quiso echar la mente atrás, pero probablemente nunca había mirado a los ojos de su compañero de piso. Quizá el día en el que se lo presentaron, o alguno en el que coincidieron en la cocina.

- ¿Sabes? Tengo que huir de esta casa. Hay demasiados fantasmas.
- Ya somos dos. – asintió Francho
- Seguro que existen alquileres más baratos en algún otro sitio de la ciudad. No busco gran cosa.
- ¿Empezar de cero?
- Sabrás lo mío con Rosa.
- ¿A juego con los calzoncillos?
- Vaya – se sonrojó, pero no acudió a vestirse. Tampoco tenía más ropa que un traje de *Armani* arrugado encima de la cama de su cuarto. – Sí, a juego.
- Ya me enteré. No la conocía. – no quería Francho a estas alturas caer en silencios, así que hizo su voto de favor – No te merecía.
- No soporto la idea de encontrármelos entre estas cuatro paredes. En cualquier momento, el sonido de una llave en la cerradura me podría enfermo.
- Lo mío son las ausencias. ¿Sabes? En estos días los dos hemos perdido demasiado.

Vaya, a estas alturas, Platea se sintió incómodo, puesto que se dio cuenta de que no conocía nada del chico del cuarto más pequeño. Se miró las uñas para hacerse el reflexivo. Francho se vio obligado a continuar con su primera conversación con Rodolfo Platea.

- Bueno, tendremos que ponernos las pilas para buscar algo mejor, ¿no? – sonaba quizá demasiado general. Más bajo no se podía caer. Sólo quedaba la posibilidad de subir.
- El problema es que no tengo curro. Sin un duro. Y a medianoche cambiamos de mes. Me pagarán la nómina de catorce días, justo para sobrevivir este mes.
- ¿Y la renta?
- ¿Renta?
- Sí, el impuesto. A mi me devolvieron el año pasado cerca de cincuenta euros.
- No había caído. Es verdad, ya es primavera. Aunque lo suelen ajustar mucho en mi empresa. Bueno, entonces me queda el sueldo de catorce días, la devolución de la renta y un traje *Armani*.
- Véndelo.
- Pero, ¿Y trabajar de comercial?
- ¿Quieres ser comercial?
- No se hacer otra cosa.
- De pequeño me hice la firme promesa de trabajar con las manos. Ser alfarero o algo así, quizá pintor o escultor. Resulta increíble la sensación de divinidad que siente uno al crear algo de un trozo de arcilla. ¿Nunca tuviste un sueño así de pequeño? Más que un sueño, una intuición o una esperanza.
- La verdad, quizá nunca pasé de las ganas de ser un futbolista como Butragueño o un jugador de baloncesto como Michael Jordan. Me gustaba también tirarme en el suelo a pintar con unos carioca sobre millones de papeles.
- En cierta medida, podría decirse que eras creativo.
- ¿Por lo de Jordan? Porque lo de pintar no eran más que rayujos. Una vez la profesora le dijo a mi madre que tenía una letra muy fea, que debía escribir más. Ella le respondió que quizá me había pasado de escribir. Eran sus esperanzas de parir un médico. De aquello sólo queda una paupérrima caligrafía.
- Ahora yo estoy trabajando en una revista universitaria. Aunque que creo que lo dejaré. Ahí también hay demasiados fantasmas.
- Haylos...
- ¿Qué tal se te dan los ordenadores? Me gustaría crear alguna publicación. Podríamos trabajar juntos. Habrá un puesto de comercial, para buscar patrocinadores. He visto además algunas subvenciones del Ayuntamiento y de la Universidad.
- ¿Y sobre qué será?
- Me encantan los mitos. ¿A ti?
- Alguna vez me he parado a leer algo por curiosidad, pero nunca he profundizado.
- Una amiga mía me dijo que lo que más le fascinaban eran las pasiones de los dioses del Olimpo. ¿Hasta qué punto el ser humano no hace a su imagen y semejanza a dios?
- Bueno, por ahora no tengo nada mejor que hacer, salvo cambiar la lavadora.

Se levantó Platea a comprobar que había centrifugado. Lo había puesto en el programa corto, pero se le había pasado el tiempo volando. Nunca se imaginaría que pasaría una entrevista de trabajo en calzoncillos rosas en el salón de su casa pero uno no siempre elige su destino.

Francho se quedó sonriendo en el sofá. Su intuición le había guiñado el ojo. Resulta increíble como algunas veces el curso de los proyectos se mueve suavemente. Menos sorprendente que encontrarse recibiendo un masaje de una mujer en una noche estrellada. Hay momentos instintivos en los que la niebla del futuro parece levantarse. Tan instintivos como descubrir un nuevo proyecto vital desde el propio sofá de casa conversando con un desconocido por descubrir. Si la partera de Sócrates levantase la cabeza le estaría aplaudiendo.

[7]
Las llaves del *Passat*

Papá, quiero ser empresario. Con algo así, un padre podría sentirse lo suficientemente orgulloso como para dejar de ver el partido de *Waterpolo* de la tele y mirarle a los ojos. Muy bien, hijo, sea pues. Con algo así le podría dejar las llaves del *Volkswagen Passat*. Muchos días no lo usa, puesto que ya se cercioró de encontrar un hogar lo suficientemente cerca del trabajo como para poder levantarse tarde e ir tranquilamente andando. Recordaba la cena de navidad cuando su hermano, el tío Rafa, se quejaba de amariconarle el mejor motor del mundo.

Papá, voy a ser empresario, pero necesito un volante. Al menos hasta abrirse hueco, claro. Lo mío serán los *Audi*. Y, por supuesto, no dejar que se llenen de polvo en un húmedo garaje-planta-menos-dos. Hasta qué punto los ácaros inciden en la tapicería. Un empresario, por supuesto, vende desde su coche. No es lo mismo vender un producto llegando en un *Seat Panda* que desde un *Audi A3*. ¿Sabes?, yo soy un triunfador. Confíen en mi producto. Sé lo que es comprarse un *Armani*.

Papá, soy un empresario. Cuando gane mi primer millón te regalaré un coche mejor que tu *Passat*. Pero es esencial que me dejes el coche. ¿Sabes? Voy a recorrer todas las empresas de la ciudad para que patrocinen mi proyecto. El siguiente paso será hacer una editorial, como hizo aquel hombre tan simpático del Planeta. Sí, aquel que era del Espanyol, papá.

- ¿Papá?

Preguntó al entrar por el pasillo de casa de sus padres. Salió de la cocina su madre, limpiándose las manos en el delantal. Buscó el beso de su hijo antes de responderle.

- No está. Vendrá tarde.
- ¿Puedo coger las llaves del *Passat*?
- Están en el cajón del recibidor, donde siempre.
- Gracias mami.
- ¿Te quedarás a cenar? – gritó pese a ver a su hijo alejarse por el pasillo.
- Hoy no puedo, otro día.

[8]
Buhardilla

Es ideal. Después de su sesión de mayéutica, pensó que tal vez el resto de las cosas podrían ser igual de fáciles. Y parecía que la mano de la providencia estaba terriblemente dispuesta a que sus caminos hubieran de allanarse. Al mismo tiempo que descubría Platea que el *Passat* estaba saciado de gasolina, una nueva puerta se abría ante Francho.

Es ideal. Tampoco se necesita más para dos personas. El único problema era que no había ascensor, pero se juró que eso no se lo tendría en cuenta al chico de la inmobiliaria. Máxime cuando ese detalle lo hacía abaratar considerablemente. Asequible como aquel pisito austero de la Calle Mayor con vistas a la iglesia de la Magdalena. No era tan céntrico, pero su estilo abuhardillado le fascinó. No se resistió y llamó al móvil de Platea.

- He encontrado un alquiler barato.
- Vaya, pensaba que lo buscaríamos entre los dos.
- No pude resistirme. Es una buhardilla totalmente arreglada. El salón y la cocina están unidos por una barra americana.
- Parece interesante. ¿Cuánto piden?
- Eso es lo mejor: trescientos euros, incluido gastos de escalera.
- Vaya, en el otro a cada uno nos salía a doscientos.
- Sólo tiene una pega, es un tercero sin ascensor.
- Bueno, vendrá bien para rebajar los michelines. Voy para allá, ¿Dónde está?

Con la lengua fuera, a mitad de escalera, empezó a arrepentirse. Estaba demasiado acostumbrado a la magia de los elevadores como para no tenerla en cuenta. Francho, sonriente, le esperaba al final del rellano. ¿Nos acostumbraremos a esto?, pensó. Pero al

superar el umbral, pareció imbuirse en una nublada realidad. Esa del *Yo he estado aquí antes*. Quizá en un sueño, o en una vida paralela gracias a la doble vida de un nuevo gato cuántico. Nada que ver con la vez que entró por primera vez en el anterior piso. Para él, entonces, fue algo así como el lugar de exilio del hogar paterno. Este era distinto, no era el refugio para un solitario, sino un hogar. No pudo callarse esa sensación.

- Parece como si ya conociese este lugar.
- A mí me pasó lo mismo – sólo le faltó cucar el ojo para refrendarlo – por ello te llamé, tenías que verlo.
- ¿Cuándo podríamos venir? – preguntó Platea al chico de la inmobiliaria.
- Cuando quieran. Deberán pasar por la oficina a firmar el contrato con el dueño y pagar las fianzas junto con el primer mes.
- Vaya, no había pensado en las fianzas – dijo mirando a Francho.
- Tranquilo, tengo unos ahorrillos. Ya te cobraré intereses.
- Entonces – sentenció el de la inmobiliaria – ¿Procedemos a formalizar el contrato de arrendamiento? ¿Tienen copia de algún contrato de trabajo?

[9]
Bolsas

El *Passat* volaba como si temiese ser calabaza a medianoche. Surcaba la ciudad nocturna a realizar un segundo trayecto de mudanza. Era todo demasiado rápido, pero las dos almas que ocupaban los asientos estaban deseando que marzo acabase de una vez. Parecían refulgir sus ojos en busca de un nuevo renacer. Francho ansiaba olvidar el susurro de las cortinas. Platea, el de los que surgían del último cuarto del pasillo.

La ropa del tendedor aun no estaba del todo seca. El resto de vestuario seguía sucio, puesto que la lavadora sólo había sido puesta en una ocasión. Abrió la bolsa de equipaje, e introdujo de un modo apresurado el resto de sus enseres. Francho, mientras, le echaba el último ojo a la nevera. La lata de anchoas es mía. Fue en ese momento en el que oyeron unas risas en la entrada de la casa. Platea se alzó como un resorte, dejando de introducir ropa. Conocía demasiado bien esa modulación de voz como para no reconocer en ella a Rosa.

Por instinto, al pasar por la puerta de la habitación, Rosa giró su rostro. Se miraron y el tiempo se detuvo. Sólo era la segunda vez que lo hacían en dos semanas de mutuo repudio. Quiso Rodolfo no reconocer en esos ojos los que una vez le suplicaron no abandonarla. Cuantas vueltas da la vida. El brazo del danés se extendió sobre los hombros de la abogada para animarla a continuar con el trayecto. Platea, helado, empezó a andar camino del pasillo. No era despecho, sino que debía ser el momento para decirle al escandinavo que se tendría que hacerse cargo del alquiler el solito.

- Nos vamos – dijo Platea sintiendo que el eco de su voz a lo largo del pasillo era una pesada bola que rodaba para derribar a la pareja feliz por la espalda. Aunque el danés no se dio por aludido hasta que por su boca no salieron las últimas palabras: – Francho y yo.
- ¿También Francho? – cuestionó el danés, que se giró para cerciorarse de la amenaza. Era excesivo el pago que debía hacer por Rosa. ¿Hasta qué punto el padre triunfador reprendería el incremento del gasto de su ocioso hijo? - ¿Qué pasará con el alquiler?
- Da igual – compensó Rosa, antes de besarle los labios– entre los dos lo pagaremos.

Gruñendo sin gruñir, regresó Platea a la habitación a terminar con la maleta. No sabía muy bien qué más odiaba: que el nórdico hubiera acelerado su capacidad expresiva en español; que ella decidiese abandonar a su padre, la excusa erigida para no vivir juntos; o que supiese que él había sido quien había abierto las puertas de la casa a esa mujer. Quizá lo peor sería saber que, en el futuro, ella andaría descalza sin remordimientos por el mismo suelo en el que él había errado.

[10]
Ensalada con vino

Diez, nueve, ocho, siete, seis, cinco, cuatro, tres, dos, uno. Ambos lanzaron el pie derecho en el interior de la buhardilla al mismo tiempo que el cuco cantaba que había llegado abril. Y la Cenicienta no dejó de ser princesa.

- Hay que celebrarlo. Prepararé una ensalada con anchoas.
- Sacaré un buen vino blanco. Estará caliente.

En el suelo de parqué se sentaron ambos. Habrá que comprar una mesita. ¿Qué más dan los lujos cuando uno siente la victoria moral de una segunda independencia? ¡Qué curioso comportamiento humano que, cuando se siente derrotado por el hilo del destino, es capaz de sacar fuerzas de flaqueza para cambiar el rumbo! Acaso sean los deseos de huir de los malos sueños. Tal vez un horizonte llamado intuición. Sonrió Platea, dispuesto a emprender un nuevo proyecto, aun sin dinero.

- Este fin de semana tenía pensado ir a mi pueblo – sugirió Francho cuando cayó su segunda copa - ¿Te gustaría venir? Así hablaremos de los proyectos.
- ¿Sabes? No sé cuanto tiempo hace que no dejo de pisar asfalto. ¿Dónde está tu pueblo?
- En el Prepirineo. Dicen que en Semana Santa hará frío, así que aprovecharemos el Domingo de Pascua.
- Sea pues. – dijo mientras volvieron a brindar.

XVI. ISUERRE

[1]
Llegada

Entrar en Isuerre es como entrar en un castillo. Está alojado en lo alto de una colina a la que hay que rodear para poder penetrar. El último trecho, a lo largo del valle Onsella es una serpenteante carretera comarcal a la que no se le puede sacar mucho provecho la potencia de un *Passat*. Aun con todo, es como si el ingeniero se las hubiese arreglado para que el conductor se tomase su tiempo en contemplar el resurgimiento de la naturaleza en primavera. Nada que ver con la aridez de las largas planicies de Ejea de los Caballeros.

- Es bonito el lugar – afirmó Platea al volante
- A mi me gusta más en otoño. El valle se vuelve rojizo. Me recuerda lo que debieron pensar los portugueses al llegar a América y encontrar que los árboles eran de color rojo brasa. Por ello le pusieron Brasil.

La casa de los padres de Francho era de piedra. La puerta era un arco de medio punto coronado por una esvástica curvada, el símbolo céltico de la protección. En las ventanas, asomaban unos geranios aun sin flor. La vivienda era fría salvo en la cocina-comedor, en donde una estufa de leña conseguía asar a los inquilinos. Aunque no hubiese sido un día malo, llevaría encendida desde el punto de la mañana. Poco había cambiado la estancia en años. Media docena de objetos recordaban los nuevos tiempos: la televisión, la cocina de gas o un frigorífico para el verano. Por lo demás, el mobiliario parecía haber sobrevivido a la guerra. A Platea le sorprendió no encontrar sofás, sino una respetable mesa demasiado acostumbrada a encontrarse vacía. En cierta manera, el sofá solo tomó necesidad cuando la casa recibió la caja tonta. Hasta entonces, lo habitual era, en invierno, sentarse a la mesa de platicar. Para el verano quedaba la sombra de la parra.

La madre de Francho estaba bastante envejecida para la edad que debía de tener. No muy bien por los rigores del invierno, en contraste con los calores de la madera de pino; o quizá por las demasiadas horas del marido en la taberna del pueblo. Era ella la encargada de administrar el hogar, cuya única opción de ocio era asistir a misa los domingos y fiestas de guardar en la Iglesia de San Esteban. Por supuesto, al llegar Francho con compañía, su padre estaba tomando su tercer carajillo en el Balcón de Onsella, el hostal rural que ejercía funciones de bar.

Les ofreció la madre un aperitivo a base de jamón y queso de oveja casero, después de indicarle cual habría de ser la habitación de Rodolfo. Comprobó que tres mantas serían tal vez demasiado pocas. Los gruesos muros hacían de aquellas habitaciones neveras naturales.

[2]
Buscando un nombre

No tardó mucho Francho en sacar a Platea de casa. Tal vez debido al olor a acelga recocinada que siempre tenía esa cocina. Francho no se abrigó de especial manera. Rodolfo optó por volverse a poner el jersey de cuello largo. Es lo que tienen las mañanas en un pueblo de montaña, aunque Isuerre no es propiamente uno, que conserva un frío limpio que sobrevive en la escarcha de las flores silvestres.

Escaso fue el camino que los llevó a la plaza principal. Era un amplio balcón que miraba al río y a la sinuosa carretera que correteaba paralela a lo largo del valle. En frente se abría una verdeoscura montaña. Se trata de Petilla de Aragón, una villa navarra en territorio aragonés. El sol luchaba por calentar aquella mañana inusualmente fría, Platea agradeció dejar de esforzarse en palmetear sus brazos, y adoptó la postura que tendría una lagartija en su misma situación.

- ¿Ya tienes nombre para la revista? – dijo Platea sin retirar el rostro del sol.

- Pensé en el Jardín de las Hespérides – señaló Francho – pero quizá sea demasiado rebuscado.
- Nunca había oído hablar de él.
- Me gustaba porque hay teorías que hacen referencia a él como la Atlántida. Sin ir más lejos, las Hespérides eran las hijas de Atlas, y tenían como deber proteger las manzanas doradas de Hera que un día robará Hércules.
- Busquemos algo más fácil.
- Otro jardín mitológico es el de los Campos Elíseos, que es a donde van a morar las almas elegidas, similar al Vallhalla nórdico.
- Me pierdo. Debería ser un nombre corto y fácilmente identificable.
- ¿El nombre de una musa?
- Lo digo porque imagínate que voy a conseguir un patrocinador y le digo *hola, vengo del jardín de las efemérides*.
- Hespérides
- Pues eso. Suena poco convincente. Nada como si digo *soy de Coca Cola*, o *de Telefónica*.
- La verdad es que había pensando más en los contenidos que en el nombre. Habrá una sección en la cual tomar un cuadro y comentarlo. Es sorprendente, sobretodo en el renacimiento, la cantidad de obras mitológicas que fueron pintadas.
- ¿De dónde sacaremos la información?
- Tengo bastantes obras en casa, pero en la Biblioteca de Doctor Cerrada he encontrado material interesante.
- ¿Y no será plagio?
- Es cultura general. Lo difícil serán las imágenes. Habrá que hablar con algún museo.

La viabilidad del proyecto pareció no importarles demasiado. Aquella debía de ser la etapa del *brainstorming*. Platea confiaba en que si el contenido era bueno, se podría llegar a negociar con alguna editorial local. Sinceramente, no pensó otra opción para hacer realizable el proyecto. Francho empezó a cavilar acerca de la posibilidad de contar con algún profesor de la Facultad de Historia que avalase el proyecto. Desde luego, si el hombre más rico del mundo había empezado en un garaje, ¿qué les impedía a ellos, asomados al balcón de Onsella?

[3]
La tejería

Lo que tiene un pueblo de montaña son las comidas copiosas. Al plato de acelga con patatas, le siguió un guiso de ternasco. El horno de la cocinilla de leña le daba un aroma de autenticidad. Nada comparable a la comida rápida del microondas. Platea reposó sus manos sobre la panza, descolgándose sobre el respaldo. Más parecía el alimento del oso antes de hibernar que el de un urbanita. El padre les ofreció un licor para digerir el puchero. Francho no soportaba que su padre se fumase un purito en la sobremesa, así que aconsejó a su compañero de piso la opción de rebajar la tripa de un modo natural: estirando las piernas.

- Existe un camino por la ribera del río que sube hasta Lobera, un pueblo cercano. No hace falta que lleguemos hasta allí. Siempre me gustó pasear junto al río.

Agradeció Platea el incremento calorífico para soportar el clima. Así que, con las manos en los bolsillos, se dejó guiar por Francho, descendiendo de la colina en la que estaba situada Isuerre. Tomaron el camino del molino. Pronto alcanzaron la desembocadura del barranco de Forniellos. Llegaron sin problemas hasta el río, que bajaba generoso por el principio del deshielo.

- Más adelante hay una poza en la cual me gustaba bañarme en el verano de pequeño.
- ¿No estará muy fría? Una vez estuve en el Parque Nacional de Ordesa en pleno verano, y solo con meter unos segundos los pies en el río tuve dolor de cabeza todo el día.
- No es comparable. Mucha de esta agua es subterránea, mientras que la de Ordesa procede directamente de las cumbres de Monte Perdido.

Anduvieron junto al río un poco más hasta dar con un vado que cruzaron, de piedra en piedra, sin problemas. Por un instante, Platea se sintió acaso un explorador. El camino zigzagueó, en la ribera sur del río, hasta el barranco de Rindallá. Llegados a este punto los dos acordaron que era buen momento para regresar. Esta vez por el paraje de la Tejería.

- Una cosa que siempre me ha gustado es esto – dijo Francho descalzándose de un pie. - Y es sentir la hierba fresca en los pies.
- Vas a coger una pulmonía.
- Hazlo. Anda unos metros.

Platea se encogió de hombros, y ambos se descalzaron.

[4]
Los pies de Platea

Las plantas de los pies de Platea quedaron un poco verdosas. Buscó una roca cercana donde sentarse y poder, con las palmas, limpiarlos someramente antes de enguantarlos en los calcetines.

Parecía mentira, pero durante la escasa hora de paseo había olvidado a Rosa. En cierta medida, eso había ocurrido de manera gradual desde la primera conversación con Francho. A lo largo de dos semanas, había sido un fantasma errabundo que había maldecido cada euro gastado con Rosa. Como si acaso cada caricia hubiera tenido un precio.

Nadie creería que algo con clorofila pudiera eliminar cualquier poso de memoria. Pero mientras despejaba las briznas de sus pies, era como si recuperase una sonrisa tan lejana abandonada. Una sonrisa infantil. Esa que disfruta con pequeñas cosas, como descubrir una hormiga trepando por el tobillo decidiendo perdonarle la vida. En otro momento, con veinte años menos, quizá se habría tumbado sobre ese manto natural para descubrir formas en las nubes.

Tan distinto como el día y la noche. Durante quince días, le repugnó incluso acostarse en ese colchón en el cual creía que podría residir la fidelidad, sino la felicidad. Se sentaba entonces en la silla del escritorio de su cuarto, mirando la cama a esperar que le dijese un porqué acerca del abandono de Rosa.

Y hasta qué punto él se pudo considerar enamorado de Rosa durante los casi dos meses que compartieron. Lo llamarán necesidad. Todos necesitan sentirse amados, de un modo u otro. Incluso, bastaría con sentirse imprescindible. ¿Pero qué importante habría de sentirse uno cuando encuentra a su pareja en infidelidad? Tal vez sin el delator del móvil pudiera haber prolongado esa ficción por más tiempo, aunque era mejor así: sentir que no había perdido el tiempo.

¿Qué habría buscado y encontrado Rosa en el danés? Por un instante, mirando la cama en la oscuridad de la habitación, quiso su mente ponerse en el lugar de ella. Querer sentir como sería un orgasmo femenino producido por Tony. Un orgasmo femenino. Se había censurado inmediatamente, visualizándose sobre un enorme pene.

Sentado en la roca, siguiendo el recorrido de la hormiga, retornó por un instante la escena de estar sentado sobre un enorme pene. Se levantó inmediatamente, calzándose como pudo con el pie en el aire.

[5]
Los pies de Francho

Francho prefirió limpiarse los pies en el río. El agua no estaba demasiado fría, pero no era el recuerdo que tenía del agua del verano. ¿Hasta qué punto merece la pena crecer? Probablemente la vida de un niño sea demasiado fácil, comparada con la de los adultos. Aunque quizá el término, más que «fácil», debiera ser «amoral». No está mal el hecho de que, con ocho años, uno nade desnudo en un río. No, comparado con la moralidad adulta, que

impone unas rígidas leyes del pudor. Pero, quizá, no sería Francho, sino Platea, el autor de un razonamiento semejante en ese mismo fin de semana, pese a que en ese preciso instante no se atreviera a intuirlo.

Se veía reflejado en el agua. Su rostro ocultaba los dedos de los pies. Indudablemente, es más difícil olvidar la escena violenta de un ser querido muerto al volante, que la de la mujer que habrá de hacerte cornudo. Quizá sería por ello, que Francho seguía sin poder quitarse de la cabeza la nebulosa noche del accidente. Con la huída, había ganado dejar de ver unas cortinas semovientes. No había ritual mágico en ello, sino que la nueva habitación contaba con estores.

Sea quizá, en el instante de verse superpuesto a los pies, el único en el que había borrado de su mente el hecho de que si estaba ahí, en su pueblo con Platea, era porque el destino había girado noventa grados.

- Metiste los pies al final – dijo Platea en ese instante. Francho se giró, para alzar sus hombros. ¿Cómo impedir a una rana que no croe?

Alzó su rostro a la montaña. El sol no estaba muy alto. Sacó sus pies del agua.

- Movámonos. Anochecerá pronto.

[6]
Tesis-Antítesis-Síntesis

Volvían a casa, pero como solía pasar con Platea, las vueltas eran silenciosas. Como si en el trayecto de ida ya hubiera consumido demasiado oxígeno al hablar como para malgastarlo de regreso. Regresaban ambos con las manos en los bolsillos. Un caminar cavilante.

Seguía Platea asustado ante el nuevo pensamiento que le venía a la mente de vez en cuando. Quizá debiera ser inmoral el hecho de imaginarse penetrado por un pene. ¿Tan necesario era para él ahora el orgasmo femenino? ¿Era él incapaz de lograrlo? ¿Era aquella la causa por la que una mujer huya de sus brazos? Hasta qué punto, uno es capaz de descubrir su problema, censurándose instantes después por haberlo intuido. No, él era hombre, no mujer. Él debía de dejar de pensar lo que debería sentir Rosa en la cama con Tony. Pero sabía que la mente es demasiado indómita como para impedirle pensar en una cosa.

Prefería pensar en el nuevo rumbo que había tomado su vida en los últimos días. Era como pensar en algo positivo. En un nuevo camino al andar. Como si aquella misma tarde en la que él había estado con los calzoncillos rosas, el gato cuántico se hubiera introducido de nuevo en una caja para ser fusilado. De nuevo, se habían abierto dos posibilidades, dos realidades paralelas. La del Platea sin proyecto con Francho y la del Platea con proyecto con Francho. Tal vez para haber llegado a ese punto de la historia, había sido necesario pasar por el mal trago de Rosa. Hegel había hablado una vez del proceso tesis-antítesis-síntesis. El momento «tesis» había sido el momento del Solitario Platea, ese que estaba enraizado en un gris y aburrida vida. El momento «antítesis», la oposición a la fase «tesis», fue la del Rosa Chillón, esa en la que se descubrió en una vida sentimental frustrada y en el que abandonó el trabajo gris. El resultado, la suma de los estados del Solitario Platea con el del Rosa Chillón había generado el tercer momento: el momento «síntesis», el momento del Sea Pues. Un estado anímico capaz de emprender un nuevo proyecto. Sonrió por fin al ver un sentido a el camino errático que había llevado tiempo atrás, aquel del Aragonés Errante.

[7]
¿Y por qué no?

Se sorprendió pensando Francho acerca del hombre que andaba a su lado izquierdo. Había sentido tan mínimo interés por Platea durante siete meses, que se sorprendía estar con él paseando junto al río Onsella. Intentó buscar un momento de convivencia en esos meses que le hubiese dado una pista para llegar a pensar que ese momento era lógico. Y no lo

encontraba. Habían permanecido, espalda con espalda, en cada instante que se cruzaban en la vieja casa. Como si fuesen dos actores secundarios que no habrían de interpretar jamás una escena juntos. Y, sin embargo, veía tan lógico que él estuviese con él a esas alturas, que probablemente se habría enfadado si no hubiese aceptado pasar el fin de semana con él. Era como si estuviesen en un agujero negro, en el que no importa el paso del tiempo. Daba igual desde cuando se conocían, lo importante es que habían cruzado sus vidas, y que el hilo temporal nacía de ese instante.

Se volvió a recordar en la noche estrellada en la que una mujer sin nombre trató de convertirlo en un heterosexual. De no haber sido por ese diminuto detalle, hubiera sido un buen momento para iniciar un sentimiento nuevo. Era como cerrar los ojos y sentarse en el asiento de copiloto de un coche. Uno no guía el itinerario, pero se deja llevar. Tal vez esa sensación jamás había sucedido con Chabi. A lo sumo, la de llevarse unos chichones por vestir el jersey inadecuado. Con la chica sin nombre, había acabado en la cama. Era cierto que entonces decidió bajarse del coche. Pero el hilo argumental debía haber acabado en penetración. De no haber sido homosexual, lo habría hecho. Y no habría sido debido a una elección, o a un deseo de hacerlo, sino al hecho de estar en el momento adecuado, con la persona adecuada. Algo así como cuando había surgido el proyecto de la revista con Platea. En ambas situaciones él se había dejado llevar por la intuición, si no instinto. Y en esta ocasión él se había decidido a no bajar del coche.

En el fondo, la diferencia entre su historia con Chabi y la que nacía ahora con Platea era que mientras la primera fue demasiado lenta, llena de ausencias y de aspiraciones nunca reveladas, la experiencia con Platea estaba siendo intensa y rápida. Sí, quizá por ello también lo asociaba con la de la chica sin nombre. ¿Sería ahora capaz de revelar su condición? No habría pesados péndulos como los del Señor Palau que marcasen los tiempos. Simplemente la voluntad de hacer posibles las cosas.

Era la persona que quizá menos conociese. Pero era la que estaba aquella tarde con él. Respirando el mismo aire. Viendo los mismos árboles. Sólo parecía restarles una noche estrellada para acabar en la misma cama. Se frenó un instante para mirar el rostro pensativo de Platea.

¿Y por qué no?

- ¿En qué piensas? – dijo Platea al verse observado.
- En qué estamos las personas adecuadas para el proyecto adecuado.
- Pareces leerme el pensamiento

Sonrieron los dos por la ocurrencia. La senda ahora subía, de regreso a la colina en la que estaba esperándoles Isuerre.

[8]
Desbaratador de regímenes

Una cosa que siempre detestaba Francho de regresar a Isuerre era la falta de ocio. De día, las aficiones pasaban por sentarse en la terraza de la plaza del pueblo a beberse unas cervezas y jugar al guiñote o al mus. Sinceramente, el pueblo deja de ser divertido cuando uno entra en la adolescencia. De pequeño, cada rincón es un escenario para jugar intensamente. Con la pubertad sólo queda esperar a las fiestas en honor a San Bartolomé. Eso, e intentar ligarse a la guapa del pueblo. Pero Francho no era de esos. Para Francho, llevaba siendo el lugar en el cual engordar peligrosamente a base de cocidos de la madre. El desbaratador de regímenes, le llamaba. Por eso, cualquier excusa era buena para no regresar. Y, la verdad, aun se preguntaba si había hecho bien en traerse a Platea a ese lugar. Residía en ello, quizá, la necesidad de trabar una más intensa relación. Conocerlo. A esas alturas, la única esperanza residía en que anocheciese, ir a las afueras del pueblo, tumbarse en el suelo, mirar el cielo estrellado y sentirse un microbio cósmico.

Pero hasta eso, aun quedaban unas horas, y muy bien no sabía Francho en qué emplearlas. Como si fuera el deber de un buen anfitrión. También tenía miedo que al final

surgiesen los verdaderos temas que los habían llevado allí. Que los habían unido. Sin duda aquellos que habían vuelto en silencio el camino de vuelta desde el río. No, porque los protagonistas no debían ser ni Rosa ni Chabi. De nada le serviría preguntar por la experiencia de verse robado por un *metrosexual*. Probablemente sería como empezar con mal pie algo nuevo. Y eso que siempre había pensado que una forma de entrar en los corazones era ejercer de hombro o almohada.

Pero el silencio seguía ahí. Como si fuese un animal herido que esperase levantarse sólo una vez que tuviese la comida puesta en la mesa. Se sentaron en el poyo más cercano a su casa, y sintió que debería seguir hablando de sí.

- Ahí era donde mi madre tendía la ropa. – dijo señalando la solana que había enfrente a donde estaban sentados – a mí me encantaba de pequeño entrar entre las sábanas, sin camiseta, y sentir el roce húmedo contra mi espalda. Son tradiciones que se pierden, como la de chapotear en el río.

La conversación derivaría por el fácil camino de los recuerdos infantiles de uno y otro. De como aprendió a nadar Platea, un día de piscina, temiendo que surgiese el tiburón de Spielberg. De como Francho descubrió que la bicicleta no sigue al deseo de la mente sino al de los brazos. De cuantas marcas habían dejado en las piernas una infancia intensa. El sol descendió sin ser visto, hasta que la madre se empeñó en que era hora de un buen desbaratador de regímenes.

[9]
Microbio cósmico

Lo primero que hizo Francho, una vez terminada la cena, fue tomar la mano de Platea y llevárselo a la plaza del pueblo. Ahora Isuerre se convierte en mágico. Pero en la plaza del pueblo, ese mirador natural al Onsella, había demasiada luz. Así que fueron hacia la iglesia, que presidía esa misma plaza. A su altura, el balcón que era la plaza se prolongaba aunque demasiado estrechamente. Pero era un buen lugar para quitarse de encima la contaminación lumínica. El cielo, mientras las últimas ascuas del sol desaparecían, terminaba de tornarse negro-abismo. Y salpicado, un rocío de estrellas. Platea quizá no había sido consciente de que hubiese tantas. El cielo urbanita escondía casi todas.

- Imagínate tú en este valle – empezó a hablar Francho – es la misma proporción de tamaño que puede ser Isuerre con respecto al Planeta Tierra. A su vez, esa misma proporción es la que ocupa la Tierra respecto al espacio que ocupa todo el Sistema Solar. Y éste tiene una misma proporción respecto a toda la Galaxia de la Vía Láctea. Finalmente, podría ser la misma proporción que guarda la Galaxia donde estamos respecto al resto del Cosmos. ¿Qué sientes sintiéndote microbio cósmico?
- No se si podré dormir – reflexionó Platea. Parecía demasiado imposible esas comparaciones viendo un cielo de estrellas alcanzables con la mano.
- A mí, habitualmente, me gustaba sentirme microbio cósmico en dos ocasiones. Una, cuando veía, en Isuerre, el cielo nocturno. La otra, siempre que tenía que tomar una decisión difícil o tenía que pasar una prueba como un examen. Me decía que, haga lo que haga, aunque lo considerase importante para mí, en el fondo afectaba lo mismo al cosmos que un microbio en mi intestino podría ocasionarme. Era una medida para quitarle importancia a las cosas. El mundo no se acaba después de una opción errónea. La Tierra seguirá orbitando en torno al Sol.

Se hizo el silencio. Platea se recordó con y sin Rosa, el mundo había seguido su ritmo en esos dos meses. Por su lado, Francho se reconocía que acababa de hacer un discurso para darse fuerzas y decirle dos cosas a Platea. Una, la primera, que ya era hora de salir del armario. La segunda, y más difícil, que deseaba sentir algo por Platea semejante a los deseos que tuvo con Chabi. En cierto modo, mientras cenaban, había intentado mirarle como le gustaba observar a Chabi. Tenía un encanto en los ojos, detrás de sus gafas. Aun queda el nombre, pensaría Platea una vez de sí mismo, aun sin ser Rodolfo Valentino. Francho había querido ver a Valentino en vez de Platea.

Lo bueno de la oscuridad es que, a una mala, el rostro no se ve.

[10]
Una mano

Se recostaron en los fríos muros de la iglesia. Ciertamente, en el hemisferio norte, el cielo más bonito es el que se observa mirando al sur, hacia el horizonte. Se veía la retorcida figura del escorpión, a Hércules luchando con la serpiente y el arco del arquero.

¿Cómo decirle a una persona que apenas se conoce que uno no tiene los mismos gustos sexuales que cualquier hijo de vecino? Y, menos aun, que se confía en él para que cure la herida provocada por un Seat Ibiza estampado en una farola. Tal vez se necesitasen el uno al otro para recomponerse del dolor. Algo semejante a la simbiosis del cangrejo ermitaño y la anémona.

Pero supo que en el preciso instante de intentarlo la voz habría de temblarle. Sus ojos miraban la estrella rojiza del aguijón del escorpión, pero su mano derecha tanteaba el suelo en busca de la mano izquierda de Platea. La misma que había asido para sacarlo de la cena.

Sintió algo blando con dedos. Era ella, pudo retirarla a tiempo. Platea se tensó levemente, casi por efecto instintivo. Francho decidió tomar la mano de Platea, para poner ambas palmas juntas. Platea giró su rostro, para ver los dos puntos brillantes que eran los ojos de Francho. El ojo aun no se había acostumbrado a la oscuridad.

- ¿Qué haces? – susurró Platea.
- Me gustas – certificó Francho cerrando los ojos.

En el silencio que trascurrió después, Francho sintió como la mano de Platea se zafaba de la suya. Y éste se empezó a incorporar.

- ¿Te vas? – preguntó Francho.
- Tengo miedo
- ¿De mí?
- No, de mí – huyó Platea.

XVII. SUPERHOMBRE

[1]
El camello

Apagó las luces, y se enroscó en la fría cama que le había preparado la madre de Francho. Cerró los ojos, como si de esta forma pudiese borrar el último cuarto de hora vivido.

No estaba bien todo esto. No. No debía ver en Francho un sustituto de Rosa. Ese era el temor que le había hecho huir de él. La verdad, nunca había sospechado que Francho pudiera ser homosexual. Posiblemente era debido a que salvo la última semana no se había preocupado por él. Pero, ahora, tumbado bajo tres mantas, sabía que en todo aquel día, un sexto sentido le había advertido de esa posibilidad.

No, él no era homosexual. No, no debía serlo. No, no estaba bien. Él debía ser heterosexual. Sintió la necesidad de visualizar a una mujer para demostrarse que seguía sin cambiar de acera. Como si el mero roce de su mano con la de él fuese el medio propicio de infección. Había sido un error venir a aquí. Aunque, de todas formas se había sentido muy a gusto durante todo el sábado. Hasta llegado el momento.

Un problema del hombre heterosexual es el del miedo a volverse un día homosexual. Por ello, surgen insultos acerca de esa condición. Como mirar por encima del hombro. Supone sufrir de una inseguridad latente, y tal vez natural. Hasta cierto punto, los hombres están formados por una célula masculina, la del espermatozoide, y por otra femenina, el óvulo. Y, en cierta manera, pese a poseer unos atributos físicos determinados, la mente es dual. Y el heterosexual intenta acallar ese medio cerebro femenino.

Y por eso había huido. Porque era moralmente reprochable el hecho de sentirse a gusto con otro hombre viendo las estrellas. Al igual que era reprochable sonreír al verle con los pies metidos en el agua del río. Probablemente, una sonrisa igual de amplia que habría dibujado si en vez de Francho, hubiese sido una mujer.

Pero no, no debía pensar así. Él era heterosexual, y defendería su moralidad de un modo u otro. Aunque fuese encerrado en una habitación a oscuras.

[2]
El león

Aunque, ¿Hasta qué punto los valores morales impedían la libertad? No era malo ver el cielo estrellado junto a un hombre. Es más, estando él tumbado en la cama como estaba, deseaba seguir mirándolo. A uno, desde pequeño, se le enseña con estupideces como que los niños no lloran.

Además, ¿No había estado feliz del nuevo camino que se le abría? Ese del nuevo proyecto en común con Francho. Vivir con él en esa magnífica buhardilla. Compartir un negocio. ¿Y todo eso lo iba a perder por una mano? Quizá perdía demasiado.

Enrabietado, agarró su almohada. ¿Por qué? ¿Por qué la sociedad ha pretendido que a un hombre no le guste otro hombre? ¿Por qué impedirle luchar en común? ¿Por qué alentarle a huir por miedo? ¿Por qué estar formados por una célula masculina y otra femenina para rechazar después ese hemisferio? ¿Por qué condenarse al descubrirse si cabe más perfecto y completo? ¿Por qué asustarse de pensar en el orgasmo femenino, y querer sentirse penetrado por un *metrosexual* como estaría ahora disfrutándolo Rosa? ¿Por qué temer una boca con barba de dos días y desear otra pintada de carmín? En el fondo es una boca. Una persona. Un sentimiento.

Ojalá todo pudiera ser distinto. Que no existiesen esos valores morales que coartan la vida de los seres humanos. Lo moral tal vez no sea lo mejor. Dejemos de pensar en el «Yo debo», para pensar en el «Yo quiero».

Yo quiero andar un nuevo camino. Vivir en una buhardilla. Vender una revista. Usar ambas partes del cerebro. Sentir un orgasmo femenino. Besar una boca.

[3]
El niño

Se ha hecho preciso crear unos valores morales nuevos. Unos valores superiores. Los valores de la bisexualidad. Los de amar de la misma manera a un hombre que a una mujer. Ser andrógino. Ser el hijo de Afrodita y Hermes: Hermafrodito. Poder disfrutar de los dos placeres que la naturaleza ha regalado al ser humano: los placeres de la mujer y los del hombre. Pensar como una mujer y un hombre. Ser hombre y mujer.

En cierta manera, a esas alturas, él también era Rosa Platea. Lejana parecía la carta que aún guardaba de WWF Adena para ella. Quizá esa fuera la profecía del contestador automático. Que sería un ser distinto.

Sería un ser humano superior: un superhombre.

Nietzsche empieza su *Así habló Zaratrusta* con las tres trasformaciones del *Übermensch*, el Superhombre. El espíritu se convierte en camello, arrodillado por la pesada carga moral. El camello muta en león para arrojar esa carga y decir lo que quiere, no lo que debe. Finalmente el león se transforma en niño, al crear nuevos valores. Unos valores propios y únicos para esa persona.

El Superhombre es un nuevo tipo de hombre, una evolución moral. Lleva consigo la inocencia del niño, que está más allá del bien y del mal moral. Crea sus propios valores. El niño es inocente y olvida. Es la propia voluntad.

Y Platea se convirtió en niño. ¿Por qué encerrarse en no vivir la mitad de las posibilidades que la vida ofrece? Encendió la luz, se levantó de la cama, se vistió, y una frase salió de su boca sin ser pensada: *El tiempo es un niño que mueve las piezas del juego*. ¿Acaso no quería, al alzar en hombros a su primita Marta, llegar a sonreír con la misma inocencia?

[4]
Sea pues

Hacía el mismo frío en la calle, aunque no había pasado más de una hora. Caminó por las solitarias calles de Isuerre, hacia la plaza del pueblo. Se asomó por el rincón del balcón que había junto a la iglesia. Allí permanecía una figura acurrucada. Se acercó a ella.

Ésta lo vio acercarse. Se alzó. Era Francho.

Y cuando estaba lo suficientemente cerca de él, Platea dijo:

- ¿Has oído hablar de la Casa Solans, la Casa del Reencuentro?